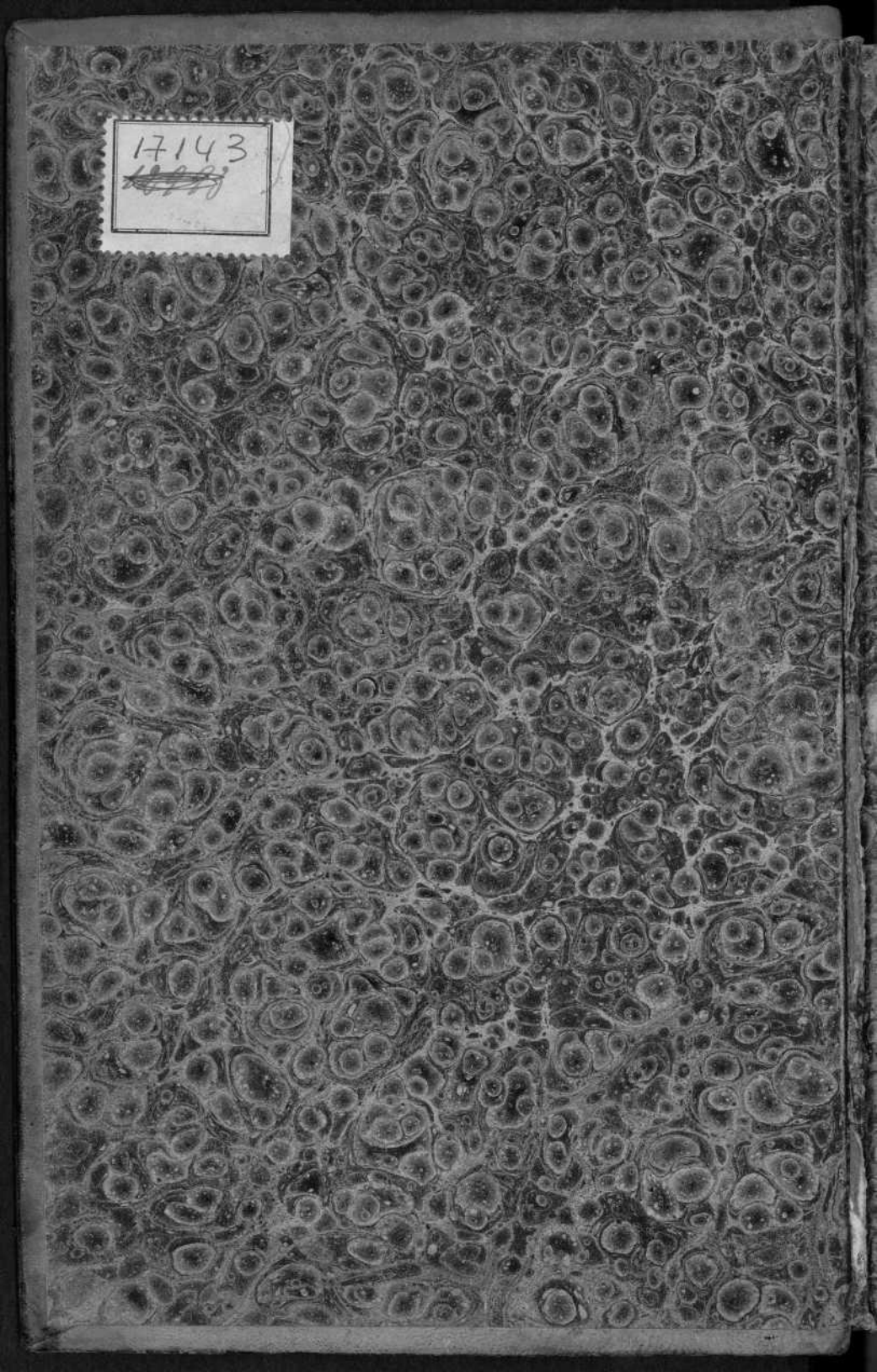
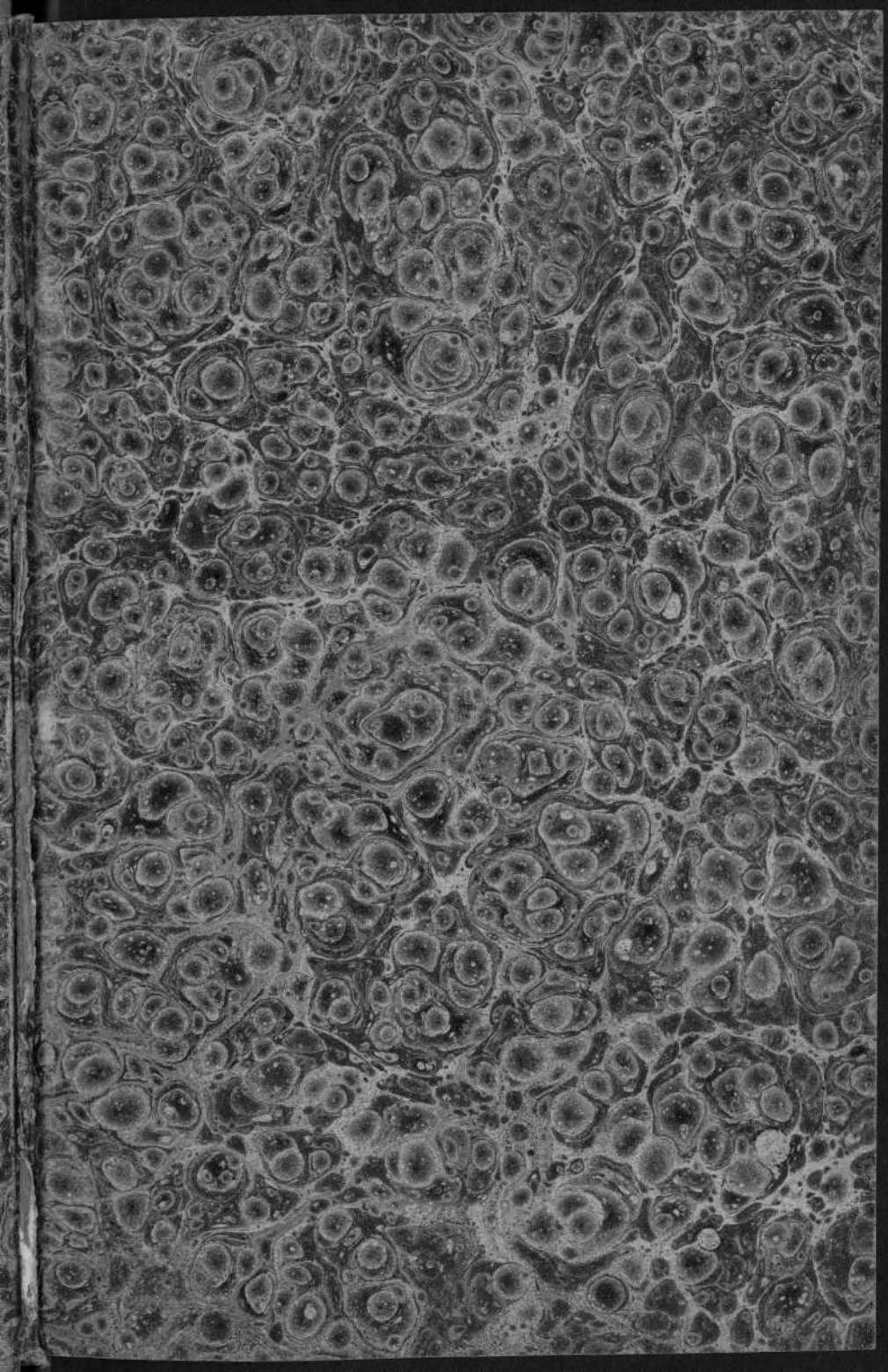


43

17143

~~17143~~





A D Mexicano Garcia Herrera

un recibo

de

Paseo Castellanos



~~20~~
~~290~~

85

275

OBSERVACIONES

SOBRE

LAS BELLEZAS LITERARIAS, HISTORICAS, PROFETICO-POETICAS Y RELIGIOSAS

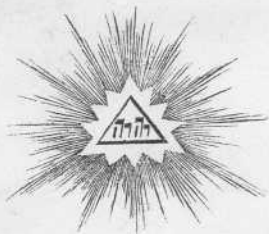
DE LA

SAGRADA BIBLIA

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.



CON LICENCIA.

MADRID: POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

1849.

30-2

OBSERVATIONS

SAFETY DATA SHEET

U.S. DEPARTMENT OF LABOR

OSHA 100-106

OSHA 100-106

CAPÍTULO I.

Profecía.

BELLEZAS PROFÉTICO - POÉTICAS.

El saber y revelar lo latente es gloriosa prerrogativa únicamente propia de la Divinidad. La manifestación de esta sagrada ciencia se llama profecía. El Escrito se ha dignado revelar la valentía para esto de imágenes y símbolos, órganos de su voz y de su pensamiento. El universo ha sido creado con el magnífico detalle de profetas. La obra que Dios es el único verdadero profeta, el único que quien primitiva y constantemente vive la ciencia de lo futuro desde el cuerpo y de quien pasa la primera revelación a los otros heraldos de su reino los descendientes del Adán. El serlo es su gloria. También dice que la profecía es cumplida en el antiguo Testamento. Pues que son los recipientes proféticos de los hechos hechos a los antiguos patriarcas sin que nadie profetice o refiriera un acontecimiento futuro. de un momento desde entonces de una de sus Adán, de él era, de su espíritu, de

TOMO 2.

BELLERAS - PROYECTO - PORTUGAL

Es propiedad del autor.

TOMO 2.



CAPITULO I.

Profecía.



El saber y revelar lo futuro es gloriosa grandeza únicamente propia de la Divinidad. La manifestacion de este augusto arcano se llama profecía. El Escelso se ha dignado muchas veces hacerla valiéndose para ello de insignes varones, siervos suyos, órganos de su voz y de su sabiduría adorable. El universo los admira, los venera y los designa con el magnífico dictado de profetas. Yo diria que Dios es el único verdadero profeta como el único en quien primitiva y originariamente vive la ciencia de lo futuro desde ab-eterno y de quien dimana la primera revelacion: á los otros heraldos de su secreto los denominaria ecos del Altísimo. El serlo es suma gloria. Tambien diria que la profecía es multiforme en el antiguo Testamento. ¿Pues qué son las repetidas promesas de un Redentor hechas á los antiguos patriarcas sino otras tantas profecías ó revelaciones de un acontecimiento futuro, de un suceso que distaba millares de años de ese Adán, de esa Eva, de ese Abrahám, de

ese Isaac, de ese Jacob, á quienes revelándose de una manera misteriosa inundaba sus corazones de infinito consuelo? ¿Qué son las figuras que por espacio de cuatro mil años representaron sucesivamente la vida del Salvador de los hombres y las prerogativas y escelencias de su Madre inmaculada, sino otras tantas profecías, en las cuales se declaraba lo futuro por medio de hechos simbólicos admirablemente dispuestos con este fin por la omnipotente preciencia del soberano Ordenador de todo cuanto sucede en los siglos? Así pues al decir San Agustín que el antiguo Testamento estaba desenvuelto en el nuevo y este misteriosamente contenido en el antiguo, aseguró una verdad de tanta estension como certeza, una verdad grandiosa, una de aquellas verdades que valen mas que cien tomos de eruditos discursos.

Pero plugo al Señor derramar su luz acerca de sus futuras misericordias y justicias de un modo mas esplicito y terminante, mas claro y mas estenso, por medio de razonamientos inspirados, escritos ó emitidos por hombres de virtud grande, de profundo saber, de escelso ingenio y aventajados en el arte de espresarse con magnificencia y brio, con elevacion y afectos. Para que mas llamarán la atencion del mundo, la mayor parte de las predicciones quiso la divina Sabiduría que se enunciasen revestidas de imágenes poéticas y que aparecieran en la tierra cual verdaderas poesías del cielo, admiradas como tales por su forma y estilo sobrehumano.

Por la alteza de las ideas, el primor de la espres-

sion y el musical encanto de los versos se ha dicho en todos tiempos que la poesía era el lenguaje de los dioses, frase venida de la antigüedad pagana y aclimatada despues en naciones que disfrutaban de mas clara luz, porque realmente espresa con bellissimo laconismo la elevada índole y las superiores dotes que ha de tener la poesía. Pero si con rigor lógico se habia de dilucidar la verdad de semejante proposicion, habria de convenirse en que no era mas que una locucion convencional fundada en una idea supositiva. No asi con respecto á esta admirable poesía de la Biblia escrita por los profetas. De ella puede decirse con verdad absoluta: *esta poesía es lenguaje de Dios*. El Eterno la dictó á sus siervos, su fuego divino abrasaba los corazones de ellos, su luz inefable viniendo sobre ellos tenia sus mentes envueltas en vivífico cerco de celestiales resplandores, y el estro que agitaba sus pechos enaltecidos, era de un orden superior á lo humano, era el ímpetu santo del único Dios verdadero ante quien los serafines se abisman en un océano de humildad y adoracion anonadándose respetuosos. Tal poesía profética es una de las partes constituyentes de la sagrada Biblia, y la belleza que hasta ahora se ha reconocido mas en ella, como uno de los títulos que presenta á todas las generaciones para exigirles su tributo de admiracion. Tal poesía debe ocuparme ahora: despues de haber indicado algunas de las bellezas de la sagrada historia, entro con pie vacilante en esta nueva region de divina sublimidad. En ella todo es poético, pero no

todo es poesía, porque los profetas no siempre la emplearon para consignar lo que Dios les revelaba; pero todo es poético, porque merece esta denominacion relevante y hermosa lo que es sobre manera grande, augusto, solemne, extraordinario cual las maravillas de ellos, su escelso ministerio, su comunicacion y trato con el Eterno, su autoridad, su valor heróico y sus acciones extraordinarias. Obsérvese que se llama poético todo lo que puede ser asunto de sublime poesía, todo lo que tiene una grandeza propia, la cual puede encantar y asombrar expresada por cualquier poeta de primer orden que la copie fielmente. En este caso se hallan las grandiosas imágenes que nos ofrece de los profetas la historia del antiguo Testamento. De manera que en ellos tenemos que admirar lo que obraron y lo que escribieron: ambas cosas dignas de estudiarse y meditarse, ambas, permítaseme esta espresion, preñadas de altas instrucciones, ambas focos de vivísima luz, ambas gloria y fundamento de nuestra adorable religion, ambas esplendorosa belleza de la Biblia, ambas objeto de las observaciones que con el favor divino me propongo presentar en esta segunda parte de la obra siguiendo por lo regular el orden cronológico de los hechos y de los escritos de los profetas, para que se vean como escuadronados en el dilatadísimo periodo de cuatro mil años en el mismo sitio en que al Escelso plugo colocarlos, y asi pueda notarse mejor el progresivo crecimiento de luz, que por medio de ellos se fue misteriosamente difundiendo sobre la faz

de la tierra hasta que en ella apareció la increada sabiduría del Verbo revestido de nuestra carne en el seno de una Virgen de encantadora inocencia.

La primera profecía salió de la misma boca de Dios airado: nuestros primeros padres se habían escondido del Señor porque estaban cubiertos de la confusión y vergüenza de su pecado: entre la serpiente y Dios, optaron por la serpiente: al execrable delito siguió inmediatamente el más espantoso desengaño, y en aquel instante de estremecimiento y de horror habló la infinita magestad del Juez divino: pronunció una terrible sentencia contra el género humano que le había ultrajado en la persona de Adán. Esta sentencia fue una profecía en que estaba contenida la historia de toda la humanidad. ¡Qué grandeza! Fue profecía porque versaba sobre lo futuro, porque prescribía lo que había de suceder desde aquel momento en que el mundo estaba recién nacido hasta el fin de los siglos. Todos los hombres, los que fueron, los que somos y los que serán moradores de esta tierra de infortunio, todos atestiguamos con nuestras lágrimas que es cierta la predicción-sentencia de que había de brotar espinas y de que habíamos de volver al polvo de que fuimos formados. ¡O muerte, en aquel momento pudiste regocijarte, porque se te anunciaba un continuo triunfo sobre los vivientes, triunfo que había de repetirse hasta el día de la universal resurrección en el término del universo! Trémula y acongojada Eva, tú también pudiste regocijarte y exaltar tu pecho y bañarlo de gloria, y tus

consternadas entrañas pudieron dar saltos de regocijo porque el Señor prometió y profetizó la glorificación y la restauración de tu descendencia en la victoria de otra muger, que en perpétua guerra con la serpiente entonces vencedora le había de quebrantar la ponzoñosa cabeza. He aquí la redención por el Hijo de la Santísima Virgen, he aquí el triunfo de esta Señora sobre el infierno, he aquí su concepción inmaculada, he aquí el victorioso escudo con que cubriéndolos y salvándolos hace vencedores de las huestes infernales á sus hijos que pelean siguiendo sus banderas.

Nótese la misericordia de Dios en el orden con que pronuncia las proféticas sentencias. Iba á intimar á la muger que todos sus hijos serían fruto de dolor, de dolor cuando los tuviese en su seno, de dolor cuando los diese á luz, que estaría sujeta al hombre y avasallada por él; y antes de sumergirla en un océano de amargura con esta profecía, le anticipa el sobrehumano consuelo de que la muger vencerá al príncipe de las tinieblas y reparará lo perdido con abundancia de gracia y de triunfante gloria. Hablando primero á la serpiente para pronosticarle su derrota y vencimiento por una muger mostró el Señor que se apiadaba de la flaqueza de nuestra primera madre, que sin este consuelo prévio ¡ay! no hubiera podido oír sin morir de sentimiento la profética historia de la muger infeliz, la historia suya y la de todas sus hijas, dolores y sujeción. ¡Qué contraste tan vivo, qué contraste tan asombroso se encierra en

las proféticas y sentenciosas palabras del Señor dirigidas á la serpiente y á nuestra primera madre, duelo y consternacion, gloria y reparacion! Dolores y sujecion por Eva para todas las mugeres hasta el último dia de los tiempos, triunfo y participacion de gloria por María para todas las mugeres hasta el último dia de los tiempos.

En esta profecía está todo lo grande: el inmenso infortunio de la humanidad, la suprema elevacion de la misma en la Madre y en el Hijo que han de vencer al infierno, la interminable guerra que han de hacerse las generaciones de los buenos y las generaciones de los malos, el vicio y la virtud, la luz del cielo y las sombras del averno, la religion verdadera y la idolatría, la Iglesia católica y el mónstruo de la herejía, y el éxito de esta guerra perdurable. Dios mismo es quien la pronuncia desplegando inefablemente y al mismo tiempo todo el grandor de su misericordia y de su justicia infinita. ¿Y cuándo? Pocos instantes despues de consumarse la creacion, en el acto de haber perdido su inocencia y su dicha las bellisimas criaturas á quienes tanto habia sublimado sobre el resto de sus obras, en el acto de rebelarse contra él los seres mas privilegiados, los que habia hecho con entrañable amor á su imagen y semejanza. ¿Y en dónde la pronuncia? En el paraiso que un instante despues habian de abandonar para siempre aquellos desdichados.

Tal es el primer magnífico eslabon de la prodigiosa cadena profética, que se estiende desde el prin-

cipio de los siglos hasta el tiempo en que las sombras del Testamento antiguo se iluminaron con la vivísima luz del nuevo. Cuanto sucedió en tan largo periodo fue misterioso bosquejo de lo que habia de suceder. No es mi ánimo desentrañar esa innumerable muchedumbre de misterios proféticos de que la ley antigua estaba henchida, ni pasar revista á las multiplicadas predicciones, ni detenerme en todas las figuras que á su modo representaron á nuestro divino Salvador; no haré mas que mencionar rápidamente los principales anillos de la inmensa cadena de multiforme profecía.

«El justo Abel fue una viva imagen del Justo por
 »escelencia, que habia de morir en el Calvario vic-
 »tima de una furiosa envidia. Podria decirse que esta
 »fué la primer pincelada del magnífico cuadro, en el
 »cual todos los caracteres del Redentor se irán su-
 »cesivamente reuniendo para formar juntos el retra-
 »to mas perfecto y acabado. El inocente Abel es
 »aborrecido por su hermano, porque Dios acoge con
 »benignidad sus piadosas ofrendas; es arrastrado
 »fraudentemente fuera de su cabaña y asesinado
 »en el campo. Jesucristo, la santidad misma, á quien
 »Dios ha reconocido por su muy amado Hijo, es abor-
 »recido y perseguido por los judíos, hermanos su-
 »yos segun la carne, que le sacan fuera de Jerusalén
 »y le crucifican. Cain es maldito por Dios y conde-
 »nado á vivir errante en la tierra; los judíos, asesi-
 »nos de Jesucristo, son dispersados por todo el uni-
 »verso. Objetos del ódio de todos los pueblos, sub-
 »sisten para anunciar á los gentiles, llamados á ocu-

»par su puesto, la enormidad de su delito y la severidad de la justicia divina.

»El arca de Noé figuraba á la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion: todos los que en ella no han entrado y todos los que de su seno se han segregado, perecerán indefectiblemente. La inundacion que todo lo asolaba era por decirlo asi la vida del arca, pues la preservaba de los escollos y la levantaba al cielo: del mismo modo las tempestades que la Iglesia padece contribuyen á elevarla á Dios y á aumentar el tesoro de sus virtudes.» (Lhomond.)

Noé despues del diluvio erige un altar y en él ofrece en holocausto cuantas aves y animales podian inmolarsé. El Señor acepta su sacrificio y le promete no derramar su maldicion sobre la tierra con un nuevo diluvio. He aquí una imagen de Jesus que despues del diluvio de su sangre derramada en su flagelacion erigió un altar en el Calvario y con un sacrificio reconcilió al cielo con el mundo. El altar fué su cruz, y él mismo la víctima. Desde Noé no ha vuelto á haber diluvio. Desde Jesucristo parece que Dios ha mudado de condicion con respecto á los hombres; tanto es ahora mas benigno que antes.

Los descendientes del conservador de la humana progénie estaban reunidos en una torre, por medio de la cual querian comunicarse con el cielo, y de repente acaeció que salieron hablando una porcion de lenguas aprendidas sin estudiar, y luego se dispersaron por la redondez del orbe. Los que se-

gun el espíritu eran familia de Jesús estaban reunidos en el Cenáculo, y repentinamente hablaron multitud de lenguas y se fueron diseminando por el universo, el cual poblaron con los hijos de su fe, como los descendientes de Noé lo habían poblado con los suyos. Notable semejanza de ambos sucesos.

«Habla el Señor á Abraham y le dice: Sal de
 »tu patria, abandona tu familia, y vete al país que yo
 »te mostraré: daré esa comarca á tu posteridad, á
 »la cual multiplicaré como las estrellas del cielo y
 »como las arenas del mar. A esta promesa añadió el
 »Señor una cosa de infinito más lustre y resplan-
 »dor: «Todas las naciones del mundo serán bendi-
 »tas en ti,» es decir, en aquel que nacerá de ti, co-
 »mo Dios mismo lo explica más adelante. Por esta
 »palabra es Abraham constituido padre de todos los
 »creyentes, y escogida su posteridad para que sea
 »la fuente, cuyos raudales de bendición se estien-
 »dan por todo el universo. Esta promesa encerraba
 »la venida del Mesías, á quien ya nuestros primeros
 »padres conocían como á vencedor del demonio.
 »Aquí se nos revela como autor de una gran ben-
 »dición derramada sobre todos los pueblos del mun-
 »do. Estaban estos abismados en las tinieblas de la
 »idolatría. Dios promete que en el que debe salir
 »de su estirpe serán benditas todas aquellas nacio-
 »nes ciegas que olvidaban á su Criador, llamándolas
 »al conocimiento de Dios, en el que se halla la ver-
 »dadera bendición. Así pues este germen bendito
 »prometido á Eva, será también el germen y el vás-

»tago de Abrahám, deduciéndose de aquí que la
 »victoria que él reportará del demonio consiste en
 »llamar á los hombres al conocimiento y al culto
 »del Criador. Así este hijo de Eva y Abrahám des-
 »truirá en el mundo el imperio de los abismos, ar-
 »ruinando la idolatría, y restableciendo el culto del
 »verdadero Dios. He aquí el augusto carácter del
 »Salvador prometido á Eva y Abrahám. La conver-
 »sion de los gentiles se halla siempre en las santas
 »Escrituras denotada como la obra distintiva del
 »Mesías.

»Despues de la victoria de Abrahám sobre los
 »reyes coligados contra Sodoma, el rey de esta ciu-
 »dad salió á recibir á su libertador impelido por su
 »gratitud; y Melquisedech, rey de Salén, su aliado,
 »ofreció pan y vino porque era pontífice del Altísi-
 »mo, y bendijo luego á Abrahám diciéndole: «Abra-
 »hám sea bendito por el Señor. Bendito sea el Altísi-
 »mo que ha puesto en tus manos á nuestros enemi-
 »gos.» Abrahám dió á Melquisedech el diezmo de
 »todo lo que les habia cogido á los enemigos en su
 »derrota.

»En persona de este rey pontífice acataba Abra-
 »hám al futuro Mesías, á quien representaba este
 »gran sacerdote, porque del Mesías está escrito: «Tú
 »eres sacerdote por toda la eternidad segun el or-
 »den de Melquisedech.» Todos los santos Padres han
 »visto en la oblacion de Melquisedech una imagen de
 »la que se hace sobre nuestros altares. No hay en
 »efecto cosa mas digna de nuestra admiracion que

»ver cómo, mucho tiempo antes de Moisés, no ofre-
 »ce en sacrificio mas que pan y vino el único hom-
 »bre á quien la Escritura llama sacerdote del Dios
 »Altísimo. Vemos, dice San Cipriano, la figura y la
 »señal del sacrificio del Señor en la ofrenda del gran
 »sacerdote Melquisedech, porque la Escritura cuen-
 »ta de él que siendo rey de Salén ofreció pan y vino
 »porque era pontífice del Dios supremo, y que en
 »calidad de tal bendijo á Abrahám.

»No podemos dudar que en todo esto fue él una
 »figura de Jesucristo, pues el Espíritu Santo nos lo
 »dice claramente en el salmo en que el profeta ha-
 »blando en persona del Padre celestial, dirigió á su
 »Hijo estas palabras: «Te he engendrado de mi seno
 »antes de la aurora, eres sacerdote por toda la eter-
 »nidad segun el orden de Melquisedech.» Es cons-
 »tante que este orden tiene esencial relacion con lo
 »que se dice de Melquisedech, á saber, que era sa-
 »cerdote del Altísimo, que ofreció pan y vino, y que
 »bendijo á Abrahám, en lo cual ha sido espresa fi-
 »gura de Jesucristo. Porque ¿quién puede ser llama-
 »do con mas verdad sacerdote del Dios supremo que
 »nuestro Señor Jesucristo, que ha ofrecido á su di-
 »vino Padre un sacrificio, y un sacrificio idéntico al
 »que Melquisedech le habia ofrecido, á saber, el pan
 »y el vino convertidos en su cuerpo y su sangre?
 »Pues, como se refiere en el Génesis, debió neces-
 »ariamente preceder la imagen del sacrificio de Jesu-
 »cristo para que el Pontífice Melquisedech pudiese
 »bendecir con autoridad á Abrahám; y el Salvador

»ofreció pan y vino con el fin de perfeccionar esta
 »imagen; porque como es el mismo el cumplimiento
 »de todo lo que ha sido figura suya, ha llenado con
 »su sacrificio la verdad de aquel que no habia sido
 »mas que una imagen de su divina oblacion.

»Dios se aparece á Abrahám en figura de tres
 »ángeles, símbolo de la santísima Trinidad, y le re-
 »nueva la promesa que le tenia hecha. «Yo soy el
 »Dios omnipotente; camina en mi presencia y sé per-
 »fecto; haré alianza contigo, y multiplicaré al infini-
 »to tu descendencia; bendeciré á Sara tu muger, y
 »tendrá un hijo, al cual bendeciré tambien.» Abra-
 »hám contaba entonces noventa y nueve años: pos-
 »tróse en tierra y respondió: «Yo, Señor, me daré
 »por satisfecho si me conservais á Ismaél.» Dios
 »añadió: «Dentro de un año dará Sara á luz un hijo,
 »á quien llamarás Isaac. Ismaél será padre de un
 »pueblo numeroso y poseedor de una region vastísi-
 »ma, pero no el heredero de mi promesa: por medio
 »de Isaac quiero cumplirla, y he aquí las condicio-
 »nes de la alianza que hago contigo y con tu poste-
 »ridad. Os circuncidareis, y llevareis en vuestra car-
 »ne la señal de esta alianza.»

»Oida la promesa, no dudó Abrahám ni tuvo la
 »menor desconfianza acerca de su cumplimiento. No
 »consideró que pesando ya cerca de un siglo sobre
 »sus espaldas, su cuerpo estaba como muerto, y que
 »Sara no se hallaba en estado de concebir; pero es-
 »perando contra toda esperanza, con la fe se vigoró
 »su corazon y dió gracias á Dios, porque estaba in-

»timamente convencido de que es todopoderoso pa-
 »ra cumplir cuanto promete. El Señor visitó á Sara
 »como lo habia prometido; ella concibió, y en su ve-
 »jez dió á luz un hijo al tiempo que Dios le habia
 »designado. Abrahám le dió el nombre de Isaac, es
 »decir, hijo de risa, hijo de alegría, hijo de prome-
 »sa, y le circuncidó al octavo dia. Sara le crió á sus
 »pechos, siempre abismada en este pensamiento:
 »¿quién hubiera dicho á Abrahám que Sara anciana
 »y estéril alimentaria con su leche un hijo que ella
 »le daría siendo ya viejo? Así disponia Dios á los
 »hombres para que algun dia creyesen el parto de
 »una virgen, haciendo fecunda á una muger nonage-
 »naria y estéril: así muy de antemano facilitaba la
 »creencia del misterio de la Santísima Trinidad, ma-
 »nifestando á Abrahám en esta aparicion una imagen
 »de este misterio: se le presentan tres ángeles y la
 »Escritura les da en singular el gran nombre de Dios,
 »el nombre incomunicable de Jehová. Abrahám que
 »ve tres ángeles, no los adora sino como á uno solo,
 »no les habla sino como á uno solo. Este misterio
 »divino, que despues se ha revelado en el Evange-
 »lio, manifestábase en el antiguo Testamento como
 »oculto con un velo, y no podian verlo sino los que
 »desde entonces tuviesen el espíritu del cristia-
 »nismo.

»En el sacrificio que el Señor manda hacer á
 »Abrahám de su propio hijo se ve á primera vista
 »que además de poner á dura prueba la fe de su sier-
 »vo, tenia Dios otro designio mas grande y mas su-

»blime; el de enseñarle cómo algún día él mismo en-
 »tregaria su propio hijo á la muerte por la salud de
 »los hombres. Cuanto acerca de esto manda Dios á
 »Abrahám es una viva imagen del futuro sacrificio de
 »Jesucristo: tanta es la semejanza que tienen entre
 »sí la verdad y la figura que no es posible ver esta
 »sin acordarse de aquella; Isaac, cargado con la le-
 »ña de su sacrificio, representa á Jesucristo con la
 »cruz acuestas: altar de ambos ha sido el mismo
 »monte: Isaac, que consiente en ser inmolado, es sin
 »embargo atado como si muriese á pesar suyo; Je-
 »sucristo que da la vida con soberana libertad, es
 »enclavado en el leño de la cruz, á fin de que su sa-
 »crificio voluntario tenga las humillantes apariencias
 »de un suplicio forzoso. Sofocando Abrahám el do-
 »lorido clamor de su ternura, manda morir á su hi-
 »jo; el Padre celestial hace la misma intimacion al
 »Hijo, en quien se complace desde la eternidad: Je-
 »sucristo é Isaac son obedientes hasta la muerte, y
 »ambos sobreviven á su sacrificio; pero Isaac no es
 »inmolado ni resucita sino en figura, y Jesucristo
 »muere y resucita con toda realidad.

»¿Quién negará la relacion que hay entre estas
 »dos escenas tan patéticas y semejantes? ¿Cabe duda
 »en que la primera haya sido ordenada en prepara-
 »cion de la segunda? ¿Quién se atreverá á desmentir
 »la luminosa verdad de que el antiguo Testamento es
 »la prediccion del nuevo? La prediccion estaba sin
 »duda encubierta en un principio; pero el velo se
 »descorre poco á poco, y finalmente se descubre el

»objeto con toda claridad llegado el tiempo de la manifestacion.» (Lhomond.)

Dios renueva á Isaac la promesa que habia hecho á su padre. «Estaré contigo, le dice, y te bendeciré: multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y todas las naciones de la tierra serán benditas en uno de tus descendientes, porque Abraham obedeció á mi voz y guardó mis preceptos.»

Dos gemelos pelean en el seno de la esposa de Isaac, que despavorida corre á consultar al Señor, quien le responde: «Tienes en el seno dos hijos que serán cabezas de dos grandes pueblos y enemigos uno de otro: el mayor estará sometido al menor y la posteridad del último llevará ventajas á la del primero.» Estos fueron Esaú y Jacob, padres de dos naciones belicosas, y la historia demuestra el cumplimiento de esta profecía en todas sus circunstancias.

Isaac bendice á Jacob creyendo que era Esaú: traslada con esta bendicion al menor todos los privilegios de primogénito, y engañado al parecer, ejecuta realmente los designios de Dios. Esta equivocacion encierra un gran misterio, siendo una imagen que representa al vivo lo que debia suceder á los judíos. Eran el primer pueblo de Dios y como tal tenian derecho á la bendicion prometida á Abraham; pero se han hecho indignos de ella, y esta ha sido transferida á los gentiles, que en la predileccion divina fueron posteriores á los judíos. «¡Historia admirable! esclama San Agustin. Pintura de un acontecimiento pasado y al mismo tiempo profecía de cosas futuras.»

A Jacob se le hace la misma promesa, la misma profecía que á su padre. El Señor, desde lo alto de la misteriosa escala. «Yo soy, le dice, el Señor Dios de Abrahám y el Dios de Isaac; la tierra en que duermes te la daré á ti y á tu descendencia, y será tu posteridad tan numerosa como el polvo de la tierra: estenderte has al occidente y al oriente, y al septentrion y al mediodía; y serán benditas en ti y en el que saldrá de ti todas las naciones: seré tu guarda do quiera que fueres: te restituiré á esta tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que cumpla cuanto tengo dicho.»

Esta revelacion produjo sin duda en el ánimo de Jacob un efecto inefable. El Dios de cielos y tierra, el soberano y omnipotente árbitro de la suerte del universo y de todas las generaciones de los hombres, habla en una vision magnífica á media noche, en soledad á un pobre pastorcillo, cuya cabeza se reclina en una piedra por no tener mas almohada, á un pastorcillo, que sin mas que su baston de peregrino va huyendo de la casa de sus padres por miedo á su hermano Esaú, y le promete no solo una dominacion temporal sino la suprema felicidad y restauracion del humano linage como dependiente de uno que nacerá de él. Olvidemos á Jacob: suponemos que un pastor de nuestros dias ve ángeles y no puede absolutamente dudar de que Dios le ofrece cosas sobre manera grandes, mas que reinos, mas que imperios temporales, mas que todo cuanto pueda imaginarse de rico y grandioso debajo del sol.

¿Cómo quedará el pastor? ¿Cuál estará su corazón? Agréguese las circunstancias que acompañan á la divina profecía hecha á Jacob por Dios mismo, y se verá y se sentirá lo que no es dado explicar. ¡Corazón de Jacob! ¿Cómo te ha puesto la revelación de tu Dios? La ternura, la admirable predilección de tu Dios para contigo creo que te habrá mas que electrizado. ¡Cuán bella profecía! ¡Cuán poética! ¡Qué extremos, la pobreza y desamparo del pastor viajero dormidito sobre una piedra y la magnificencia de la visión y la magestad del Dios que le habla y la grandeza de lo que le promete amoroso á él y á su descendencia! A su descendencia he dicho y este pastor iba á Mesopotamia á buscar esposa. ¡Cuán sublimes ideas no se enlazarían con la de su matrimonio! Raquel habrá participado de su júbilo incomprendible cuando como inspirado se las comunicase en familiares trasportes y con dulcísima efusión de amor, de entusiasmo y de reconocimiento á su Dios!

La vida de José fue toda profética: ofrece una sucesión de imágenes de la de nuestro adorable Salvador. José es aborrecido por sus hermanos; Jesucristo lo es por los judíos. A José le aborrecen aquellos, porque los acusa de un gran delito, éstos á Jesucristo porque les echa en cara sus vicios; á José se le odia porque su padre le ama con ternura; á Jesucristo porque declara que es Hijo de Dios y que Dios mismo le llama su Hijo querido: aborrecen á José sus hermanos porque les predice su futura gloria; á Jesucristo los judíos porque les predice que

le verán sentado á la derecha de su Padre. José es enviado por su padre adonde están sus hermanos; Jesucristo por Dios su Padre á las ovejas perdidas de la casa de Israel. Sus hermanos conspiran contra la vida de José, los judíos forman el designio de dar muerte á Jesucristo. José es vendido por veinte monedas de plata, Jesucristo, por treinta tambien de plata. José es entregado á estrangeros por sus propios hermanos; Jesucristo á los romanos por los judíos; la túnica de José aparece teñida en sangre; la sacratisima humanidad de que Jesucristo se habia vestido, se ve toda cubierta de sangre en su flagelacion y en el Calvario. José es condenado por Putifar sin que nadie hable por él, Jesucristo sin que nadie tome su defensa. José padece en silencio, Jesucristo sin proferir una sola queja. José entre dos criminales pronostica al uno su elevacion, y al otro su próxima muerte, Jesucristo crucificado entre dos ladrones predice al uno que irá al paraíso y deja al otro morir en su impenitencia. José está tres años en la prision, Jesucristo tres dias en el sepulcro. José llega á la cumbre del mando y poderío por la senda del dolor y de las humillaciones, Jesucristo para volver á su gloria escoge este mismo camino. A José se le entrega el dominio de la casa de Faraon y de todo el Egipto, á Jesucristo el de toda la Iglesia y el de todas las criaturas; José no tiene sobre sí mas que á Faraon; Jesucristo solo á su eterno Padre á quien está sometido como hombre. José es llamado salvador del mundo, el nombre de Jesus

significa salvador, y él verdaderamente es el único por quien podemos ser salvos. Todos se arrodillan delante de José, los cielos, las naciones de la tierra y los abismos deben doblar la rodilla al nombre de Jesucristo. Por todas partes hay hambre, no se halla pan sino en Egipto donde José gobierna; do quiera tinieblas, do quiera espiritual pobreza y extravío; no hay verdad y no hay gracia sino en la verdadera Iglesia en que reina Jesucristo. Todos son enviados á José por Faraon. ¿Dónde ha de hallarse gracia y dónde salvacion sino en Jesucristo y por Jesucristo? De todas las regiones se acude á Egipto por trigo; todas las naciones entran en la Iglesia en busca de salvacion. Los hermanos de José vienen adonde él manda, le reconocen, le adoran y se establecen en Egipto; los judíos vendrán algun dia á arrojarse á los pies de Jesucristo, le reconocerán, le adorarán y entrarán en la Iglesia. Rollin, de quien tomo estas semejanzas entre el divino Redentor y el virey de Egipto (*Tratado de los Estudios, tom. 2.º*), espone la que se advierte entre la conducta de José con sus hermanos cuando fueron á verle y no le conocieron y él los conoció y se les mostró algo duro, con la que el Señor observa ahora con los judíos hasta que venga Benjamin, es decir, los últimos, ó los del fin del mundo que entonces los estrechará en sus brazos y ellos llorarán de ternura y agradecimiento. Es digna de leerse la citada esposicion. Así pues toda la vida de este célebre personaje del antiguo Testamento fue una patética profecía.

Aún es mas patética la de su padre Jacob hecha cuando ya iba á cerrar sus ojos para el viaje de la eternidad. Solemne es siempre el momento de la muerte; pero los siglos no han visto otra muerte mas llena de magestuosa solemnidad sino es la del Ungido de Dios en el Calvario. La proximidad de la muerte se anuncia por lo regular con zozobra, caimiento de ánimo y mortal languidez de cuerpo; la voz se enronquece, se apaga, se ve que la vida se va retirando y que todos los sentidos van perdiendo su animacion, y que una mano de hielo está destruyendo cuanto antes daba algunas señales de vitalidad y aliento. Ciento cuarenta y siete años de amargas tribulaciones pesaban sobre Jacob. ¿Cuál estaría cuando conoció que se moria y dijo, sin duda arrancando del corazon un profundo suspiro: *En morior*, hijos míos, me muero? *En morior* he aquí que llegó el instante de mi muerte. Jacob nos tiene dadas demasiadas pruebas de la ternura de su alma para que al verle próximo á bajar al sepulcro no creamos que quiere despedirse de sus hijos, bendecirles patriarcalmente y dejarles alguna especial memoria de su paternal amor. Reunidos están al rededor de su lecho, con qué sentimiento, con qué corazones, figuráoslo. Recordad la historia del moribundo padre y la de todos ellos: y no olvideis ni á Benjamin ni á José. ¿Pero qué nueva vida se apodera del decrepito, agonizante Patriarca? ¿Qué espíritu celestial arde en sus ojos y brilla en su marchita frente? ¿Qué sobrehumano aliento en su voz y

en sus palabras? Espiritu del Señor sobre él, espíritu que en punto de muerte le hace vivir en generaciones y siglos venideros, espíritu que le hace ver y sentir acerca de cada uno de sus amados hijos los altísimos decretos del Escelso y la suerte futura de la descendencia de ellos..... Espiritu de divina revelacion que va á dictarle un testamento sublime. *Congregamini, ut annuntiem, quæ ventura sunt vobis in diebus novissimis: congregamini, et audite, filii Jacob, audite Israel patrem vestrum.* «Juntaos para que anuncie lo que á vosotros ha de suceder en los últimos dias: juntaos, y oid, hijos de Jacob, oid á Israel vuestro padre.» Con admirable énfasis repite dos veces *Congregamini* que en este lugar por las circunstancias en que se dice creo que ha de tener la fuerza de *acercaos*, agrupaos al rededor de mi lecho; dos veces les intima que le oigan, á él que es su padre: *Audite, filii, Jacob, audite Israel patrem vestrum.* Oid, oid á vuestro padre. No hay exordio alguno que pueda compararse con este. Sencillez, energía, magestad y grandeza. ¿Quién va á hablar? Un padre moribundo, á quien el Señor se dignó mostrarse en visiones magníficas y tratar con él y enviarle mas de una vez sus ángeles. De aquí su grandeza y magestad y particularmente del asunto de su discurso que desde luego manifiesta que ha de ser una revelacion de lo futuro y de un futuro concerniente á los que están para escucharla, á los hijos de Jacob representados ó mejor dicho vivos en su descendencia. ¿Y quién de un padre tan tierno y amoroso ha

de esperar al partirse de este mundo mas que dulces bendiciones, afectos de entrañable cariño y fervientes deseos de omnímoda felicidad para todos sus hijos? Pero habla inspirado, y sus primeras palabras son como un rayo y como un rayo de maldicion para su primogénito: *principio de mi dolor*, le llama: «te derramaste como agua, no crezcas.» Esto para Ruben que allí le estaba oyendo. A Simeon y Leví vasos de iniquidad, les dice «no entre mi alma en el consejo de ellos, ni en su compañía sea mi gloria..... Maldito el furor de ellos, porque es obstinado; y su ira, porque es dura: los dividiré en Jacob y los esparciré en Israel. *Et dispergam eos in Israel.*» Yo no diré lo que en aquel acto pasó en los corazones de Ruben, de Simeon y Leví. Contémplole quien guste ver mentalmente grandes escenas de corazon, y léase en los Espositores del Génesis el comentario correspondiente á las citadas palabras y el cumplimiento de tan terribles profecías.

No seré yo quien interprete las palabras que dirigió el fatídico anciano á su cuarto hijo Judá en quien derramó un océano de futura gloria. Solo notaré el contraste asombroso, la extraordinaria antítesis de sentimientos y de ideas que hay entre esta profecía y las hechas á sus tres primeros hijos, observando que esta mutacion de escena sentimental da al profético discurso un movimiento, una viveza, un vuelo, un trasporte, á cuya belleza no llega ni el lírico arrebató de la mas alta poesía. Pláceme poner aquí lo que un espositor tan sábio como piadoso escribe

en este lugar. «Jacob, dice el Padre *Zucconi*, profetizó sobre Judá su cuarto hijo de modo que cuanto entonces consolarse tanto deba ahora confundirse la Sinagoga. Dificiles son sus palabras, porque de los profetas las palabras que no pertenecen á la reforma de las costumbres, sino á puntos de religion, son siempre oscuras para hacer mas meritoria la fe; empero son palabras tales que los rabinos deben por fuerza confesar que ya todas ellas han tenido su cumplimiento. Cuatro cosas dijo Jacob y en primer lugar: *Juda, te laudabunt fratres tui; manus tuæ in cervicibus inimicorum tuorum, adorabunt te filii patris tui*. Judá, te alabarán tus hermanos; tus manos sobre las cervices de tus enemigos; te adorarán los hijos de tu padre. Bien sé que estas palabras se cumplieron en confuso en toda la tribu de Judá, porque esta fue entre todas las tribus la mas victoriosa y régia; pero tambien sé que ni á David, ni á Salomon ni á ningun otro de esta descendencia cuadra tal profecía tan bien como á aquel solo descendiente de Judá, que bajando de los cielos, hizose hermano de sus mismos enemigos, esto es, hizolos hijos adoptivos de su eterno Padre; porque solo á este se entonan cánticos de alabanza, se erigen altares, se prosternan los reinantes dominadores de la tierra, y las potestades de los abismos en su presencia se aterran y se estremecen. Y si nada de esto compete á ningun otro de Judá, ¿quién dudará de que Jacob anteviese con sumo júbilo toda la alabanza, el honor y la gloria que da el mundo cristiano á su Descendiente

Crucificado? En segundo lugar dijo: *Catulus leonis Juda; ad prædam, fili mi, ascendisti; requiescens accubuisti ut leo, et quasi læna; quis suscitabit eum?* El leon de Judá, el Hijo de la Virgen bajó del cielo á hacer presa en la tierra, y tanta hizo que dejó sin alimento las fauces del dragon soberbio, porque al antiguo pecado quitó toda su presa, é hizo tales conquistas que si no se despuebla el infierno, por lo menos se llena el cielo. Descansó después de sus batallas el invicto conquistador, pero descansó como leon que segun los naturalistas al nacer duerme tres dias, pues tres dias estuvo él en el sepulcro. Pero *quis suscitabit eum?* ¿Quién le despertó de aquel sueño? ¿Quién al tercer dia le hizo levantarse de debajo de tierra? ¿Y cuál otro descendiente de Judá durmió de modo que ningun poder humano fuese capaz de despertarle, sino solamente aquel, que si murió como hombre, quiso resucitar como Dios? Hasta aquí pueden los hebreos eludir el golpe con negar la resurreccion de nuestro Salvador, porque no quieren abrir los ojos para verla. Pero oigan lo que dijo Jacob en tercer lugar y nieguen la verdad si pueden. *Non auferetur sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium.* Rabinos, Rabinos, ¿quién es aquel que es llamado deseo, anhelo, espectacion y esperanza de las gentes? Confesad conmigo que no puede ser otro que ese Mesías esperado y suspirado por tan largo tiempo. ¿Pero cuándo llegará el dichoso dia en que nazca al mundo tamaño bien y el suspirado Mesías

alegre al universo con su divina presencia? ¿Para cuándo anuncia Jacob tan venturoso nacimiento? Miserables, vosotros por no ver cerrais aquí los ojos, y sin embargo no los podeis cerrar bastante; llégaos la luz para castigaros y haceros avergonzar de vuestra voluntaria ceguera. Diez y siete siglos (*) hace que no solo la tribu de Judá sino todas las tribus de Israel, han perdido el cetro, han caído del sólio, y sin reino, sin capitán y sin guía van por la tierra errantes, peregrinando hasta en su antigua patria, y vosotros no obstante aún esperais locamente al Mesías. Jacob dice que los judíos no perderian el reino hasta que estuviese próximo á nacer el prometido Mesías, el nuevo Rey del mundo; y con todo eso despues de tantos siglos de perdido el reino, pasados ya todos los plazos señalados por vuestros profetas, aún os place esperar; ni quereis conocer que vuestra esperanza, ya no es esperanza, sino desesperacion y locura. Por último dijo Jacob que el esperado por todas las gentes ataria su pollino á la viña, y á la vid su asna; además, que lavaria su estola en el vino; en el vino tambien y en la sangre de la uva lavaria su manto, y que el color de sus ojos venceria al vino, y en blancura sus dientes á la leche. *Ligans ad vineam pullum suum, ò fili mi; et ad vitem asinam suam. Lavabit in vino stolam suam, et in sanguine uvæ pallium suum. Pulchriores sunt oculi ejus vino, et dentes ejus lacte candidiores.* Palabras tiernas y

(*) Cuando escribia esto el P. Zucconi.

afectuosas, palabras que manifiestan claramente que el personaje de quien se habla no es un personaje comun. ¿Pero quién fue este y de quién habló Jacob con tanto encarecimiento? Buscan los Rabinos en la tribu de Judá alguno á quien pueda adaptarse esta profecía; pero los infelices búscanlo en vano, y porque no lo quieren hallar, aún le están esperando. Pero lo que ellos no encuentran, ¡oh cuán facilmente fue hallado por los sencillos pastores que avisados por el angel le adoraron niño en el seno de una Virgen! Este niño fue el profetizado vástago de Judá, y el que á la viña de su Iglesia ata con vínculo de fe las gentes y los pueblos que antes de su nacimiento como indómitos pollinos iban estraviados corriendo lejos de su heredad, el que á la vid fecunda de su doctrina ata la asna de la Sinagoga, que por sus mismas profecías se ve obligada á confesar esta verdad, el que en el vino de su sangre lava la estola de nuestra primera manchada inocencia y colora todas las virtudes que son el manto de nuestra desnuda pobreza que nos dejó el antiguo Adán; el que con la luz de sus ojos alegra cielos y tierra, y con cada mirada inunda en letífico nectar de ambrosía á sus fieles, por último el que con los dientes de su invicta fortaleza masticó todas las amarguras de la vida mortal para hacer cual amorosa nodriza mas saludable la leche á sus pequeñuelos regenerados en su sangre. Á este por tanto convencida por sus profetas deberia la Sinagoga inclinar la tantas veces herida y jamás humillada frente. Pero en vano se habla de verdad

con quien dió muerte á la misma sabiduría. A nosotros tan solo, á nosotros por dicha nuestra nos toca gozar de la larga esperanza de los hebreos y mostrar con la santidad de nuestras costumbres cuál sea el Crucificado que adoramos.»

Á esta sublime profecía relativa á Judá y á su adorable Descendiente, siguiéronse en boca del moribundo Patriarca otras que caracterizan la suerte y hasta la índole de las demás tribus en los siglos futuros. Y esto en tan breves palabras que asombra. Así inspira Dios lo futuro de un modo digno de su infinita magestad. Cada cláusula contiene la profética historia de una tribu.

Tal vez la idea que mas aflije á un padre moribundo es el haber de dejarlos sin saber lo que será de sus hijos, y á los hijos lo que será de ellos. Jacob debió sentir en su agonía con su vision de siglos profunda lucha de sentimientos de dolor y alegría dentro de su corazón; y sus últimos momentos hubieron de ser extraordinariamente patéticos. Sus hijos saben lo que será de ellos en muy remotas edades. ¿Pero habrán entendido claramente las misteriosas y asombrosamente lacónicas predicciones de su padre? De su augusta oscuridad naceria para ellos un sentimiento de sublimidad inesplicable. Á este cuadro da, por decirlo así, un colorido de sepulcro y de eternidad la circunstancia de encargar Jacob á sus hijos que entierren su cuerpo donde están enterrados los de Abrahám, Sara, Isaac, Rebeca padres y abuelos suyos y el de su esposa Lia allá en remotas tierras, en

el pais que Dios le dió para él y sus descendientes, en una cueva que espresamente se compró para sepultura de su familia; dijo esto en seguida de las profecías, é inmediatamente despues ó al mismo tiempo que bendecia á sus hijos, y al pronunciar las últimas palabras recogió los pies sobre su lecho y espiró, y su espíritu fue agregado á su pueblo, es decir al de las almas de sus padres que estaban en el Limbo.



CAPITULO II.



JOB.

No está bien averiguado en qué tiempo vivió el santo Job, mas en el mero hecho de atribuirse generalmente su libro á Moisés, ó al mismo que en él hace de protagonista, conjeturándose no sin algun fundamento que fue pariente de Abrahám bastante inmediato por Nachor segun San Gerónimo, y segun otros porque descendia de Esaú, parece que el orden cronológico requiere que por él dé yo principio á las observaciones literarias, que me propuse hacer sobre las incomparables poesías de la sagrada Biblia. Los mas aventajados críticos dicen todos á una voz que no se encuentra en el mundo una obra de tanta elevacion de ideas, de tanta valentía y riqueza en las descripciones, de tanta vehemencia en los afectos y al mismo tiempo de tan sublimes y consoladoras enseñanzas. Aun dado que por sus admirables formas no fuera digno de ocupar en la república de las letras el primer lugar, su muy noble argumento bastaba para colocarle en escelsitud y coronada alteza sobre los libros de cuantos se han distinguido por sus

filosóficos pensamientos y grandes concepciones útiles al moral adelantamiento del humano linage.

Dios y el hombre son su objeto: Dios y su magnífico poderío, su terrible justicia, su inescrutable providencia, Dios manifestado en el ejercicio de sus augustos atributos; el hombre y su corazón descubiertos en medio de las más patéticas efusiones de todos los afectos y de los sentimientos más profundos y vehementes. En él la poesía y la elocuencia compiten en mostrarnos á Dios y al hombre, exigiendo ambas nuestra gratitud y admiración, porque ambas para nuestro deleite intelectual y para nuestro aprovechamiento han hecho suntuosa ostentación de sus más brillantes galas, de su poder, de su magia encantadora, y de su vuelo divino. Yo creo que un orador sagrado pudiera estudiarlo con más fruto que á Marco Tulio el que anhela sobresalir en la elocuencia forense. Estoy en la persuasión de que para los predicadores es una mina de oro; y ya que como profano no pueda explotarla en el púlpito, y me halle sumamente lejos de la presunción atrevida de poder dirigir mi débil voz á los ministros de la divina palabra, sin asomo de audacia se la dirigiré á mi joven amigo Paulino, que aspirando á alistarse en la milicia del Señor emplea sus tiernos años en adquirir muchas riquezas científicas y literarias para invertir las algún día en el cultivo de la viña del Redentor, que le llama á su santuario y le convida á ser uno de los más afanosos labradores de la heredad comprada con su sangre.

Tienes razon, querido Paulino, en estasiarte con el libro de Job: á mí me sucede lo mismo. Lo leemos pues juntos y te iré diciendo lo que me parezca mas notable en orden á su escelencia literaria. Tú estudiarás con los espositores cuanto acerca de él haya digno de saberse en lo sustancial de los profundos comentarios que requiere para su completa inteligencia. Esto entra en el plan de los estudios de cualquiera que como tú está destinado por su vocacion á hablar desde el púlpito al pueblo cristiano; asi pues no me toca mas que hacerte algunas indicaciones sobre la utilidad que de él puedes sacar para el mejor desempeño del ministerio de la predicacion. Sí, no es esta la primera vez que me has oido que para formarte en la elocuencia sagrada te debes familiarizar con tan admirable libro, imbuyéndote en sus bellezas y procurando apropiártelas. Ya sé que te es muy grato el que te hable de cualquier punto de literatura, porque me aprecias mucho mas de lo que merezco, y yo me complazco infinito en manifestarte cuanto veo y cuanto siento con toda la sencillez y estremada franqueza de mi antiguo cariño. Me has de perdonar que al hablarte de oratoria, de sublimidad y otras cosas de este tenor, no te dé ejemplo de belleza de estilo, que siendo tú la persona á quien dirijo la palabra, bien puedo hacerlo con efusion de confianza, con cierto desaliño y desigualdad de tonos que casi es muy natural en quien embebecido en otras ideas, apenas se acuerda de sí mismo. Principiemos.

¿Qué ves en los dos primeros capítulos? Yo veo

á Dios en el cielo; sus ángeles en congreso; el demonio recorriendo toda la tierra y presentándose al Eterno; la dependencia y sujecion en que el Señor tiene á los espíritus malignos; el sumo aprecio que de la virtud del hombre se hace en las alturas celestiales; la Providencia divina, sin cuyo permiso y ordenacion nada adverso sucede; el espectáculo hermoso de un justo, cuya virtud resplandece en remota antigüedad como la luz de la tierra de Gesen cuando tinieblas encubrian á Egipto; la antigua inestabilidad de la fortuna humana en el derrocamiento y espantosa mudanza de la del venturoso potentado de Hus, el sublime triunfo de su virtud en su resignacion tan santa como majestuosa, tan sencilla como patética. Veo una rápida é inundadora avenida de males sobre un justo, cuya virtud é inocencia Dios mismo publica en los cielos; veo un consuelo inefable para toda alma que padece sin culpa, porque Job siendo santo es entregado á la furia y á los tormentos de su infernal enemigo, y asi no pueden ser verdadera desgracia unos padecimientos enviados por el Señor á sus escogidos, á aquellos en quienes mucho se complacen sus ojos paternales. Veo resuelta de hecho la gran cuestion que se agita en este libro sobre si Dios alguna vez azota en esta vida por sus inescrutables juicios á quien nunca le ha ofendido gravemente, pues me consta que el Señor como que se jactó de tener sobre la tierra un siervo tan escelente un momento antes de que Job abismado en un océano de desventuras estuviese en un muladar hecho una llaga de

pies á cabeza como el Santo de los Santos en el monte Calvario. ¡Cuánto se ve, cuánto se admira y aprende en pocas líneas en la apertura de este libro, y todo esto espresado con las palabras mas claras y mas sencillas!

Así ha de ser, Paulino, el exordio de tus sermones. Esponer grandes verdades con claridad y sencillez, con majestad y de modo que se dejen columbrar á lo lejos otras muchas del mismo orden, que han de venir en pos de las primeras, como en pos de la aurora la luz del sol mas copiosa y mas brillante; presentar al entendimiento ideas que susciten otras muchas y pongan en espectacion al auditorio; mostrarle la utilidad moral que encierra el asunto que va á desenvolverse; ofrecer á la imaginacion una perspectiva nueva, no en sí misma, pues la verdad es eterna, sino en sus formas y en su promulgacion; apoderarse en lo posible del corazon de los oyentes preparándole á saludables conmociones; es lo que un orador sagrado debe hacer en la introduccion de su discurso. Todo esto lo hallo en los dos primeros capítulos de Job y tú mismo al leerlos habrás experimentado que te producen semejante efecto. Con tu talento y sensibilidad, no necesitas, Paulino, de que te lo haga sentir con repetidas esplanaciones. Tú me comprendes con media palabra que pronuncie.

¿Y soy Dios, me dirás, para ofrecer á mis oyentes un espectáculo tan grandioso é interesante como el de los dos primeros capítulos de Job? ¿Dispongo yo del cielo, de la tierra y de los príncipes de los

abismos? Sí, la gloria del escelso firmamento, todas las generaciones humanas, la lóbrega eternidad del infierno, todo, todo estará en tu mano, no solo porque las verdades de la religion son como una inmensa cadena que abarca todos los mundos visibles é invisibles, todos los siglos pasados y venideros y comprende á cuantos hombres han existido y existirán desde la aurora de los tiempos hasta su fin, sino tambien porque revistiéndote en el púlpito de la autoridad de todo un Dios, cuyo intérprete y cuya lengua eres, será dado á tu poderosa palabra esplayarse, dirélo así, por infinitos espacios.

(*Capítulo 3 de Job.*)

1. Despues de esto abrió Job su boca, y maldijo su dia.
2. Y dijo:
3. Perezca el dia en que yo nací, y la noche en que se dijo: concebido es varon.
4. Conviértase tal dia en tinieblas, no cuente Dios con él en lo alto, ni haya luz que lo alumbre.
5. Tinieblas y sombra de muerte lo oscurezcan, cúbralo densa niebla, y sea envuelto en amargura.
6. Apodérese de aquella noche un tenebroso torbellino, &c.
7. Solitaria sea aquella noche, &c.
8. Maldíganla, &c.
10. Porque no cerró las puertas del vientre que me contenia, &c.

11. ¿Por qué no morí yo en el vientre ó salido de él no perecí al instante?

12. ¿Por qué fui recogido en el regazo? ¿Por qué alimentado en los pechos?

13. Pues ahora dormiría yo en silencio, y estaría en mi sueño descansando.

16. Ó como el abortivo clandestino no subsistiría, ó los que concebidos no salen á luz.

20. ¿Por qué al desdichado se deja ver la luz, y gozar de vida á los que tienen su alma llena de amargura?

23. Al hombre que no ve por donde caminar y Dios le rodeó con tinieblas.

24. Antes de comer suspiro: y el rugido mio como aguas de inundacion.

26.

. Y la indignacion vino sobre mí.

No tengo, Paulino, para qué ponderarte la vehemencia y profundidad y terrible amargura y patética exaltacion de Job en estas imprecaciones. Tú ves la sublimidad de este dolor, tú la sientes tanto como yo. Te aseguro que no tiene igual en su género; pero principalmente quiero que atiendas á la fuente de donde ha salido. ¿Adivinas cuál es? ¿La extraordinaria agitacion de su ánimo, la desesperacion? Agitacion de ánimo la hubo en Job y muy grande, y desde luego convengo en que es preciso que haya en el alma cierto calor, cierto movimiento de exaltacion para que se espese con valentía y vehemencia y particularmente para hablar el conmovente len-

guaje del dolor. En cuanto á desesperacion, no se nos propondria Job como admirable modelo de paciencia si alguna vez hubiese caido en ella. Y aquí debo decirte que me ha sido muy sensible ver que sostiene la opinion contraria el célebre crítico inglés Lowth tan apreciable por los buenos versos latinos con que tradujo muchas de las incomparables poesías de la Biblia. No hay que estrañarlo. Era protestante; y el protestantismo tiene los ojos turbios, y así como en él nada hay grande, tampoco quiere verlo fuera de él. Lowth, por mucho que apreciase las bellezas poéticas de este divino libro, le quitó la mas sublime, cual es el espectáculo de una paciencia que por tan largo tiempo triunfa de las mas desesperadoras tentaciones, de los mas rudos combates, de todos los esfuerzos del infierno empeñado aunque en vano en abrir brecha en ella. Las maldiciones que acabamos de admirar nada contienen de realmente malo, como lo verás probado en nuestros espositores católicos; no son mas que una inocente efusion de dolor, inocente he dicho y aun debiera decir santa, pues nuestros sábios comentadores piensan que el maldecir Job el dia de su nacimiento y la noche en que fue concebido, lo cual no es mas que desear no haber nacido para no verse anegado por un mar de infortunio, proviene de un sentimiento laudable cual es el de querer no haber venido al mundo para no tener el peligro de incurrir en pecado, pues al santo príncipe abrumado por todas las desventuras del universo atormentaba la tremenda duda de si habria ofendido

á su Dios, idea que naturalmente habia de ocurrirle en vista del formidable castigo con que le hirió la mano del Todopoderoso.

Pero volvamos al punto hácia el cual te he llamado la atencion. El 2.º capítulo concluye con los tres versículos siguientes.

41. Oyendo pues tres amigos de Job todos los males que le habian sobrevenido, vinieron cada uno de su tierra. Eliphaz Themanites, y Baldad Suhites y Sophár Naamites. Porque se habian concertado para venir juntos á visitarle y consolarle.

42. Y habiendo levantado sus ojos desde lejos, no le conocieron, y exclamaron llorando; y rasgando sus vestiduras, esparcieron polvo sobre sus cabezas hasta el cielo.

43. Y estuvieron sentados con él en tierra siete dias y siete noches, sin que ninguno le hablase palabra, porque veian la vehemencia del dolor.

¿En qué se emplearon estos dias y estas noches de que habla el sagrado Testo, sino en meditar en los dolores de Job, en contemplarlos y admirarlos? ¿Y con cuánto mas sentimiento, fijeza de imaginacion y dilatado tiempo en ellos meditaria en silencio tristísimo y profundo recogimiento el infeliz que los padecia? Considéralo, Paulino, y créeme que de aquí nace esa vehemencia, esa profundidad de sentimiento, ese colorido sepulcral, ese tono tan lúgubre que nos maravilla y encanta penetrándonos de su amargura.

De la misma fuente, de la meditacion has de sa-

car el sagrado fuego de tus sermones. Se predica muchas veces sin unción, sin alma, porque los discursos se escriben ó se improvisan en un estado de tibieza, y no quiero decir por esto que tales oradores no tengan el hábito del amor divino, sino que estoy persuadido de que para comunicar al auditorio algunas centellas de aquel es necesario que para el efecto haya pasado á ser acto. Solo meditando suelen venir la vehemencia, la posesion, los grandes pensamientos. Para hablar es preciso que estén llenos el corazon y el entendimiento; y esto se logra en la oracion, en la contemplacion. Ha de ahondar mucho en el asunto el orador para que le sobrevengan del *cielo* ideas y formas con que despertar y fijar la atencion de sus oyentes, pues las materias que trata, aunque de suyo nobles é importantes, son muy trilladas, y es indudable que se recibe con frialdad lo que ya se sabe si no se presenta con mas viveza, con mas calor, con mas atractivo, con mas bellas formas que las que tiene en la mente del auditorio aquello mismo que sale de la boca del predicador.

El corazon y el entendimiento son dos hogueras, que por lo regular están cubiertas de ceniza: para que su fuego se deje ver es necesario que las remueva en la oracion el inspirador soplo del Altísimo. Paulino, esta es la mina de donde los ministros del Señor han de sacar el oro purísimo que deben repartir al pueblo cristiano. No puedo señalarte otra mejor, ni es posible inventarla. En ninguna parte se aprende tanto como hablando con Dios. Creo que

para todo sea utilísima la oracion mental; pero al mismo tiempo tengo una íntima conviccion de que *sobre todo* y muy particularmente es útil y sobre manera útil para hablar desde la cátedra del Espíritu Santo con fruto, eficacia y elocuencia. Yo lo he experimentado y no predicando, pues sabes que no me es dado predicar, sino sintiendo en mí mismo el efecto de la predicacion que, á no dudarlo, habia salido del trato con Dios en la oracion mental. Repetidas experiencias de este género me confirman en lo que te estoy diciendo. Pero entre otros recuerdo especialmente á un sacerdote joven, cuyas palabras producian extraordinario efecto y gran fruto en una capital por los años de 1834 y 35 siendo evidente que no tenia tiempo para componer sus penetrantes discursos, y aunque no carecia de dotes oratorias, sin peligro de equivocarme aseguraria que he conocido otros mucho mas aventajados y aun célebres por su elocuencia, los cuales no lograban hacer en las almas lo que él, escediéndole en ciencia, en arteificio oratorio, acaso en elevacion de ideas, y en belleza de estilo. Aquel joven que empleaba todo el dia en el confesonario, predicaba lo que habia meditado y sentido en la presencia del Señor. Esta ha sido por lo regular la preparacion que han llevado al púlpito casi todos los santos, esos varones del cielo, cuya voz conmovia ciudades y reinos, quebrantaba corazones empedernidos y hacia maravillas donde quiera que resonase. Lee las admirables homilias de San Juan Crisóstomo y las de San Bernardo que

es un prodigio de impetuosidad divina: lee sus vidas y dime qué lugar tuvieron para componerlas y de dónde las sacaron. Yo estoy cierto que de la meditacion. Ellas mismas lo están diciendo. Supongo que la mayor parte de los predicadores sean hombres de oracion: con esto hay mucho adelantado para bien predicar. Mas á mí se me figura que algunos de ellos hacen su oracion para su propio provecho espiritual, sin que sus sermones participen mucho de él: meditarán al amanecer sobre el amor de Dios y aquella misma mañana pronunciarán un discurso acerca de la terribilidad de sus juicios. Ya ves que los afectos del amanecer no habrán tenido mucha cabida en el sermon de aquel dia. El sacerdote ha de emplear todos los tesoros de su mente y de su corazon en el bien de las almas; y yo confío en que tú lo harás, comunicando á tu auditorio las luces y los sentimientos que al Esposo divino pluguiere darte en la oracion. Allí se aprende á hablar con la vehemencia que Job.

(*Capítulo 4 de Job.*)

En este capítulo principian á argüirle sus amigos, que á consolarle habian venido. Las sentidas quejas en que Job prorumpió en el anterior, movieron á uno de ellos que se llamaba Eliphaz Themanites, á reprenderle tachándole de impaciente, pareciéndole aquellas escesivas, porque á él no le dolián como á Job sus males, dice en este lugar nuestro Fr. Luis de Leon. He aquí una de las razones

del agriamiento de Eliphaz, creer que su desdichado amigo ofendía al Señor traspasando los límites de la paciencia, á lo cual se juntó su inexacta idea sobre la economía de los premios y castigos divinos en la vida transitoria. Juzgaba que el Juez omnipotente siempre castiga á los impíos antes que salgan de este mundo y premia á los buenos aun antes de llevárselos al cielo. Se me ocurre que Eliphaz no habia leído *las Veladas de San Petersburgo* ó *Diálogos sobre el gobierno temporal de la Providencia* del inmortal Conde de Maistre. Perdóname, Paulino, esta especie de bufonada, que con razon dirás que viene muy mal en un asunto tan sério, y dando por hecho que me la has perdonado, digo que el tal Eliphaz no solo padecia gravísima equivocacion sobre un punto tan importante, sino que además era hombre de un celo indiscreto, acre, irreflexivo y violento como lo eran sus dos compañeros tambien obstinados en que Job padecia por sus culpas, supuesto que segun ellos Dios no envia tribulaciones sino al delincuente. Tengo por seguro que este su primer discurso fué una improvisacion nacida como se ve del falso concepto que formó de los lamentos de Job, creyendo que habia en ellos culpabilidad. El orador procedió de ligero; si no hubiese improvisado su discurso, tal vez reflexionando algo mas no se habria dejado llevar de la ilusion, y no hubiera echado tanta hiel en un corazon de angustias en que rebosaba el dolor.

Cuando tengas mas años, querido amigo, palpa-

rás por ti mismo cuán malo, cuán funesto es improvisar en la respetable cátedra del Espíritu Santo. En ninguna parte puede producir peores efectos una improvisación inconsiderada: sus malos resultados son de mucha trascendencia tanto para el predicador como para el público que le escucha. El predicador debe mirar su reputación como preciosísima joya, que Dios le ha dado á guardar para que con ella llame á las gentes al camino del cielo, y no hablo ya de aquel buen nombre de sacerdote de probidad y virtud que tan esencial le es, sino de aquella reputación de hombre en cuya doctrina, consejos y palabras no hay la mas mínima inexactitud.

Créeme, Paulino, créeme, te ruego, que para que el ministerio de la predicación se desempeñe con fruto es necesario que el auditorio tenga una plena confianza en la verdad constante del orador; y si alguna vez le oye algun pensamiento inexacto, alguna ocurrencia aérea, alguna arbitrariedad en sus sentencias, alguna exigencia supérflua en materia de moral, alguna falta de distinción en reprender lo grave como grave y lo leve como leve, empieza á desconfiar de casi todas sus palabras, las escucha con prevención y pierde el respeto á la doctrina emanada de aquella boca, por mucho que en sí misma la venera. No juzgues que exagero. Lo que hago es hablarte con una franqueza que con ningun otro tendría, con una franqueza que fuera de este caso y sin el objeto que me propongo, tampoco soy de parecer que se usase porque sería algo peligrosa, y por

lo mismo la mayor parte de las personas sensatas que notan semejantes defectos en los predicadores suelen guardar una prudente y respetuosa reserva.

Pero este inmediato resultado de muchas improvisaciones, aún es menor daño que el producido por las mismas, y ¡ay! no rara vez en gran parte del auditorio. En una improvisacion es harto facil soltar una palabra que no corresponda á lo que tenemos en el pensamiento, una palabra que hasta encierre un sentido contrario á lo que pretendemos espresar. Esto á primera vista parece una paradoja, siendo un hecho que acredita la esperiencia. ¿No te ha sucedido algunas veces en conversacion acalorada viéndote reconvenido por el contrincante replicar tú: no he dicho eso; no he querido decir eso; si lo he dicho, no ha sido con esa intencion; no he pensado lo que he dicho, y otras locuciones parecidas, que con frecuencia se oyen particularmente en disputas en que no hay calma para pensar lo que se habla? ¿Quién no ha tenido que arrepentirse alguna vez de lo que ha respondido inopinadamente? ¿Quién no se ha acusado á sí mismo de haber hablado en alguna ocasion sin la conveniente mesura, sin el tino y aplomo que el caso requeria? En el púlpito todo es mas grave, porque son muchos los oyentes, porque cualquier idea inexacta abre una brecha en objetos tan divinos como la religion y la moral, tergiversándolas ó hiriéndolas de un modo ú otro, y porque allí el que se equivoca es un maestro, es como un oráculo, es un apostol enviado por Jesucristo para enseñar su

doctrina. Los que saben menos que el predicador abrazan su equivocacion, beben aquella dosis de veneno que sin saberlo él les ha dado; los que la conocen se compadecen del que la ha cometido, y si tienen celo por la verdad y por la religion, mas quisieran que les hubiera sobrevenido cualquier desgracia personal que no haberla oido en los lábios de un ministro del santuario.

Dificilmente se reunen las cualidades necesarias para bien improvisar en el púlpito; mientras es sobrado espuesto á mil y mil azarosos inconvenientes el que un orador se produzca sin prepararse y esto aun en medio del imprescindible gusto que ha de experimentar su ánimo en el ejercicio de una improvisacion brillante y feliz en la apariencia, como la de Elifaz, que abunda en imágenes poéticas y pinceladas sublimes.

(Capítulo 7 de Job.)

En el capítulo quinto continúa Elifaz su razonamiento, y á él es aplicable cuanto acabo de indicarte; en el sexto le contesta Job ponderando sus trabajos y deseando morir; y en el séptimo se espresa de esta manera en la traduccion poética del Sr. Gonzalez Carvajal.

¿Qué es la vida del hombre
Sino estar militando en viva guerra,
O como el fatigado jornalero
Que todo su renombre

Se reduce á labrar la dura tierra?
 Pues como de sufrir un día entero
 Al duro resistero
 Se cansa el labrador, y la sombría
 Noche apetece, y que le den su paga:
 Así yo triste, de vivir cansado,
 Cuento meses y noches cada día,
 Sin que nadie mi pena satisfaga.
 Si duermo, estar deseco desvelado;
 Si viene el día, anochecer deseo;
 Y en negras sombras y en dolor me veo.

Llenas de podredumbre

Mis carnes y de polvo y de basura,
 Que el viento airado contra mí levanta;
 Con tanta pesadumbre
 Agotados mis jugos, seca y dura
 Y arrugada mi piel, nada me espanta
 Como mirar con cuánta
 Velocidad los días han pasado
 De mi un tiempo feliz y alegre vida;
 Que parece que mano presurosa
 De inesperto oficial haya cortado
 La tela en el telar; y ya perdida,
 Veo que mi esperanza fue engañosa.
 Acuérdate, Señor, que un soplo leve
 Es esta vida transitoria y breve.

Las dichas que he perdido

No las volveré á ver si muero ahora:
 Ni volverán á verme los mortales
 Despues de fallecido.
 Y en pasando, Señor, aquella hora,
 Tú mismo con tus ojos divinales
 Solo verás fatales
 Restos de mi existencia destruida.
 Aparece en el cielo parda nube
 Y se desata en lluvia, y desaparece
 Sin volverse á ver mas. Así es la vida,

Que el que baja al sepulcro nunca sube
 Acá de do ha caído. El que perece
 No vuelve á ver su casa, y si volviera
 Conocido tampoco en ella fuera.

Por eso mi lamento

No cesará jamás y en mi congoja
 Dejaré desfogar el amargura
 Que dentro el alma siento.

¿Es un furioso mar que asi te enoja
 Mi miserable sér? ¿Es por ventura
 Mi condicion tan dura

Como la atroz ballena, que me veo
 Preso, y por todas partes encerrado?

¡Ay! Si solo en mi lecho, allí conmigo
 Desahogar alguna vez deseo

Las angustias del pecho fatigado;

Luego sobre mí viene tu castigo,

Que me espantas con sueños y visiones,

Y mas horror y mas terror me pones.

Si un lazo me ahogára,

Seríame ventaja apetecida.

¡Cuánto amáran mis huesos tan entero

Descanso si llegára!

Nada me son los dias de la vida;

Perdóname pues ya no los espero,

Ya mas vivir no quiero.

¿Qué es el hombre, que tanto le engrandece

Tu magestad, y en él tienes tus ojos

Siempre puestos? No bien la blanca aurora

Con nuevo resplandor nos amanece

Bajas á visitarle, y dasle enojos

Para ver si los sufre, ó si los llora.

Déjame respirar, que ya fallece

El corazon; déjame ya, te pido.

¿Hasta cuándo afligirme habrás querido?

Es cierto que he pecado;

¿Y qué podré yo hacer para ti ahora,

:

Guardador de los hombres? ¿Por qué has hecho
 Que yo desventurado
 Fuese contrario á ti? Desde esa hora
 Soy gravoso á mí mismo, y en mi pecho
 Siento el justo derecho
 Que te da contra mí la culpa mia.
 ¿Por qué no me la quitas tú que puedes?
 Borra ya de una vez su mancha fea.
 Bórrala luego y no se pase el dia,
 Tú que en poder, tú que en piedad escedes
 A cuanto de ti el hombre haber desea.
 Mira que si lo dejas á mañana,
 Ya seré polvo, y mi esperanza es vana.

Creo que en ninguna otra parte puede admirarse mayor profundidad de sentimiento, ni mas sublime dolor que el manifestado por Job en este discurso. Y he dado á su dolor la calificacion de sublime, no porque verdaderamente lo parezcan el estilo ni las imágenes en que está espresado, sino porque en clase de amargura es la suya superlativa, séame lícito decirlo, y opino que todo sentimiento cuando ha llegado á su colmo tiene bien merecido el epíteto de sublime. Doy pues ahora á esta palabra una estension acomodaticia, por ser la que mas me satisface para indicar lo extremo de la tristeza y amarguísima situacion de ánimo que nos pintan los doloridos acentos del santo Job. Tan profundo, tan *sublime* debia ser este sentimiento para producir la sensacion lúgubre que nos comunica, ó lo que es lo mismo, para tener tanta uncion.

Entiendo por uncion la mágia de apoderarse suavemente de los corazones, la de ir introduciendo en

ellos lo que se siente; el secreto de inspirar á las almas de otros los afectos de la nuestra de un modo blando y suave al par que activo y poderoso. Y empleando aqui esta palabra porque tratamos de un libro de la divina Escritura y de la elocuencia del púlpito, te confieso, Paulino, que el mejor medio de explicarme á mí mismo ó de comprender como obra la uncion es acordarme de la misteriosa manera con que la gracia de Dios ejerce su apacible y omnipotente influjo sobre los hombres. Poderosa es en sí misma la gracia, aunque obre con admirable suavidad; asi han de ser vivos, enérgicos, fuertes, y sobre todo íntimos y profundos los sentimientos que rebosen en el alma del orador sagrado para que expresados tengan el privilegio de ir acompañados de uncion. Si no han llegado á esa altura, si no logran ese temple, si no revelan esa profundidad, dificil es que alcancen esta prerogativa. Y esa altura, ese temple, esa profundidad, esa vehemencia íntima de los sentimientos religiosos no se adquieren con el estudio, ni son fruto espontáneo del talento, ni para esto vale nada el ingenio. Es preciso que el corazon los tome principalmente en la oracion, que se revista de ellos, que se empape en ellos, que viva de la vida de ellos, que respire por ellos, y sea como el centro y la hoguera de la llama de ellos que ha de ir á comunicarse por trasfusión en las almas de los oyentes.

Asi estaban los corazones de los santos que predicando obraban prodigios de conversiones. Recaliéntate, Paulino, leyendo y estudiando sus produc-

ciones llenas de fuego divino y de esa profundidad de sentimientos de que te hablo, y no creas que es tan difícil obtener con la palabra de Dios triunfos casi iguales á los de sus mas esclarecidos siervos. La mano del Señor no está abreviada. A ti te devora el cielo por la salvacion de las almas. Tú no te contentas con poco. Y haces bien. Por eso te apunto estos medios de lograr tus deseos. Tú aspiras al verdadero fin de la elocuencia sagrada, á ganar almas para el cielo, á rendir corazones, á grabar profundamente en ellos las verdades de nuestra santa religion, á dar cuando menos vivo impulso á los buenos sentimientos de tu auditorio. Esto no se consigue si tú no los posees vivísimos; ni te figures que este sea algun secreto de solos los santos. Lo habrás leído en Ciceron en su libro del orador; no echarás en olvido que es uno de los axiomas de Horacio tan perfectamente espresado con su habitual laconismo: *Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi*. Todos los maestros del arte te dicen que para persuadir es menester que tú estés profundamente persuadido, que para despertar algun afecto es preciso que este te domine, te llene, redunde en ti.

Por falta de tan precioso requisito muchos sermones preñados de erudicion y aun de ideas altas y brillantes no reportan sino una admiracion esteril y poco ó nada consiguen para Dios, pues si instruyen es sobre cosas que el auditorio acaso tiene tan bien sabidas como el predicador, y les ha faltado lo principal que es mover los corazones. No basta que ha-

ya afectos; es necesario que estén concebidos y dichos con verdadero afecto. Esta diferencia se palpa en los discursos de Job y en los de sus tres amigos. Ni me digas que confundo la unción con la moción de afectos; aun admitida la distinción, que yo francamente confieso que no es muy fácil establecer deslindando con claridad y rigor lógico ambas cosas, uno y otro efecto tienen una misma causa. Por lo demás, no se oculta á tu ilustrada penetración, que aun puestos los medios, ante todo en tratándose de sentir y hacer sentir, ante todo es preciso tener corazón, y que el feliz resultado siempre es un don de Dios, y sin embargo nosotros debemos obrar como si todo dependiera de nosotros mismos al mismo tiempo que todo bien lo esperamos de la bondad divina.

Pero escudriñemos algo acerca de la profundidad de sentimientos y de la melancólica energía de ellos en el citado capítulo de Job. En primer lugar es muy propio de un alma profundamente afligida el penetrarse de que la vida humana no es mas que una amargura continúa y por lo mismo no es apetecible, naciendo naturalmente el deseo de que el Señor compadecido de nuestra angustia ponga á ella fin con la muerte. Vas á ver bellamente comentado este pasaje por el insigne maestro Luis de Leon. Despues de haber mostrado la propiedad con que Job se compara al labrador que espera el término del dia para que le paguen su jornal y le llegue la hora del ansiado descanso y con cuánta razon asemejando la vi-

da de todos los hombres á la del soldado, llámala milicia ó como ha traducido el poeta. ¿Qué es la vida del hombre sino estar militando en viva guerra? Prosigue de esta manera: «Y asi ha de entender el que nace, que nace alquilado para trabajo y peligro, y que por el uso y por el jornal de esta luz se le manda que afane en este valle miserable, y que el estar en él no es estar en descanso, y que no viene á tierra de paz y de amigos, sino á lucha y á enemigos continuos; y ello á la verdad es asi, por do quiera y cuando quiera y en cualquiera que se considere la vida. Porque en todas horas de ella hay su trabajo, en la niñez de ignorancia y flaqueza, en la mocedad de sus pasiones y ardores, en la edad de varon de las pretensiones y competencias, y en la vejez de ella misma, y en todas acomete la enfermedad, y reina la muerte, y es poderoso el desastre. Y lo que en las edades acontece, en los estados tambien: que todos laceran, y muchas veces mas los que parecen mas descansados. Que si hablamos del descanso del siglo, los que se dicen señores de él, ó los que al parecer ordenan cuanto hacen para vivir con descanso, como son los ricos, los regalados, los suntuosos, los grandes; ellos mismos como á fuerza del tormento que les dan sus cuidados confiesan que padecen miseria; y si volvemos los ojos á los que en los bienes del cielo buscan la paz del espíritu; ¿quién podrá referir los peligros de este camino, los tropiezos que en él les pone el demonio, sus ardidés, sus sutilezas, los lazos llenos de engaño encubierto?

No hay cosa en esta vida tan llana que no tenga sus malos pasos; y este mar del vivir cuando está mas sosegado ha de ser mas temido: que en su calma hay tempestad, y su quietud y sosiego encubre en sí furiosas olas mas empinadas que montes. Del peligro que en la vida espiritual hay solia decir San Gerónimo: No hay cosa ni mas feliz que el cristiano (á quien se le promete el reino de los cielos; ni mas llena de trabajos por los cuotidianos peligros de la vida: nada mas fuerte que el cristiano, porque vence al diablo; y nada mas debil, porque es vencido de la carne.) Del estado seglar alto y real decia un antiguo poeta:

En la prosperidad reposa el miedo,

El peligro en lo claro y señalado,

Todo lo alto en hombres no es seguro:

Que con la envidia ó tiempo viene al suelo,

A la cumbre del bien el que ha subido.

Asi que es nuestra vida guerra, porque es trabajosa y sujeta de continuo al peligro, y porque son nuestros enemigos casi todos aquellos con quien en ella vivimos: que nuestro calor mismo que nos la da nos la gasta, y nuestros deseos nos meten en diversos peligros, y los sentidos nuestros que tienen la puerta la abren á lo que lanzado en el alma la daña, y los hombres nos engañan, y la fortuna nos burla, y los animales nos acometen, y los elementos nos acarrear las mas veces la muerte. Pues de lo invisible que nos hace guerra en lo secreto, ¿quién dirá su muchedumbre? ¿su industria? ¿su maña? ¿su fuerza? Y si esto, dice Job, es en todos así; ¿qué será

en mí á quien falta cuanto es de consuelo, y sobra cuanto acarrea tormento? Por manera que de lo general descende á lo particular de su suerte, y prueba y engrandece su miseria propia con la miseria que anda siempre junta con la vida comun, y arguye de lo mas descansado á lo que es menos, asi: Si la vida en todos (aun en los prósperos y felices) es guerra; ¿qué vida será la mia contra quien pelean juntos el cielo y la tierra? Y porque es tal, desea (como luego dice) dejarla, mas que desea el esclavo trabajado la noche, y mas que el jornalero la fin del dia.»

He aquí profundidad de sentimiento en Job y en su sábio espositor Fr. Luis. Y si quieres convencer-te y penetrarte bien de ello, lee toda la esposicion de este capítulo en el autor que acabo de citar ó en cualquier otro que, teniendo corazon, se estienda en comentar las palabras de este incomparable libro. Contempla tú mismo, sigue y examina el hilo del discurso de Job, y verás encantadora efusion de altos sentimientos de dolor, de humildad, de exacerbacion de angustia, de atrevida, tierna y amigable franqueza con Dios, de reconocimiento de la Magestad divina, de la miseria propia y de la nada del hombre. Estremo de amargura, extremo de sublime confianza al hablar con Dios, vivísimas pinturas de su padecimiento, patéticos deseos nacidos de él, interpolacion de reflexiones tan profundas como oportunas, admirables contrastes entre la grandeza de los divinos atributos y la desesperante lacéria y abatimiento en que se halla el moribundo enfermo que habla priva-

do de todo bien, de todo descanso, de todo consuelo, de toda esperanza del menor alivio en su desdichadísima suerte, y todo esto espresado con un calor, con una naturalidad, con un convencimiento íntimo de lo que dice y lo que siente; son todos caracteres y dotes que generalmente y en particular en este discurso, hay que admirar y estudiar en los razonamientos de Job.



CAPITULO III.



8.º *capitulo de Job.*—En este capítulo Baldad Suites fundado en el mismo error que Elifaz é insistiendo en el mismo medio de argumentacion dice á Job que se ve tan abrumado de desventura porque sus hijos pecaron contra Dios, y que por eso el Señor los abandonó á su iniquidad, pero que si se convierte le restituirá el cielo su perdida bienandanza y felicidad. El mismo exordio por lo destemplado ya denota un celo indiscreto é irreflexivo, pues principia increpándole porque habla tanto y echándole en cara que no son mas que viento todas sus palabras.

Querido Paulino, del celo indiscreto te has de guardar como del enemigo infernal en el santo ejercicio de la predicacion. Yo le tengo por un diablo vestido de luz, pero diablo invisible que no hay cosa mas difícil de descubrir y reconocer en sí mismo. El caracter distintivo del celo indiscreto es una especie de ceguera para verlo todo negro, para calificar de iniquidad todas las acciones del hombre, para condenar cuanto se piensa, se hace ó se dice en el mundo como negando que pueda haber virtudes so-

bre la tierra. El celo indiscreto lleva siempre la contramarca de la exageracion. La exageracion saca de quicio la sábia y dulce moral de Jesucristo.

Nadie sería capaz de persuadirme de que la exageracion tenga un legítimo derecho para entrometarse utilmente en el discurso en el ardor de la oratoria como un auxiliar favorable; yo la abomino como su mortal enemigo; y tengo la mas íntima conviccion de que para el triunfo del orador no hay mejores armas que la verdad y exactitud de todas sus ideas, sentimientos y palabras. Háblese con vehemencia, pero no se vulnere en lo mas mínimo á la verdad, píntese con los mas fuertes colores, pero no se desfigure en lo mas mínimo á la verdad, enciéndanse el corazon y el alma en el fuego del entusiasmo, pero que su llama no se atreva á tizar la pura y respetable imagen de la verdad. Permaneciendo ilesa la verdad, dése á la oratoria todo el vuelo que se quiera. Así lo han hecho los grandes oradores del cristianismo. Léelos, óyelos, y notarás que en ellos no hay exageracion. Esta es propia de entendimientos algo mezquinos. Sabes que desde mis mas tiernos años estoy oyendo sermones infinitos de oradores escelentes y de oradores aun menos que medianos. Pues bien, una constante esperiencia me enseña que en estos y no en aquellos se halla por lo regular la exageracion, cuyo blanco, ó víctima, sin quererlo ellos, sin saberlo ellos, suele ser principalmente la sábia, la bondadosa, la divina moral que nuestro adorable Redentor vino á enseñar al mundo.

Para que no caigas en la desgracia de tergiversarla alguna vez en el púlpito, acostumbra tu ánimo á la prudencia, á la templanza, á la discrecion, á no dar margen á escrúpulos por falta de claridad, de integridad y aun de franqueza en las instrucciones que des á tu auditorio, en el cual se hallan personas de muy distinta condicion y capacidad, de distinto caracter, corazon y entendimiento. Advierte que todos tenemos una gran propension á exagerar, y en prueba de ello rara vez se habla de una persona sin que se la pinte algo mejor ó algo peor de lo que realmente es. Así sucede con todo lo demás. Por lo mismo debes estar muy alerta para que en la cátedra del Espíritu Santo no hagas la práctica de la virtud mas difícil de lo que es en realidad, y para que no contribuyas á que las almas timoratas crean que son pecados todos sus sentimientos, y lo que no siendo condenado por Dios, no es mas que una propiedad de la naturaleza humana como los lamentos de Job, que para sus amigos eran grave delito.

(Capítulo 9 de Job.)

Yo te propongo, mi Paulino, este capítulo en particular y todo lo que habla Job en su libro como modelo de un género de elocuencia, que á mi ver casi siempre produce un gran efecto. A mí por lo menos me hace mucha impresion la mezcla de lo sublime y lo lúgubre; el dolor y la elevacion de ideas ó grandiosidad de imágenes me parece que for-

man juntos un cuadro interesante como se ve en las páginas de Jeremías, David, Isaías, y otros profetas y muy especialmente en el dolorido Job. Lo mismo pudiera decirte de muchos poetas, que interesan grandemente por esa union de lo triste con lo elevado, como Klopstock en los diez primeros cantos de su *el Mesías*, Dante en su *Purgatorio* y en su *Infierno*, Virgilio en el libro 2.º de su *Enéida*, Milton en muchos pasajes de su *Paraiso perdido*, Homero en el último libro de su *Iliada*, en nuestros dias el sentimental Silvio Pellico en sus composiciones líricas, y Lamartine en varias de sus *Armonías religiosas* y en sus *Primeras meditaciones poéticas*, todos los trágicos de primer orden, y para nombrar algunos entre los españoles, Herrera en la cancion *á la pérdida del rey D. Sebastián*, Rioja en la de las *Ruinas de Itálica*, Fr. Luis de Leon en la *Profecía del Tajo*, Melendez en la de *la Tempestad, la Tribulacion, la Muerte de Cadalso* y otras, y nuestro contemporáneo D. Juan Nicasio Gallego en su celebrada Oda elegiaca *al dia dos de mayo* asi como D. Felix José Reinoso en las últimas páginas de su *Inocencia perdida*. En prosa sucede lo mismo. Baste por ejemplo de esta indicacion el capítulo en que mi paisano y amigo el sábio D. Pedro Antonio Fernandez de Córdoba muestra á Jesucristo en su pasion como rey del tiempo y de la eternidad en sus *Recreaciones en la contemplacion del cristianismo*. Me dirás que ante todo debia citarte por modelo las oraciones fúnebres de Bossuet, y tienes sobrada razon. Empápate en su espí-

ritu, admira sus formas, analiza su fondo, y convendrás conmigo en que la íntima union ó mezcla de lo elevado y lo lúgubre es lo que en particular las hace tan imponentes. Te haré observar de paso que nada es tan á propósito para lograr este misterioso efecto como la magestad de las ideas religiosas, que el mundo debe á la doctrina venida del cielo con el divino Salvador.

Voy á ponerte algunos versos sublimes y algunos otros lúgubres de este capítulo noveno como se hallan en la traduccion poética de Carvajal para no ocupar mucho lugar copiándolo entero, como tú lo debes ver mas despacio.

Así habla del poder de Dios.

El arranca los montes de su asiento
Sin que ellos de su enojo se aperciban.
El conmueve la tierra en su cimiento,
Y retiemblan las bases en que estriban
Las columnas del sólido elemento.
Por él se esconde el sol do no reciban
Los mortales su influjo y luces bellas.
El sigila y oculta las estrellas.

El es quien ha estendido por su mano
Esa bóveda azul la vez primera.
El del piélagos inmenso soberano
Las ondas pisa; y en el alta esfera, etc.

.....

Si á mí llega, no sé cómo procede,
Si se me aleja, ni mover lo siento.
¿Quién le responde, si pregunta airado?
¿Quién á reconvenirle será osado?

Al Dios á cuya ira, si se enoja,
Nadie resiste: el poderoso, el grande

Le tiembla humilde y á sus pies se arroja.

¿Y quién soy yo, que osado le demande

La causa del dolor y la congoja,

Con que callar y padecer me mande?

.....

Y no sabré tal vez dónde me esconda,

Del turbion de sus iras aturdido,

Con que todo me cerca á la redonda.

Los golpes doblará con que me ha herido

Sin causa que yo sepa; y mi amargura,

Sin reposo me dar, hará mas dura.

Si de su fortaleza se tratára,

¿Quién fuerte como él? Si de severo

Y equitativo juez, ¿quién le igualára?

¿Quién ante él á defender su fuero

Se atreve? Si yo mismo me intentára

Justificar, mi lábio mas sincero

Me condenára, y la justicia mia

Falsa justicia ser me probaria.

Aunque me tenga yo por inocente,

No pudiendo del todo estar seguro,

Triste muriendo vivo y displicente.

Solo una cosa afirmo y aseguro:

Que Dios no azota solo al delincuente,

Sino al justo tambien. ¡Azote duro!

Prívelo del vivir, y no se diga

Que se rie burlando su fatiga.

.....

Y si no es él, decidme, amigos mios,

¿Quién es? ¿Quién es? Aquel á quien le place

Mis clarísimos dias en sombríos

Y tristes cambiar; que apenas nace

El bien, vuelan con él como el ligero

Nuncio que corre por llegar primero.

.....

¿Y qué haré triste? Si callar intento,

Y componer procuro mi semblante,

Nuevo dolor añado á mi tormento.
 Pónenseme mis culpas por delante,
 Y tu justicia condenarme sienta
 A que crezca mi pena y se adelante.
 Pues si culpado soy, de esa manera
 ¿Qué alivio en su penar el alma espera?

Aunque con blanca nieve me lavára,
 Y de limpias mis manos relucieran,
 En mí tu vista manchas encontrára,
 Que asco y hedor á mi vestido dieran.
 Porque no es un igual, con quien si hablára
 Mis razones acaso le vencieran,
 Ni entre los dos hay árbitro ó tercero,
 Que declare en mi causa el justo fuero.

Ponga á un lado el Señor su justa ira,
 Suelte la vara, de me herir cansado,
 Con que enojoso me amenaza y mira;
 Porque tímido así y amedrentado
 Hablar no puedo. Si el terror que inspira,
 Viéndole á castigar determinado,
 Cesára un poco, yo me alentaria,
 Y su enojo tal vez aplacaria.

(Capítulo 9 de Job.)

En este triste discurso así como en los otros de Job, puedes aprender, Paulino, la entera y filial confianza con que se ha de hablar con Dios; y como el predicador es maestro de la vida espiritual y de los ejercicios de ella y muchas veces habla con el Altísimo en el púlpito ya á su nombre, ya en el de su auditorio, te conviene sobre manera ejercitarte en esto y saber cuáles son las anchuras y los límites del santo atrevimiento que ha de usarse con Dios, cuál al

mismo tiempo el respeto con que se le ha de tratar, cuál la dignidad del estilo que ha de emplearse, cuál la nobleza de las ideas que el asunto requiere, para todo lo cual te ofrezco en los razonamientos de Job una excelente guía, supuesto que el mismo Dios se dignó aprobarlos.

¡Qué ternura y atrevida confianza en los siguientes versos de la traducción de Fr. Luis de Leon!

¿Es bueno ante tus ojos oprimidos

Tener con violencia al que es tu hechura?

.....
¿Tus ojos son de carne por ventura?

¿Tu vista es cual la humana? ¿Tu juzgado,

Tu sér es como el sér de criatura?

.....
Tus dedos me formaron, con tu mano,

Señor, me compusiste á la redonda:

¿Y agora me despeñas inhumano?

Acuérdate que soy vileza hedionda,

Del polvo tú me hiciste.

Harás que el mismo polvo en sí me esconda.

Como se forma el queso, así yo puedo

Decir que de una leche sazónada

Me compusiste con tu sábio dedo.

Vestíteme de carne cubijada

De cuero delicado y sobre estables

Huesos con firmes nervios asentada,

Vida me diste.....

Si te ofendí, Señor, bien me has deshecho;

Si cometí maldad, á buen seguro

Que no me iré loando de lo hecho.

Y si fui pecador ¡ay! ¡cuánto es duro

Mi azote!.....

Con milagrosa mano en medio el fuego

Por prolongar mi duelo me sustentas,

:

Y muero siempre y nunca al morir llego.

Renuevas mis azotes y acrecientas

Tus iras, y mudándolos continuo,

Con un millon de males me atormentas.

¡Ay! Di, ¿qué voluntad, Señor, te vino

De producirme á luz? ¡Ay! feneciera

Antes que comenzára á ser vecino

Del mundo y que mortal ojo me viera:

Y el vientre se trocára en sepultura,

Y como el que no fué jamás yo fuera.

Mas pues lo poco que mi vivir dura

Conoces; ten, Señor, la mano airada,

Dame un pequeño espacio de holgura,

Antes que dé principio á la jornada

Para nunca volver, antes que vea

La tierra triste de negror bañada.

Acerca de lo cual dice el piadosísimo Gonzalez Carvajal: Es admirable y digna de muy sería atención en todo este capítulo la viva y ardiente fe del santo Job, y la estremada ternura y confianza que con Dios usa. Porque como un hijo con su padre, así con el Señor se desahoga de sus penas, y le pide no permita que contra su inocencia y contra la verdad misma prevalezca el error y la preocupacion de los hombres: y para esto se vale de todos los medios que mas pueden conducir á moverlo. Primero su inefable bondad, y su invariable justicia, su sér eterno é inmutable, su modo de ver y de juzgar tan distinto de como ven y juzgan los hombres: con todo lo cual dice ser incompatible, y no ser tampoco bien visto, que poniéndose de parte de los impíos lo abandonase á sus calumnias, y les permiti-

tiese sin defensa alguna oprimirlo. Ni era de creer, dice, que siendo su poder tal, que nadie estaba de él exento, quisiese parecer como un juez pesquisador, que anduviese buscando en sus flaquezas alguna ocasion de condenarlo; especialmente sabiendo como sabia, que no habia cometido maldad alguna, y siendo él obra y hechura de sus manos. Apoyado en este dulce título, le arguye lleno de confianza, recordándole el maravilloso artificio con que lo habia formado, y las prendas con que entonces lo dotó y animó: y con esto mezcla amorosas quejas por la dureza con que se ve tratado ahora, clamándole porque le liberte del reato del pecado, que es lo que en cualquier estado lo sujeta á tantas miserias. Concluye finalmente diciendo, que quisiera para esto no haber nacido, y pidiendo al Señor, que pues su muerte naturalmente no puede tardar mucho, le quiera dar algun respiro en sus males antes que muera, para llorar con mas tranquilidad sus cuitas. Esto es en suma el contenido del capítulo, y nada hay en todo ello de extraño. Porque, ¿cuál es el hijo que castigado con tanta severidad como Job, sin culpa grave que á él fuese conocida: viéndose por esto solo tratado de hipócrita é impío por sus amigos; no acudiese al padre pidiéndole con lágrimas que lo libertase de tan infame nota? Pues esto es y no mas lo que hace aquí Job: y mirándolo bajo de este aspecto, que es el que á mi parecer le conviene, nadie con razon puede estrañar sus espresiones, ni tenerlas por duras.

(Capítulo 11 de Job.)

Aquí teniendo Sophar, que es quien habla, por muy dignos de reprehension todos los gemidos y acentos de dolor que Job habia arrancado del congojoso pecho, principia con una cruel invectiva llena de vilipendio y de calumnias contra aquel inocente desdichado, achacándole pecados en que jamás soñára y torciendo á mala parte el natural y genuino sentido de sus lamentos. Ya ves, Paulino, que siendo Sophar tan mal moralista, que tenia por culpas graves los amorosos desahogos de un corazon sumerjido en un abismo de tribulaciones, no habia de ser muy buen predicador. Ya te dije que el celebrado Lowth se inclina algo al parecer de los malos jueces, que tales juicios pronunciaban contra aquel príncipe pacientísimo y sábio. Esta severidad poco racional insisto, y pláceme insistir en que pone de manifiesto que la moral protestante se aparta del tipo divino de la católica que es la augusta armonía de la justicia, de la misericordia, y de la sabiduría de Dios, quien como infinitamente benigno no impone preceptos, cuya observancia sea imposible ó sumamente difícil al debil hombre, como infinitamente sábio conoce lo que en la flaqueza humana es irremediable, y de aquí viene el que su justicia sea una justicia infinitamente ilustrada, infinitamente suave en lo que exige de nuestra conocida flaqueza. Los protestantes no tienen el espíritu de la misericordia de Dios; interpretan se-

gun los pobres alcances de los juicios humanos y se muestran poco conocedores del corazon del hombre. ¿Pero qué hay que estrañar en los que niegan el dogma del purgatorio, el cual esplica la justicia y la misericordia divina, á las cuales vulneran mortalmente los que le quitan esta insigne gloria, este arbitrio propio únicamente de la sabiduría del Todopoderoso y de esa equidad suma de que es inseparable una misericordia inmensa? De la interpretacion particular nace la mezquindad de la interpretacion. No teniendo la moral de ellos mas norma que la Escritura entendida segun el capricho de cada uno, necesariamente ha de ser vaga, fluctuante, mezquina como el particular que se la crea conforme el tipo arbitrariamente modelado ó entendido segun las cortísimas luces del que le toma en las manos.

Ya adivinarás, Paulino, que con todo esto quiero decirte que para ser buen predicador debes ser moralista juicioso; y para ser buen moralista siempre has de tener delante de los ojos la sabiduría, justicia y misericordia de Dios armoniosamente combinadas, el corazon humano y sobre todo la enseñanza general de nuestra madre la Iglesia, huyendo de toda opinion algo rara ó singular, ó no adoptada por la mayor parte de los Doctores católicos.

Ya que de moral he hecho mencion, no se me pase sin decirte una cosa, que juzgo ser de alta importancia. Puedes ser buen moralista para ti y en el confesonario, y malo con respecto al público que te escucha. Esto es mas comun de lo que parece. Y

proviene de que acerca de pecados y obligaciones casi todos los predicadores y catequistas no dicen mas que generalidades, que muchas veces confunden, y dan margen ya á escrúpulos, ya á tentaciones contra la justicia del precepto, el cual á primera vista como que se muestra tiránico ó impracticable por falta de la debida esplicacion de los casos en que no obliga ó de las personas á quienes mas ó menos incumbe su cumplimiento. Asi por ejemplo si encareces la obligacion en que estamos de corregir al prójimo cuando yerra, sin indicar en qué circunstancias deja de obligar la correccion fraterna, ó mas bien, no ha lugar á este precepto, impondrás á tu auditorio una carga que ni Dios ni la Iglesia le ha impuesto, porque ni aquel ni esta lo mandan ni aconsejan sin restricciones, y tú que habias de ser su fiel intérprete, lo enuncias sin ellas.

No pretendo que los púlpitos se conviertan en otras tantas cátedras de teología moral, ni que todas las cuestiones de esta se lleven á aquellos; pero sí desearia que se diesen mas amplias nociones de lo que importa saber á todos los fieles para el mas cabal y exacto cumplimiento de la ley de Dios y de los mandamientos de la Iglesia. Su inteligencia no debe reservarse á los ministros del Señor: estos tienen obligacion de comunicarla al pueblo cristiano, el cual por falta de ella con frecuencia se ve errar tanto práctica como teóricamente. Y si no, ¿dime, Paulino, de las personas que están toda su vida asistiendo á sermones é instrucciones catequísticas cuántas cono-

ces tú que tengan ideas claras y precisas acerca de la limosna? Unas te dirán que es precepto, otras que consejo; muchas habrán oído que se debe dar de lo supérfluo, y se verán confundidas si les preguntas qué supérfluo es este, y si les apuntas que alguna vez tienen obligacion de desprenderse de lo supérfluo á la vida y las mas veces de lo supérfluo al estado, les cogerá de nuevo esta distincion, asi como la de necesidad grave, necesidad estrema, y necesidad comun. Sin embargo, estoy persuadido de que este punto se debe dilucidar en el púlpito con todas sus distinciones y la obligacion que corre en cada una de ellas; y á buen seguro que todo es muy facil de aprenderse, muy sencillo y muy llano y para nada es menester traer á cuento las diferentes opiniones de los teólogos, mucho mas cuando sobre todos los puntos esenciales de la moral hay decisiones de nuestra madre la Iglesia emanadas de los Concilios generales ó de la infalible Cátedra de los sucesores de San Pedro.

Los conocimientos incompletos de las cosas son origen de muchos errores. Por lo mismo no pocas veces es preferible la ignorancia á una idea inexacta como la que de la justicia de Dios tenian los amigos de Job. Decian bien asegurando que el Altísimo jamás deja impunes los delitos y las virtudes sin premio, que castiga al impío y ensalza al justo. Pero esta proposicion que en sí y dicha con esa generalidad es una verdad infalible porque siempre se verifica en el tiempo ó en los años eternos, en boca de

ellos era un error, pues la circunscribían á la vida presente, en la cual, como con tanta energía y repetición les replicaba Job, se ve á los malos navegar con favorable viento, mientras la barquilla de los buenos, que al fin ha de llegar al puerto de la gloria, anda á menudo zozobrando en las agitadas olas del inconstante mar de este mundo, que unas veces azotan á los siervos de Dios y no pocas también devoran á los hijos de iniquidad. En suma, mi querido Paulino, en materia de moral te recomiendo mucho la claridad, la exactitud y el no dejar sin la competente dilucidación algunas proposiciones ó sentencias, que sin ella es muy natural que produzcan en tu auditorio malos resultados que no es fácil preveer.

(Capítulo 12 de Job.)

Todo el libro de Job es una discusión sublime sobre un mismo punto de controversia; parece una discusión eterna porque siempre gira sobre un mismo eje y siempre son unos mismos en la sustancia los argumentos que se reproducen por una y otra parte; sin embargo su lectura lejos de cansar deleita y admira. Este es un fenómeno literario. Todos los fenómenos tienen sus causas. Es preciso investigarlas ó á lo menos señalarlas si son sabidas. Preguntarte pues por qué te encanta el libro de Job á pesar de esa monotonía ó repetición incesante de lo sustancial de sus razonamientos, sería lo mismo que decirte: ¿cuáles son las bellezas que en él predominan,

cuáles las dotes preeminentes que le distinguen? En mi juicio lo que en él mas sobresale es la alteza del asunto, pues siempre se habla de Dios y de su justicia, de Dios y de su poder, de Dios y de su magestad, de Dios y de su sabiduría, de Dios en relacion con los hombres, de Dios en relacion con la naturaleza visible subordinada á su omnipotencia; asunto por sí sobre manera grande y nobilísimo; á lo cual se junta la hermosa variedad con que se halla tratado y la elevacion de ideas y sentimientos, de imágenes poéticas, de estilo y de diction que en él se emplea.

Hallo yo completa paridad entre el libro de Job y los buenos sermones. El asunto de la elocuencia sagrada no puede ser nuevo: lo que enseñaron y predicaron los apóstoles en el primer siglo de la Iglesia, lo que repitieron sus sucesores mártires en el segundo y tercero, lo que amplificaron y exornaron en el cuarto y quinto los Atanasios, los Gerónimos, los Basilio, los Hilarios, los Ambrosios, los Agustinos, los Crisóstomos, los Cirilos y tantos otros ilustres defensores de la fe y promulgadores del Evangelio; lo que en los siglos siguientes y en medio del universal trastorno del mundo por las asoladoras avenidas de gente bárbara derramada del Septentrion, sostuvieron y confirmaron los Leones, los Gregorios, los Damascenos; lo que en edades de verdadero oscurantismo, de corrupcion y densas tinieblas publicaron de parte de Dios como truenos del Altísimo y encarecieron con sus palabras de fuego los Ansel-

mos, los Bernardos, los Domingos, los Bernardinos de Sena; lo que continuaron propalando y eternizando los Padres que peroraban en la augusta asamblea de Trento, y los Santos Vicente Ferrer, Felipe Neri, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Juan de la Cruz, Tomás de Villanueva, Francisco de Paula y otros innumerables; lo que han seguido preconizando y repitiendo los Segneris, los Bartolis, los Granadas, los Guevaras, los Avilas, los Bossuet, Masiillon, Bourdaloue, Flechier, Rossi, Granelli, Venini, Pellegrini, Trento, La-Colombier, y Fray Diego de Cadiz y otros que por su infinito número no es posible mencionar, y lo que en nuestros días publican con asombro del mundo los Fraissinous, Macarthy, Ravignan, Finetti, Combalot, Lacordaire y otros muchos que aprecian y admiran las naciones católicas; en una palabra, lo que hace diez y ocho siglos y medio que se predica en todo el ámbito del orbe, eso mismo es hoy día y será siempre la materia y argumento eterno de la elocuencia sagrada. Hay mas: infinitos predicadores de muy mediano mérito reiteran continuamente estas verdades. De ellas hablan innumerables libros en que se esplica la doctrina cristiana, en que se diserta sobre la moral, en que se espone el dogma, en que se celebran las virtudes de los santos, en que se defiende la religion, en que se combaten los vicios, en que justamente se denigran las malas costumbres, en que se hace la apología de los atributos divinos, de las obras de Dios, de sus adorables misterios y de los del humanado Verbo,

como tambien se ensalzan y publican por toda la redondez del mundo las escelencias y bondades de la inmaculada Reina de los ángeles.

Así pues el objeto de la elocuencia sagrada es eterno, invariable, siempre el mismo, sabido y muy sabido, é infinitamente repetido como los argumentos que hacian á Job sus tres amigos y las respuestas que éste les daba: nada nuevo en el fondo; y no obstante extraordinario interés en la materia por su importancia y celsitud; variedad y novedad en todo lo que no es lo sustancial de la argumentacion; grandeza y lucimiento en las formas con que ésta se presenta. He aquí, Paulino, lo que da vida, aliciente é incansable novedad á las verdades que son objeto de la elocuencia sagrada, las cuales á pesar de su escelsa importancia intrínseca, por muy antiguas, muy sabidas y muy trilladas no tendrian interés ni atractivo en boca del predicador si este no las revistiera con el vistoso ropaje, que en Job hace tan interesante lo que de suyo á fuerza de repetido no llamaria la atencion.

Estas reflexiones me ha sujerido el capítulo 12 del divino libro de Job, en el cual con nuevas amplificaciones se repite lo que ya quedaba dicho acerca de la sabiduría y poderío de Dios. Pero lo mismo interesa, fija la atencion y admira porque está expresado con un language alto y galano. Concluye así:

Al que en sublime sólio corresponde
Sentado estar, derriba de su asiento,
Y alza de su rincon al que se esconde.

El espone á la luz del firmamento
Las densísimas sombras, y á la oscura
Tiniebla da esplendor y lucimiento.

El multiplica un pueblo, y él apura
Y consume su gente; y si le place
Vuelve á ponerlo en su primer altura.

A los príncipes él mudar les hace
De consejo en su mal, y el torpe engaño
No conocen, ni ven de dónde nace.

Así caminan con error tamaño
Palpando sombras donde no hay camino,
Y á oscuras y sin luz para su daño
Caen como los ébrios con el vino.

(*Capítulo 13 de Job.*)

Te acabo de indicar, Paulino, que es necesario que las verdades de nuestra adorable religion, á fin de que no cansen por muy sabidas, se presenten en los púlpitos con un lenguaje elevado. Este es un medio de hacerlas respetar, y de darles cierta novedad; pues aunque los oyentes las sepan tanto por su instruccion particular como por haberlas oido de boca de otros predicadores, las tienen en su entendimiento ó en su memoria como desnudas de todo atavío, en el descuidado traje de casa por decirlo así; y viéndolas de repente en la cátedra del Espíritu Santo aparecer revestidas de majestuosas galas, y de brillante pompa, las reciben con el respeto que á unas reinas con quienes no tuvieran familiaridad. Permíteme, querido amigo, que te haga mas patente mi idea con una comparacion algo impropia del sagrado asunto de que tratamos. Habrás visto á algunas

señoras jóvenes en sus propias casas desaliñadamente arropadas de cualquier manera con enormes mantones de invierno, con arrugas el vestido algo usado y sencillo, la cabeza despeinada, y todo el conjunto como de persona que se abandona sin pensar en sí misma á los afanes domésticos y al cuidado de sus pequeñuelos hijos. ¿No es cierto que parecen muy otras cuando habiendo de hacer fuera de sus casas un cumplido se presentan con un aire de dignidad y galanía en sus ropas de mas subido precio y mejor apostura, en sus alhajas decorosamente distribuidas, y aun en el esmero y gracia con que llevan la peinada cabellera? No necesito insistir mas en esta comparacion, porque á tu perspicacia no se oculta que lo mismo sucede con las verdades santas que son materia de la predicacion. Aunque en sí mismas sean hermosas y amables, no parece sino que cuando se ven envueltas en un lenguaje vulgar y cotidiano fueran distintas de cuando, hermoseadas con los nobles y naturales adornos de la elocuencia, salen como á conquistar corazones y á rendir almas con el realce que les ha dado una elocucion fina y elevada y una imaginacion ardorosa y galana, que las ha convertido en otras tantas imágenes llenas de vida, de alma y movimiento.

Oirás decir que la santidad del Evangelio requiere mucha sencillez en todo; y tú debes tener entendido que ni el lenguaje elevado ni la elocuencia están reñidos con la sencillez. Sin embargo te advierto que á quien absolutamente carezca de gusto litera-

rio, y hasta tenga cierta aversion á las bellas letras, dificilmente satisfacerás con la idea que acabo de indicarte, pues te sucederá tropezar con hombres que no son capaces de entender lo que es elocuencia ni lo que es sencillez. Acaso sea mas acertado recordarles que ha habido muchos santos elocuentísimos que juntaron en el púlpito elocuencia y sencillez evangélica, asegurándoles que no te ganarán á detestar toda afectacion no solo en la cátedra del Espíritu Santo sino tambien fuera de ella, y que si tienen paciencia para oírte puedes demostrarles que la verdadera elocuencia con quien en efecto está reñida es con la afectacion. Todo lo afectado es postizo; lo elocuente sale de adentro. Y si quieres hacer palpar esta amistosa union de la elocuencia con la sencillez, abre el libro de Job, ábrele en cualquier página y lee. Los siguientes versos con que finaliza el capítulo 43 en la traduccion de Carvajal abundan de imágenes y no obstante hay en ellos sencillez y naturalidad en medio de muchas figuras y de un tono vehemente. Hablando Job con Dios le dice:

Dime por qué tu rostro tan severo
 De mi apartas: por qué con tanta ira
 Me tratas ya como á enemigo fiero.
 Contra la hoja que en el aire gira
 Alzas tu brazo: ¿al brazo justiciero
 La arista leve tal furor inspira?
 ¿Y querrás, consumido que aquí muera
 Por los pecados de mi edad primera?
 ¿Ay cuán amargos escribir te veo
 Los cargos de aquel tiempo ya pasado!
 ¡Ay cuán estrecho y duro es el rodeo

Con que en prision mis pies has encerrado!
 Y examinas qué hago y qué deseo,
 Por si me encuentras en algun pecado:
 Mientras mi mal me pudre y me acribilla
 Como paño que roe la polilla.

(Capítulo 14 de Job.)

En este discurso en que se pintan á maravilla las miserias de la vida del hombre, la brevedad de esta, la idea terrible de la muerte, el temor del juicio, y la esperanza de la resurreccion, predomina un sentimiento de profundísima tristeza. Helo aquí.

De muger nace el hombre, y pocos dias
 Vive, de penas y miserias lleno:
 Temprana flor, que con heladas frias
 Párase mústia, y dáñale el sereno.
 Huye como la sombra; y en porfias
 De continua mudanza, siempre ageno
 Del estado de ayer, en el de hoy crece,
 Y jamás en el mismo permanece.

¡ Y digno juzgarás de tu grandeza
 Sobre tan debil sér abrir tus ojos,
 Y traer á juicio su flaqueza?
 ¿Quién podrá hacer, ó á quién no dará enojos
 Querer que de lo inmundo haya limpieza,
 Y no sean inmundos sus despojos?
 ¿Podrá otro sino tú? Tú solamente,
 Tú solo con tu gracia omnipotente.

Es la vida del hombre en dias breve:
 Tiénesle tú sus meses muy contados:
 Solo los sabes tú; nadie se atreve
 Los limites que tiene señalados
 A traspasar. Pues déjalo que lleve
 Su pena en paz, hasta que deseados

Los últimos momentos llegar vea,
Que como el jornalero los desea.

El arbol, si se corta, hay esperanza
De que vuelva á brotar, y tallos eche.
Vieja raiz que en tierra se afianza
Aunque muerto ya el tronco se deseche,
Germina luego donde el agua alcanza,
Y árbol nuevo dará que se aproveche.
No así el hombre, que muerto y enterrado,
No se volverá á ver donde haya estado.

Como el agua del mar, si se retira,
Yermo dejando y seco el lecho frio,
Que nada de lo antiguo el que lo mira
Encuentra allí: como si tuerce el rio
Su propio curso y á otra parte gira:
Así el hombre que duerme en el sombrío
Sepulcro, no despierta hasta que sea
Nuevo el orbe celeste, y él lo vea.

¡Ah quién me diera que en mansion oscura
Protejido por ti quieto esperára
Que el furor se templase de tu dura
Indignacion, y el plazo se fijára
En que se te acordar mi desventura!
Que para el que la muerte arrebatára
Ya no hay vivir: yo mientras vivo espero
Mi inmutacion, mi estado duradero.

Me llamarás entonces, yo obediente
Responderé á tu voz, y tú á la hechura
De tus manos la diestra diligente
Alargarás. Ahora, aunque con dura
Gravedad cualquier paso delincuente
Que dé observes, perdona mi locura:
Todos tu rectitud los guarda y sella:
Mas curado há mi mal tu mano bella.

Deshácense los montes elevados,
Las peñas y los riscos de su asiento
Por el tiempo voraz son arrancados.

Las aguas en continuo movimiento
 Cavan las duras piedras. De los prados
 La tierra arrastra el aluvion violento.
 Y el hombre pasa, aunque robusto un dia,
 Al sueño eterno á do tu voz lo envia.

Desemejado y livido lo dejas
 Pasar á la region desventurada,
 Donde no podrá oir amargas quejas
 De su posteridad, si despojada
 Fuere de la nobleza, que en añejas
 Cartas tuvo su gente vinculada
 Despues que sufrió el cuerpo mil dolores,
 Penas el alma, angustias y temores.

(Traduccion de Carvajal.)

Si bien lo observas, Paulino, entre cuantos escritos lleguen á captarse tu benevolencia no hallarás uno en el cual no predomine alguna buena cualidad. Toda composicion literaria necesita de este indispensable requisito para agradar. No basta que carezca de defectos, y que concurren en ella estimables dotes del buen decir; es menester que alguna de ellas se sobreponga entre las otras y hasta cierto punto la caracterice. Verificase esto en muchos escritores, sobresaliendo unos en ternura, otros en valerosa energía, estos en concision y rapidez en la marcha de las ideas, aquellos en la pompa y brillantez de un estilo lleno de imágenes gallardas, de armonía, sonoridad y grandilocuencia. Casi todos los autores de nota llevan su honorífico distintivo y por él son conocidos en la república de las letras. Se dice que Homero es grande, Virgilio sentimental; Ciceron desplega magnífica riqueza de señoriles pensamientos y

de palabras y cláusulas cadenciosas; Tácito se distingue por su encomiada concision; Corneille es sublime, Racine tierno y suave; Lope de Vega es fecundo, y esto es en él lo admirable; muchos de los poetas españoles que le precedieron y muchos de los de tiempos muy posteriores al suyo le aventajan cada cual en sus respectivas prendas. San Juan Crisóstomo parece un océano inmenso en el cual refractándose los infinitos rayos del sol, se retrata la magnificencia de los cielos, y á esta idea quiero, amigo, que asocies todas las que al piélago dan imponente sublimidad y grandeza; San Bernardo en ternura y vehemencia, en todo lo que es afectos asemejase á un impetuoso torrente; Bossuet tiene el vuelo del águila, Bourdaloue una lógica irresistible. A Isaías no hay traductor que seguirle pueda; nuestro Job es el patético por excelencia, aunque á cada uno de sus discursos pueda tambien señalarse su timbre característico.

El cielo distribuye sus dones á cada cual segun le place. Cultiva tú, Paulino, para sobresalir en la elocuencia sagrada aquella cualidad que mas reconocas en ti despues de algun tiempo de ejercicio, aquella que amigos de voto competente en la materia hayan notado cual punto culminante en tus composiciones. Y esto será seguir tu vocacion. Todo escritor tiene la suya; pero acaso son muy pocos los que á ella corresponden constantemente, y por eso mismo el número de los frutos del ingenio marayillosos es mucho menor del que pudiera ser. Así por ejem-

plo, quien está dotado de energía, ejercite y perfeccione esta ventajosa prenda. No digo ya que de tal modo se entregue á ella que no se acuerde de las demás dotes que constituyen un buen orador, sino que sin ser exclusivo, dé la preferencia á los asuntos en que mejor pueda ejercitarla y á sus discursos el giro en que mas oportuna y naturalmente pueda campear la bella cualidad, que ha recibido de lo alto. Así un general diestro que dispone de numerosa caballería, procura atraer á su enemigo á los llanos, y el que solo cuenta con partidas volantes de guerrilleros, escoje por campo de batalla los montes y los riscos.

Algo mas pretendo de ti, mi querido Paulino. Yo quiero que despues de meditado el asunto de tu discurso, veas cuál buena cualidad le convendrá mejor y que en su composicion procures hacerla sobresalir. Desde luego te confieso que acaso ningun gran orador, ningun gran poeta se haya propuesto esplicitamente semejante cosa. Sin embargo, yo me atrevo á aconsejarte que lo hagas, y no dudo que al emprender composiciones que admiramos, sus autores si no han tenido por regla lo que acabo de indicarte, el génio mismo y lo que en literatura se llama inspiracion, les ha hecho elegir cierto género de afectos ó de tono predominante en la obra; uno quiere que el entusiasmo sea como el rey de su panegírico; otro pretende que el dolor se deje sentir con viveza continua en su oracion fúnebre; el misionero fervoroso le dice á su corazon al tiempo de componer su discurso: «Corazon

mio, dame rayos, no me des mas que rayos.» Y el que en plácida fiesta va á ensalzar á la Madre del hermoso amor, no estiende su mano sino para cojer flores de celestial fragancia rociadas con el divino bálsamo de una ternura dulcísima y esquisita. Para todo esto no hay mas guia que un sábio instinto; se hace casi sin pensarlo, casi sin percibirlo como ejecutan muchas de sus mas delicadas operaciones nuestro corazon y entendimiento, sin que por eso dejen de tener alguna idea, aunque no bien clara, distinta y determinada, de lo que quieren y de lo que se proponen. Así creo yo que aunque fuese natural en la situacion en que se hallaba Job el espresarse con tan profunda tristeza, además procuraria él verterla abundantemente en sus razonamientos tanto para bien manifestar sus penas y miserias como para mover á compasion á sus duros amigos y á Dios, y en efecto consiguió dar á sus discursos una belleza lúgubre de extraordinario mérito.



CAPITULO IV.



(Capítulo 15 de Job.)—¡Cuán bellas ideas, mi querido Paulino, cuán bellas y cuán valientemente espresadas con gallardas imágenes hallamos en este capítulo!

Quid est homo, ut immaculatus sit, et ut justus appareat natus de muliere?

Aquí hay una profunda filosofía y profunda verdad que tú no dejarás de apreciar debidamente, porque tu talento no es de los superficiales. También es grande esta otra idea. *Et cæli non sunt mundi in conspectu ejus.*

Mira qué bien describe el desasosiego y zozobra de un tirano impío.

Suena siempre en su oído un terror vano:

En medio de la paz, triste imagina

Torpe asechanza de alevosa mano.

Llega la noche, y si á dormir se inclina,

Sõñando siempre en el puñal sangriento

Teme no ver la aurora matutina.

Quiere comer, y aunque apetezca hambriento

Hartar de pan las miseras entrañas,

Teme hallar en el pan mortal sustento.

Dudas, temor, angustias tan estrañas,

Como al dar una accion rodear suelen

Al rey esperto en célebres campañas:

Tales las penas son, y así le duelen,
 De que se verá siempre rodeado
 Sin remedios hallar que lo consuelen.
 Porque contra el Señor se atrevió osado
 A levantar infiel la mano impía,
 Contra el Omnipotente rebelado.
 Y con erguido cuello presumía
 Contrastar su poder, y se jactaba
 De su robusta edad y valentía.

¡Qué lástima que á Job que no lo necesitaba se dirigiese este excelente retrato de las agitaciones del impío! Es un dolor ver que Eliphaz no solo gasta pólvora en vano, como suele decirse, sino que también con una espada muy buena para el perverso desgarrar y despedaza las entrañas de un justo que no lo merece: este hombre ciego combate á un monstruo que no existe, y en la realidad hiere un corazón inmaculado. Piensa, Paulino, si alguna vez puede suceder cosa parecida á un orador sagrado. Como en todo el orbe cristiano son infinitos los que suben á hablar desde los púlpitos al pueblo fiel, y siendo hombres no es posible que todos estén dotados de igual prudencia, sagacidad y tino, te confieso que no me parece maravilla que alguno que otro dirija á su auditorio palabras que no le convengan aunque á otro concurso estarían muy bien dichas.

Tú amaestrado con este ejemplo de Eliphaz y sus compañeros, creo que tendrás especial cuidado en acomodar á tus oyentes el temple de tu discurso, si me permites expresarme de esta manera, v. gr. no tratando como á escandalosos pecadores á unas cuan-

tas personas virtuosas que se han reunido en devoto oratorio á ciertos actos de piedad, que por lo menos indican regularmente un sumo alejamiento de todo pecado grave. Lo mismo te digo con respecto al estilo y al lenguaje que ha de usarse, el cual segun los lugares donde se predica debe variar hasta cierto punto, que no es lo mismo el rústico auditorio de un templo de aldea que la ilustrada y melindrosa corte de un Luis XIV. Otro me diria que no es posible saber qué clase de gentes han de concurrir á un sermón; pero de ti, Paulino, espero que no has de hacerme tan vulgar objecion. En primer lugar que esto se adivina poco mas ó menos; además, nunca hay necesidad de saberlo á punto fijo, ni yo soy capaz de exigir una cosa que tomada en sentido rigoroso sería imposible. Sobre todo, esta advertencia no se dirige mas que á hacerte evitar el que hagas en ciertos casos una aplicacion directa de algunas reconvençiones y recriminaciones, que acaso pudieran ofender demasiado á tus oyentes.

Por supuesto que no trato de que se mime en el púlpito á ninguna clase de personas, por muy elevada que sea su gerarquía, porque el predicador siempre habla de parte de Dios y espone una doctrina augusta que no se doblega ante ningun poder de la tierra y tiene establecida inmutablemente la única igualdad verdadera, la que hay ante nuestro divino Juez en orden á los deberes religiosos y á todo lo que toca á la conciencia y á la vida eterna, igualdad gloriosa á nuestra religion que la proclama,

igualdad de suma justicia que al pobre en el mundo deja á su arbitrio y eleccion poder ser en el reino de los cielos mas rico que las magestades humanas que dominan sobre naciones. Quien en esta materia describiese los triunfos de la elocuencia sagrada, necesitaria de entonacion robusta y alta para hablar de ellos dignamente. No sé que exista semejante trabajo, que bien desempeñado habia de ser util á la Religion y servir de estímulo á los ministros del Altísimo para decir la verdad con un santo denuedo á los potentados de la tierra. Bien convencido puedes estar de cuál es mi modo de pensar acerca de la libertad y valentia con que la palabra de Dios ha de anunciarse. Por lo cual sin detenerme mas en distinciones innecesarias, concluyo indicándote que esta especie de miramiento que quiero que tengas con tu auditorio es un consejo no solo de la prudencia sino tambien de la oratoria, que cuenta entre uno de sus medios de accion el procurar agradar y por consiguiente el evitar todo lo que directamente lastime á quien escucha. Y tal conducta se funda en el conocimiento del corazon humano, del cual se han deducido y deben deducirse todas las verdaderas reglas de la retórica. Si estudias, Paulino, tu propio corazon, tendrás mucho adelantado en la importantísima ciencia de adivinar cómo proceden en su mayor parte los corazones de los hombres; ciencia y estudio sobre manera dificil y delicado para el cual se requiere mucho tacto, mucha serenidad de ánimo, mucho juicio y talento, pero ciencia y estudio que yo

conceptuo indispensable para quien haya de ser orador sobresaliente.

Y aquí no se me ha de pasar sin decirte que aunque como mensajero de Dios te creas autorizado para amonestar, reprender y pregonar terribles y amargas verdades, nunca debes olvidar que tu fin es persuadir y que para lograrlo es menester que seas orador, que te valgas de los secretos y arbitrios que te ofrece la oratoria. Por último, querido amigo, no quisiera que estas indicaciones te diesen margen á cavilar demasiado sobre la oportunidad del lenguaje, giro y demás circunstancias de tus discursos, que aun las mas fuertes reconvenciones que puedan hacerse á hombres sumergidos en el cieno de abominables iniquidades cuando se dicen con cierta generalidad y como lo acostumbran por lo regular los buenos oradores, no sientan mal ni ofenden á los oyentes por muy pagados que estén de la pureza de sus costumbres y de sus virtudes acendradas.

(Capítulo 16 de Job.)

Job á los atroces insultos que le ha hecho Eliphaz en su discurso, responde sin el enfado que era de esperar; quéjase y se vuelve á Dios. He aquí, Paulino, un modelo del ministro de los altares en el púlpito en tiempo de persecucion al sacerdocio y á la Iglesia. Desgraciadamente los mares de este mundo suelen de cuando en cuando levantar violentas oleadas contra la celestial nave de Pedro que nos con-

duce al cielo. Semejantes borrascas varían en el modo de combatirla y son muchas las veces que no la acometen de frente, permitiendo á los pilotos y marineros levantar la voz y prorumpir en flébilés lamentos ó advertir del peligro á los dormidos, hablar de él y procurar conjurarle. Si te vieres en tales tempestades y tuvieses que alzar el grito, acuérdate de imitar la mansedumbre del elocuente Job, pues de lo contrario, si hay entre los oyentes alguno que participe de las ideas de los perseguidores no hará mas que irritarse con la airada acrimonia del orador. El arte de persuadir aconseja para su triunfo suma templanza, es decir, nada de ira. Empero mostrar las llagas con la vehemencia que Job es buena palanca para mover corazones.

¡Qué alma tan noble y tan buena manifiesta en los siguientes versos!

Si como el alma mia
Llena está de trabajos y reveses,
Las vuestras estuvieran,
Palabras de consuelo de mí oyeran.

.....

Y siempre os hablaría
Como quien contemplaros pretendía.

Dice á los que tanto le injurian; y luego pintando sus terribles infortunios, prosigue de esta manera:

Yo el mismo que algun día
En opulento y rico y alto estado
Venturoso vivía,
Cual de fiero huracán arrebatado
Fuí por el enemigo,
Que acabó con mis bienes y conmigo.

Y con rabioso celo
De la cerviz asido me sacude
Y estrella en este suelo
Sin tener infelice quien me ayude,
Y todo así llagado
De su furor por muestra me ha dejado.

De agudisimas flechas
Me rodea con punta penetrante.
Mis entrañas deshechas,
Me acomete con fuerza de gigante:
Y herida sobre herida,
Aún no puede acabar tan triste vida.

Yo triste y afligido
Sobre esta piel y huesos descarnados
El vil saco ceñido;
Ojos y rostro de llorar cansados;
De ceniza cubierto,
Flaca la vista con mirar incierto:

Viendo sin culpa mia
Sobre mí tanto mal, humildes ruegos
Al Señor dirigia,
Que quisiese apagar tan vivos fuegos,
Levantadas mis manos
Puras ante sus ojos soberanos.

¡O tierra piadosa,
No escondas tú mi sangre derramada;
Déjala presurosa
Que corra por el valle y la cañada!
No haya peña ni hueco,
En que de mi dolor no suene el eco.

Si he de alegar testigos,
Uno tengo en el cielo y él lo sabe.....

.....

Paulino, era necesario que fueran de piedra los corazones de sus contendientes amigos que esto escuchaban para que deshechos en lágrimas de compa-

sion no se diesen por vencidos, y tambien nuestros pechos serán de bronce si no se conmueven con tan sentido lamento, pues sabemos que nuestro Salvador lo pronuncia y lo dice de sí mismo por boca de Job su profeta y vivísima figura, cuyas llagas y dolores representaban los que por nuestro amor habia de tomar sobre sí el humanado Verbo nacido de las entrañas de María. Créeme, querido amigo, que no hay cosa mas elocuente que el dolor, el dolor bien expresado, el dolor no fingido. ¿Quieres ver otros dos versos que mas que el cerro de Potosí valen para mí y para todo cristiano que sienta profundamente y alguna vez se haya embriagado con el caliz de la tribulacion? Aquí los tienes:

Por eso en mis enojos

Para solo mi Dios lloran mis ojos.

Y así concluye el desventurado Job su lastimero discurso :

Pero ya mi jornada

Se acerca, que los años su carrera

Llevan precipitada

Y ya voy por camino, que aunque quiera

Otra vez repasarlo,

Imposible será volver á andarlo.

(Capítulo 47 de Job.)

Este capítulo es una noche sublime. Si la luna meditára envuelta en el manto de tinieblas, que rodea á la naturaleza, la luna que desde su elevada posicion contempla en nocturnas horas y tétrico silencio á nuestro suelo como una inmensa tumba en

que yacen las generaciones de tantos siglos que pasaron y duermen en el polvo, y otra generacion de vivos que se entrega al sueño al borde de su sepulcro, mientras innumerable muchedumbre de dolientes enfermos y agonizantes derrama sus tristes ayes entre el horror de la universal oscuridad, ¡qué ideas tan lúgubres serian las de la luna y cuán melancólica su voz y el espíritu de su gemido! Asi es, Paulino, el de Job en este capítulo. Oyelo:

Fáltame ya el aliento,
 Poco á poco los dias de la vida
 Acortárseme sienta,
 Y sin culpa en mi pecho conocida
 Viviendo en amargura,
 Solo me resta ya la sepultura.
 Librame tú, Dios mio,

.....

Mis dias se pasaron:
 Mis ideas inútiles huyeron,
 Que el alma atormentaron.
 La silenciosa noche convirtieron
 En día y me inquietaron,
 Desvelado á deshora
 Deseando la vuelta de la aurora.
 Tras de pena tan dura
 Mi habitacion, mi tenebrosa cama
 Será la sepultura.
 Tendré nueva familia, y ya me llama:
 La podre y los gusanos
 Son mi padre y mi madre y mis hermanos.
 ¿ Dónde ya mi esperanza
 Está? ¿ Mi padecer quién considera?

Un sepulcro afianza

Hondo y oscuro estancia duradera

A mí y á mi fortuna:

¿Y tendré allí por fin quietud alguna?

Del dolor sé decirte que es mas poético que la alegría. Esta en literatura, que es como aquí la considero, no penetra en el alma tanto como el dolor: se espresa con menos energía que el dolor; es menos comunicativa. Y el dolor tiene sobre el corazón humano en la oratoria mas poder que la alegría. Cuando aquel sentimiento domina puede afirmarse que es seguro el efecto que se trata de producir en el auditorio. Pero en la elocuencia sagrada cuenta con una ventaja imponderable cual es la de tener siempre por objeto una cosa muy grande, y así siempre aparece sublime cuando es digno de él el lenguaje que se usa para espresarlo.

¿No has observado que el dolor cuando su móvil es pequeño se hace ridículo y despreciable como sucede no pocas veces en niños y mugeres? Ahora bien. ¿Te acuerdas de haber visto alguna vez subir al púlpito esta clase de dolores? No, nunca. Están desterrados de él, y están desterrados aun los que ocupan un puesto honroso en la elocuencia forense. En el foro gime el abogado esponiendo al juez la mísera horfandad de unos hijos pequeñuelos y de una viuda inconsolable sumergida para siempre en un abismo de duelo y de pobreza si la cuchilla de la justicia llega á caer sobre el cuello del reo, padre y único sostén de la desventurada familia. En el foro se pueden pintar horribles desgracias ya en una acu-

sacion fiscal para escitar el celo de quien debe castigar al malhechor que las ha causado, ya en una defensa para mover á compasion y ablandar los pechos de los severos togados que están á punto de escribir una sentencia de muerte. En el foro se han conseguido insignes triunfos por medio del dolor. En el foro puede adquirir un gran mérito el orador que sepa arrancar lágrimas de conmiseracion y quebranto. Pero el asunto de su dolor siempre será casi infinitamente inferior al de la elocuencia sagrada, pues en el foro se lamentarán los males de una familia, en el púlpito los del género humano; en el foro se pondrán á la vista las heridas hechas á este ó aquel particular, en el púlpito los padecimientos, las afrentas, los dolores, la sangre derramada y la muerte de un Dios que se hizo hombre y se inmoló por nuestro amor; en el foro se tratará de la ruina de unos intereses materiales y de poca importancia por grandes que parezcan, en el púlpito de la irreparable ruina de almas inmortales, de la sangre de un Dios vertida en vano ¡ay! para los que no quieren aprovecharse de ella, de la pérdida de un bien infinito y eterno, de las amarguras inefables de una Madre divina que es madre de todos los hombres, y cuyas entrañas desgarraron todos los pecadores al crucificar á su adorado Hijo por segunda vez con sus culpas.

Paulino, sería interminable si hubiese de mostrar todas las notables diferencias que hay entre el dolor que puede tener cabida en el foro y el que campea en la elocuencia del púlpito. Bástenos ad-

vertir que en el foro los ayes que se introduzcan serán por desgracias ajenas, en el púlpito por *nuestros* pecados, por la pasión y muerte de *nuestro* Salvador, por la inminente perdición eterna de *nuestras propias* almas á que nos esponemos pecando. Los mismos padecimientos de la Iglesia como que es nuestra amorosa madre, á quien debemos entrañable cariño, son padecimientos *nuestros* y los sentimos vivamente al oírlos de boca de los predicadores, como la criatura encerrada en el seno materno siente los quebrantos físicos de la que la concibió y la lleva dentro de sí misma nutriéndola con su sangre y haciéndola participe de su aliento y de su vida.

Además, en el foro no solo se presenta el dolor vinculado á una persona, á una familia, y obrando siempre en una esfera pequeña, sino que por lo común se ofrece bajo un aspecto material, mientras que en la augusta cátedra del Espíritu divino suele ostentarse con un carácter filosófico y envuelto en las mas elevadas y trascendentales consideraciones que la religion suministra sobre la fugacidad de los bienes de la tierra; sobre las vanidades de nuestras esperanzas é ilusiones, sobre la inestabilidad de cuanto se aprecia en el mundo, sobre las variadas vicisitudes de la humana vida, sobre la muerte, sobre el sepulcro, sobre la eternidad y sus misteriosas relaciones con las espinas de que está sembrado este valle de lágrimas y de infortunios innumerables. Sí, su enlace con las esperanzas de una gloria eterna y de una felicidad inenarrable á que se llega por el camino de

la cruz, da al dolor en la elocuencia sagrada una superioridad inmensa sobre el que en las situaciones mas críticas puede predominar en oraciones profanas.

¡Ah! sobre manera poderosas son las ideas lúgubres que habitan en el dilatado imperio de la elocuencia sagrada. Como las nubes que forman el trono de Dios, como los rayos que rodean al Altísimo con las alas prestas para volar donde les mande su imperiosa voz; así á disposicion del que habla en nombre de Dios se hallan las magníficas ideas lúgubres de esa religion divina que bajó de los cielos para instruirnos en nuestra propia miseria, para mostrarnos secretos tesoros en el seno de la tribulacion, para darnos esperanzas celestiales en las congojas del infortunio, para esplicarnos el justo gobierno de la Providencia que aquí abajo á veces ensalza al impío y abate á los virtuosos, para enseñarnos á meditar en las tumbas y á orar por los difuntos, y para revelarnos la existencia de una sombría region de llantos, de suspiros y tormentos que se llama purgatorio. En Job, Paulino, puedes empaparte en esas grandiosas verdades tristes, en esas meditaciones de dolor, que tanto, tanto aprovecha estudiar para vivir como quien algun dia ha de entrar en la eternidad, y para predicar dignamente á cristianos, cuyas almas se han de presentar en el tribunal de Dios mientras sus cadáveres bajen á guardar profundo silencio en compañía de otros muertos en las melancólicas paredes de pavorosos cementerios.



CAPITULO V.

(Capítulo 18 de Job.)—Prescindiendo de la injusticia para con Job y del acre celo nada plausible que domina en este discurso de Baldad, hay en él rica poesía. ¿Deberá haberla en el púlpito? Las imágenes poéticas embellecen el discurso, y muchas veces echan mano de ellas en su prosa los mas aventajados escritores; pero trozos de pura poesía en la elocuencia sagrada no se avienen con la magestad y circunspeccion, que constantemente ha de observarse en los heraldos de Dios.

Hecha esta distincion, me complazco, Paulino, en que seas tan aficionado á leer buenos poetas y á espresar de cuando en cuando en verso tus afectos y pensamientos; porque asi te acostumbrarás insensiblemente á concebir con fuerza y gallardía, á producirte con calor y entusiasmo, á esparcir preciosas flores en tu estilo, á darle cierta soltura, amenidad y vuelo de que por lo regular carecen los oradores antipoéticos, los que por lo mismo que su genio árido en cuanto á la belleza de la composicion no los inclina á gustar del encanto de la inspiracion poética, le-

jos de buscar algun recurso en su lectura para animar la natural tibieza y esterilidad de su imaginacion, aborrecen todo cuanto no lleva el sello de un prosaismo seco y cansadamente frio y descarnado. El buen efecto que hace en el púlpito la aficion á la poesia puedes observarlo particularmente en algunos oradores italianos de la Compañía de Jesus, que ocupan en la elocuencia sagrada un lugar muy distinguido; no solo á ellos, á otros muchos ha aprovechado en gran manera el grado de exaltacion y la finura y fuerza de pincel que deben al numen poético y á su ejercicio en este ramo encantador de la literatura, con el cual adquiere el corazon una especie de blandura y flexibilidad para la mejor espresion de los afectos, y la fantasía se enriquece y se engalana para vestir con mas rico traje las verdades santas, que han de inculcarse hermoseadas para que sean mas bien recibidas como la joven esposa para entrar el dia de sus bodas en la casa y familia de su esposo.

El abuso es lo que en esta darte debe evitarse, el abuso que es la carcoma de todas las cosas buenas. Me acuerdo haber leído en Canovai un sermón que parece un rasgo épico: no me atrevo á condenarlo; pero tampoco olvidaré que oí un panegirico del Santísimo Sacramento del altar en que el *carro de la guerra volando por las nubes*, y otras lindezas de este jaez con arrebatos líricos y una elevacion enfático-poética poco natural, me disgustaron en el celebrado orador: formé mal juicio del gusto de los que le aplaudian. En orden á esto como en to-

do lo demás tocante á bellezas literarias, si se nota algun esfuerzo, si se advierte falta de naturalidad, percibo un desagrado que no sé cómo calificarlo, porque en él concurren diversos sentimientos segun el grado de afectacion y ridiculez que se trasluce en medio de un aparato ostentoso de palabras.

¿Te gusta en la sociedad un militar fanfarron, que entre damas hace alarde de valentía? Pues ahí tienes lo que es un orador que en el púlpito hace estudiada gala de mostrarse poeta. Por el contrario, el valor y denuedo á que en las batallas se ha acostumbrado el ánimo del guerrero, le serán sumamente útiles siempre que fuera de aquellos casos se encuentre en algun peligro, como si yendo por un camino le asaltan ladrones, ó navegando en una tempestad ve venir á la muerte en cada ola como antes la veia acometerle en cada bayoneta de los batallones del enemigo. Me parece que con este simil te habré dado á entender el modo como yo concibo que la poesia es util al orador. Naturalidad en el uso de las imágenes poéticas; estúdiala en los discursos de Job y en los de sus molestos consoladores como él los llama.

(Capítulo 19 de Job.)

Una de las grandes bellezas de los razonamientos pronunciados por Job es la vehemente transicion de afectos, la cual se hace notar bastante en este capítulo. El corazon y el entendimiento del hombre en situaciones patéticas vuelan de uno en otro afecto,

los mezclan, los confunden, dejan uno para luego volver á él, un sentimiento sucede á otro acaso muy diverso, el lenguaje de una pasión al de otra muy distinta; todo lo cual se declara bastante en las composiciones dramáticas, particularmente en algunos monólogos de tragedias en que se imita á la humana naturaleza en su estado febril, si de este modo puedo explicarme. Y cualquiera lo observa en sí mismo, cualquiera que medita con el alma encendida, cualquiera que se halla profundamente afectado por una pasión ó por una idea que le agita..... Se vuela, se vuela entonces de uno en otro pensamiento, de uno en otro afecto, tal vez salvando gran distancia.

Esto es lo que en poesía se conoce por vuelo lírico, y cuando hay fuego en el corazón del autor y elevación en su fantasía produce excelente efecto de sublimidad. Prodúcelo, y yo soy testigo, empleado por oradores de primer orden. Y la elocuencia sagrada se presta maravillosamente á esa sublime transición de afectos. ¿Habré de señalarte, Paulino, cómo el orador del Evangelio después de haber aterrado á sus oyentes con los formidables truenos de la Justicia divina, súbitamente los hace pasar del pavor á la confianza más dulce introduciéndolos á buscar misericordia en la amorosa llaga del costado de nuestro Salvador crucificado? ¿Ó te diré cómo pintando el juicio final, de la plácida alegría con que describe la gloria y regocijo de los buenos resucitados, se trasporta rápidamente á un reino de horror y de espanto volviendo los ojos á la tristísima muchedumbre

de condenados, que sale de sus tumbas con dolor desesperado para ponerse á la izquierda del Juez supremo y oír la tremenda sentencia de ir al fuego sin fin y sin consuelo? ¿No recuerdas cuántas veces se cubre de amargura el auditorio y á los pocos instantes como que revive y se llena de gozo cuando el predicador, despues de haberle llevado á la melancólica estancia donde gime en soledad la Madre de Jesus difunto, con veloz transicion del duelo al alborozo le presenta allí resucitado, y aparecido al Vencedor de la muerte inundando el corazon de María en un piélago de deliciosa felicidad?

Pero es de advertir que se necesita maestria y tino para que semejantes transiciones de afectos no dejeren en un ridiculo prurito de variar la entonacion y de andar saltando continuamente de uno en otro afecto, cual inconstante pajarillo de rama en rama; es preciso que el orador calcule antes si es favorable la ocasion para hacerlas; es preciso para que sean naturales y oportunas que haya cierto grado de calor en todo el discurso como sucede siempre en los de Job.

Este capítulo decimonono, que me ha dado margen para las indicaciones precedentes, principia reconviniendo Job á sus amigos porque le importunan tanto con sus arengas.

Vuestro hablar importuno,

¿Hasta cuándo mas dura y lamentable

Hará la suerte mia?....

.....

¿Y no os avergonzais de así oprimirme?

En mi daño será lo que yo ignore.

¿Pues para qué vosotros argüirme

Con mis males? Dejadme que los lllore.

Creed siquiera ahora

Que aun no he sido juzgado.....

.....

Mas de clamar cansado

Sé que es del todo inutil mi fatiga.

.....

Estoy cercado ya por donde quiera :

No hay por donde pasar: en mi camino

Todo es oscuridad: mi gloria entera,

Mi corona cedió al rigor divino.

Destruyóme de modo

Que perezco infelice.....

.....

Asqueando mi aliento

Se me aparta del lado

La dulce compañera de mi vida.

.....

Continuo es el desprecio

Que sufro hasta del necio.

.....

A los que amaba yo con fe mas pura

Son hoy mis enemigos verdaderos.

Mi carne consumida,

A la piel ya pegado

El duro hueso: hediéndome en la boca

La encía denegrida,

Al labio descarnado

Unido el diente, á compasion provoca.

De vosotros, amigos,

Y de mi mal testigos,

De vosotros piedad esperé al menos,

Que del Señor la mano me ha tocado.

Porque me aflige Dios, ¿de furor llenos

Bebeis mi sangre hasta que os haya hartado?

¡Quién un libro me diera

Donde escribir mis males!

¡O quién con un punzon de fino acero

Esculpirlos pudiera

En duros pedernales!

Vivo es mi Redentor, y en él espero;

En el último dia

Que de la tierra fria

Resucitaré vivo en feliz hora

Vestido de esta piel que me rodea

Y en esta carne mia pecadora

Veré á mi Dios, al que mi amor desea.

Yo mismo por mis ojos

Lo veré, yo que ahora

Lo digo: y esta dulce confianza

Mitiga los enojos

Que triste el alma llora.

¿Por qué quereis tomar de mí venganza

Torciendo mis razones

A falsas opiniones

Que yo nunca he seguido? De la espada

Huid, y del juicio que os espera.

Ved que se acerca ya, y está afilada,

Y será con el malo justiciera.

Aquí ves cómo Job en la agitación de su espíritu primero se queja amargamente de la afflictiva importunidad con que le oprimen y arguyen sin razón sus amigos; luego protesta que aún no ha sido juzgado por Dios, pero bien pronto abandonando aquel propósito, asegura que es del todo inútil su empeño de vindicar su inocencia, prorumpe en acerbos lamentos quejándose de sus calamidades en general, pasa á especificarlas detenidamente, de improviso corta la

relacion y pintura de sus males y esclama: «De vosotros, amigos, y de mi mal testigos, de vosotros piedad esperé al menos, que del Señor la mano me ha tocado. Porque me aflige Dios, ¿de furor llenos bebis mi sangre hasta que os haya hartado? *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me. Quare persequimini me sicut Deus, et carnibus meis saturamini?*»

En medio de esta riqueza literaria cifrada á mi ver en tan patéticas transiciones de afectos se lleva ja palma el vuelo que da como alado profeta para subirse á los cielos y poner allí sus ojos en su Redentor que está vivo en la Divinidad, para trasladarse atravesando en un instante muchos siglos hasta el tiempo en que este Redentor venido al mundo habia de obrar los misterios de nuestra salud, para remontarse hasta el último dia, hasta el dia de la resurreccion universal de los muertos y anunciar la suya propia y el consuelo que ha de bañarle viendo á su Redentor con aquellos mismos ojos que ahora moran en amargura y con aquel mismo cuerpo y carne que ahora tiene en consuncion, podredumbre é infinitos dolores; así como enaltecido su pecho con esta revelacion de dulcísima esperanza se vuelve á sus perseguidores y amenazándolos con la divina justicia, les dice: «Huid pues de la espada, porque la espada es vengadora de iniquidades: y tened entendido que habrá juicio.»

25. *Scio enim, quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum:*

26. *Et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum.*

27. *Quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est hæc spes mea in sinu meo.*

28. *Quare ergo nunc dicitis: Persequamur eum, et radicem verbi inveniamus contra eum?*

29. *Fugite ergo à facie gladii, quoniam ultor iniquitatum gladius est: et scitote esse iudicium.*

(Capítulo 20 de Job.)

Aquí se describe con magníficas pinceladas la mala suerte del impío.

Si hasta el cielo elevarse un dia alcanza

Su soberbia atrevida;

Si orgulloso tomare de las nubes

La alteza por medida:

Si pretende elevarse á los querubes,

Vendrá precipitado

A tierra en fin, y como inmundo cieno

Caerá despreciado.

Y el que de tanta desventura ageno

Caer así lo vea,

Admirado dirá: ¿dó está él ahora?

¿ Posible es que éste sea?

Como vision que en sueños á deshora

Se muestra y desaparece,

Se desaparecerá su gloria vana

Que al momento perece.

Ni á él, ni donde estuvo, ya mañana

Verá el que hoy lo veia.

.....

Cuanto mas hartó esté, mas agonía

Sufirá, y angustiada
 Sentirá con dolor el alma impía.
 Ojala que se vea
 Harto una vez, y que el Señor le envíe
 En desigual pelea
 Su furor, y jamás se le desvie.
 Huirá de la lanza,
 Y encontrará con el aguda flecha.
 Desnuda con pujanza
 De su vaina la espada irá derecha
 Ardiendo fulminante
 A atravesar con penetrante herida
 El pecho de diamante.
 Ir y venir verá despavorida
 El alma delincuente
 Mil visiones horribles y espantosas:
 Y luego de repente
 Rodeado de sombras horrorosas
 En lo mas escondido
 Se verá de su casa; y circundado
 De un fuego que encendido
 Verá una vez, y no verá apagado.
 Congoja sin consuelo
 Es lo que allí para morir le espera:
 Y revelará el cielo
 Sus ocultas maldades cuando muera,
 Y la tierra irritada
 Detestará su nombre y su memoria.

Sophar, que es quien habla en este capítulo, insiste siempre sobre un mismo tema, cual es el castigo del impío. No hay duda que la idea queda mas hondamente grabada con tanto estenderse sobre ella. Paulino, yo soy de opinion que mas vale probar bien una verdad que enunciar tres ó cuatro. Las muchas divisiones y subdivisiones de los sermones hacen que

toque menos parte de probanza y dilucidacion á cada una de las verdades que se quiere enseñar. Habrás leído compendios; ¿te han dejado ideas muy claras del asunto que trataban? Son pocos los bien hechos. Yo abandonaria un asunto sobre el cual no tuviese tiempo para explicarme con la estension necesaria á fin de que no quedáran sin tocar argumentos esenciales en pro ni objeciones sin desvanecer. En esta parte me parecen dignos de servir de modelo Segneri y Bourdaloue. Sin embargo, tambien es preciso evitar una difusion que produjese confusion de ideas. En este lugar me place recomendarte de nuevo la claridad y energía y el escogimiento ó eleccion de lo mas terminante y decisivo.

(Capítulo 21 de Job.)

Este discurso de Job es tan hermoso como útil é instructivo, porque en él espone y reasume todo el sistema de gobierno que sobre la tierra tiene la Providencia con buenos y con impíos, que es el argumento de esta larguísima disputa; por manera que muy bien podia aplicársele aquello de Horacio: *Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci*. Deleite y provecho, ó sea belleza y utilidad moral, ó bien encanto y solidez: he aqui las condiciones que constituyen buena una composicion literaria, que tambien pueden encerrarse en estas dos palabras: verdad y atractivo. Yo de mí te confieso, Paulino, que para leer cualquiera obra necesito que no le falten

estas dos cosas, y casi no habrá hombre de juicio y de regular cultura que no las desee en todos los razonamientos que haya de oír ó leer.

La verdad es el alma de todo discurso, y este no ha de ser mas que un armonioso conjunto de verdades que se sostengan y auxilien mutuamente para comprobarse y demostrarse unas por otras. También entiendo por verdad la belleza y propiedad de la dición, porque es evidente que no hay belleza de estilo si no hay verdad relativa á la lengua en que se habla. La pureza y propiedad del lenguaje son su verdad. De suerte que yo reduzco toda principal belleza á la verdad en el fondo ó sea en las ideas y sentimientos, y á la verdad en la espresion en que incluyo todos los requisitos que los maestros del arte exigen en el uso de las palabras y en el modo de coordinarlas. No sé si esta teoría será para ti tan clara como lo es para mí; pero sin pretender que me sigas en ella absolutamente, ni que te fatigues por comprenderla, quisiera que cuantos la Providencia destina al ministerio de la predicacion estuviesen tan convencidos como tú y yo de la necesidad de reunir en sus sermones lo que indica el citado verso de la epístola á los Pisones.

En cuanto á la solidez de las pruebas, al aprovechamiento espiritual, que ha de llevar consigo el discurso, á las autoridades de sagrada Escritura ó de Santos Padres que son su natural cimiento, al piadoso fervor que ha de acompañarle y acaso á la buena distribucion de las partes, creo que todos estare-

mos de acuerdo, no ya los que escriben sobre oratoria sagrada, sino los que predicán aunque jamás hayan cuidado de pasar los ojos por un libro de bellas letras. Mas en orden á lo que comunmente se entiende por belleza y ornato del discurso, tal vez se encuentre alguno que otro demasiado sencillo y apegado á no sé qué sistema de aridez é incuria, que diga: «yo predico el Evangelio; el que quiera oirlo que venga y el que no que lo deje. Lo que conviene es decir verdades, el modo poco importa. Yo no trato de regalar los oidos ni de que vengan á escucharme á mí sino la palabra de Dios.» Por mi parte aplaudiria la pureza y rectitud de intencion de quien así se espresára. Y creyendo tiempo perdido el entablar con él una polémica literaria, no haria mas que recordarle que el fin del orador cristiano es hacer en su auditorio el mayor fruto posible, añadiéndole que mientras mas numeroso sea aquel, puede ser mayor el fruto. Ahora bien, señor mio, diríale: los sermones que á la solidez juntan la belleza son muy concurridos: los que no, tienen pocos oyentes. ¿Cuál de los dos oradores hará mas fruto, el que reuna numeroso auditorio, ó el que lo tenga escaso? En igualdad de circunstancias es claro que aprovechará mas el que dirija la palabra á un crecido número de gentes. Hay mas: por lo regular los que van á oir á un orador por solo la belleza del discurso, sin esta cualidad quedaríanse sin oir sermon bueno ni mediano; y en los tales se hace mas fruto, porque las verdades de nuestra santa religion les co-

jen mas de nuevo y les producen mas impresion, por lo mismo que no asistiendo sino á sermones elocuentes, oyen mas de tarde en tarde la doctrina del cielo y así están menos familiarizados con ella, lo que si para ellos mismos es malo, por otra parte para recibir los rayos de la elocuencia es terreno mejor dispuesto. Además, el que solo acude al sermón por las flores que en él se esparcen es bastante probable que se halla en mayor necesidad espiritual de que por este medio se le llame á oír las palabras de vida eterna; así como es grande prueba de la urgencia con que un niño enfermo necesita tomar unos polvos medicinales el ver que se los dan mezclados con un jarabe innecesario, ó ingeniosamente metidos dentro de un bizcocho, cual yo lo he visto, pues de otro modo los rehusa resueltamente. Pero no hay que asustarse por eso de *belleza*. No crea V. que se trata de esforzarse por buscarla, ni que consiste en joyas traídas de lejos para engalanarse á mucha costa. ¿Querria V. que un sermón no tuviese defectos? Pues con solo esto convenia V. *en eso de belleza del discurso*. La carencia de todo defecto es ya una gran belleza. Un estilo en que no se halle nada que reprehender, necesariamente ha de ser bello. Tambien querrá V. que las razones sólidas, de que se muestra tan apasionado, se espresen con buen orden, con energía, con claridad y del modo que hagan mas impresion en los corazones de los oyentes. Pues tambien con este buen deseo quiere V. que haya belleza en los sermones. Si V. en los suyos lo realiza,

vendrán á oírle aun los que solo acuden á la Iglesia por la elocuencia del predicador, y saldrán de ella mejores de lo que entraron, mas instruidos en las verdades reveladas, mas dispuestos á obrar el bien, mas animosos para combatir con sus pasiones, y al mismo tiempo con los oídos regalados por la armonía de los periodos oratorios, con el pecho suavemente conmovido por los afectos fervorosos de la peroración, y con el ánimo muy satisfecho por haber escuchado un discurso en que á la solidez de las verdades acompañaba la belleza en la manera y forma de espresarlas.

A ti, Paulino querido, algo mas me atrevo á decirte. Ten por lícito en la oratoria sagrada el uso de todas las bellezas literarias que encuentres en las divinas páginas de la Biblia. No siempre podrán acomodarse oportunamente en el discurso cualesquiera de ellas, pues ha de atenderse al género, al tono y al estilo dominante de la composición. Pero como en la Escritura hay de todo y para todo, siempre hallarás en ella bellezas que puedas trasladar á tus labios sea cual fuere el asunto que te ocupe y el caracter de sublimidad, de gracia, de ternura, de dolor ó de alegría que quieras darle. En cualquier caso, Job, Isaías, David, Jeremías, Salomón, Ezequiel, Moisés, Judith, Esther, Esdras, los Macabeos, los Evangelistas, las epístolas de los Apóstoles y el admirable Apocalipsis te ofrecerán mil y mil imágenes preciosas y adecuadas á la materia de tus razonamientos para que con ellas los embellezcas y les des ese atracti-

vo de belleza que el Espíritu Santo ha impreso en su obra.

Ya que he principiado manifestándote que este capítulo era hermoso, debo concluir señalándote algunos de los rasgos que le dan mayor realce. Advierte en primer lugar cuán viva hipotiposis la siguiente:

Horror me causa cuando así me veo,
Que todo tiemblo y el espanto crece,
Y con el cuerpo el alma se estremece.

Et concutit carnem meam tremor.

¡Cuán risueña imagen esta, hablando de la prosperidad y contento de los impíos en el mundo!

Salen como manada
De polluelos sus hijos por el campo,
Retozando contentos noche y día,
Y llenos de alegría
Tocan el tamborcillo y la zampoña,
Y danzan al compás de su sonido.

Magnífico contraste el que ofrecen estos versos con los siguientes, en que se admira una elevación y brio celestial digno de la grandeza y magestad de Dios.

¡Cuántas veces veremos eclipsada
La gloria del impío!
¡Y cuántas la veremos inundada
Por caudaloso río
De dolores y males sin medida,
Que la divina mano
Desata contra él enfurecida!
Los vereis muchas veces disipados
Por el furor divino
Como el tamo por viento impetuoso,

Como chispas de fuego que sacude
 El fiero torbellino,
 Y caen en cenizas apagadas.

(*Capítulo 22 de Job.*)

Este discurso de Eliphaz, aunque progresa en las injurias dirigidas á Job, se parece mucho á los que antes ha pronunciado y á los de sus compañeros en la acritud, en el falso celo, en la animosidad contra Job, en las injustas suposiciones, en la errada inteligencia dada á sus palabras, en las inoportunas exhortaciones á que se convierta, en la tan repetida pintura del castigo de los impíos y en la fastidiosa promesa de que el Señor le colmará de felicidades temporales, si á él se vuelve contrito. En el púlpito debe el orador huir del escollo de parecerse siempre á sí mismo, es decir, de dar constantemente el mismo rumbo á sus pensamientos y á la marcha de su discurso. Es preciso estar muy sobre sí para no incurrir en semejante monotonía, la cual, suponiendo que casi siempre sean unos mismos los oyentes, como de ordinario sucede, es desfavorable al éxito de la predicacion; en tales casos por lo regular está algo distraido el auditorio, no producen en él notable sensacion los esfuerzos del orador, y se le oye con cierta frialdad viendo venir de antemano hasta las frases, los testos y las sentencias. Asi acontece no rara vez particularmente á los que se atreven á improvisar sin un considerable caudal de conocimientos y sin variada y copiosa riqueza de lenguaje.

En medio de esto quiero, mi querido amigo, advertirte que mi precedente observacion de ningun modo se opone á que con frecuencia trates de un mismo asunto. Antes bien, con el íntimo convencimiento que tengo de lo muy limitado de nuestras facultades intelectuales y aun de la verdad de aquel vulgar adagio *quien mucho abarca poco aprieta*, te aconsejaria que dedicándote con el alma y la vida en el estudio y en la meditacion á unos pocos asuntos, te entregáras á ellos de tal suerte que los hicieras enteramente tuyos, y radicándolos en tu corazon y entendimiento, amándolos con ardor, embebiéndote en ellos y penetrado de su belleza, de su magnificencia y estension, los consideráras bajo mil aspectos y habláras de ellos en la cátedra del Espíritu Divino con todo el fuego de una pasion santa, con toda la confianza, amplitud, dominio y consumada maestria de quien enseña una doctrina en la cual no hay nadie que le aventaje.

¡Cuántos predicadores medianos serian sobresalientes si escogiendo por tema de sus discursos v. gr. la Providencia divina y la misericordia de Dios, leyeran y releyeran, estudiaran y aprendieran, é hicieran caudal propio todo cuanto sobre estos dos argumentos se halla escrito por los Santos Padres, por los teólogos de mas nota, por los predicadores mas célebres, por los ascéticos mas afamados y por cuantos autores dignos de este nombre se hubieren ocupado de semejantes asuntos! Minas hay que mientras mas se ahonda en ellas mas oro producen; así suce-

de con muchísimos puntos de nuestra adorable religión, los cuales realmente en toda la estension de la palabra, son infinitos, inagotables, inmensos. Solo en la historia podia ocupar toda tu vida el estudio de la Providencia. En todos los pueblos, en todas las naciones, en todos los siglos, en todas las guerras, en todas las calamidades públicas y privadas, en la vida de un simple pastorcillo y de una humilde labradorcilla como en las de los héroes y reyes de la tierra, y sobre todo en las de los justos y en la historia de la Iglesia puede hacerse un continuo é inacabable estudio de la Providencia.

Sea dicho otro tanto de cualquiera de los demás atributos de nuestro Dios. En cada uno de ellos es mucho lo que hay que considerar, y son innumerables las formas bajo las cuales es dable á un predicador el presentarlos. Dime, ¿de cuántas maneras podrias bosquejar la caridad á tus oyentes? Sola esta idea me anonada con su inmensidad. Si hablabas de ella considerándola en sí misma, si la contemplabas en Dios, en sus relaciones, permíteme espresarme de este modo tan menguado, con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, si no la diferenciabas de Dios repitiendo *Deus charitas est* Dios es caridad, si la mostrabas en el mismo Dios como principio y productora de todo cuanto existe, si querias, manifestándola como un patrimonio de la Iglesia católica, enumerar sus beneficios insumables, si la recomendabas como un precepto divino ó como una necesidad del estado social en que vivimos, si ponias

delante de los ojos el lastimero cuadro de las miserias é infortunios que imploran su auxilio y protección, si la personificabas en cualquiera de los Santos que pueblan los cielos, ó en la Madre de la misericordia, ó en el Redentor del humano linaje, ó en el misterio de la Eucaristía, ¡cuántas y cuán diversas fases no presentaba este argumento divino! Te acabo de nombrar tres objetos augustos, sublimes, tiernos, patéticos, inmensos: la Madre de Dios, el Salvador de los hombres, y la Eucaristía. No seré yo quien te diga cuánto, cuánto se ha meditado, predicado y escrito sobre cada uno de ellos: basta que levantes los ojos y esclames conmigo: ¡O inmensidad!

Por estas indicaciones conocerás, Paulino, que estoy muy lejos de creer que peques por monótono siguiendo el natural apego de tu corazón y entendimiento á esta ó aquella verdad, á este ó aquel objeto de nuestro culto, y el especial llamamiento y vocación de Dios. Hay predicadores que parece que los destina el cielo á hablar de la Santísima Virgen, y á otros á ensalzar y rendir corazones al inefable Sacramento que adoramos en nuestros templos. Sin embargo, no son estos oradores incapaces de tratar otros asuntos, y lejos de eso con su devoción favorita, con su plenitud, digámoslo así, con su plenitud de amor y de ideas, y afectos acerca del sacrosanto objeto de su predilección, suelen animar y dar vida y calor y belleza á discursos de otro argumento. En efecto, ¿en qué sermón no será posible aludir de algún modo á

la Reina del cielo, tocar de paso la divina Providencia, escitar al amor de Jesucristo, hacer una fervorosa digresion sobre el manjar eucarístico, ó una breve exhortacion sobre la confianza en la infinita misericordia de nuestro Padre celestial? Esto es muy natural y se ve con harta frecuencia en el trato familiar de los hombres: el médico lleno de las ideas de su facultad insensiblemente hará recaer su conversacion sobre algun punto de medicina, aunque haya principiado hablando de las estrellas: el joven militar no dejará de intercalar algo propio de su profesion: el literato casi sin advertirlo habrá hecho una incursion en el reino de la literatura en que habita de continuo aun cuando hubiese empezado á producirse sobre materias muy diversas. Así sucede á los amigos de Job, que teniendo en la médula de los huesos la justicia del Omnipotente para con el impío, no quieren, no saben, no pueden hablar sin decir algo del castigo que ha de venir del cielo sobre la cabeza del impío.

(*Capítulo 23 de Job.*)

Este razonamiento es edificante por la admirable serenidad con que Job deja de contestar á las injurias de Eliphaz y habla con su Dios respirando conformidad y buen olor de santa vida. Paulino, un corazon virtuoso es una mina para predicar; los sentimientos que produzca serán como la purísima y balsámica fragancia, que despiden las lindas flores de jardin de-

licioso cuando en brillante mañana las oreas el céfiro blandamente. Si Dios te concede semejante corazón, en que reine y repose la virtud cual en trono propio, atiende sencillamente á sus inspiraciones; y tus discursos tendrán cierto sabor esquisito y una especie de celestial eficacia para hacer amables la piedad y la religión.

(Capítulo 24 de Job.)

Una de las cosas que has de aprender, Paulino, en nuestro Job para cuando prediques es no olvidar-te nunca, ó casi nunca de hablar algo al corazón. Se habla al corazón tocando resortes que es sabido que lo mueven y escitando pasiones dulces é íntimas, cuyo movil, asiento y vida parece ser el corazón, tales como la compasión, el amor y la gratitud. Esto requiere suma delicadeza y finura, ni en los libros puede estudiarse el modo eficaz de conseguirlo. Para escitar ternura en otros corazones es preciso tenerla, sentirla y derramarla en abundancia. Me inclino á creer que esta es una propiedad del alma humana, pues alguna vez se deja ver en los hombres de carácter mas fiero, en aquellos que por el género de su vida, por lo inculto de su educación y aun por su aspecto feroz son tenidos por incapaces de todo sentimiento de humanidad y blandura. El verdugo es hombre que sabe llorar cuando la muerte le arrebató su mujer ó sus hijos. En la historia del capitán de nuestro siglo vemos que él mismo, ante cuyos ojos

enjutos con frecuencia caian muertos al rededor de sus pies mas de cien mil franceses y muchos mas enemigos mientras él daba impulso al vuelo de sus vencedoras águilas con una serenidad y una impavidez admirables, sintió conmovidas sus entrañas acostumbradas á tanto horror y estrago, Napoleon al recorrer un campo de batalla se enterneció profundamente al oir el lúgubre ladrido de un perrillo, que estaba junto á su amo difunto lamentándose de su sangrienta muerte.

No hay para qué estenderse en probarlo: en todo hombre reside la facultad de sentir, de enternecerse y conmoverse, pero no en todos en igual grado; la sensibilidad lo mismo que el talento tiene en el linaje humano una escala infinita, y sucede con ella lo mismo que con el talento: no se adquiere, no se compra, no se aprende en cátedras ni en libros; pero se cultiva, se afina, se perfecciona. ¿Cómo? Con el ejercicio y la escitacion, del mismo modo y por los mismos medios con que se procura y se consigue el adelantamiento y mejora de todas nuestras facultades. Si hubiera de indicarte todos los medios imaginables para aumentar el tesoro de ternura propio de tu corazon, sería menester escribir un tratado sobre tan delicada materia, y al fin y al cabo habria de reducirse todo al ejercicio y escitacion que mas arriba te he apuntado. No obstante, acaso podrian señalarse como principales arbitrios para promoverla, escitarla y ejercitarla: 4.º la meditacion sobre asuntos tiernos y patéticos como los diferentes dolores que tras-

pasaron el alma de María reina de mártires, muchos pasos del sagrado Evangelio en que mas especialmente brilla la bienhechora bondad del Hombre-Dios, y las circunstancias de su pasion y muerte; 2.º la concurrencia adonde hay lágrimas y sollozos; 3.º el ejercicio de las virtudes dulces en las cuales se mezcla algo de ternura, como el amor divino, la cordial devocion á la Madre del Salvador, la caridad para con los menesterosos, la compasion para con todos los infelices que beben el caliz de las tribulaciones; 4.º la lectura de poetas sentimentales, y en especial la de las buenas tragedias, de vidas de santos y santas mártires entre las cuales las hay sumamente patéticas como las de S. Eustasio, Santa Bárbara, Santa Perpétua y Felicitas y otras innumerables, la de toda clase de autores que hablen con el corazon y al corazon, entre los cuales se distingue San Bernardo particularmente en sus cartas y homilias, y en nuestros dias el célebre y piadoso italiano Silvio Pellico, la de muchos pasajes y aun libros enteros de la sagrada Escritura como el Génesis, el de Esthér, el de Tobías, el Cantar de los Cantares, el que pinta la tribulacion y salvacion de Betulia y todos los proféticos, señaladamente los Salmos, los trenos de Jeremías y los incomparables lamentos de nuestro Job. Nunca habla Job sin presentar algun cuadro que mueva á lástima, sin disparar alguna flecha que traspase el corazon. Parece que en el presente capítulo es donde menos habia de hallarse semejante cosa, porque su argumento está en su mayor parte redu-

cido á describirnos con viveza los culpables proce-
deres de los hombres viciosos; sin embargo mira có-
mo escoge para pintarlos los rasgos que mas llegan
al corazon.

Y con astucia de malicia llena
El jumento del huérfano estravian,
Porque asi facilmente se enagena.
Y un miserable buey que arar veian
El pegujar de la infeliz viüda,
Por prenda de deber tomar solian.
Estos, lejos de dar al pobre ayuda,
Deshacen sus designios donde quiera,
Y lo oprimen con cólera sañuda.

.....
Desnuda al pasajero en su camino,
Y se lo deja allí de frio helado
A que llore su misero destino:
Hasta que un hueco encuentre, do abrigado
Se pueda defender del duro frio,
Y del recio turbion que inunda el prado.

Otros verás que con furor impío
Al huérfano saquean, y al desnudo
Quitán la espiga que cogió en baldío.

Tan avaros, que el pobre que con crudo
Afan pisando estuvo sus lagares,
Sediento un trago conseguir no pudo.



CAPITULO VI.



(*Capítulo 25 de Job.*)—El capítulo veinticinco, en que habla Baldad, es brevisimo y bello si se prescinde de que su contenido fuese inoportuno con respecto á Job. Este varon de dolores invencible en paciencia y fortaleza es, Paulino, buen modelo de la firmeza con que el predicador en medio de la templanza evangélica debe defender la Iglesia, la verdad y la religion cuando se vean calumniadas ó en alguna manera combatidas y perseguidas. Job siempre replica, siempre insiste en la defensa de su inocencia, aunque sin propasarse jamás á injurias ni á denuestos: ve que no logra convencer á sus amigos, y no calla ni cede el campo, y lejos de eso cada vez alza mas la voz de quejido y dolor y el vuelo de su pensamiento. Admirale valiente y sublime contestando á Baldad en el capítulo veintiseis:

Y respondiendo Job dijo:

- ¿A quién presumes defender tú ahora?
- ¿Es á algun apocado por ventura?
- ¿Tan débil es el brazo que sustentas?
- ¿A quién guia tu mano directora?

¿Es á quien yace en ignorancia oscura
Con quien tan sábio y tan sagaz te ostentas?

¿A quién á dar leccion eres osado?

¿A quien vida y aliento te ha inspirado?

Los gigantes que tanto presumian

Poder, bajo las aguas sumergidos

Yacen con muchos en olvido eterno,

Que á insultar su potencia se atrevian.

A su vista los senos escondidos

Están patentes del oscuro infierno,

Pues nada hay que á su mirar se oculte

Aunque en el hondo abismo se sepulte.

El estendió por el vacío inmenso

La ancha region del aquilon helado,

Y la tierra apoyó sobre la nada:

El de las nubes encerró con denso

Velo las aguas, porque desatado

No caigan de una vez. El reservada

Tiene, que no la vean los mortales,

La puerta de sus átrios divinales,

Y rodeada de tiniebla oscura.

El le fijó su término á los mares

Con ley perpétua mientras luz hubiere,

Y sombra opaca; que hasta entonces dura.

Del cielo los fortísimos pilares

El estremecer hace, cuando quiere;

Que al menor movimiento de sus ojos

Todo tiembla, temiendo sus enojos.

El con su fortaleza omnipotente

Abrió y luego cerró del mar hinchado

Las olas fuerte y sábio, y dejó en ellas

Sumergido al soberbio de repente.

Ese cielo, que vemos tachonado

De brillantes clarísimas estrellas,

Obra fué del aliento que respira

Su boca celestial: y la que gira

En roscas mil serpiente tortuosa

El sacó á luz con su divina mano.
 Esto no es mas que muestra muy ligera
 De su poder: y si tan poca cosa
 La alcanza apenas el juicio humano
 De su grandeza atónito, ¿qué fuera,
 Y á quién de los mortales no espantára,
 Si con la fuerza de su voz tronára?

Columnæ cæli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus. Solo este versículo era suficiente para justificar la calificación de sublime que he dado á la respuesta del héroe de la paciencia.

Pero dejemos ya la sublimidad de Job; y procurando huir como debe hacerlo todo orador sagrado, de imitar la altanera petulancia de Eliú que habla en seguida, admiremos la escelsa majestad con que se espresa el mismo Dios desde un torbellino.

¿Quién es ese, que tanto sin cordura
 Hablando está, y con necias reflexiones
 Mezcla palabras y sentencias graves?
 Disponte pues, y prevenir procura
 Convincentes y sólidas razones
 Con que me responder. Si tanto sabes,
 Dimé dónde tú estabas,
 Ni dónde estar aún imaginabas,
 Cuando yo de la tierra el fundamento
 Puse. ¿Quién, di, fijaba sus medidas,
 O quién la alineó? ¿Sobre qué estribos
 La apoyó? ¿Quién echando su cimiento
 Puso piedra angular, que sostenidas
 Sus partes en firmísimos entibos
 Mantuviese? Los ángeles del cielo,
 Los astros matutinos me alababan
 Entonces y cantaban
 Publicando mi gloria en este suelo.

¿Quién al instable mar cerró las puertas,
 Cuando brotaba del abismo un día,
 Y á borbollones del profundo seno
 Las espumantes olas descubiertas
 Se vieron? ¿Quién de nubes lo vestía?
 ¿Quién como á infante de flaquezas lleno
 La densa niebla oscura
 Hizo que le sirviese de envoltura?
 Yo le fijé los términos que quise,
 Con que por todas partes rodeado
 Estuviese y sujeto, y no pasase
 El suelo á profanar que el hombre pise,
 Y le cerré la puerta con candado;
 Porque le dije: cuando aquí llegase
 Alguna vez el flujo entumecido
 De tu soberbia y rápida corriente,
 En la arena detente:
 De ella no pasarás: Yo te lo impido.
 Dí: ¿por ventura tú cuando naciste,
 Mandaste amanecer á la mañana?
 ¿Fijaste tú sus pasos á la aurora?
 ¿Tú cual paño la tierra sacudiste
 Para echar fuera la torpeza insana
 Con que tanto el impío la desdora?
 ¿Tú le distes el bello
 Temple y buena sazón, con que su sello
 Le imprime el labrador cuando la ara?
 ¿La hiciste varia tú como el vestido,
 Que varía en invierno y en verano?
 Así variaré de la luz clara
 De la vida á las sombras del olvido
 El impío, y con él su orgullo vano.
 ¿Has entrado en el mar con pecho fuerte?
 ¿Su fondo alguna vez has penetrado?
 ¿Abiertas has mirado
 Alguna vez las puertas de la muerte?
 Dímelo tú, pues que lo sabes todo,

Cuál es la latitud de vuestro suelo.
 ¿Dónde habita la luz? La niebla oscura
 ¿Dónde encerrada está? Di de qué modo
 Correr podrás y descorrer el yelo,
 Que oculta y manifiesta con segura
 Regla á los hombres el luciente día,
 Y la noche sombría.
 ¿Supiste entonces tú cuándo nacieras,
 Ni qué tiempo vivir te fuera dado?
 ¿Entraste alguna vez en el tesoro
 Do la nieve y granizos, y las fieras
 Tempestades mi brazo ha reservado
 Para hacer respetable mi decoro
 El día de venganza al enemigo?
 ¿Por dó la luz espléndida camina,
 Y al suelo se avecina
 El astro que el calor lleva consigo?
 ¿Quién á la lluvia tormentosa y fiera
 Hace precipitar con furia tanta?
 ¿Quién al sonante y espantoso trueno
 Abre, rompiendo el aire, su carrera?
 ¿Quién á vastos desiertos adelanta
 Agua fecunda con que nazca el heno,
 Y pastos y bebida
 La solitaria fiera allí nacida
 Tenga, donde no hay hombre que la mire,
 Y el suelo hace feraz no cultivado?
 ¿Quién engendró la lluvia y el rocío?
 ¿Quién produjo la escarcha? ¿Quién no admira
 Ver por el aire el hielo congelado,
 Y que el agua corriente al mármol frío
 En solidez semeje; y la dureza
 Se revistan de inmóviles cristales
 Los líquidos raudales,
 Mudando su fugaz naturaleza?
 ¿Pudieras tú juntar en numerosa
 Constelacion las Pléyadas brillantes,

Que ostentan en el cielo su hermosura?

¿Pudieras suspender la presurosa
Carrera de Orion, ó hacerlo antes
Desde Arctos correr á Cinosura?

¿Harás tú de mañana
Del lucero nacer la luz temprana
Que solicito avisa á los mortales
La llegada feliz del nuevo día?

¿Harás nacer al Véspero que viene
Descanso á dar á hombres y animales
En el reposo de la noche umbria?

¿Sabes tú por ventura qué orden tiene
El cielo en su concierto armonioso,
Y qué dichas benéfico produjo,
O qué males su influjo

En la tierra, maligno y riguroso?
¿Te obedecerá á ti la niebla fría?

¿Subirá presta á rodcar tu trono
Cuando la llames, y lloviendo al suelo
La densa nube quedará vacía?

¿Enviarás con fulgurante tono
El veloz rayo desde el alto cielo,
Y volverá obediente

Diciéndote sumiso: aqui presente
De nuevo estoy, tu orden he cumplido?

¿Quién al hombre le dió sabiduria?

¿Quién le dió tal saber é inteligencia
Al vigilante gallo? ¿Quién podido

Nunca hubiera del cielo la armonía
Descubrir? ¿Ni qué arte, ni qué ciencia

Bastará á suspender su movimiento?
Dime tú, si lo sabes, dime cuándo

Fué la tierra formando
De húmedo polvo su primer asiento.

Y bien: ¿te atreverás á la leona,
Cuando en su cueva está recién parida,
Presá le presentar que hayas cazado,

Porque ya que sus hijos no abandona,
 Pueda comer? Y cuando en su guarida
 Ellos acechan, ¿llegarás tú osado
 Sin temor, y contento,
 A halagarlos y darles alimento?
 ¿Quién al gárrulo cuervo le prepara
 Pasto abundante, que voraz devora,
 Cuando los hijos tímidos vaguean
 Buscando que comer, y con voz clara
 Claman á Dios? ¿Me lo dirás tú ahora?

Entre cuatro príncipes de la tierra sábios y elocuentísimos se agitaba una cuestion de suma importancia y de trascendencia infinita y era acerca de Dios; yo así la comprendo, pues en ella se trataba de su justicia y gobierno, de su manera de proceder con los justos y con los impíos: un rey destronado, reducido á mísera pobreza, consumido por una enfermedad espantosa, hecho todo él una llaga horrible y acometido de cerca por la muerte, casi hasta el último aliento habia defendido la causa de la Providencia: un joven arrogante y de palabras descomedidas en alto grado como que vino á apoderarse del campo despues de cansados los combatientes, para decidir la victoria en pro de los orgullosos opresores del justo. Job en medio de aquella su inundacion de dolores, de calumnias y de improprios habíase vuelto diversas veces á Dios poniéndole por testigo de su inocencia y de su verdad, y habíalo hecho con gemidos de profunda amargura. El que es magnífico en misericordias ¿desamparará al inocente oprimido que le llama y le invoca desde abismos de

tribulacion? No. Ya viene, ya se acerca..... Pero viene con la majestad de un Dios: su trono es un torbellino. Así bajó al Sináí á dar su ley entre relámpagos y truenos. Habla desde el torbellino. ¿Qué espanto no infundiria el estruendo de la voz del Todopoderoso? Hablando estaba Eliú, y el Señor aparecido pregunta irritado:

¿Quién es ese que tanto sin cordura
Hablando está y con nécias reflexiones
Mezcla palabras y sentencias graves?

Solo con esta majestuosa reprobacion del lenguaje de Eliú contra Job, habia el Altísimo pronunciado una sentencia decisiva en favor de los razonamientos de este atribulado. Pero como los cielos no están limpios en su presencia, y además tan soberana dignacion podia levantar demasiado el pecho de Job, esponiéndole á caer en culpa de vanagloria, el Escelso le dirige la palabra como para corresponder á cierto desafio que en el exceso de su confianza y en el acaloramiento de su fantasía le hiciera aquel atribulado, y le muestra la insondable distancia que hay entre la criatura y su Hacedor divino.

Yo anonadado bajo el peso de la enagenadora sublimidad de este discurso de nuestro Dios, lo único que sé decirte es que se me figura que ya que el Señor se dignaba hablar, á mi pobre juicio, de la manera que lo hizo, puso de manifesto su majestad adorable mas que de cualquier otro modo. Paulino, ¿no te llama la atencion que habiendo dado margen á la controversia los acerbos padecimientos de Job y es-

tando vivo y presente aquel espectáculo de inmenso infortunio, no haga el Señor la mas mínima mención de lo que Job padece, ni siquiera para justificarse por haberle enviado aquella calamidad ni para vindicarlo de las calumnias con que se le abrumaba? ¿No te admira el que en vez de decidir la cuestion del castigo de los impíos clara y terminantemente en general, ya que no la aplicára á este caso, no haga mas que ostentar algunas muestras de su sabiduría, bondad y omnipotencia? Hay mas: durante el larguísimo altercado mil veces se habia hecho brillante encomio de todos sus atributos, en lo cual ninguno se mostró escaso de cuantos tomaron parte en la disputa, antes bien todos ellos compitieron en ensalzarle y confesar las obras portentosas de su irresistible poderío. Y sin embargo el Señor, como si todos hubiesen dicho poco de sus grandezas, las coteja sublimemente con la pequeñez y poquedad del hombre para confundirle y anonadarle aunque sin ira ni enfado, pues habla con uno de los hijos de su gracia para mas acrisolarle en sumision y humilde rendimiento á su augusta é inescrutable providencia. Yo te confieso que este silencio de Dios acerca del punto principal de la controversia y esa especie de paternal indignacion con que dirige á Job el discurso de la manifestacion de su gloria, tienen para mí un caracter y un sello de majestad infinita: hombres grandes y sábios hubieran hablado de otro modo; expresarse de la manera que lo ha hecho era propio de la Divinidad.

Carvajal de quien son todos los trozos de la traducción poética que voy insertando, se esforzó y con buen éxito en la de este capítulo; no obstante para que palpés la diferencia que hay entre sus versos y algunas de las inimitables pinceladas del original, considera cuánto mas valiente y enérgico está el v. 11 en nuestra Vulgata: *Et dixi, al mar: Usque huc venies, et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos.* Y este otro: v. 35: *Numquid mittes fulgura, et ibunt, et revertentia dicent tibi: Adsumus?* No sé que en ninguna retórica ó curso de bellas letras pueda presentarse otro mejor ejemplo de sublimidad que el contenido en estos dos versículos que acabo de copiar. Para que conozcas la de todo este capítulo y te penetres de su grandeza y portentosa magestad, medítalo, te ruego, medítalo y lee los comentarios y notas de nuestros espositores, ni te contentes con leer uno solo, que en uno no se halla todo lo que de grande y de importante se dice entre muchos de ellos. Y en prueba de que es muy útil registrar comentadores aun para percibir mejor en el orden literario la belleza y grandor de los pensamientos, te pondré aquí la esplicacion que el Mtro. Fr. Luis de Leon hace de los versículos relativos al mar. *¿Y quién cerró con puertas el mar, cuando salia á fuera, como quien sale de madre?* Como preguntó á Job del sér de la tierra, asi le pregunta ahora de la naturaleza del mar, que es otra gran maravilla de las que en lo natural Dios tiene hechas. Y en el mar es maravilloso mucho, el no

derramarse en la tierra anegándola; y siendo así que la cubria toda al principio, haber descubierto parte de ella por mandado de Dios, y siendo tantas sus aguas y tan furiosas sus olas, no tornar cada hora á cubrirla, y quebrar tanta furia en un poco de arena á la orilla. Pues de este antiguo y nuevo milagro le pregunta ahora Dios, si entiende ó sabe la causa, ó si es Job el autor de él, ó quién es el autor. *¿Quién, dice, cerró como con puertas el mar?* Porque no hay cerraduras tan fuertes, ni muelles tan firmes que así le tuvieran cerrado, como le tiene ahora la raya que Dios le ha puesto en la arena. Y dice: *Quién le cerró,* como diciéndole y preguntándole, si supiera cerrarle, ó si sabe manera alguna como cerrarse pudiese, ó si entiende, que quien le cerró, entenderá y sabrá hacer lo que él no puede entender. Dice, *cuando salia á fuera, como quien sale de madre,* que es, cuando fué criado al principio, y se derramaba con grandísima copia sobre todas las cosas, y las anegaba y sumia. Y que hable de aquella sazón, lo que se sigue lo dice: *Cuando le ponía nube por vestidura, y oscuridad como faja suya.* Porque en aquel principio, como Moisés escribe en el Génesis, luego que crió Dios el mar y dentro de su abismo la tierra, rodeó á todo el mar de tinieblas. *Y las tinieblas, dice, cubrian la faz del abismo.* Y dice, *vestidura y faja* aquí ahora, hablando de la mar recién producida, como de una criatura recién nacida hablára, que la envuelven en sus mantillas y fajas. Así, dice, la cubrí *con nube* en su primer nacimiento, y la envol-

vi, como con *faja*, con oscuridad y con niebla. Pues en este tiempo, dice, cuando él lo cubria todo, y á él las tinieblas, le recogí y reduje á término cierto, y le acorté las riendas, y enfrené su lozanía para que se detuviese. Lo cual aun ahora declara diciendo: *Y rodeéle con términos, y púsele cerrojo y puertas*. Y donde decimos, rodeéle con términos, dice el original en la misma sentencia, y *establecí sobre él decreto*. Por manera que los términos que le puso, y el cerrojo y puertas en que le encerró, es la ley y decreto suyo que le ordenó, cuando dijo: Ayúntense las aguas á un lugar, y muéstrese descubierta la tierra. El cual mandamiento retrujo entonces, y tiene hasta ahora enfrenadas las mares. Y para declarar su eficacia, la Escritura en diversos lugares lo llama voz de trueno y de reprension temerosa, y amenazas graves é increpacion que puso espanto en las aguas, y espanto que siempre le dura. Y así añade: Y dije: *Hasta aquí vendrás, y no añadirás, aquí quebrarás levantamiento de tus olas*. Que en la forma del decir que es de un mandar absoluto, muestra Dios su poder sobre todo, y el rendimiento de las criaturas: y sieinpre, y en cada palabra va secretamente arguyendo, cuán ageno de buena modestia es ponerse á cuentas con quien sabe y puede tanto.

En el capítulo 39 prosigue el discurso de Dios; y como en estas indicaciones lo único que me propongo es fijar tu atencion en algunas de sus bellezas literarias, sería imperdonable si no te pusiera delan-

te de los ojos y no te señalára con el dedo una y cien veces la célebre descripción del caballo guerrero. Veámosla detenidamente supuesto que no vamos en él á la guerra sino que estamos despacio y sentados con toda comodidad.

San Gerónimo tradujo:

19. *Numquid præbebis equo fortitudinem, aut circumdabis collo ejus hinnitum?*

20. *Numquid suscitabis eum quasi locustas? Gloria narium ejus terror.*

21. *Terram ungula fodit, exultat audacter: in occursum pergit armatis.*

22. *Contemnit pavorem, nec cedit gladio.*

23. *Super ipsum sonabit pharetra, vibrabit hasta et clypeus.*

24. *Fervens, et fremens sorbet terram, nec reputat tubæ sonare clangorem.*

25. *Ubi audierit buccinam, dicit: Vah. Procul adoratur bellum, exhortationem ducum, et ululatum exercitus.*

Lo que comenta así Fr. Luis de Leon con su acostumbrada bizarria: ¿Por dicha darás al caballo valentía? ¿Por dicha ceñirás su cerviz de relincho? La mencion hecha del caballo y del caballero trajo á la boca al caballo, y así dice ahora de él, por ser su natural maravilloso en extremo así en el ánimo que tiene, como en la gallardía de cuerpo, como en el brio, y ligereza y afición á las armas. Y así le trae Dios por ejemplo de su saber, preguntándole á Job si supiera él hacer un caballo con las disposiciones y

condiciones que tiene, las cuales pinta á la larga elegantísimamente. Dice, si supiera él darle al caballo la valentía que tiene, porque sin duda es animal de fuerza y ánimo señalado; y si supiera ceñirle la cerviz de relincho, en que demuestra su brio y gallardía y su corazon nada cobarde. Y dice bien, ceñir la cerviz, porque la menea y estremece toda el caballo cuando relincha. Y dice mas: *¿Por dicha levantarle has como á langosta? Hermosura de sus narices espanto.* En que le pone otras dos propiedades, preguntando á Job, si fue él quien se las dió: la primera es su ligereza, y la segunda es el espíritu y fuerza de su bufido. De la ligereza pregunta, si levanta Job como á langosta el caballo, esto es, si le dió que saltase presto y ligero, como si fuese langosta: porque no solo es en el correr veloz, sino suelto mucho en el salto. Y del bufido dice hermosura de sus narices espanto, que llámale hermosura de su nariz con propiedad y elegancia, porque hincha el caballo cuando bufa y ensancha las narices y las figura por una manera llena de una disposición señorial, á que se consigue en los que le miran espanto. Y así dice, que el bufar suyo, que pone en él magestad, causa en los miradores espanto. Prosigue: *La tierra cava con el pie, alégrase con brio, saldrá á los armados al encuentro.* Es de los caballos el patear y herir en el suelo, porque no les da sosiego su grande espíritu, y es propio de los no lerdos: que los generosos son bulliciosos, y esos mismos arrancan alegres y llenos de corazon al encuentro. Porque como dice lue-

go: *Desprecia el temor, y no se espanta ni se retrae de la espada.* Y particularízalo, para mas adornarlo y dice: *Sobre él sonará el carcax, hierro de lanza y escudo.* Quiere decir, aunque esto suene y vea andar sobre sí, no por eso teme, antes se anima y espera la señal del acometer con señalado deseo. Y asi dice: *Hervoroso y furibundo sorbe la tierra, y no estima que voz de bocina.* Porque el deseo de oirla, le hace que no estime, esto es, que no crea ha de llegar tiempo en que suene. Y asi *cuando oye la trompa dice: ¡Ha! ¡ha! y de lueñe huele la batalla, el animar de los capitanes, el estruendo de los soldados.* El original dice: En copia de trompetas dice: *¡Ha! ¡ha!* Y lo uno y lo otro es figura poética, en que para mayor significacion, como si tuviera uso de razon, se le dan al caballo palabras en que demuestre alegría. Porque es tanta, que la demuestra en su hervor y manos luego que oye la trompeta, ó como dice aquí Dios, luego que huele la guerra: que si hablára, no la demostrára mas claro, porque hace todo lo que se pone en aquesta pintura.

Lo que el mismo Fr. Luis traduce en los tercetos siguientes.

¿Eres tú por ventura el que al guerrero

Caballo proveyó de valentia,

Quien de relincho le ciñó el garguero?

¿O que con fuerza salte y gallardía,

O que bufe, le das, y ponga miedo

De su nariz el brio y lozanía?

Cava la uña el suelo, y con denuedo

Va para el enemigo, y acomete,

Ni freno le contiene ni voz quedo.

No conoce temor, ni espada mete
 Espanto en sus entrañas, ni ruido
 De golpes poderosos sobre almete,
 Ni encima de él la aljaba y su sonido,
 Ni la temida lanza blandiendo,
 Ni el acerado escudo combatido.

Herviente y furibundo deseando
 El son de la trompeta, sorbe el suelo,
 No cree que llegará jamás el cuando.

Al punto que la oye alza el vuelo,
 Y dice, *ha la ha*, porque adivina
 Encuentros, golpes, voces, su consuelo.

Acaso, Paulino, estarás con mucha curiosidad de ver si Carvajal ha salido airoso de este paso, el cual es de prueba, y helo aquí.

¿Y darás tú al caballo fuerza y brio?
 ¿O su cuello hincharás enmelenado
 Cuando alegre relincha y animoso?
 ¿Le harás tú, cual langosta en el estio
 Levantarse y saltar por monte y prado?
 ¿Viste de su nariz el generoso
 Aliento que respira,
 Cuánto terror majestuoso inspira?
 Hiende la tierra con el casco duro:
 Se engríe osado, y al encuentro sale
 Al armado guerrero en la pelea.
 Desprecia el miedo, y de vencer seguro
 Ni á espada cede, ni á rendirlo vale
 La aguda flecha: el asta que blande
 Ya sobre su cabeza, no retarda
 Su noble esfuerzo: y si con golpe rudo
 Resuena el fuerte escudo,
 No por eso se asusta ni acobarda.
 Hirviendo en ira, que le abrasa el pecho,
 Amenazando fiero al enemigo

Con bramido feroz que el campo aterra,
 Se tragará la tierra, si derecho
 No lo dejan marchar á ser testigo,
 Y parte activa de la dura guerra;
 Que él no espera señales
 De llamada, ni estrépitos marciales.
 Mas cuando llegan á su atento oído
 De la trompa guerrera los clamores,
 Y el batiente tambor que á la refriega
 Llama al soldado, en fuerte resoplido
 Demuestra su placer y los ardores
 Que lo agitan, y un punto no sosiega.
 Porque le da el olor de la batalla,
 Oye al gefe que exhorta á los soldados
 Que gritan animados,
 Y ya no cabe allí donde se halla.

Hermosos son estos versos considerados en sí mismos; pero si se comparan con el original, se ve que el pensamiento y las imágenes han perdido mucho de su valentía por esa nube de epítetos y extensión de frases con que Gonzalez Carvajal ha amplificado. Los siguientes exámetros de la version parafrástica del jesuita Vavassor trasladan con mas viveza á nuestros ojos el caballo de Job, y no tengo inconveniente en creer que Virgilio no se desdeñaria de confesar que parecian suyos.

*Robur equo forti num tu robustior addes?
 Num magis, hinnitu geminato è faucibus altis,
 Terribilem facies? Num subsultare docebis
 In numerum, gressusque pares glomerare locustis?
 Gloria vero ingens, utraque ab nare pavores
 Exspirare novos. Hujus fodit ungula terram,
 Exsultatque animis audax, itque obvius hosti*

*Armato, temnitque metus, ferroque resistit.
 Illum supra equitis pharetra instrepet, et levis hasta
 Vibravit, clypeusque; solum servetque fremitque
 Effodiens, nec signa tubæ curatve receptus.
 Quin avida postquam aure bibit; vah reddit acuto
 Exsiliens hinnitu, et longè præsciis ante
 Occupat adventum belli, ac jam præcipit hostem
 Naribus, hortatusque ducum fremitusque sequentum.*

No con menos gallardía, aunque algo libremente púsola en su lengua esta magnífica descripción el italiano Rezzano de la manera que sigue.

Forse il destriero per tua man guernito
 I fianchi e il collo di virtù robusta
 Mostrerà col magnanimo nitrito
 Da generoso ardor l'anima adusta?
 Forse ad un lieve minacciar col dito
 Fuggirà come celere locusta?
 Quando avvien che alla pugna ei si prepari,
 Sbuffa terror dall'orgogliose nari;
 Percuote il suol con la ferrata zampa,
 Morde il fren, scuote il crin, s'incurva e s'alza,
 In un luogo medesimo orma non stampa;
 Ardimento e furor l'agita e sbalsa;
 Corre e affronta l'hostil schiera che accampa,
 Sprezza il timor, armi ed armati incalza,
 E sonar fa nel violento corso
 Scudo, faretra e stral scossi sul dorso.
 Impaziente e di sudor fumante
 Così precipitoso si disserra,
 Che non aspetta udir tromba sonante,
 E par nel corso divorar la terra:
 Dove sente rumor di spade infrante,
 Colá, dice tra sé, ferve la guerra;
 E de'duci gli sembra udir le voci,
 E gli ululati de'guerrier feroci.

Las diferencias que notes en estas cuatro versiones, las cuales siendo uno mismo el fondo, hacen que sea diverso su mérito, te convencerán de la suma importancia que tienen en literatura los pormenores. El orador sagrado, prescindiendo de su carácter de ministro de Dios, como orador es un literato en el púlpito; y así para el buen éxito de su composición no debe desdeñarse de poner mucho esmero en eso que he llamado *pormenores*. En el ejemplo citado las ideas capitales son que el Hacedor dió al caballo fogosidad, brio, soltura de miembros, agilidad, ímpetu y espíritu guerrero. Pues bien, estas ideas animadas con las vivas imágenes poéticas con que el Espíritu Santo las revistió en el libro de Job, adquieren un realce imponderable, una nobleza inmortal, toman cuerpo galano, alma y vida; y se van amortiguando, descolorándose y desfalleciendo á medida que las imágenes en que están encarnadas pierden algo de su fuerza y lozanía.

Los mas insignes poetas han tenido á gala el imitar esta pintura del caballo hecha por el mismo Dios cuando hablaba desde el torbellino. Palpable es la imitación en el libro tercero de las Geórgicas de Virgilio. Dice así:

*Tum, si qua sonum procul arma dedere,
Stare loco nescit, micat auribus, et tremūt artus,
Collectumque premens volvit sub naribus ignem, etc.*

Lo cual tradujo Fr. Luis de Leon en esta octava.

No le espanta el estruendo vano y ciego;

Mas de lueñe que llegue á sus oídos

Sonido de las armas, arde y luego

No cabe en un lugar; y conmovidos

Sus miembros todos tiemblan, sin sosiego

Aguza las orejas y sentidos,

Sorbe, recoge, aprieta, vuelve, espira

Fuego por las narices llamas de ira.

Muchos poetas de alto renombre han hecho hermosas descripciones del caballo, el mismo Virgilio en el libro 14 de su *Enéida*, Homero en el 6.º de la *Iliada*, Torcuato Tasso en el canto 9.º de su *Jerusalén*, Metastasio en una de sus arias y otros varios; pero ninguna puede ponerse al lado de la de nuestro Job. Se conoce que la tenia muy presente Pablo de Céspedes cuando hizo la suya, como lo advertirás particularmente en la última octava. Permíteme pues el insertarla aquí, ya que son de tu gusto los buenos versos y yo con ello no me aparto de mi propósito. Escribia Céspedes que el caballo se habia de pintar así.

Que parezca en el aire y movimiento

La generosa raza do ha venido;

Salga con altivez y atrevimiento,

Vivo en la vista, en la cerviz erguido:

Estribe firme el brazo en duro asiento

Con el pie resonante y atrevido,

Animoso, insolente, libre, ufano,

Sin temer el horror de estruendo vano:

Brioso el alto cuello y enarcado,

Con la cabeza descarnada y viva:

Llenas las cuencas, ancho y dilatado

El bello espacio de la frente altiva:

Breve el vientre rollizo, no pesado
 Ni caído de lados, y que aviva
 Los ojos eminentes: las orejas
 Altas sin derramarlas y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
 Con los músculos fuertes y carnosos:
 Hondo el canal dividirá derecho
 Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
 Llena el anca y crecida, largo el trecho
 De la cola y cabellos desdeñosos:
 Ancho el hueso del brazo y descarnado:
 El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
 Si acaso caminando, ignota puente
 Se le opone al encuentro, y delantero
 Preceda á todo el escuadron siguiente:
 Seguro, osado, denodado y fiero,
 No dude de arrojarle á la corriente
 Raudal, que con las ondas retorcidas
 Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
 Ronco la trompa militar de Marte,
 De repente estremece un movimiento
 Los miembros sin parar en una parte:
 Crece el resuello, y recogido el viento
 Por la abierta nariz ardiendo parte:
 Arroja por el cuello levantado
 El cerdoso cabello al diestro lado.



CAPITULO VII.



Como mi ánimo nunca ha sido seguir todos los pasos del libro de Job, y estas observaciones solo versan sobre sus bellezas literarias, acerca del final del capítulo 39 y del 40 lo único que tengo que decirte es que contemples en ellos la majestad divina y el santo comportamiento de su humilde siervo Job, mientras yo me deleito en hacerte ver cuán sublime y grandiosa salió de boca del Señor la descripción del Leviatán ó sea de la ballena, que á la verdad es digna de su adorable Hacedor, quien desde un torbellino la profirió. ¿Y qué haré para mostrarte la sublimidad de esta extraordinaria descripción, cuya grandeza me parece que no tiene igual? Nada mas que ofrecerte á la vista algunos de sus rasgos. «¿Quién se atreverá á entrar en la espantosa cueva de su boca terrible? Al derredor de sus dientes espanto. Su cuerpo como escudos de acero, apiñado de escamas que se aprietan. Una se junta con otra, ni un respiradero pasa entre ellas. Llama sus estornudos encendida. Sus rutilantes pupilas como los ojos de la aurora.

Por la boca despide y resplandecen
 Centellas poderosas hechas fuego
 Que en alto suben y se desaparecen.

..... *It lampas ab ore*

Non una, et fumum spumosis naribus efflat,

Ardiendo sobresalen

De la horrenda nariz densos vapores,
 Cual en olla que hierve, ya encendida
 La pez y derretida,
 Se desatan en humo sus hervores.
 Al ardor de su aliento la mojada
 Leña se abrasará, que es rayo ardiente
 Cuanto le sale por la boca airada.

Halitus incendit prunas, flammisque crepantes

Evomit os.

En sus fauces horribles el asiento
 De la voracidad y la fiereza
 Fijado está; y el hambre le precede,
 Y la devastacion y asolamiento.
 De sus carnes la union y la dureza
 Lanza ni dardo penetrar no puede.
 No hay piedras ni tan duras ni apretadas
 Cual es su corazón, duro cual yunque.

Cor durum illi, ceu saxea moles.

Ni la ferrada lanza le hará mella.
 Su fuerza es tan atroz que para ella
 Es paja el hierro duro,
 Y el acero de temple mas seguro
 Es lo mismo que un leño apolillado.
 La hacha de armas de ella es reputada
 Como si fuese astilla, y se escarnece
 De lanza con cuchilla aguda armada.
 Del sol los rayos cubre y escurece,
 Y se recuesta como en blando lecho

Sobre puntas agudas, si se ofrece.
 En el rico tesoro
 Duerme de plata y oro,
 Por que el hombre infeliz tanto suspira.
 Hace que hierva cuando opone el pecho
 Cual olla el hondo mar y cual caldera.
 Déjase á plomo el mónstruo corpulento
 Caer en el abismo, abandonado
 A su natural peso, cuando quiere;
 Y empiezan á subir del hondo asiento
 Las hervientes espumas, que irritado
 Arroja de si el mar, cuando lo hiere.
 Cánsase, y luego sube
 Levantando de espumas alta nube,
 Que va siguiendo en senda luminosa
 El rastro por do quiera que camina,
 Y en ancho giro el piélago blanquea.
 No vive ni en la tierra ni en los senos
 Hondísimos del mar tal terribleza,
 De quien todos los miedos son agenos.
 La mas sublime y la mayor alteza
 Con desprecio soberbio burla y mira,
 Que el cetro de su reino y su grandeza
 Es sobre cuanto altivo aquí respira.

Ya habrás conocido que por tal de presentar á tu imaginacion con mas viveza las pinceladas del original, he tomado indistintamente algunos versos de las dos traducciones poéticas que tenemos en nuestra lengua.

Una excelente descripcion en cualquier parte que se halle acredita á su autor. El buen efecto que produce en la elocuencia del púlpito es bien notorio: con su brillante desempeño han conseguido extraordinarios triunfos los grandes oradores: ya habrás oi-

do que predicando Massillon sobre el juicio universal y trazando con vivísimos colores el magnífico cuadro, al decir que ya venia el Juez divino, todo su auditorio como fuera de sí se puso en pie con el interior trasporte que puedes imaginar. En Italia sucedió otro tanto al P. Tornielli que hablaba del diluvio, y sus oyentes creyendo que la inundacion los iba á anegar, se levantaron todos á un mismo tiempo sobrecogidos de pavor. No te aconsejaria que en tu predicacion esperases ver estos prodigios de la palabra elocuente; pero desde luego me atrevo á asegurarte que si tus descripciones son bellas, sublimes, oportunas y sobre todo verdaderas, las impresiones que quieras producir se grabarán en la memoria y en el corazon de quien te escuche, porque los hombres por lo comun conservan el recuerdo de pinturas materiales mas que las ideas de verdades abstractas. Y Dios, que conoce las flaquezas y secretos del humano corazon, parece que se ha acomodado en la sagrada Escritura á nuestra debilidad describiéndonos tantas veces y con tanto primor y valentía las maravillas visibles de su omnipotencia y refiriendo á ellas, como lo hace palpablemente en sus discursos dirigidos á Job, las de su bondad y sabiduría infinita.

Buen ejemplo para ti, Paulino, que has de consagrar tu vida al glorioso y santísimo ministerio de la predicacion. Y en esta parte apelo al testimonio íntimo de tu corazon; ¿no es cierto que este se mueve mas, se incita mas á la caridad, al arrepentimiento, á la gratitud y demás sentimientos virtuosos cuando

se le habla de Jesucristo y se le pinta obrando que cuando se discurre solamente acerca de la Divinidad? Y si Jesus merece nuestras adoraciones principalmente porque es Dios, ¿en qué consiste semejante diferencia? No es difícil adivinar el arcano; porque el divino Salvador es un Dios que ha tomado una forma corpórea haciéndose accesible á nuestros rústicos sentidos. Y como la palabra de Dios rara vez se dirige á una asamblea de sábios en particular, sino siempre, ó casi siempre al pueblo cristiano, en cuya denominacion se comprenden toda clase de gentes y de ellas la mayor parte no de elevado entendimiento para seguir el hilo de raciocinios sutiles; aparece bien clara la conveniencia y utilidad del uso de las descripciones en la elocuencia sagrada, pues patentizan los venerables objetos de nuestro culto y hacen concebir una viva idea aun de cosas que solo sabemos porque el Señor se ha dignado revelarlas. Nunca olvidaré la maravillosa impresion que en la Cuaresma de 1838 me hizo en Roma el discurso de un célebre predicador veneciano, que describió la Jerusalén celestial de tal manera que salí del templo de San Lorenzo *in Damaso* sin atinar á pensar mas que en la gloria, como fuera de mí, como si estuviera en el cielo, como si los rayos de la Divinidad rodeándome y penetrándome con su luz beatífica me tuvieran absorto en la contemplacion de su inmortal hermosura. Tanta es la fuerza y poderío de la elocuencia sagrada y de una descripcion patética y escelente. La pintura del infierno aterra y estremece al peca-

dor; la de las llagas de Jesucristo hace derramar lágrimas de amor y de dolor; la de las tiernas escenas de la gruta de Belén embelesa y enamora; la de la resurreccion del Señor consuela y enternece; la de su ascension á los cielos eleva el alma hasta seguirle en su majestuoso vuelo mas allá de las nubes.

Ya ves que de los misterios de nuestra adorable religion muchos pueden describirse, sin quitarles por eso nada de lo espiritual, nada de lo místico y afectuoso que está como en sus propias entrañas y que acompañando ó siguiendo á las imágenes de la descripcion, les da mas calor y mas vida. Con cuánta oportunidad, frecuencia y estension las hayas de hacer, te lo enseñará tu instinto literario, tu recto juicio, y aun el mismo asunto de que te ocupes te estará indicando la ocasion y el modo. Yo solo te inculcaré el que la oratoria requiere suma prudencia y no abusar nunca de ninguno de sus recursos ó arbitrios. Tambien te encargo que hagas profundo estudio del corazon humano si quieres presentar en el púlpito verdaderos retratos de pasiones, de vicios y virtudes, todo lo cual es parte del campo inmenso que se ofrece á tus ojos y está esperando que lo recorras con pasos de gigante, entendimiento de hijo de la luz divina, valor de martir, voz de elocuencia y corazon de fuego.

Las indicaciones que te he hecho, no son, Paulino, un tratado de oratoria sagrada, y mucho menos una retórica; esta la has estudiado con sumo aprovechamiento, y de aquella no dejarás de leer algunas

obras en que se esplanan con buen método y fina crítica sus verdaderos principios. Yo me he limitado á confiarte las breves reflexiones, que me ha sujerido sobre tan importante materia la lectura del nunca bastante bien admirado libro de Job. Sé que no merecen ponerse al lado de alguna que otra produccion que acerca de esto ha salido de esperta mano; pero de tu indulgente cariño puedo esperar que teniéndolas por fruto de mi franqueza y amistad, las consideres cual pequeñas y compendiosas adiciones hechas á los tratados metódicos que en orden á elocuencia sagrada supongo que buscarás con anhelo particularmente en la literatura italiana. Mi corazon me dice que en ninguna época de tu vida has de olvidar á nuestro Job ni como hombre sensible, ni como literato, ni como orador. Congratúlome por haber esplayado mi ánimo hablándote de sus bellezas, y con la seguridad de que leyéndolas y releyéndolas, cada vez hagas de ellas mas alto aprecio.

Me cumple dar ya fin á esta parte de mi gustosa tarea, recordando que Job fue el antiquísimo profeta de la resurreccion y una viva imagen de ella en el hecho de recobrar su salud y su pasada fortuna y esplendor. Como figura de Jesucristo ofreció sacrificio en espacion de las culpas con que le habian agraviado sus adversarios, oró por ellos y de Dios les alcanzó perdon, misericordia y gracia. Empero para mostrar que del Salvador de los hombres fue el héroe de la paciencia una espresiva imagen y para coronar dignamente cuanto acerca de él he venido diciendo, voy á

trasladar aquí los párrafos de Mr. Senault, insertos en el tomo 43 del *Curso completo de Escritura sagrada* publicado en nuestros días en París por Migne.

« Aunque todo sea augusto en la persona de Jesucristo, dice el profundo Senault, aunque sus acciones al par que sus padecimientos merezcan ser adorados y su grandeza exija de los hombres igual respeto y veneracion que su humildad, no obstante parece que su Eterno Padre se haya complacido en hacer sus tribulaciones mas gloriosas que sus milagros y que ha tenido mas empeño en que todos los siglos reconozcan su inocencia que en publicar los prodigios de su infinito poderío. Y á la verdad, de la pasion de Jesus ha habido mas figuras que de su gloria: regó Abel con su sangre la tierra recién nacida; Jacob fue inocente blanco de la ira de Esaú; José fue vendido por sus hermanos, y la servidumbre y la prision fueron el camino de su encumbramiento á la mas alta dignidad del Egipto; sin que sea menester mencionar uno por uno todos los justos que han padecido, bastará decir que en ningún siglo deja de presentarse el espectáculo de algun inocente desgraciado; pero apenas se hallarán tres ó cuatro príncipes que hayan sido figura de Jesucristo triunfante; porque si esceptuais á Josué que nos le representó en sus combates, á Ciro en sus conquistas y á Salomon en su gloria, no descubrireis mas que imágenes de sus dolores y anuncios de sus futuros padecimientos que el cielo hacia á la tierra. Así lo dispuso sin duda porque la gloria de los hom-

bres no era bastante sólida para representar la del Hijo de Dios, y sus miserias eran harto verdaderas para espresar sus dolores. Juzgaba asimismo que el mundo tenia necesidad de que se le preparase para el escándalo de la cruz, pues á sus ojos, si no habia visto padecer antes á muchos inocentes, las penas de Jesucristo acaso podian eclipsar de algun modo los resplandores de su divina inocencia. Ahora bien, entre todos aquellos grandes hombres que tuvieron la honra de figurar el caracter de un Hombre-Dios paciente, y ser las sombras de la santidad oprimida, no lo hubo mas ilustre que Job; porque además de que le hace recomendable su cuna, y su piedad adquiere un nuevo brillo y realce cuando se considera que vivia entre gentiles, sus incomparables desgracias le hicieron tan célebre en el mundo que Moisés para consolar á los israelitas cautivos en Egipto no halló medio mejor que contarles la interesante historia de su infortunio. Y en efecto, sea cual fuere la afliccion con que pueda probarse la paciencia de un hombre, en la historia de Job hallará siempre motivos de consuelo, pues en él se reunieron cuantas desventuras son imaginables, y su virtud se acrisoló con cuantos contratiempos podian contribuir á hacerla mas preclara: sus bienes, que consistian en ganados, le fueron arrebatados por hordas de estrangeros ó destruidos por las tempestades; sus casas derruidas por la violencia de los vientos, sus hijos sepultados bajo sus ruinas. Y el príncipe de las tinieblas que era el autor de este cúmulo espantoso de calamidades, dis-

puso las cosas de modo que las noticias de ellas le fueran llegando sucesivamente pero en un mismo dia á fin de que, desquiciada su alma, la impaciencia y el dolor arrancáran de sus labios reconvenciones á Dios y blasfemias de desesperacion; pero habiéndole salido tan vanas sus esperanzas como sus esfuerzos, acometió á su infeliz cuerpo con enfermedades tan estrañas que no se acierta á concebir que sin divino auxilio pudiese la humana naturaleza resistir tantos dolores, pues su larga duracion no templaba su violencia, ni su excesivo rigor disminuia su número, y muchas veces una misma parte de su mísero cuerpo era presa de males contrarios, los cuales parecia que únicamente podian juntarse para traspasar con mas puñales aquel pecho heróicamente magnánimo y generoso. Su muger misma se valió de execrables artificios para inducirle á desesperacion; sus amigos emplearon toda su elocuencia para persuadirle de que era criminal y arrebatarle el consuelo con que le conhortaba la conviccion de su inocencia. Como las recriminaciones de ellos y sus quejas constituyen el principal argumento de su libro, creo que es muy difícil entender su historia si se ignoran los motivos que sus amigos tuvieron para acusarle, y las razones que á él le asistian para defenderse. Lo que mas perjudicaba á la reputacion de este varon insigne era su miseria y aquello que mas brillo habia de dar á su virtud era cabalmente lo que la oscurecia á los débiles ojos de sus ilusos amigos; porque creyendo estos que la pena fuese siempre un efecto del pecado de

quien la padece, teníanle por culpable al verle desdichado, y no pudiendo conciliar su inocencia con la justicia divina, preferían condenar á un hombre mas bien que acusar á un Dios. El principio sobre que apoyaban todos sus discursos era verosímil; las consecuencias que de él sacaban les parecían infalibles; el gran empeño que Job habia tomado por defenderse era para ellos una obstinacion y sus respuestas reputaban ellos por oscuros enigmas y sus lamentos por criminales blasfemias, aunque no injuriaban á su prójimo sino en fuerza de un falso celo por la justicia de Dios, y así faltaban á la caridad creyéndose defensores de la religion. Su proceder por tanto si hasta cierto punto es disculpable, por otra parte no es posible que aparezca como de todo punto exento de grave culpa, porque siendo ellos vecinos de Job, la fama que nada sabe callar de los grandes de la tierra y hace los pecados de los príncipes tan públicos como sus virtudes, los tendria á no dudarlos bien informados de su probidad; y supuesto que entre ellos mediaba tanta amistad, su trato debia hacer que estuvieran seguros de la santidad de su vida. Así pues, si no se hallaban en estado de penetrar las causas de su desgracia, era deber suyo suspender su juicio y no condenar á un justo, cuya virtud era tan manifiesta como su infortunio. Fundábanse las quejas de Job en mejores motivos, porque su conciencia de ningún crimen le argüía. El Espíritu Santo que á los hombres hablaba por su boca, interiormente hablaba á su corazón y no le permitia creer que fuese casti-

gado por delito propio. Pero sus lamentos arrancaban de mayor altura y tenían en mi concepto un origen divino. El santo Job era figura de Jesucristo, que en su persona había de unir la inocencia con la pena del pecado, y por disposición de la justicia de su Padre sería el más afligido y al mismo tiempo el más justo entre todos los hijos de Adán; era pues necesario que se defendiese y emplease toda su elocuencia en probar que si era desdichado, no por eso se le había de juzgar criminal. Sin duda esta poderosa consideración le sugería tantas razones excelentes y palabras de bellísima energía; defendía pues su inocencia porque esta representaba la de Jesucristo y hablaba con calor porque su causa era la de su divino Maestro; y á fuer de abogado y figura suya, levantábase sobre la condición humana, trataba casi de igual á igual con Dios y le pedía justicia más bien que misericordia. Esta verdad bien meditada hará ver que Job estaba obligado á espresarse con poderosa dignidad y que no podía usar de espresiones más modestas y humildes sin menoscabar el honor de Jesucristo, dejando escrúpulos y dudas en sus oyentes acerca de la justicia de la causa que en él se personificaba tan de antemano. Y como el Padre Eterno todo cuanto ha hecho lo ha hecho por su Hijo, como creó los ángeles para que ejecutáran sus órdenes en los cielos y en la tierra, á los demonios para ministros de su venganza, á los hombres para que obedeciesen sus leyes, á los príncipes para que gobernasen sus pueblos, á los sacerdotes para que publica-

ran sus alabanzas, á los justos para ser sus figuras, y á los profetas para vaticinar sus maravillas, quiso que el primer libro del mundo fuese su apología y que la mas antigua de las historias estuviera consagrada á su inocencia, pues están de acuerdo los santos Padres en que esta obra es la primera que dictó el Espíritu divino, en que otras veces habia este hablado antes por boca de los hombres, pero que aún no habia escrito por sus manos, en que sus oráculos no se sabian sino por tradicion y que antes de este libro de Job todavía no existia ninguna Escritura santa que consultarse pudiera para investigar cuál fuese su voluntad divina.»



CAPITULO VIII.

Continuacion de las figuras proféticas.

Despues de la escursion que con el libro de Job he hecho en las regiones de la elocuencia sagrada, debo volver la vista al pueblo de Dios, magnífico teatro de las figuras proféticas, que brevemente vengo recorriendo, porque en ellas hay abundante copia de poesía de imágenes. De Egipto pasé á la tierra de Us, porque allí habia un gran profeta que representaba á Jesus moribundo en la cruz de sus tormentos, y ahora de vuelta á Egipto veo que de los doce Patriarcas á quienes su padre Jacob predijo su futura suerte como el Salvador á sus apóstoles, ha nacido un pueblo numerosísimo, como de los doce apóstoles nació el pueblo cristiano multiplicándose en poco tiempo extraordinariamente y propagándose con prodigiosa rapidez en medio de las persecuciones mas atroces al modo que la bárbara tiranía de los reyes de Egipto no fue parte para impedir que en medio de su nacion idólatra se formase otra adoradora del verdadero Dios, cuyo primordial núcleo no fueron mas que setenta y tantas personas venidas de Canaán, número igual al de los discípulos del Redentor divino. Hasta el género de padecimientos á

que se condenaba á los hijos de Israel tiene notable semejanza con la vida de tormento, que en los tres primeros siglos de la Iglesia se hacia pasar á los hijos de la fe destinándolos á las entrañas de la tierra á sacar de ellas con el sudor de su frente plata y oro para enriquecer á sus crueles opresores, á la manera que los hebreos en Egipto en las minas y otros trabajos casi intolerables empleaban sus estenuadas fuerzas para servicio y regalo de sus señores inhumanos. Ya en la primera parte hablando de Moisés noté que este libertador del pueblo antiguo habia sido en diversos sucesos de su vida una imagen del que vino de los cielos á romper nuestras cadenas de pecado sacando al mundo de la esclavitud en que le tenían los principes de las tinieblas. ¿Pero no representaba este héroe á algun otro libertador? ¿No plugo á la divina Providencia que este insigne personaje del antiguo Testamento fuese una doble imagen, á saber del humanado Verbo y del adalid augusto que en los decretos del Altísimo estaba destinado á hacer triunfar sobre la tierra la perseguida religion de su Hijo crucificado? Yo no sé si en verdad se lo propuso la sábia inescrutable Providencia; pero entre Moisés y Constantino el Grande hallo una semejanza que me encanta y admira: era Moisés de hermoso semblante, Constantino se aventajaba sobre manera en varonil belleza y gallardía; Moisés fue educado en la corte y palacio de Faraon, Constantino creció á la vista y bajo el inmediato dominio de los fieros perseguidores del cristianismo Diocleciano y

Galerio; Moisés cuando niño fué espuesto en las aguas del Nilo, corrió inminente peligro y le salvó la divina Providencia, á Constantino en su juventud confió Galerio las mas arriesgadas empresas militares á fin de que pereciera en ellas y la divina Providencia le preservó de la muerte para que libertara del yugo de sus opresores al pueblo inmenso de los hijos de la luz; Moisés huyó de la corte de Faraon á Madián porque en ella estaba su vida en riesgo, Constantino salió de Nicomedia huyendo precipitadamente de las asechanzas del emperador Galerio; á Moisés en medio del campo sobre el monte Oreb se le apareció Dios en una zarza ardiendo, le dió la mision de ir á Egipto á libertar á su pueblo y revistió de omnipotencia su vara para que con ella triunfase del poder de su enemigo, á Constantino en medio del dia marchando por el campo á la cabeza de sus tropas radiante se le apareció en los cielos el signo de nuestra redencion, vió y leyó escrito en la cruz resplandeciente: con esta vencerás, *in hoc signo vinces*; y Jesucristo en otra vision le diseñó el estandarte en forma de cruz con que habia de vencer. Sobre el rey de Egipto y sobre su nacion envió el Señor tremendas plagas en castigo de la opresion con que affigia á su pueblo: del propio modo de los tesoros de su venganza soltó el Omnipotente espantosas calamidades sobre el imperio romano que se habia empapado en la sangre de los mártires: la discordia agitando su funesta tea corrió con puñal en mano por aquella inmensa monarquía cebándose en las desgarradas en-

trañas de sus infelices moradores; horribles temblores de tierra destruyeron muchas de sus ciudades; el hambre pálida y descarnada redujo á esqueletos vivientes á innumerables ciudadanos; la peste (y cabalmente un género de peste muy semejante á las úlceras y tumores apostemados que atormentaron á los Egipcios) convirtió los campos y las ciudades en cementerios, ó mejor dicho, en montes de cadáveres; como las aguas del diluvio, así los torrentes de bárbaros septentrionales caian despeñados sobre el patrimonio de los Césares y lo inundaban, y lo cubrían de ruinas y lo asolaban con implacable furia. ¿Y qué fue de los tiranos perseguidores del cristianismo? Tuviron el mismo desastrado fin que los opresores del pueblo de Dios en Egipto; cubriéronse sus casas de luto, de quebranto, de horrores y sombras de muerte: Majencio pereció de la misma manera que el empedernido Faraon, ahogóse con su gente en las aguas del Tiber cayendo armado y confundido con la muchedumbre de sus soldados ante el vencedor lábaro del grande Constantino. El un prodigio lo obró la vara de Moisés, y el otro la gloriosa enseña con que de la tiranía de los emperadores paganos libró al mundo el hijo de Santa Elena. Uno y otro acontecimiento fue celebrado con cánticos de júbilo y de gloria. He aquí el de Moisés en la version del esclarecido Melendez Valdés.

Cantemos al Señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido,
Y al mar lanzó caballo y caballero.

Mi fuerza y mi alabanza el Señor fuera,

Y mi salud se hiciera ;

Mi Dios es, gloriarélo :

Dios de mis padres fué, y ensalzarélo.

Apareció el Señor como un guerrero,

El Potente es nombrado:

De Faraon los carros y escuadrones

Ha en el mar derrocado :

Y en sus rápidas ondas sepultado

Sus mas fuertes varones.

Abismos los cubrieron ;

Y al profundo cual piedra descendieron.

Con valerosa muestra

Magnificada ha sido,

Señor, tu fuerte diestra;

Señor, tu diestra al enemigo ha herido.

Con tu gloria infinita despenñaste

Tus contrarios: tus iras enviaste

Que como paja así los devoraran.

De tu furor al soplo se juntaran

Las aguas: las corrientes se frenaron;

Y del mar los abismos se estancaron.

El enemigo dijo: Seguirélos,

Partiré sus despojos, cogerélos,

Desnudaré mi espada,

Heriránlos mis manos; y saciada

Se verá el alma mia.

Tu espíritu sopló, y el mar cubriólos:

Y la corriente rápida sorbiólos,

Como á plomo pesado.

¿Cuál, Señor, de los fuertes comparado

Puede á ti ser? ¿O tienes semejante

En santidad brillante,

Tan laudable y tremendo

Maravillas haciendo?

La tu mano estendiste;

La tierra halos tragado.

Caudillo al pueblo fuiste
 Por tu misericordia rescatado;
 Y con tu poderío
 A tu morada santa lo has llevado.
 Los pueblos lo supieron
 Y en ira se encendieron.
 Al filisteo impio
 Dolores penetraron.

Los principes de Edon se conturbaron.
 Los fuertes de Moab se estremecieron;
 Y los que habitan en Canaán se helaron.

Sobre ellos el espanto
 Caiga y pavor de muerte;
 En la grandeza de tu brazo fuerte
 Queden cual piedra inmóviles, en cuanto
 Tu pueblo haya salido,
 Pueblo que tú, Señor, has poseido.

De tu herencia en el monte has de ponerlo,
 Señor, y establecerlo.
 Firmísima morada que has obrado:
 Santuario que han tus manos afirmado.
 Del Señor será eterno
 Y mucho mas el reino.

Pues cuando con sus carros se metiera
 Y su caballería
 En el mar Faraon, él revoliera
 Sobre ellos la corriente;
 Mientras á pie enjuto y sosegadamente
 Su camino Israel por medio hacia.

En prosa y verso he visto varias traducciones, unas literales y otras parafrásticas, de este admirable cántico, y en ninguna de ellas se copia fiel y completamente el altísimo mérito del original, aunque la que he copiado honre mucho á su autor: ¿Ni cómo era posible que los traductores sobre su mesa y entre las

paredes de su estudio tuvieran el ánimo en la sublime agitacion en que estaba el agigantado espíritu de Moisés cuando lo compuso á la vista del magnífico prodigio y en presencia de un pueblo inmenso que se salvaba por la misericordiosa omnipotencia del Dios de sus padres? Prescindiendo de la inspiracion divina ¿no habia de hallarse el libertador del pueblo hebreo, el obrador de tantas maravillas, el que á un rey poderoso todos los dias se presentaba con indecible serenidad á intimarle en un lenguaje sencillísimo que caerian sobre él y sobre su reino las mas espantosas plagas, que en efecto seguíanse inmediatamente á su amenaza, no habia de hallarse, digo, con la imaginacion, el corazon y el entendimiento habitualmente elevados y viviendo y respirando en sublimidad, puesto que su trato con Dios era continuo y familiar? Así hay en este cántico una mezcla de grandeza y amor divino, de vuelo lírico y de ternura apasionada, de trasporte y de gloriosa gratitud, caracteres todos que en él dominan desde el principio hasta el fin, y si me es lícito espresarme de un modo al parecer contradictorio pero muy conforme á lo que percibo y siento, todos campean á la vez y todos alternativamente. Mucho se ha hablado del bello desorden de la lírica poesía, conviniendo en celebrar la feliz ocurrencia de Boileau; y en verdad que si la poesía lírica en su mayor grado de exaltacion no es mas que una efusion de entusiasmo, deberá tener la índole de este y ostentar su propio génio. Pero en el hecho de reconocer belleza y propiedad en ese *bello*

desorden, se ha designado la naturaleza y caracter de lo patético, se ha querido indicar la situacion en que se hallan el pensamiento y el corazon del hombre cuando los exaltan vivas impresiones de admiracion, de dolor, de júbilo, de ira, de amor, ó de cualquier otro sentimiento vehemente y grande. Esto es lo que magníficamente se revela, se ve, se palpa en el cántico de Moisés. Ruego al lector que lo experimente leyéndolo en nuestra apreciable Vulgata. Un buen poeta lo tradujo del hebreo á su lengua italiana, y el cotejo de su traduccion con la Vulgata ha sido para mí un panegirico de la del incomparable San Gerónimo. Y para que se vea que no era un ingenio mediano el poeta Antonio Mussi, á quien he aludido, voy á copiar alguna que otra estrofa de otra traduccion suya parafrástica hecha en latin, la cual aunque forma una excelente oda alcáica, no me satisface del todo, comparada con el original.

.....
Currusque ferratasque turmas

In pelagum jaculatus egit.

Memphiticorum flos periit ducum

Fervente Rubro gurgite prorutus:

Teguntur unda: corruentum,

Ceu lapidum petit ima pontus.

Quid possit ardens magna manus tua,

Stupente claras orbe, Diespiter,

Manus reluctantes catervas

Horrisono tua frangit ictu.

Sublimiori diruis arduos

Nutu rebelles: oris anhelitu

Tonantis absumis phalangas,

Ceu stipulas volitante flamma.

.....

Flasti: superstans oceanus ruit

Turbamque plumbeam præcipitantium

Alte obrutam involvere vastis

Vorticibus violenter undæ, etc.

Si no se ha encontrado para este cántico un traductor digno de su soberana alteza é impetuosidad, al menos no le ha faltado un comentario literario que en su género es tenido y con mucha razon por obra maestra: débese á Mr. Hersan profesor de elocuencia y maestro del sabio Rollin, quien lo incluyó en su *Tra- tado de los estudios* haciendo en él algunas ligeras modificaciones. Confieso que he estado perplejo sin acabar de decidirme á insertarlo en esta obra, porque temia que su estension no fuera proporcionada á la que corresponde á cada una de sus pequeñas partes componentes; pero además de que estas han de someterse á las leyes que les imponga su autor, me ha alentado el ejemplo del mencionado Rollin, que consagrando treinta y dos páginas á tratar de la elocuencia de la sagrada Escritura en general, ocupa otras veinte en la insercion del comentario de Mr. Hersan sobre el solo cántico de Moisés. Y sobre todo me estimulan á hacerlo dos consideraciones: 1.º el método adoptado en mi tarea rara vez me ha permitido descender á los pormenores de manifestar la propiedad, energía ó elegancia de las palabras de la divina Biblia; y así este análisis puede servir de suplemento en esta parte, de ejemplo á los lectores para que hagan estensiva la idea de su belleza á otros cánticos

y libros poéticos y proféticos de la sagrada Escritura, de enseñanza á los jóvenes estudiosos para que siguiendo las huellas del ilustre profesor puedan hacer filosóficas investigaciones acerca de los primores literarios de las páginas que el Espíritu Santo se dignó dictar: 2.º impúlsame tambien la persuasion de que en traducir este magnífico comentario hago un servicio á la literatura española.

Cántico de Moisés explicado segun las reglas de la Retórica.

Este escelente cántico tiene derecho á que se le considere como una de las mas elocuentes composiciones de la antigüedad. Su asunto es grandioso, nobles sus pensamientos, sublime y magnífico su estilo, enérgicas sus espresiones, atrevidas sus figuras: todo él está lleno de imágenes é ideas que sorprenden y cautivan la fantasía. Opinan algunos que Moisés lo compuso en versos hebráicos: lo que puedo asegurar es que sobrepaja las mayores bellezas que en este género ostentan los profanos. Ni Horacio ni Virgilio que son los mas perfectos modelos de la elocuencia poética, tienen cosa alguna que se le acerque (*n'ont rien qui en approche*). Nadie estima mas que yo á estos dos hombres grandes, cuyas obras he estudiado por muchos años con singular gusto y aplicacion. Y sin embargo cuando leo lo que Virgilio dice en alabanza de Augusto al principio del libro 3.º de las

Geórgicas y al fin del 8.º de la Enéida y lo que hace cantar al sacerdote Evandro en honra de Hércules en el mismo libro, por mucha que sea la belleza de estos pasajes, juzgo que se quedan á larga distancia de nuestro Cántico. Virgilio me parece todo de hielo y Moisés todo de fuego. De Horacio digo otro tanto: véasele en las odas 14 y 15 del libro 4.º y en la última de las Épodas.

Lo que en algun modo favorece á estos dos poetas y á los otros profanos es el número, la armonía y la elegancia del estilo, que no se muestran tan de bulto en la sagrada Escritura. Pero esta tal cual la tenemos, es una traduccion, y es bien sabido que las mejores versiones de Ciceron, de Virgilio y de Horacio los desfiguran en gran manera. Ahora bien, preciso es que sobreabunde elocuencia en la lengua original de la Escritura puesto que á sus copias ha pasado mucha mas de la que se encuentra en toda la antigua literatura de Roma ó en la griega de Atenas. Es lacónica, concisa y libre de todo atavío postizo que no serviria mas que para atenuar su impetuosidad y su fuego. Enemiga de largos rodeos, diríjese á su fin por el camino mas corto: encierra con frecuencia muchos pensamientos en pocas palabras para introducirlos como saetas, y de los objetos que mas lejos están de los sentidos, forma otras tantas imágenes vivas y naturales que los sensibilizan y animan. En una palabra, junta la grandeza, la fuerza y la energía á una majestuosa sencillez, que la hace aventajarse á toda la elocuencia de los paganos. Compá-

rense los lugares que he citado de Virgilio y Horacio con las reflexiones que seguirán, y habrá de convenirse en que no voy descaminado.

Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est. Equum et ascensorem dejecit in mare. Lleno Moisés de admiracion, de gratitud y de alegría, ¿de qué otro modo podia manifestar mejor los movimientos de su corazon que con este exordio impetuoso que muestra el vivo reconocimiento del pueblo libertado y la grandeza terrible del Dios libertador?

Este exordio es la sencilla proposicion de todo el himno; es como su compendio y el punto de vista al cual han de dirigirse todos los rasgos del cuadro. Ni por un instante se nos aparte de la imaginacion esta idea al leer el cántico á fin de comprender con qué artificio saca el profeta tantas bellezas y riqueza tanta de una proposicion que parece tan sencilla.

En el hebreo en vez de *Cantemus* se lee *Cantabo*, lo cual es mucho mas enérgico, mas importante, mas tierno de lo que sería el plural *Cantabimus*. Esta victoria de los hebreos y ruina de los egipcios en nada se parece á los ordinarios triunfos que un pueblo alcanza de otro y cuyo fruto es general, indeterminado, comun, casi imperceptible para cada particular. Aquí todo es propio de cada israelita, todo es personal. En este primer instante cada cual tiene el pensamiento en sus propias cadenas rompidas, cada cual cree ver ahogado á su cruel amo, cada cual siente y conoce el valor de su propia libertad, que para siempre se le ha asegurado. Porque es natural al co-

razon humano en el extremo peligro referirlo todo á sí y contarse á sí solo por todos.

Al caballo y al caballero precipitó en el mar. Este singular *al caballo, al caballero* que abraza la generalidad, la totalidad de los caballos y de los ginetes, es harto mas enérgico de lo que hubiera sido el plural. Por otra parte, este singular es mucho mas propio para denotar la facilidad y prontitud de la sumersion. La caballería egipcia era numerosa, formidable, y cubria llanuras enteras. Hubiera sido menester una victoria continuada por muchos dias para destruirla y despedazarla. Pero su desaparicion fué para Dios obra de un solo instante, de un solo esfuerzo, de un solo golpe: derribádola há toda ella, ahogádola, abismádola, como si no hubiese sido mas que un solo caballo y un solo caballero. *Equim et ascensorem dejecit in mare.*

V. 2.º *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum: Deus patris mei, et exaltabo eum.*

Fortaleza mia y alabanza mia el Señor y ha sido mi Salvador, etc. He aquí la amplificacion de la primera palabra del cántico. Veámosla. De todos los atributos de Dios no ensalza ahora mas que la fortaleza, porque á ella debe su salvacion. *Fortitudo mea:* esta figura es enérgica y está en vez de *causa fortitudinis* que hubiera sido infinitamente menos valiente: además de que *fortitudo mea* declara que Dios solo hizo en los israelitas las veces del valor y les ahorró el que pusieran en juego el suyo.

Laus mea. Es figura de igual valentía. Él es el único objeto de mis alabanzas; no las divide con él ningún instrumento: en ellas no pueden tener parte ni el poder, ni la sabiduría, ni la industria de los hombres; solo él merece toda mi gratitud, pues solo él lo ha ordenado y ejecutado todo. *Laus mea Dominus.*

Factus est mihi in salutem. El siglo de Augusto hubiera dicho, *me servavit.* La Escritura dice mucho mas: el Señor ha tomado sobre sí el hacer por sí mismo todo lo que era menester para salvarme: ha hecho de mi salvacion un negocio propio y personal: y lo que aún es mas espresivo, *se ha hecho mi salvacion.* *Iste Deus meus:* *Iste* es enfático y significa mucho mas de lo que parece. *Iste*, no los dioses de los egipcios y de las naciones, dioses sin fuerza, sin palabra y sin vida, sino aquel que ha obrado tantos prodigios en Egipto y en nuestro tránsito, este es mi Dios: este es el único que yo he de glorificar. *Deus meus.* Este *meus* puede tener una doble relacion, la una con Dios y la otra con el israelita. En la primera Dios parece que no es poderoso, que no es grande, que no es Dios sino para mí; prescindiendo del resto del universo, no se ocupa mas que de mis peligros y de mi seguridad; y está pronto á sacrificar á mis intereses todas las naciones de la tierra. En la segunda relacion: *Iste Deus meus: este es el que es mi Dios.* Jamás tendré otro: él es el único blanco de todos mis deseos, de todos mis votos, de toda mi confianza. Solo él es digno de mi culto y de mi amor. Todos mis homenajes serán suyos por siempre.

El Dios de mi padre, y yo le ensalzaré. Extraordinariamente tierna es esta repeticion. Aquel cuya grandeza ensalzo, no es un Dios extranjero, desconocido hasta hoy, protector en una sola ocasion transitoria, y pronto á prestar el mismo auxilio á cualquier otro: no: es el antiguo protector de mi familia. Su bondad es hereditaria. Mil y mil pruebas domésticas tengo de su constante amor perpetuado de generacion en generacion hasta mí. Sus antiguos beneficios eran títulos y prendas que me aseguraban otros semejantes. Es el Dios de mi padre; es el Dios que tantas veces se mostró á Abrahám, á Isaac, á Jacob. En fin es el Dios que acaba de cumplir las grandes promesas que tenia hechas á mis abuelos.

¿Y qué ha hecho para lograrlo? Se ha mostrado como un guerrero. *Dominus quasi vir pugnator.* En el hebreo está escrito: *Jehova vir belli.* Podia decir: como es el Dios de los ejércitos nos ha librado del ejército de Faraón: pero esto era demasiado poco. Considera á su Dios como un soldado, como un capitán: pónete, por espresarme así, las armas en la mano y le hace pelear por los hijos de Jacob. *Dominus quasi vir pugnator: omnipotens nomen ejus.* El hebreo dice: *Jehova vir belli: Jehova nomen ejus.* Moisés insiste en la palabra *Jehova* para con esta repeticion dar mas viva idea de quién es aquel extraordinario guerrero que se ha dignado combatir por Israel. Como si dijese: *Jehová, el Señor, ha parecido como un guerrero.* ¿Se concibe bien lo que digo? ¿Se comprende toda la grandiosidad y maravilla

de este prodigio? Sí, lo repito: el Dios escelso en persona, el Dios único, y para decirlo todo, aquel que se denomina *Jehová*, que lleva el nombre inco- municable, que solo posee toda la plenitud del sér (*qui est..... Ego sum qui sum*) es quien se ha hecho el campeón de Israel: él mismo se ha dignado ha- cerse soldado para él: ha tomado solo sobre sí todo el peso de la guerra. *El Señor*, decia Moisés á los Israelitas antes de la batalla, *combatirá por vosotros y vosotros permaneceréis en silencio.* (Exod. 14, v. 14.) Es decir: os estareis quietos sin entrar en la lid.

V. 4 y 5. *Currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare: electi principes ejus submersi sunt in mare Rubro. Abyssi operuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis.* Precipitó en el mar los carros de Faraón; sumergidos han sido en el mar Rojo sus mejores caudillos. Los abismos los cubrie- ron: bajaron á lo profundo como una piedra. Notad la pomposa ostentacion de lo contenido en aquellas dos palabras *al caballo y al caballero.* 1.º *Currus Pharaonis.* 2.º *Exercitum ejus.* 3.º *Electi principes ejus.* Hermosa gradacion. ¿Y qué diremos de esta admirable amplificacion: *projecit in mare. Submersi sunt in mari Rubro. Abyssi operuerunt eos. Descen- derunt in profundum quasi lapis?* Todo esto para es- plicar el *dejecit in mare.* Veis en todas estas pala- bras una serie de imágenes que se suceden y van progresando cada vez mas y mas. 1.º *Projecit in ma- re.* 2.º *Submersi sunt in mari Rubro.* Todos sumer-

gidos en el mar Rojo. *Submersi sunt* encarece el *projecit*..... *In mari Rubro* es una circunstancia que fija y determina mas que *mare* simplemente. Parece que Moisés quiera realzar la grandeza del poderío que Dios ha ostentado en un mar perteneciente al imperio egipcio y puesto bajo la proteccion de los dioses de Egipto. 3.º *Electi principes*: Los mas esclarecidos entre los príncipes de Faraón: es decir, los mas soberbios y tal vez los que con mas obstinada ira resistian á las órdenes del Dios de Israel, en fin, los mas capaces de salvarse del naufragio, vense sumergidos de la misma manera que los mas débiles soldados. 4.º *Abyssi operuerunt eos*. ¡Qué imagen! Cubiertos, abismados, han desaparecido para siempre. 5.º Por último, concluye con una comparacion que es como la pincelada magistral de este cuadro: *descenderunt in profundum quasi lapis*. No les ha valido su altanera fiereza: ni han tenido tiempo para osar resistir al brazo de Dios que los sumergia: el Señor los ha hundido en lo profundo de las aguas del mismo modo que lo hubiera hecho con una piedra.

En vista de esto ¿qué debia pensar Moisés? ¿Qué debia decir? Es importantísima regla de retórica constantemente observada por Ciceron el que despues de referir un hecho sorprendente y aun una circunstancia extraordinaria se abandone el tono tranquilo y apacible de la narracion para prorumpir en afectos mas ó menos impetuosos segun la naturaleza del argumento, lo cual suele hacerse por medio de apóstrofes, interrogaciones y exclamaciones, figuras pro-

pias para enardecer el discurso y el auditorio. Y ved aquí lo que Moisés hace en todo este cántico de un modo inimitable.

V. 6. *Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum.* Hay aquí varias cosas que notar. 1.º Moisés podia haber dicho: *Deus magnificavit fortitudinem suam percutiendo Pharaonem.* ¿Pero cuán debil y lánguido sería esto para espresar accion tan grande? Vuélvese pues á Dios y le dice con entusiasmo ardiente: *Dextera tua, Domine, magnificata est, etc.* 2.º Tambien podia haber dicho: *Magnificasti fortitudinem:* empero esto no abraza muchas ideas y nada tiene de sensible, mientras en la espresion de Moisés, estais viendo por decirlo así la mano de Dios que derriba y sepulta á los Egipcios. De donde deduzco que la verdadera elocuencia es aquella que persuade, y que por lo regular no persuade sino moviendo; que no mueve sino por medio de imágenes é ideas palpables; y que por todas estas razones la elocuencia de la sagrada Escritura es la mas perfecta, puesto que las cosas mas espirituales y metafisicas se representan en ella bajo imágenes vivas y sensibles. 3.º *Dextera tua, Domine, percussit inimicum.* Hermosa repeticion y necesaria para que produzca mas viva impresion el poderío del brazo del Señor. El primer miembro, *tu diestra se ha engrandecido con fortaleza* no designa el acontecimiento mas que en general y confusamente, y asi el profeta cree no haber dicho bastante y para mostrar como se efec-

tuó aquella hazaña del Omnipotente, acto continuo repite *tu diestra ha desbaratado al enemigo*; y esto es connatural á toda pasion vehemente, repetir lo que le sirve de pábulo: vémoslo en todos los trozos patéticos de los mejores autores, y especialmente en la Escritura y sobre todo en los salmos.

In multitudine gloriæ tuæ deposuisti adversarios tuos. El hebreo dice: *In multitudine elationis (celsitudinis) tuæ destruxisti insurgentes contra te.* Grandes bellezas hay escondidas en el testo original, que merecen que las desenvolvamos algun tanto. 1.º Con estas palabras: *in multitudine elationis tuæ*, el sagrado autor quiere espresar la accion y movimiento de un gran señor que se levanta, compone el rostro en ademán sañudo, y se entona y se reviste de airada y grave autoridad á medida que un villano inferior se atreve á habérselas con él, y que se complace en ponerle debajo de sus pies. Los Egipcios estaban muy pagados de sí; encarábanse con el mismo Dios y se atrevian á preguntar altaneramente: *¿Quién es ese Señor?* Pero á medida que estos insolentes se enaltecian en impiedad, tambien Dios se iba revistiendo del manto de su ira y para pelear con ellos desplegaba toda la elevacion de su grandeza infinita, toda la celsitud de su magestad suprema; y asi desde este su encumbramiento derribó á sus enemigos tan llenos de sí mismos, y dió con ellos no solo en tierra sino en las abismosas profundidades del mar. 2.º *Insurgentes contra te.* No se han declarado los Egipcios contra Israel: vos mismo habeis sido el blan-

co de sus ataques: contra vos se han dirigido sus fieros: vuestra era nuestra causa: á vos hacian la guerra: *contra te*. ¡Qué modo tan patético de interesar á Dios en la causa de Israél!

V. 7, 8, 9 y 10. *Misisti iram tuam, quæ devoravit eos sicut stipulam. Et in spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ: stetit unda fluens, congregatæ sunt abyssi in medio mare. Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea. Flavuit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.*

Moisés vuelve á su narracion, no ya como en los versículos 4 y 5 con una mera descripcion, sino continuando su apóstrofe á Dios, lo que da mas calor y mas vida al relato: en lo cual la elocuencia de este cántico pareceme que no tiene igual. Mientras mas se aparta de la sencilla proposicion, que le sirviera de exordio; tanto mas crece el vigor de sus ampliificaciones.

Misisti iram tuam. Enviaste tu ira. El profeta da al furor divino accion y vida: lo trasforma en un ministro ardiente y celoso, que el Juez tranquilo envia desde lo alto de su trono á ejecutar los decretos de su venganza. Contra sus enemigos tienen los reyes necesidad de caballería, de tropas, de armas y de formidable aparato de guerra. Á Dios para castigar á los culpables le basta su ira. *Enviaste tu ira.* ¡Qué de cosas encerradas en una sola palabra que

deja al lector el gusto de irse figurando y contando y pintando en su imaginacion los fuegos, los relámpagos, los rayos, las tempestades y todos los demás instrumentos de esta ira! Percíbese la belleza de la espresion sin que sea posible hacer de ella un cumplido análisis: se admira cierta profundidad y un no sé qué tan grande que llena y embarga la mente. Esta figura tuvo presente Horacio en aquel su *iracunda fulmina*. (Oda 3, lib. 4.) Y Virgilio la tomó para la ingeniosa composicion del rayo que describe en el 8.º libro de la *Enéida*.

..... Sonitumque metumque

Miscebant operi flammisque sequacibus iras.

¿Y qué es lo que ha hecho esta ira terrible? *Los ha devorado como una paja*. Semejantes imágenes son únicamente del reino de la sagrada Escritura. Procuremos sondear este pensamiento y veremos la ira de Dios devorando un ejército formidable: hombres, caballos, carros de guerra, todo es derribado, consumido, abismado: débiles sinónimos. Todo es devorado; he aquí la espresion que abraza y corona valientemente todas aquellas ideas. Empero la comparacion que le sigue perfecciona con admirable felicidad el retrato; porque en la palabra *devorar* concebís una accion que dura algun tiempo; pero *sicut stipulam* como una paja, os muestra una accion de un momento. ¡Y qué....! ¡Un ejército tan numeroso es devorado como una paja! Pesad bien estas ideas.

¿Y de qué modo ha sucedido esto? El Señor por medio de un viento furioso juntó las aguas, que en

medio de la mar se levantaron á la manera de dos montañas. Por allí han pasado los hijos de Israel á pie enjuto. Por aquella misma senda los han perseguido los Egipcios, y han sido envueltos en las ondas. He aquí una narracion sencilla y sin atavíos. ¡Pero qué de bellezas, qué de riquezas en el giro y locucion de la Escritura! Si hubiese de dilucidarlas todas entrando en pormenores, jamás acabaria. Me admira y me deleita todo el cántico, pero al llegar aquí me siento arrebatado.

In spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ. El profeta ennoblece al viento dándole al mismo Dios por principio; y anima á las aguas representándolas susceptibles de espanto. Y para pintar mejor la divina indignacion y sus efectos, toma la imagen de la ira humana, cuyos vivos trasportes van acompañados de una respiracion precipitada que produce un soplo impetuoso y violento. Y cuando esta ira en una persona de alto poderio se dirige contra un pueblo tímido le obliga para preservarse de ella á huir y á precipitarse tumultuariamente unos sobre otros. Así al soplo del furor de Dios penetradas de espanto las aguas se retiraron con precipitacion de su lugar y se amontonaron apresuradamente unas sobre otras para dejar paso á aquella ira sin oponérsele; mientras los Egipcios que se presentaron en la misma abierta senda fueron por ellas devorados como una paja. Esta pintura de la cólera divina se halla con frecuencia en las Escrituras. *Mare vidit et fugit..... Apparuerunt fontes aquarum ab increpatione tua,*

Domine, ab inspiratione spiritus iræ tuæ..... Ascendit fumus in ira ejus et ignis à facie ejus exarsit: carbones succensi sunt ab eo. (Ps. 113, 3; Ps. 17, 16; ibid. v. 9.) ¿Y habrá de admirarnos que semejante ira todo lo derribe y lo sepulte en los abismos?

Congregatæ sunt abyssi in medio mari. Es repetición y al mismo tiempo amplificación de *congregatæ sunt aquæ*. 1.º En vez de *congregatæ* dice el texto original *coagulatae*, es decir, las aguas se han juntado y espesado como el hielo. 2.º *Abyssi*, abismos, da una idea mucho mas espantosa que la de aguas. 3.º *In medio mari*. Esta circunstancia tiene muchos énfasis, sorprende la imaginación y hace concebir montes de agua consolidados en medio del líquido elemento.

No es posible admirar cual se merece la belleza de los dos versículos siguientes (9 y 10). En vez de decir sencillamente los Egipcios entraron en el mar en persecución de los israelitas; el profeta mismo entra en el corazón de aquellos bárbaros, y apropiándose sus pasiones, hácelos hablar; no ya porque ellos hubiesen hablado en efecto, sino porque el deseo de venganza y el fuego de ira con que perseguían á los israelitas eran el lenguaje de sus corazones, el mismo que Moisés ha puesto en su boca para dar á su narración mas variedad, mas calor y movimiento.

Dixit inimicus, en vez de *dixerunt Egyptii*. Este singular, este *inimicus*, es de gran precio..... *Persequar..... comprehendam..... dividam spolia, etc.* Se lee, y se ve en estas palabras una venganza palpa-

ble, de la cual como que uno mismo se siente casi animado al leerlas. El autor sagrado no ha puesto conjuncion alguna á ninguno de los seis verbos que componen el discurso del soldado egipcio, á fin de darle mas vivacidad y espresar mas naturalmente el estado de un hombre lleno de pasion furiosa que habla consigo mismo y no cuida de enlazar por medio de conjunciones sus pensamientos, cuya índole requiere absoluta libertad. Cualquier otro se hubiera contentado con lo dicho hasta aquí; pero á Moisés no le basta. *Implebitur anima mea*. Podia haber dicho: *Dividam spolia, et is me implebo*. Pero *implebitur anima mea* nos lo representa hartándose de despojos y nadando en alegría.

Desenvainaré mi espada, muerte les dará mi mano. El placer de degollar á sus enemigos no es menos sensible que el de despojarlos. Podia haber dicho con una sola palabra, *eos interficiam*: yo los degollaré; empero esto hubiera pasado con mucha rapidéz: proporcionales el feroz gusto de una larga venganza. *Evaginabo gladium meum*; sacaré mi espada. ¡Qué imagen! Habla aun á los ojos del lector.

El *interficiet eos manus mea* es de una belleza que no es posible comentar. Se ve en esta espresion un guerrerro seguro de la victoria. Se le está viendo que mira, que mueve y que mide su brazo. Yo tiemblo por los hijos de Israel. ¡Gran Dios! ¿Qué hareis para salvarlos? He aquí un diluvio de bárbaros que en alas del furor vuelan á la venganza y al triunfo. ¿Bastarán los rayos de vuestra ira para detener á

vuestros enemigos? Sopló tu espíritu y cubriólos la mar. *Flavit spiritus ejus et operuit eos mare.* Era imposible espresar mejor el supremo poderío de Dios. No hace mas que soplar para en un instante sumergir de repente en los abismos ejércitos innumerales. He aquí el verdadero sublime, semejante á aquel *Fiat lux et facta est lux.* ¿Hay cosa mas asombrosa?

La mar los cubrió. ¡Qué riqueza de imágenes en tres palabras! *Operuit eos mare.* ¡Qué sobriedad de términos! ¡Qué multitud de ideas! Aplicársele puede lo que del pintor Timantes dijo Plinio: *In omnibus ejus operibus plus intelligitur quam pingitur..... ut ostendat etiam quæ occultat.* Cualquier otro hubiera dado rienda suelta á su imaginacion: habríanos hecho una larga enumeracion de cosas sobrecargada de insípidas é inútiles descripciones. Hubiera agotado todo su argumento, y con pomposa verbosidad y estéril abundancia habria empobrecido su asunto y fatigado al lector. En Moisés se advierte todo lo contrario: Dios sopla, la mar obedece, se desploma sobre los Egipcios, y hélos ya todos sumergidos. ¿Habéis leído alguna vez cosa semejante? ¡Qué plenitud, qué viveza, qué animacion! No veis intérvalo alguno entre el soplo de Dios y el terrible prodigio que salva á su pueblo. *Flavit spiritus tuus et operuit eos mare.* Se hundieron como un plomo en violentas aguas. Considerad esta última pincelada, y convenid conmigo en que sosteniendo á la imaginacion para que pueda ver en toda su grandeza el magnífi-

co milagro, concluye perfectamente la asombrosa pintura.

V. 11. *Quis similis tui in fortibus, Domine? Quis similis tui, magnificus in sanctitate, terribilis atque laudabilis, faciens mirabilia?* A la admirable relacion siguen no menos admirables alabanzas de Dios. La grandeza del milagro requería esta vivacidad de sentimiento y gratitud. ¿Ni cómo era posible dejar de prorumpir en exclamaciones patéticas y salir fuera de sí mismo en vista de tamaña maravilla? Las figuras aquí empleadas interrogacion, comparacion, repeticion son muy propias del asombro y del éstasis.

V. 12. *Extendisti manum tuam, et devoravit eos terra.* En este versículo advierto que no es posible imitar el estilo vivísimo y conciso del testo hebreo. Los cinco siguientes son una profecía de la proteccion poderosa con que el Señor ha de amparar á su pueblo despues de haberle sacado de Egipto, y todos ellos están llenos de imágenes vivas y conmoventes. Y no se sabe qué admirar mas en esta prediccion, si la ternura de Dios para con su pueblo, cuyo guia y escudo quiere ser, cuidándolo durante su viaje, segun en otra parte lo dice, como á la niña de sus ojos y llevándolo en sus hombros como el águila á sus aguiluchos: ó bien el formidable poderío, que haciendo preceder á su marcha el terror y el espanto, hiela de temor á todos los pueblos que pudieran oponerse al paso de los israelitas y los deja inmóviles como una piedra; ó por último su empeño y su afan por establecerlos de una manera fija y permanente en la tier-

ra prometida ó mas bien por plantarlos en ella: *Plantabis in monte hereditatis tue*; frase enérgica que por sí sola recuerda cuanto en diversos lugares dice la Escritura acerca del cuidadoso esmero que Dios tuvo en plantar aquella viña querida, en regarla, fecundizarla, rodearla de fosos y de cepas, y en multiplicar y estender á lo lejos sus florecientes vástagos y ramas.

V. 18 y 19. *Dominus regnabit in æternum et ultra. Ingressus est enim eques Pharaon cum curribus et equitibus ejus in mare: et reduxit super eos Dominus aquas maris: filii autem Israel ambulaverunt per siccum in medio ejus.* Así concluye el cántico, prometiendo Moisés al Señor en nombre de todo el pueblo una gratitud eterna por el señalado beneficio con que acaba de libertarle. Esta conclusion acaso parecerá demasiado sencilla en comparacion de lo que ha precedido. Pero en esta sencillez descubro yo por lo menos tanto artificio como en todo lo demás. En efecto, despues de haber conmovido y arrebatado los ánimos con tantas espresiones grandiosas y tantas figuras vehementes, convenia que concluyese su cántico con una repeticion sencilla y clara á fin de que en las generaciones futuras quedára indeleblemente grabada la grandeza del milagro, que Dios acababa de obrar en su favor (*).

La salida del pueblo de Dios de Egipto es el pro-

(*) Aquí me he visto en la precision de apartarme algun tanto del testo del escelente humanista Mr. Hersan al traducirlo porque en este lugar he creido que no iba bien fundado.

digio mas admirable que Dios obró en el antiguo Testamento: recuérdalo mil veces, habla de él, si es permitido decirlo, con una especie de complacencia, preséntalo como la prueba mas brillante de la omnipotente fuerza de su brazo. Y á la verdad que no es este un solo prodigio, sino mas bien una larga serie de prodigios á cual mas asombrosos. Justo era que la belleza del cántico destinado á conservar la memoria de este portentoso, correspondiese á la grandeza del hecho, y no podia menos de ser así puesto que el mismo Dios que hizo la maravilla, era tambien el autor del cántico.

¡Pero cuánta belleza, cuánta sublimidad y magnificencia no descubriríamos en él si nos fuera dado penetrar en los sentidos misteriosos, ocultos bajo el velo de este extraordinario acontecimiento! Todos convienen en que la salida de Egipto encubre y representa mas de una liberacion de otro género. La autoridad de San Pablo y de toda la tradicion y las oraciones de la Iglesia nos hacen ver en ella la libertad que el cristiano adquiere por las aguas del bautismo rompiendo el yugo del príncipe del mundo. El Apocalipsis alude á este gran suceso, al mostrarnos á los que han vencido á la bestia, con las harpas de Dios en la mano y cantando el cántico de Moisés. Ahora bien, como las maravillas de la segunda libertad infinitamente sobrepasarán á las de la primera hasta hacerlas olvidar; así debemos creer que en este cántico las bellezas del sentido espiritual llevarán indecible ventaja á las del sentido histórico.

CAPITULO IX.

Continuacion de las figuras proféticas.

Sería preciso escribir interminablemente para seguir el hilo de esa misteriosa poesía de figuras del Salvador, de la Santísima Virgen y de la Iglesia, de las cuales está lleno el antiguo Testamento. Quien haga de él un detenido estudio puede verlas en sus muchos y respetables comentadores. Los límites que me he fijado apenas me permiten ir notando alguna que otra de las principales. Antes del célebre pase del mar Rojo figuróse en Egipto el celestial banquete á que nos convida en el Egipto de este mundo el Dios enamorado de nuestros pobres corazones: he aquí cómo se espresa acerca de esto en su precioso compendio el ya citado Lhomond. «La inmolation del cordero pascual intimada á los Israelitas antes de su salida de Egipto era sin duda alguna una ceremonia misteriosa, siendo facilísimo descubrir en ella una imagen del sacrificio de nuestro Salvador, especialmente despues que los apóstoles le han hecho de ella tan espresa aplicacion. Jesucristo es, segun San Pedro, el cordero sin mancha: San Pablo dice que por

fe celebró Moisés la pascua é hizo la aspersion de la sangre del cordero, á fin de que no tocase á los Israelitas el angel que sepultaba á los primogénitos en Sombras de muerte. Jesucristo entró en Jerusalén el décimo dia del mes primero, en el cual debia prepararse el cordero para la pascua, y fué inmolado el dia catorce en la hora misma en que los hebreos inmolaban el cordero pascual. Su sangre fué deramada, pero no se le rompió hueso alguno porque al ver que estaba muerto no le rompieron las piernas, á fin de que se cumpliera, como dice San Juan, esta palabra de la Escritura. «No rompereis ningun hueso suyo.» Como solo en virtud de este cordero inmolado se preservaron los Israelitas de la espada del angel exterminador; asimismo no podemos nosotros librarnos del rayo de la divina justicia sino por la aspersion de la sangre de Jesucristo: renovamos la memoria de su inmolacion y de nuestra redencion, comiendo su carne segun el precepto que él mismo nos impuso en estas palabras: «Haced esto en memoria de mí;» pero esta carne vivificante debe comerse como el cordero pascual en una misma casa, que es la Iglesia católica, única verdadera familia del Padre celestial: todo extranjero, todo profano, todo el que no se haya limpiado de la antigua levadura de la malicia y de la corrupcion, está escluido de este sacrosanto banquete: para ser admitido á él es necesario presentarse con los panes ácidos de la pureza y de la verdad.»

Sabido es que el maná con que se alimentaron

los Israelitas en sus cuarenta años de permanencia y viajes en el desierto, fue una espresiva figura del divino manjar que se reparte en nuestros altares, figura que el Salvador del mundo se aplicó claramente á sí mismo aludiendo al sacramento de amor en que ansiaba quedarse entre nosotros y dársenos por comida hasta la consumacion de los siglos; pero no puedo menos de entresacar del piadoso comentario del docto Cornelio Alápide algunas de las semejanzas demostrativas de la imagen que este espositor halla entre el maná y el celestial alimento de nuestras almas. En primer lugar observa que el color de las especies eucarísticas es el mismo que el del maná. Dice que el sabor de uno y otro sustento milagroso es sobre manera dulce, y que así está Jesucristo escondido bajo las especies de pan como la dulzura lo estaba en el maná. Indica que solo despues de haber abandonado las ollas de Egipto y los desordenados placeres de la carne se halla ó se toma el gusto á uno y otro portentoso sustento. Nota que á los infieles y avaros se les convierte en veneno y en juicio de condenacion uno y otro milagroso sustento. Advierte que el maná no se dió á los hebreos sino despues del paso del mar Rojo y que la eucaristía no se da al hombre sino despues que ha pasado por las aguas del bautismo. Reflexiona que con solo el alimento del maná tuvieron los hijos de Jacob fortaleza bastante para pelear las batallas del Señor contra los enemigos del Dios de Sabaoth y de su pueblo y que á este modo la divina Eucaristía vigoriza y conhorta á los

cristianos para que triunfen en sus guerras con el infierno y los mundanos ejércitos del príncipe de la tiniebla eterna. Dice que el maná era un pan que sin intervencion del hombre hacíase por los ángeles y que en esto se parecia al sacratísimo cuerpo de nuestro Redentor, el cual producido fue sobrenaturalmente en las virginales entrañas de María por obra del Espíritu Santo. Asegura que el maná tenia para los hebreos todos los sabores que ellos apetecian, y citando á San Cipriano y á San Juan Crisóstomo atribuye la misma virtud y diversidad de gusto espiritual al Sacramento que adoramos. No olvida que el maná era pequenito y que asimismo en pequeña hostia se contiene y se encierra Jesus Dios del universo. Recuerda que todos cogian igual cantidad de maná y que tambien todos los fieles reciben al Señor todo entero sea cual fuere, mas pequeño ó mayor el tamaño de la hostia consagrada. Y concluye notando que el maná en el desierto solo se recogia seis dias, y que de igual suerte en el sábado de la eternidad y en la tierra de promision cesará el misterio de este sacramento, y gozaremos cara á cara con suma placidez y reposo de la inefable y dulcísima presencia del humanado Verbo. En el mismo Cornelio Alápide leo que San Ambrosio juzga que el maná figuraba á la Virgen María por ser esta Señora madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Segun el mencionado espositor en sentido tropológico el maná significa los consuelos espirituales que se gustan en la contemplacion de las co-

sas de Dios y en la victoria de las tentaciones y de la concupiscencia, comprobándolo entre otros argumentos con aquello del Apocalipsis (c. 2, v. 17): *Vincenti dabo manna absconditum*. Daré al vencedor un maná escondido. Este sábio jesuita, cuya piedad se revela dulcísicamente en todas las páginas de su célebre comentario, asegura por último que el maná significa la ambrosía de los bienaventurados, su inenarrable felicidad, su júbilo, su dulzura y su gloria en las dichosas mansiones del galardón eterno.

En el capítulo 17 del Éxodo se refiere que el Señor para apagar la sed de su pueblo que murmuraba por la falta de agua, mandó á Moisés que con su vara golpease la peña en la montaña de Oreb, prometiéndole que en abundancia brotaría el agua. Y así se verificó. Alegóricamente esta peña ó piedra es Jesucristo; la vara con que es golpeada es la cruz en que Cristo herido y llagado dió por nosotros su agua, es decir los raudales de su sangre divina y para que todos la bebiésemos nos la dejó en la Eucaristía. Tertuliano entiende por el agua el bautismo, cuya virtud sale de la cruz del Salvador. Y Ruperto é Isidoro, citados igualmente por Alápide, son de parecer que esta agua es imagen de la gracia y del Espíritu Santo y de sus dones.

Moisés alcanzando el triunfo de Amalec con las manos alzadas en forma de cruz, ¿no será una imagen de Jesus que en el madero santo venció en la misma forma al infierno y á la muerte? La majestuosa venida de Dios á publicar su ley sobre el retro-

nante Sina ¿no lo es de la del Espíritu Santo al Cenáculo, en que se hallaba reunido otro pequeño pueblo ciertamente mas digno de la visita del Altísimo? El de Israel veia los relámpagos y todo el monte cubierto de humo y enmedio de su espanto dijo á Moisés: «Habladnos vos mismo y os escucharemos; pero que el Señor no nos hable, para que no muramos.» Dios no dejó pasar esta ocasion de pedirle el pueblo un mediador para renovar la promesa del Mesías. «He oido, dijo á Moisés, lo que acaban de decirte los hijos de Israel: han pedido un mediador, yo les suscitaré de entre sus hermanos un profeta semejante á ti; le pondré en la boca mis palabras, y les dirá todo lo que yo le mandare, y me vengaré de quien no quiera escuchar lo que les anuncie de mi parte.» No cabe duda en que este nuevo profeta semejante á Moisés ha de hacer algun dia apacible y familiarmente lo que acaba de verificarse en medio de un aparato magnífico y terrible: será legislador como Moisés, mediador entre Dios y los hombres, caudillo y libertador de su pueblo, aunque de un modo infinitamente mas grande y soberano. ¿Y quién se atreveria á negar que es el Mesías el nuevo profeta que Dios suscitará en la plenitud de los tiempos? Toda la tradicion ha entendido las citadas palabras en este sentido; y hablando San Pedro á los judíos, aplica esta promesa á Jesucristo, que era el objeto de su predicacion. (*Act. 3.*)

«Levantándose Moisés muy de madrugada erigió un altar al pie de la montaña, la cual era como el

trono de la Majestad divina, donde residia, y desde donde acababa de promulgar su ley: levantó en derredor del altar doce columnas, que representaban las doce tribus de Israel; y como era costumbre sellar los tratados con sangre de víctimas, hizo degollar varios animales, derramó una parte de la sangre sobre el altar, que de algun modo representaba á Dios, y tomando luego el libro en que estaba escrita la alianza, lo leyó ante todo el pueblo, que respondió: «Haremos cuanto el Señor ha dicho.» Moisés entonces hizo con el resto de la sangre una aspersion sobre el libro de la ley y sobre el pueblo diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que Dios ha hecho con nosotros.» Con esta augusta ceremonia confirmaba Moisés, en calidad de mediador la alianza que el Señor contrajo en aquel dia con los hijos de Israel, aceptaba sus compromisos, y recibia sus protestas de obediencia. La sangre derramada por una parte sobre el altar y por otra sobre la nacion era el sello del contrato. Esta ceremonia empero no fue sino sombra y figura de la que despues de mas de quince siglos confirmaria la nueva alianza del Señor con todos los hombres; alianza cuyo mediador debia ser Jesucristo, quien con su propia sangre la sellaria. Para que mas notable fuese la relacion que tenian entre sí ambas alianzas, halláronse en la institucion de la Eucaristía todas las circunstancias de la primer ceremonia. Jesucristo al instituir la usó de las mismas palabras de Moisés; ha dicho como el antiguo legislador: *Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza.* Se ha

hecho mediador de esta alianza como Moisés lo había sido de la antigua; la ha sellado con la inmola-
cion, no de una víctima estraña, sino de su propio
cuerpo, no con sangre de animales, sino con su pro-
pia sangre. Los doce apóstoles como las doce colum-
nas de la Iglesia, fueron escogidos para testigos de
este misterio: colocados al rededor de una mesa, que
ha venido á ser un verdadero altar, en el cual se ha
inmolado el Salvador, ellos fueron realmente rocia-
dos con la sangre de la nueva alianza que el nuevo
Mediador les dió á beber: y todas estas maravillosas
relaciones están encerradas en estas pocas palabras:
He aquí la sangre de la nueva alianza.»

El tabernáculo antiguo fue sombra y figura de
nuestros venerandos templos donde reside realmente
la adorable Majestad del Dios vivo; el antiguo sacer-
docio lo fué del de la ley de gracia, y las funciones
y prerogativas del de Aarón no eran dignas de esti-
ma sino por los misterios que representaban, debien-
do todo su brillo y dignidad á la grandeza y santi-
dad del sacerdocio de Jesucristo, cuya imagen era
Aarón. Esta es doctrina de San Pablo en el paralelo
que hace del antiguo y nuevo Testamento, en el cual
manifiesta que el sacerdocio de Aarón es muy infe-
rior al de Melquisedech, de donde concluye cuán in-
mensa ventaja lleva á Aarón nuestro soberano sacer-
dote Jesus, pues que Melquisedech, con ser hom-
bre tan divino, no era mas que figura de nuestro
adorable Salvador.

En la ley antigua habia diversas especies de sa-

crificios; pero en todos ellos se nos muestra en figura el de Jesucristo, único que puede tributar á Dios un honor digno de su divina Majestad. Todos los sacrificios, dice Bossuet, ponian á los ojos de los israelitas esta verdad: que la remision de los pecados sería el fruto de una muerte voluntaria, de una sangre preciosa que algun dia se derramaria para espíarlos. Anunciaban un Salvador paciente que nos curaria con sus heridas: la sangrienta muerte del Redentor estaba figurada en los sacrificios en que habia efusion de sangre: el de la Misa era á no dudarlo el misterio oculto en la oblacion de harina pura y de vino que acompañaba á los sacrificios sangrientos. En la fiesta de las espíaciones el sumo sacerdote ofrecia por los pecados del pueblo dos cabrones, de los cuales era inmolado el uno y llevado el otro fuera de los reales, despues de haberle cargado de todas las iniquidades del pueblo: clarísima figura de Jesucristo que ha sido cargado de los pecados de los hombres, conducido fuera de la ciudad de Jerusalén é inmolado para purificarnos con la aspersion de su sangre.

Una plaga de serpientes, cuyas mordeduras daban muerte horrenda, introdujo el espanto y la desolacion en el campo israelita; pero el Señor apiadado para remediar tamaño estrago mandó á Moisés erigir una serpiente de bronce y con solo mirarla librábanse de morir y curábanse milagrosamente los mordidos por ellas. «No era, dice el autor del libro de la Sabiduría, no era la serpiente de bronce la que curaba á los israelitas heridos. Érais vos, Señor, el Sal-

vador de todos, que volveis la vida á los que mirais.»
 ¿Quién no ve en esta admirable figura á Jesucristo pendiente de la cruz? Dios, que sabia que su Hijo curaria algun dia desde la cruz nuestras llagas espirituales, queria preparar á los hombres á la fe de este gran misterio; y Jesucristo mismo se hace la aplicacion de la espresada imagen en estos términos: «Como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea elevado, para que todos los que creen en él no perezcan, sino que tengan vida eterna.» Es pues indudable que esta serpiente de bronce representaba á Jesucristo en la cruz. Las sierpes ardientes eran figura de los demonios y de la antigua serpiente, que es su cabeza. Ellos nos han herido de muerte con sus emponzoñadas mordeduras. El Salvador, para curarnos ha tomado el esterior de nuestra carne criminal y la semejanza del pecado, sin tomar su veneno: suspendido en la cruz es el remedio infalible de las heridas de nuestra alma: mirarle y sanar es todo uno: creer en la virtud de su cruz y salvarse es una misma cosa. ¡Vida es volver los ojos á este divino objeto é invocarle al espirar! Nunca es vano el confiar en él cuando á esta confianza va unida la oracion y el gemido. (*Lhomond.*)

No sé lo que á otros parecerá esta especie de poesía, que sin estar en verso ni ser invencion de poeta alguno, encierra sin embargo cuanto de grande, sublime, interesante y tierno pueda imaginarse; á mis ojos es sobre manera magnífica esta profecía de he-

chos; esta poesía de imágenes, que habla á mi corazón y á mi entendimiento en un lenguaje de alta elocuencia. Muchas veces he dicho que no me es posible expresar lo que siento y ahora lo repito con ingénu franqueza. Solo indicaré que esa divina mano ordenadora, que con tanta perfeccion bosqueja en remotísimos siglos unos cuadros fatídicos como encubiertos entonces con un velo de nubes, que han de rasgarse á los resplandores del Sol de justicia cuando venga á divinizar en su persona nuestra abatida naturaleza; que esas mágicas representaciones de misterios futuros, á los cuales se ordena y dice relacion cuanto de grande y patético se halla en la intervencion del cielo sobre las cosas humanas de un pueblo celebérrimo, al cual con propiedad pudiera llamarse la nacion espectante; que esos prodigios de una revelacion muda al par que elocuente y como henchida de asombrosas verdades que palparán los siglos venideros cuando el universo se vea regenerado por la sangre de la víctima inmolada voluntariamente desde el principio del mundo; que esos retratos asombrosos de un original que aún no existe sino en la presciencia divina, de un original que no se dejará ver sino cuando todas sus facciones por decirlo así, todos sus movimientos, todas sus obras y hazañas se hayan descrito de antemano y puntualmente en una larga série de siglos-profetas; que esas misteriosas nubes llenas por dentro de vivísima luz, que para nosotros ya no son nubes sino portentos de la Sabiduría eterna, que abarca con sus alas el primero y el último

dia de los tiempos; son para mí una especie de celestial poesía, ante la cual con el corazón inflamado y la mente absorta, me prosterno confuso y adoro á Dios como á soberano autor de ella y de sus maravillas.

Y crece y sube de punto el interés, el entusiasmo y la admiración al reflexionar que no se trata de los misterios de los Druidas, ni de las ceremonias de los Bracmanes de la India, ni de los ritos con que se celebraban las fiestas del sol en el imperio de los Incas, ni de las fábulas del difunto paganismo de Grecia y de la antigua Roma, sino que las imágenes y figuras que nos ofrece la Biblia son portentosas representaciones de los misterios en cuya virtud somos salvos, de los misterios obrados para redención de nuestras almas y para nuestra felicidad en los años eternos, de los misterios que nos descubre el amor con que Dios por nosotros se vistió nuestra flaqueza, padeció y murió por nosotros, de los misterios en que se cifran nuestra grandeza, nuestra honra, toda nuestra esperanza y ventura y nuestras íntimas relaciones con la Divinidad, que es nuestro manjar y vida en ese augusto Sacramento representado por el maná del desierto.

En medio de esta pintoresca y fatídica poesía de imágenes se ofrece de cuando en cuando á nuestros oídos el eco arrebatador de una poesía real y verdadera, hija de un entusiasmo divino y nacida siempre en circunstancias patéticas. ¿Cuándo canta Tobías?..... ¿Cuándo Judith?..... ¿Cuándo Débora?..... ¿Cuándo los jóvenes del horno de Babilonia?..... ¿Cuándo

Ana madre de Samuel?..... ¿Cuándo Moisés?..... Los portentos del Altísimo parece que son en el pueblo de Israel una llama de inspiracion descendida del cielo. Recuérdese la ocasion en que prorumpieron en cánticos de amor y de gratitud esas poetisas vencedoras, y ese Tobías postrado en tierra fuera de sí de asombro al desaparecer el Arcangel Rafael de ante sus ojos restituidos á la luz del dia, y ese Moisés ora al otro lado del mar Rojo con un pueblo y una vida que acaban de salvarse maravillosamente, ora hablando al mismo pueblo y contándole en profecía la historia de sus infidelidades, de sus abominaciones, de su tremendo castigo y desventuras, de la ira y misericordias de Dios para con él. ¿Y cuándo? Cuando va á desaparecer y á dormirse en el misterioso ósculo de su Dios que le manda subir al monte para desde allí divisar la tierra que le estuvo prometida, la tierra adonde se dirijieron sus ansiosos suspiros, la tierra cuya posesion ha desmerecido por una falta de confianza en el Señor, para divisarla y luego morir en ignorada sepultura. Por esto se ha dado á su grandioso cántico la denominacion de Testamento de Moisés. No hay para qué traer á la memoria cuánto mas que las palabras de enmedio de la vida interesan las que se pronuncian cuando esta toca á su término; pero si semejante circunstancia solemniza digámoslo así hasta las del mas oscuro padre de familia, ¡con cuán umbría majestad y religioso estremecimiento no realzaria las del inspirado caudillo, legislador y profeta que habla á su pue-

blo, en despedida para la eternidad, habla á un pueblo que es de Dios, le habla de parte de Dios, le habla de lo pasado y de lo futuro, y de la ternura maternal y de la volcánica indignacion de Dios para con él! He ahí el argumento, la sublimidad, la belleza patética, el grandor verdaderamente divino de ese cántico, que principia imponiendo silencio á los cielos y á la tierra, y ordenando á toda la naturaleza que escuche atónita las palabras del Omnipotente. En él se teje la historia de la tierna bondad de Dios para con su pueblo, y la de la impía correspondencia de este ingrato pueblo al inefable amor de su Jehová. ¡Qué maravilloso antítesis de historia! Admirable en verdad porque presenta una extraordinaria idea de la amorosa paciencia del Señor, que dilata por siglos y siglos el abandono merecido por tan contumaces infidelidades y abominaciones de pecado horrendo. Pero al fin se revela otra antítesis de gigantesca magnitud y duradera tambien por larga série de siglos; antítesis de sumo consuelo para nosotros los venturosos hijos de la Iglesia, y de espanto y amargura para la infiel y repudiada sinagoga. El mismo Dios, á quien Moisés introduce hablando con inimitable energía, la pronuncia en el volcán de su indignacion divina que como llama le sale del iracundo pecho para consumir á la nacion deicida, embriagando en su sangre sus encendidas saetas.

Despues de este cántico digno de profunda meditacion y despues de la muerte de su inspirado autor, pasando con otro prodigio el Jordán entró el

pueblo peregrino como conquistador y dueño triunfante en el país prometido á sus mayores. Sabidas son sus vicisitudes y sabidos sus tránsitos de la opresion á la libertad y de la paz y bienandanza á las cadenas que merecia con su reiterada apostasía. Su Dios apiadado de sus llagas y gemidos libróle de ellas muchas veces con héroes, en cuyos pechos parece que alentaba y ardia espíritu de valor invencible, espíritu de fortaleza, espíritu de magnanimidad, y algo y mas que algo de omnipotencia bajada del cielo á robustecer portentosamente sus brazos de débil carne. Los triunfos de estos varones sobre manera esclarecidos fueron imagen y figura de los triunfos de Jesucristo y de su Iglesia, y la libertad que dieron al pueblo esclavizado lo fue sin duda alguna de otra libertad mas preciosa, de la libertad de la gracia que disfrutamos por Jesus Salvador de nuestras almas, del rompimiento de las cadenas con que el príncipe de las tinieblas tenia atado el mundo antes de la venida de ese valiente Restaurador de nuestro humano linaje. En el primer tomo se me ha ofrecido hablar de varios de los libertadores de Israel, que le gobernaron y se hicieron célebres con el nombre de Jueces, y recuerdo que noté las semejanzas de las hazañas de Sanson con las del divino Hijo de María. Así pues no habré de repetir aquí lo que tal vez queda indicado en otro lugar, limitándome á cerciorar á los lectores en la idea de que la época de los Jueces, así como todos los demás periodos de la vida del pueblo judáico, está misteriosamente henchida de lo que yo llamo poesía figurati-

va, ó historia futura de Jesucristo y de su Iglesia escrita en imágenes proféticas altamente poética para quien tenga fantasía y corazón dispuesto á sensaciones de un orden elevado. Tampoco insistiré en que aun la historia no profética de aquellos tiempos y los personajes que campean en ella pueden muy bien entrar en el reino de la poesía. Refiérome en confirmación á algunos de los cuadros presentados en mi primera parte.



CAPITULO X.

Figuras que han representado á la Santísima Virgen en el antiguo Testamento.



El erudito Calmet ha demostrado en una de sus disertaciones la superioridad de la historia sagrada sobre las de los caldeos, medos, asirios, persas, egipcios, chinos, fenicios, griegos y romanos en cuanto á la veracidad y antigüedad de todas ellas; mas no obstante los innumerables volúmenes que se han escrito por varones de muy profunda doctrina, descubriendo casi todos los misterios que encierra, ó lo que es lo mismo, haciendo la aplicacion de las figuras; hasta Chateaubriand no sé que nadie haya señalado esta cualidad singular y divina como una belleza literaria, en que consiste uno de sus principales encantos, y que es un privilegio esclusivamente suyo, no encontrándose ni la mas mínima sombra de semejante prerogativa aun en la historia del cristianismo, donde se hallan aglomeradas las dotes mas admirables, resplandeciendo del mismo modo que en la del pueblo antiguo, por una parte la infinita sabiduría, el amor y providencia de Dios en el gobierno de

su Iglesia, y por otra el heroísmo y victorias de los santos, que la coronan de inmarcesibles laureles.

Chateaubriand es quien en uno de los mas originales capítulos de la primera parte del *Genio del Cristianismo*, con su acostumbrada delicadeza, no tan solo nos habla de lo bello, de lo dulce y grandioso del misterio, aun considerado en abstracto, sino que parece llevarnos hasta su fuente, dándonos á gustar su esquisita dulzura, y presentándonos muchos ejemplos en prueba del suavísimo placer emanado de todo lo misterioso. En otro lugar de la misma obra, hablando de la escelencia literaria de la Escritura, pinta con grandiosa sublimidad la admiracion que causa leer en los libros históricos de la Biblia una cosa con la vista, al mismo tiempo que se van leyendo con el entendimiento misterios inefables.

A fin, pues, de gustar ese encanto literario, y la delicia en que baña los corazones de sus amantes la dulce memoria de la Reina del cielo, recorramos con brevedad algunas de las imágenes que pueden hablarnos de ella en esta sagrada historia.

Nadie ignora que nuestro divino Redentor, asi como es el primer objeto de nuestro culto, es tambien el fin primario de la Escritura; empero la idea del Hijo no puede concebirse sin la Madre; y aunque esto en muchos casos no signifique mas que una relacion en las ideas, en Jesus y en María se verifica tan al pie de la letra, que si no lo dijeran los maestros de la verdad católica, sería facil demostrarlo remontándose bajo la salvaguardia de los sagrados tes-

tos hasta la creacion del universo, y aun mucho mas allá, antes del principio de los tiempos, y emprendiendo una carrera dilatada desde entonces hasta el dia de hoy: no es, pues, estraño que en la historia santa se halle escrita en caracteres misteriosos la de la Madre del amor divino, asi como lo está la del Hijo de sus virginales entrañas. Vamos á verlo.

Una de las primeras escenas que el Génesis nos presenta, es la catástrofe mas espantosa que en su largo vuelo han admirado los siglos: toda carne ha corrompido sus caminos: la ira de Dios truena á lo lejos anunciando esterminio: la tempestad se acerca: los mares dan un salto y soterran un mundo de gigantes bajo sus olas de muerte. Solo el arca, obra de un siglo entero, se salva navegando sobre las ruinas de cien naciones devoradas por el piélagó de la venganza divina. He aquí en figura el diluvio del pecado original que derrama sus venenosas corrientes sobre todos los hombres. He aquí la Santísima Virgen, arca viva que lleva á Dios en su seno, sobrenadando inmaculada en su concepcion, mientras toda la descendencia de Adán padece el lamentable naufragio de la culpa.

San Juan Crisóstomo nos predica la misericordia de Dios en el diluvio porque puso término á las iniquidades de los que en él perecieron, y á los que se salvaron libró del mal ejemplo de aquellos desventurados. ¡Misericordia en el arca! añadamos nosotros, porque esa arca es imagen de María, que salva del naufragio de la perdicion eterna á cuantos corren

á refugiarse debajo de su manto. No solo los racionales, hasta los brutos llegaron á puerto de salvacion acogiéndose al arca: en brazos de María no solamente los justos, hasta los pecadores aportan á la gloria.

En la narracion del diluvio hallamos una paloma mensajera de nuevas venturosas; y esa paloma es María, que nace anunciando la paz al universo; la paz entre los hombres, que entonces mismo pidió á Augusto paz la Etiopía, paz el imperio de los partos, las Indias alianza; paz entre el cielo y la tierra, pues es la madre de la víctima que en su sangre ha de apagar el rayo del Eterno, reconciliándole con el linage humano; y asi ese ramo de oliva que trae la fidelísima y cándida paloma es el precioso niño que dió á luz en Belén de corazon pacífico y humilde. ¡Oh! ¿Y qué diremos cuando esta sublime Señora, á quien el Espíritu Santo llama su paloma en el Cantar de los Cantares, toma bajo su proteccion á un alma y la visita con la dulce influencia de su maternal patrocinio? ¡De cuánta calma la inunda! ¡Cuán pronto la pone en paz con el Dios de las justicias, mostrándole en favor de aquella los sacratísimos pechos con que le lactaba cuando por su amor se hizo niño en su purísimo gremio!

Esto mismo figuraba el iris que apareció en las nubes á derramar un torrente de gozo y de consuelo en el corazon de Noé; asi la Consoladora de los afligidos, cuando estamos ahogados en un océano de tribulacion, aparece en nuestro horizonte disipando la noche de nuestra melancolía con los rayos de su be-

lleza, destilando en nuestros pechos el bálsamo de la esperanza, hechizando nuestros ojos con la graciosa variedad de sus virtudes, refulgentes como el sol que la sirve de manto, suaves como el brillo de las estrellas que forman su corona, diversas á manera de los colores del iris.

Los que estén versados en las glorias de la Santísima Virgen echarán de ver que todo esto se encuentra en sus muchos y esclarecidos panegiristas. Empero séame lícito indicar que para mí el arca de Noé y el mismo Noé simbolizan el corazon de María, que en la pasion y muerte del Hijo de su amor vogaba como aquella en un mar de amargura; como aquella se veía entre dos abismos, el de la ira del Eterno, que descendía á torrentes sobre la víctima divina, y por repercusion sobre ella misma, y el de la iniquidad y saña de los mortales, que descargaba heridas sobre heridas en su Hijo adorado, y por repercusion en ella misma; como aquella, flotaba sola en el mundo, estando para ella desierto el universo no teniendo á su entrañable Jesus; como aquella, veía el cielo vestido de luto, temblando la tierra bajo sus plantas, en guerra los elementos y la naturaleza en agonía; como aquella, resistía con fortaleza invicta al ímpetu de tantas y tan acerbos olas de tribulacion; por último, como aquella, á medida que se elevaban las ondas, sobre ellas se iba elevando; así su resignacion maravillosa íbase sublimando de una manera inefable á medida que se engrosaban los torrentes de su amargura.

¡Ay qué angustia sería la de Noé cuando desembarcando en Ararat no viese mas que desolacion y espanto, cadáveres y ruinas, los cadáveres de todo el linage humano, las ruinas de un mundo entero! ¡Ay qué congoja la de la Madre tierna que repasa con sus ojos las heridas de su Hijo, teniéndole ya exánime entre sus brazos!

Dichosa la familia que en medio de un caos de disolucion y tinieblas puede llamarse en cierto modo por su fe y santidad una copia de aquella familia santa por antonomasia, en la cual veneramos al Príncipe del cielo. Dichosa la familia de Abrahám, pues es un vivo retrato de la familia de Nazaret. Estendido de nuevo por la redondez de la tierra el cáncer de la depravacion, sentados todos los pueblos á las sombras de la muerte, entronizada la idolatría, perdido en tan densa noche el conocimiento del verdadero Dios, respira el corazon, se dilata y regocija al descubrir una ráfaga de luz divina en la frente del Patriarca, que sin mas guia que la hermosa lámpara de su fe va peregrino desde Mesopotamia á Canaán.

En tan largo viage le acompaña su esposa, cuya hermosura es codiciada de reyes muy poderosos, como si desde entonces se nos quisiera significar que la belleza de María sería el embeleso del Rey de los monarcas: *Concupiscet rex decorem tuum*. El nombre de Sarai por orden del Escelso se le muda en el de Sara, que significa princesa: lo mismo quiere decir el nombre de María. Tres ángeles la visitan para anunciarle que tendria un hijo á pesar de su natural es-

terilidad, y á pesar de que sus años casi componen un siglo. El arcangel Gabriel desciende de los cielos con una embajada muy semejante, asegurando á la purísima esposa del justo José que sin lesion de su virginidad inmaculada daria á un luz un hijo, á quien pondria el nombre de Jesus; que éste seria grande y se llamaria Hijo del Altísimo; que Dios le daria el trono de su padre David; que reinaria eternamente en la casa de Jacob, y su dominacion no tendria fin.

¿Y Abrahám? Una alma sensible y amante de la soberana Reina de los mártires no puede acordarse de él sin que sus ojos se le arrasen en llanto. Veamos el cotejo que nos hace de su dolor con el de María predicando sobre las angustias de esta Señora el P. Pellegrini, uno de los mas tiernos y elocuentes oradores sagrados de que tan justamente se gloria la Italia. «Acuérdome del antiguo Isaac, cuya sangre habia de correr por mandato divino, y mi pensamiento se fija en aquellos tres dias que trascurrieron enteros antes que Abrahám desde el bosque de Bersabée llegara á la montaña del sacrificio. En este espacio de tiempo, pobre corazon de un padre, reflexiona Orígenes, pobre corazon de un padre que continuamente tiene consigo su tormento en su unigénito amado, ora este bebiera sentado con él al borde de fresca fuente, ora con él á la sombra de algun arbol copudo tomara el cotidiano sustento; cada movimiento, cada mirada era una espada de dos filos que traspasaba las entrañas del buen anciano! *Dum intuetur filium pater, dum cibum cum eo sumit, recursantibus*

curis, paterna viscera cruciabantur. Si puesto ya el sol, cansado del largo camino, reclinábase aquel amable joven al pecho de su padre, ¡ay qué tropel de tristes pensamientos agitaba con vuelo aciago las canas del anciano en la medrosa lobreguez de aquellas noches! ¡Ay qué tropel de angustias asaltaba su corazón al rayar del alba, que de nuevo le descubría la dulzura del juvenil semblante! *Dum filius pendet in amplexibus patris, dum cubat in gremio, recursantibus curis, paterna viscera cruciabantur.* ¡Oh! ¡si al menos no le tuviera delante de sus ojos! Vanos son sus esfuerzos por alejar la memoria del cercano porvenir, pues aquellos á todas horas se lo muestran presente; y ora veía desnudo el cuello debajo de la espada, y ora veía la palidez de la muerte en aquel rostro hermoso, veíalo caído sobre el pecho bañándolo de fresca sangre. Así de pensamiento en pensamiento, de lugar en lugar, dilacerándose sin cesar y cada vez mas el corazón paterno en aquellos tres días, rapidísimos por el término que habían de tener, lentos é inacabables por la angustia que los acompañaba, no hubo hora ni momento que no volase bañado de ardientes lágrimas y penetrado de muy profundos suspiros.

¡Pues cuán acerbos serían los dolores del alma que padeció María, no ya tan solo por tres días, sino por el espacio muchísimo mas largo de la vida de su Hijo! Bien podía á su placer echarse al cuello á aquella dulce prenda, nutrir con su propia leche su tierno cuerpecito, y en su frente adorada imprimir mil

y mil besos. Lo podia; ¿mas con qué satisfaccion, si estaba siempre pensando en aquel dia en que muerto y desangrado le habia de ver en el Gólgota? ¡Ay triste pensamiento! que para aguar el consuelo de sustentar aquella vida preciosa á todas horas le decia amargamente: «Tú lo nutres tan solo para la cruz: tan solo para la cruz haces que crezca: en la cruz tú misma ¡ay! le verás morir.....» Con razon, pues, se le pueden acomodar las citadas palabras: *Dum in- tuctur Filium Mater, dum cibum cum eo sumit, recur- santibus curis, materna viscera cruciabantur*. Si ella en fajas envuelve sus miembros delicados, recuerda los andrajos que ya predijo Zacarias, los cuales cu- bririan de confusion aquel cuerpo divino. Si con sua- ve lienzo le abriga la blanda cabecita, se le ponen delante de la vista las espinas que Isaías profetizára, las cuales le habian de atravesar las sienes con in- humano dolor. Y oh cuántas veces fijando los ojos lánguidos en su cara querida, y dulcísicamente es- trechándole al pecho, ¡ah cuán gracioso y amable eres! le diria con la esposa de los Cantares. *Ecce tu pulcher et decorus*. Sí, gracioso y amable como aho- ra te estoy viendo; mas ¡cuán distinto del de ahora, cuán distinto estarás algun dia! ¡Ay! ¡que esta fren- te la he de ver algun dia toda de color de sangre! ¡Entre rios de sangre perderán estos ojos su resplan- dor delicioso! ¡y de esta carne delicadísima, despe- dazada al ímpetu de crueles azotes, saldrán tambien avenidas de sangre! Entretanto parecíale ya, yo asi lo creo, parecíale ya tenerle en sus brazos, no como

entonces pequenito y risueño, sino cual despues le acogió depuesto ya del patíbulo, sin color, sin espíritu, sin vida, sin tener ni aun figura ó semejanza de hombre. *Dum Filius pendet in amplexibus matris, dum cubat in gremio, recursantibus curis, materna viscera cruciabantur.* En vano se complace en salvarle con la fuga de la fiereza de Herodes, pues en aquella hora piensa que es para guardarle á la sentencia del injusto Pilatos. En vano se alegra de hallarle disputando entre doctores, que en aquel punto se le viene á la memoria que será despues burlado en los tribunales. Sus beneficios y portentos, los aplausos y aclamaciones ajenas no pueden consolarla, pues á aquellas sustituye al momento la ignominia de un infame madero, á estas la bárbara crueldad de un pueblo ingrato.» (Hasta aqui Pellegrini.)

Llega por fin Abrahám al monte de la mirra, alza los ojos al cielo inmolando la vida de su querido Isaac, como María ofrece en el templo de Jerusalén la de su Niño adorado; pero el sacrificio de aquel no se consuma, porque Dios no queria mas que representar el de su Madre Santísima, y una voz del cielo detiene el trémulo brazo al descargar el golpe, mientras aquella escucha de los fatídicos lábios del octogenario anciano Simeon que su Hijo será puesto por blanco de contradiccion, y á ella misma le ha de traspasar el alma una agudísima espada de dolor.

La gloria de ser en muchas cosas imagen de la dulce Madre del pueblo cristiano no es tan esclusi-

vamente propia del padre de los creyentes que no haya de haber heredado tan hermoso privilegio su digno nieto el patriarca Jacob. Su vida es un tejido de aflicciones, de las cuales algunas son en todo parecidas á las de María Santísima: él y ella lloran á un hijo en quien tienen puesto su corazón, á un hijo tesoro de inocencia, á un hijo muerto desastrosamente en la flor de sus años, á un hijo prendadísimo, á un hijo encantador por su amabilidad, su gracia y sus virtudes. Los crueles hermanos del joven José le venden para Egipto, y su túnica se la envían á Jacob empapada en la sangre de un cabrito: el amoroso padre queda á tal vista atónito, mudo, helado de dolor. Luego rompiendo sus ojos en dos rios de llanto, «¡ah, sí, esclama, reconozco la túnica de mi hijo! ¡una fiera le ha devorado!» No dice mas, porque la angustia le ahoga; pero hablan de su dolor, son vivos testimonios de su mortal congoja su palidez, su demudado semblante, su ademán convulsivo, su interminable llanto. Desgarra sus vestidos, se cubre de cilicio, arrójase en el suelo, y solloza y arranca de lo íntimo del alma incesantes suspiros. Pesarosos sus hijos de ver á su anciano padre en el lamentable estado en que le han puesto por su culpa inhumana, le rodean, procuran consolarle, hacen esfuerzos por mitigar su pena. Y él les responde con lúgubres acentos: «¡No, hijos míos, no hay para mí consuelo! ¡Dejadme bajar á la tumba, mas allá de la tumba, adonde mi alma oprimida por tantos infortunios vaya llorando á reunirse con el alma de mi querido José!»

María ve lleno de sangre, no ya un vestido de su Hijo, sino á él mismo pendiente de un patíbulo; ve taladrada de espinas la cabeza donde resplandeciera el sol de la eterna sabiduría; ve oscurecidos por sombras de muerte los divinos ojos en donde se miraba como en espejo de inefable delicia; ve cárdenos los labios que le daban dulcísimos besos cuando niño, llamándola con el melífluo nombre de madre; ve enclavadas las manos milagrosas, que eran inagotable manantial de salud para los desvalidos enfermos; ve rasgados aquellos pies, que corrieron por el mar tempestuoso como por tierra firme; ve exánime el cuerpo sacratisimo que en sus entrañas formó el Espíritu Santo; ve derramada aquella sangre preciosa que ella misma le dió de la porcion mas pura y escogida de su corazon, y su dolor no es posible pintarlo, á no mojar la pluma en el abierto costado del Redentor Jesus.

El mismo Jacob tuvo la dicha y el asombro de ver en su juventud una espléndida imagen de María, cuando habiendo emprendido un dilatado viaje sin mas compañía que su rústico baston de peregrino, sin mas riqueza y provisiones que su confianza en el Dios de sus padres, iba en brazos de la divina Providencia á buscar una esposa allá en la remota Mesopotamia, y habiéndole cogido la pavorosa noche en una soledad, fatigado por el cansancio de la primera jornada, se durmió, sirviéndole de cama el duro suelo y de cabecera algunas piedras, y vió en sueños una escala que desde la tierra se levantaba al

cielo, á los ángeles que bajaban y subían por ella, y á Dios en la estremidad superior de la escala. Intérpretes sagrados han dicho que esta era una figura de la Iglesia, otros que de la santa Cruz, algunos que lo era de la Providencia, quiénes que del mismo Verbo encarnado, y finalmente con San Bernardo otros muchos que lo es de la Santísima Virgen. En efecto, con la imitación de sus virtudes se elevan hasta el mismo Dios los verdaderos amantes de la celestial Señora, que los atrae con el hechizo de su belleza; y cuando ya les ha robado suavísimamente el corazón, como una prenda suya se lo regala á su divino Hijo, pues ella para otra cosa no quiere los corazones.

Si los hombres escogidos por el Salvador para ascendientes suyos han tenido la feliz suerte de representar tan de antemano algunos de los dolores y prerogativas de la Reina de los Patriarcas, ¿cómo habian de carecer de esta dicha las esposas de aquellos y tantas otras heroínas del Testamento antiguo? ¿Quién no ha oído aun en los púlpitos, cuando en ellos resuena la gloria de esta Princesa, quién no ha oído mil veces los nombres de Eva y de Rebeca, los de Raquel y María la hermana de Moisés, los de Jael y Débora, los de Judith y Abigail, los de Rut y Noemí, Susana y Sunamitis? Quien no los haya leído en muchísimos libros será porque abrir no acostumbra los que se han escrito en todas las naciones, y aun hoy se escriben, particularmente en Francia y en Italia, acerca de las inagotables alabanzas de la Santí-

sima Virgen. Es amada por Dios como Raquel por Jacob; se le pide su consentimiento para el desposorio de ambas naturalezas, la divina y humana, como á Rebeca para su matrimonio con el heredero de las promesas; salva á Jesus de la cuchilla de Herodes, como la otra María coadyuva á la salvacion de su hermanito Moisés; quebranta la cabeza de la antigua serpiente, como Judith degüella al orgulloso Holofernes; aplaca al Juez eterno irritado con los hombres, como Abigail con su prudencia á David enfurecido; triunfa como Débora, defendiendo en mil batallas á la Iglesia contra el infierno; como Jael á Sísara, así destruye todas las herégias. *Omnes hæreses interemisti in universo mundo.*

Pero á mi corazon ninguna de ellas le habla de la Madre de la misericordia con mas elocuencia que Esther; ninguna la retrata á mis ojos con mas vivos colores que la bella, la dolorida, la predilecta, la reina Esther. Esta joven cautiva halla gracia por su hermosura en los ojos de Asuero, que la prefiere á todas las hermosas de su reino, la eleva á su tálamo, y en la cabeza le pone su esplendorosa diadema. La flor de Nazaret, la hija de Joaquin y Ana hechiza por la belleza de su alma al Rey del cielo; su embajador le dice que es bendita entre todas las mugeres, porque está llena de gracia; el Espíritu Santo se desposa con ella, y Dios mismo la corona en su Asuncion por reina del universo.

El solemne matrimonio de Esther se festeja en toda la Persia, dando el monarca un suntuoso con-

vite á los magnates y oficiales de su corte, condonando á sus pueblos todas las cargas y contribuciones de aquel año de verdadero regocijo, y enriqueciendo á sus vasallos con los grandes donativos del real tesoro. El desposorio de María con el Rey de la gloria se solemniza descendiendo de las alturas el perdon de un mundo de iniquidades, derramándose por la haz de la tierra los celestiales torrentes de la sabiduría del Evangelio, á la cual deben las naciones su decantada civilizacion; celébrase, por último, convidando á todos los hombres al inmortal y suavísimo banquete de la divina Eucaristía, y llamándolos al de la gloria perdurable ó sábado de la eternidad.

La humilde Esther protesta delante de Dios que abomina toda señal de soberbia; que para ella es como un paño inmundo esa corona que á pesar suyo brilla sobre su frente en dias de ostentosa ceremonia. María en el sublime misterio de su Anunciacion se ve hecha un abismo de gracia; ve que los mas encumbrados montes de santidad le sirven de cimiento; ve que la Sabiduría increada la escoge para su tabernáculo, y como á tal divinamente la adorna; ve lo escelso de su grandeza y dignidad soberana; ve las gerarquías celestes prosternadas á sus pies; ve que un Dios se hace hijo suyo, se hace parte de sí misma y pequeña porcion de sus entrañas; y á tal vista se humilla, se postra, se anonada, y se confiesa esclava del Señor.

Para la heróica empresa de salvar á su pueblo preparóse la dolorida Esther con tres dias de retiro,

de oracion y de llanto. María en la clausura del templo de Jerusalén, y en el deífico santuario de su corazon, no hacia mas que llorar la ruina de los mortales, pedir á Dios misericordia para el género humano, y ofrecerle el incienso de su oracion incesante.

Presentándose sin ser llamada la magnánima Esther al formidable Asuero, puso su vida en un peligro inminente, tomando sobre sí una sentencia de muerte. María mostró un pecho mas grande, mas generoso y heróico, aceptando por nuestro amor la divina maternidad acompañada de inmensas tribulaciones. Bien sabia la Señora por su altísima inteligencia de las profecías que aquel bendito fruto de su seno immaculado habia de ser para ella un hacecito de mirra, para ella y para su inocente esposo en su preñez milagrosa; que le daria á luz en un pesebre; que la cuchilla de un tirano le buscaria para matarle en sus brazos, y solo le salvaria huyendo peregrina á tierras muy estrañas, y desterrándose por largos años de su pais nativo: en David y en Isaías habia visto y contemplado uno por uno todos los tormentos atroces de su pasion y muerte, formando todos ellos un espantoso caliz de amargura inseparable de su divina maternidad. Ella empero por nuestro amor consiente en ser madre de un Dios crucificado. ¡Sacrificio que abraza lo mas sublime de una caridad inmensa, y lo mas penetrante, acerbo y delicado de un dolor inconcebible!

La bella Esther, para hechizar al rey su esposo,

se engalana con ricas joyas, deja flotar sobre su ebúrneo cuello su airosa cabellera, se rodea de su gloria, resplandece con régias vestiduras, enciende sus dulces ojos en llama de amor suave, da á su semblante una espresion de gracia y de ternura, y respirando aromas deliciosos, y apoyándose lánguidamente en los brazos de una de sus camareras, y abandonando á otra la magestuosa cola de su manto, entra en la vedada habitacion de su terrible Asuero. Su mirada amorosa se encuentra con la ira de los ojos del rey, y á tal rayo desmáyase, y vuelto en palidez el brillo de su rostro, cae desfallecida. Asuero sobresaltado se precipita del trono, y sosteniéndola cariñosamente en sus brazos, «¡qué tienes, Esther! le dice; soy tu esposo, no temas, no morirás, pues esta ley no se ha hecho para ti, bien que á todos comprenda. Llégate, pues, y toca el cetro mio.» Mas ella no responde, y Asuero le pone sobre el cuello el cetro de oro, la besa en la pálida mejilla, y una y mil veces le ruega que le pida cuanto quiera, repitiéndole que está dispuesto á complacerla, aun cuando le pidiere la mitad de su reino. Vuelve en sí Esther, y de nuevo se desmaya, no ya cual antes penetrada de espanto, mas trasportada de gozo y en un deliquio de amor.

¡Oh cómo se agolpan las figuras de lo que pasó en el adorable misterio de la Encarnacion! María, mas hermosa que cuando la vió en Patmos el profeta de las visiones, coronada de estrellas, llevando el sol por manto y por calzado la luna, mas hermosa, mil veces mas hermosa, hechos fuego divino sus ojos de

dulzura, centelleando su rostro con el fuego divino, devorado su pecho por el fuego divino, respirando anhelosa tan solo fuego divino, ataviada con el riquísimo aderezo de la gracia y de los dones de su celestial Esposo, adornada su frente con la diadema de sus privilegios altísimos, revestida de gloria y de inocencia, y derramando á lo lejos el perfume de sus virtudes, y reclinándose plácidamente en brazos de la esperanza, y sostenida por la fe en su amoroso abandono, pónese en el acatamiento del Dios de la magestad encendido en ira fulminante con cuarenta siglos de iniquidades; ve el rio de fuego que sale de los ojos del Altísimo, y se postra á pedir salvacion para su pueblo; se le presenta el enviado de Dios, la saluda como á su reina, y le anuncia su elevacion infinita; y ella en aquel sublime instante, protestando no ser mas que la esclava del Señor, cae en el profundo abismo de su humildad. ¡Hé aqui lo que estaba figurado por el primer desmayo de Esther! El Verbo divino desde el trono de su Eterno Padre desciende en aquel acto á su purísimo gremio, y se estrecha con ella, y dulcísimamente la abraza y acaricia el Espíritu Santo como á su tierna Esposa. ¡Hé aqui lo que estaba figurado por lo que hizo con Esther el rey Asuero! El cetro de oro con que tocándola la preservó de morir es la persona del Verbo que tomó carne en sus entrañas, pues en atencion á su divina maternidad se hacen con ella tantas y tantas escepciones de inmarcesible gloria. A este cetro de oro debe el ser concebida sin la culpa original,

el ser virgen y madre al propio tiempo, el dar á luz un hijo sin la menor dolencia, el desprenderse intacta de los brazos de la muerte, resucitando gloriosa al tercer dia. Esa ley establecida para toda generacion humana no se ha hecho para ti. *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.* Tú concebirás por obra del Espíritu Santo. ¡Ah! Si el Espíritu Santo se desposa con ella, ¿cómo no ha de esclamar por boca de Sunamitis que se desmaya á impulsos del amor? En un deliquio de divinal amor concibe al Hijo de Dios. ¡Hé aqui lo que figuraba el segundo desmayo de Esther, que fué desmayo de amor!

Y si á esta reina de Persia prometia su esposo la mitad de su reino; mas pródigo y magnífico estuvo con María el Rey de cielo y tierra, como nota el doctísimo y devoto Cornelio Alápide. A María se le entrega todo el reino de la misericordia. Si aquella salvó al pueblo judío y puso cerca el trono á Mardoqueo, ésta salva á todo el linaje humano y eleva nuestra naturaleza al trono de los cielos. Estábamos abatidos, sentenciados á eterna muerte, y por María se ha levantado nuestra carne y nuestra sangre sobre el trono de los cielos. Jesucristo, compaginado con nuestros propios huesos se ha sentado á reinar á la diestra de su Padre, y bien puede decirle la humana naturaleza: «Hueso de mis huesos y carne de mi carne.»

Muy satisfactorio me sería ir discurriendo por los innumerables objetos que en la historia santa han re-

presentado con mas ó menos viveza á aquella en cuyas maravillosas virtudes y escelsos privilegios hallaron los santos Padres el significado misterioso de la tierra del paraiso, que producía sin humano cultivo, de la hermosura de Eva antes de su pecado, de la zarza que ardia sin quemarse, de la vara de Aaron, que floreció por sí misma, de la aurora que puso término á la lucha del angel con Israel, de la nube de Elías y del carro de fuego en el cual se remontó á los cielos, del vellocino de Gedeon, del altar de los perfumes, de la torre de David, del templo de Salomon, de la puerta de Ezequiel, de la montaña de donde se desprendió la piedra derribadora de la famosa estatua. Preguntaria á San Ambrosio y al tierno Buenaventura qué significaba el arca de la alianza, y tomando á los dos por guia y por antorcha, levantára mi débil voz repitiendo que asi como aquella encerraba las tablas de la ley, dentro de sí llevó Nuestra Señora al Legislador divino y guardó el maná soberano, ese pan de los ángeles con que el alma se alimenta en el tiempo de su peregrinacion sobre esta tierra de llanto. Clamaria que, como aquella, por dentro y fuera está cubierta de oro, es decir, del brillo de sus virtudes y de la gloria de su Hijo; que como aquella al pueblo de Israel, asi nos acompaña por el desierto de esta vida, guiándonos al cielo que nos está prometido; que como aquella hizo desplomarse las murallas de Jericó, huir á ejércitos enemigos, caer destrozados los ídolos, llamarse venturosa y henchirse de beneficios divinos la casa don-

de entraba, así nuestra augusta Abogada echa por tierra los muros del infierno, arrancándole los pueblos que posee, pone en fuga las huestes del príncipe de las tinieblas, despedaza los ídolos de Egipto con solo presentarse, hace bajar el cielo con todos sus tesoros al corazón en que establece su trono de amor y ternura infinita. Diría..... Empero para mi objeto basta haber recorrido con suma rapidez algunas de las sombras ó imágenes del antiguo Testamento que figuraban á la Madre de mi Salvador, citándome á las históricas, sin hacer mención de las muchas que reconoce la Iglesia en los demás libros de la sagrada Escritura.

Demos gracias á la Sabiduría increada por habérsese dignado encerrar tan infinita variedad de misterios consoladores en el libro divino que para lumbrera de la humanidad y estudio de todos los siglos le plugo inspirar á un Moisés y á los demás santísimos autores de esta sagrada historia, divina por su objeto, grandiosa por su estension, magnífica por sus personages, escelsa por su doctrina, utilísima por sus enseñanzas, venerable por su antigüedad, interesante á todo el género humano, amena por la variedad de sus cuadros, encantadora y poética por la belleza de sus imágenes, á la par que tierna y sublime por sus escenas, y altísima y solemne por sus misterios.

CAPITULO XI.

Los Salmos.



Antes de tratar del muy reconocido mérito literario de los Salmos, voy á continuar la misteriosa cadena profética que he venido trazando. Hablará por mí Rondet, que ciertamente en semejante materia es mas digno que yo de ser escuchado. He aquí cómo se espresa en su *Disertacion sobre el objeto de los Salmos* combatiendo las erradas opiniones de algunos novadores.

«Jesucristo está anunciado en los Salmos; él mismo nos lo enseña. Era menester, dice, que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley, en los profetas y en los Salmos. (*Luc. 24, 44.*) Trátase pues de distinguir en estos cánticos lo que en ellos se dice del Redentor; trátase de averiguar cuáles son los Salmos que le pertenecen personalmente. Los autores, cuya opinion examinamos, convienen en que hay siete Salmos que atañen únicamente al Mesías. Y son el II, *Quare fremuerunt gentes*, en el cual se halla espresamente marcada la

divina filiacion de Jesucristo; el VIII, *Domine Dominus noster*, en que se ve su anonadamiento y su gloria; el XV, *Conserva me, Domine*, en que se anuncian su muerte y resurreccion; el XXI, *Deus, Deus meus*, en el cual se describen las mas particulares circunstancias de su pasion; el XLIV, *Eruc-tavit*, en el cual se celebra su alianza y desposorio con la Iglesia; el CIX, *Dixit Dominus*, en el cual se admira su dignidad de rey junto con la de su eterno sacerdocio; en fin el CXXXI, *Memento*, en que se le anuncia como la persona augusta en quien tendrán su cumplimiento las promesas hechas á David.

Pero estos siete Salmos no son los únicos en que los Santos Padres y los mas acreditados intérpretes hayan reconocido á Jesucristo. A él se refieren tambien el XXIII, *Domini est terra*, en el cual toda la Iglesia reconoce su ascension gloriosa: *Elevamini, portæ æternales, et introibit Rex gloriæ*; y en que su divinidad misma se halla designada tan espresamente con el gran nombre de Jehová que se le atribuye, y que no pertenece mas que á Dios: *Jehova Sabaoth, ipse est rex gloriæ*; el XXX, *In te, Domine, speravi*, del cual tomó él mismo aquellas palabras que pronunció en la cruz: en tus manos encomiendo mi espíritu. El XXXIX, *Expectans*, en que S. Pablo mismo nos le descubre ofreciéndose á su Eterno Padre en vez de todos los sacrificios figurativos que hasta entonces se le habian ofrecido; *Sacrificium et oblationem noluisti..... Tunc dixi: ecce venio*. El

LXVII, *Exsurgat*, en que el mismo Apostol nos descubre tambien la ascension triunfante de Jesucristo y los dones que en seguida derramó sobre los hombres, y en que su divinidad se declara espresamente con aquel sublime incomunicable nombre de Jehová. El LXVIII, *Salvum me fac*, en que San Juan nos muestra el celo de este divino Salvador por la casa de su Padre: *Quoniam zelus domus tuæ comedit me*, en que San Pablo nos descubre los oprobios de que Jesucristo se vió cubierto: *Et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me*; en que San Juan nos manifiesta tambien hasta la hiel y vinagre que se dió en su pasion á este divino libertador: *Dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me aceto*; en que San Pablo nos hace ver el estado deplorable á que están reducidos los judios tal cual los vemos el dia de hoy: *Obscurentur oculi eorum ne videant; et dorsum eorum semper incurva*. El LXXI, *Deus iudicium tuum*, en el cual toda la Iglesia reconoce las gracias de su advenimiento: *Descendet sicut pluvia in vellus, et sicut stillicidia stillantia super terram*: la justicia y la paz que son el fruto de su redencion y el caracter distintivo de su reinado: *Orietur in diebus ejus justitia, et abundantia pacis*; la estension de su dominio sobre todos los pueblos del universo; *et dominabitur à mari usque ad mare, et à flumine usque ad terminos orbis terrarum*; la sumision de los reyes y de las naciones á su imperio: *Et adorabunt eum omnes reges terræ; omnes gentes servient ei*. El XCVI, en que hasta la primera palabra encierra una prueba

de su divinidad en el nombre inefable que se le atribuye: *Dominus regnavit: exultet terra*; y donde en efecto San Pablo nos descubre su divinidad probada por las adoraciones que los ángeles le tributan: *Adorate eum omnes angeli*.

A los mencionados Salmos hay que añadir el VII, *Domine, Deus meus, in te speravi*, en el cual reconoce la Iglesia el misterio de Jesucristo acusado ante sus jueces aunque era la inocencia misma, y en el cual efectivamente, implorando el auxilio de su Padre, anuncia la conversion de los pueblos como fruto de su victoria: *Et Synagoga populorum circumdabit te*. El XVII, *Diligam te*, en que tan claramente manifiesta las contradicciones de su pueblo, de que se ha visto libre, y la obediencia de las naciones, cuya cabeza ha venido á ser: *Eripies me de contradictionibus populi: constitues me in caput gentium*. El XXXIV, *Judica, Domine*, en el cual no solamente caracteriza, segun San Juan, el ódio injusto de los judíos sus enemigos: *Qui oderunt me gratis*; sino que hasta llega á espresar sus ultrajes y su furor. *Subsana-verunt me subsanatione: frenduerunt super me dentibus suis*. El XL, *Beatus qui intelligit*, en el cual segun su propio testimonio espresa la perfidia de su discípulo Judas sentado con él á su mesa: *Qui edebat panes meos, magnificavit super me supplantationem*. El LVI, *Miserere mei, Deus, miserere mei*, en el cual San Agustin le oye anunciar su resurreccion y la hora misma en que ha de salir del sepulcro: *Exurgam diluculo*. El LVIII, *Eripe me de inimicis meis*,

en el cual los Santos Padres ven repetida por dos veces la profecía del espantoso estado á que se hallan reducidos los judíos sus enemigos: *Famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem*. El LXVI, *Deus misereatur nostri*, que contiene los suspiros de los justos en la espectacion de su nacimiento y los trasportes de su alegría con motivo de su advenimiento: *Confiteantur tibi populi, Deus, confiteantur tibi populi omnes: terra dedit fructum suum*. El LXXX, *Exultate Deo*, que es tambien un cántico de alegría por su advenimiento y en el cual ve la Iglesia bajo la imagen de un trigo puro el pan eucarístico y la dulzura de la gracia de este divino Salvador bajo el símbolo de la miel salida de la piedra: *Et cibavit eos ex adipe frumenti, et de petra melle saturavit eos*. El LXXXI, en el cual desde el principio se le ve comparecer delante de los jueces de su nacion para ser juzgado. *Deus stetit in synagoga deorum: in medio autem deos dijudicat*, y donde al fin se le ve destinado á juzgar toda la tierra y poseyendo cual herencia suya todas las naciones: *Surge, Deus, judica terram: quoniam tu hereditabis in omnibus gentibus*. El LXXXIV, en que los justos de la ley antigua, despues de haber dado gracias por la libertad que Ciro concediera; *Benedixisti, Domine, terram tuam: avertisti captivitatem Jacob*, solicitan una gracia mas importante, la conversion del corazon que debe ser el fruto del advenimiento del Dios Salvador: *Convertite nos, Deus salutaris noster*, y en que concluyen celebrando su venida, en la cual se ve levantarse de

la tierra la verdad como un germen precioso, y la justicia mirando benignamente á los hombres desde las alturas del cielo: *Veritas de terra orta est, et justitia de cœlo prospexit*. El LXXXV, *Inclina, Domine*, en que implorando el socorro de su Padre en el tiempo de su pasion, anuncia la conversion de los gentiles: *Omnes gentes quascumque fecisti, venient, et adorabunt coram te, Domine*. El CVII, *Paratum cor meum*, donde vemos reaparecer la profecia del LVI, tocante á la hora de su resurreccion: *Exsurgam diluculo*. El CVIII, *Deus, laudem meam*, donde toda la Iglesia ve la pintura de las desgracias terribles que han caido sobre los judíos incrédulos, y donde San Pedro nos hace notar el decreto fulminado contra el pérfido Judas: *Et episcopatum ejus accipiat alter*. He aqui pues á lo menos veintisiete Salmos que especialmente pertenecen á Jesucristo y nos hablan de su advenimiento, de su pasion, de su muerte, de su resurreccion, de su ascension, de su reinado, de su sacerdocio, de su divinidad, de la incredulidad de los judíos y de cómo las naciones habian de creer en él adorándole y reconociéndole por su Dios.»

Digna es de leerse la citada disertacion de Rondet, quien prueba en ella que los Salmos contienen proféticamente no solo la historia de nuestro Salvador sino tambien la de su immaculada esposa la Iglesia nuestra madre desde su fundacion hasta que toda ella, acabados los siglos, se vea trasplantada á la gloria de los cielos á gozar las delicias de su divino Esposo. Prueba y muy bien que en sentido profético

David es siempre Jesucristo é Israel su Iglesia. Si el lector desea soberana luz para la inteligencia de las profundas poesías de David y para elevarse á region mas alta y respirar en mas sublime horizonte, jamás olvide que aquel rey de los cantos representa al Triunfador de la muerte y del infierno, y que el antiguo pueblo es figura de la Iglesia. Sin esta clave se pierde una gran parte de la escelsa grandeza y veneranda sublimidad de los Salmos.

No seré yo quien despues de tantos esclarecidos literatos y celebérrimos críticos que antepuesto han las odas del rey profeta á toda lirica poesía profana, despliegue mis labios para añadir una gota á lo que en el mundo de las letras es ya un verdadero océano. No solo los que por sus estudios y estado se hallaban en mejor posicion mística y teológica, permítaseme espresarme de esta manera, han reconocido la escelencia de esta celestial poesía; hanla confesado igualmente los que por la índole de sus inclinaciones y estudios meramente profanos parece que no habian de ser tan fáciles en conceder á las inspiraciones de la Biblia alta superioridad sobre las obras de Alceo, Píndaro, Horacio y cuantos vates ilustres se han captado con su lira la admiracion de los hombres. Con toda confianza me remito á las obras de los mas eminentes escritores de literatura, salvo aquellos pocos desventurados en cuyos ojos derramó la impiedad ó una ciega preocupacion antireligiosa tinieblas que los cegáran, ó tanta mala fe en sus corazones que viendo la luz del dia dijeran que era de

noche. Por otra parte, habiendo hablado sobre la materia hombres de mas autoridad y dignos de mas crédito en literatura sería inutil mi trabajo y espuesto á comparecer cual cosa de poco precio en comparacion de los que le hubiesen precedido. Sin embargo, este es el lugar mas propio para la debida alabanza literaria de la obra mas autorizada y mas justamente célebre de religiosa poesía. Y si yo no hago ánimo de entrar en competencia con Bossuet y La Harpe, ni con el obispo anglicano Lowth, ¿quién hablará por mí? Ellos mismos, Bossuet y La Harpe y despues de ellos tomando nuevo rumbo entraré yo á hacer indicaciones de otro género. Empero no cumple á mi propósito traducir testualmente á La Harpe ni á Bossuet; bastará tomar de ellos algunas pinceladas sueltas, que sirvan como de muestra del altísimo concepto que tenian estos varones eminentes de la poética escelencia y supremacia literaria de los cantos del rey inspirado.

«Si los poemas de Moisés, de David, de Isaías y de los demás profetas, dice La Harpe, no se nos hubieran trasmitido sino como producciones meramente humanas, aun asi serian por su originalidad y antigüedad dignos del mas profundo estudio y atencion de todos los hombres pensadores, y sobre manera dignos de la admiracion y entusiasmo de cuantos creen poseer el sentimiento de lo bello. Siempre se les ha dispensado esta honra.
A los mas determinados enemigos de la religion se les ha visto reverenciar como poetas á los que negaban

el título de profetas; y al lado de la Iliada de Homero colocaba Diderot la Biblia en su biblioteca escogida.»

La Harpe, que en buen gusto y fina crítica á nadie es inferior, hablando del Salmo 67, compuesto para la traslacion del arca á la montaña de Sion, dice que la pompa lírica de esta oda corresponde á la solemnidad de aquella ceremonia que ciertamente fue en extremo grandiosa y augusta. Y despues de haber copiado el primer trozo, esclama: ¿no os pone delante de los ojos el poeta toda la marcha religiosa? ¿No está todo en movimiento en el estilo cual lo estaba en la fiesta? ¿No veis al mismo Dios en medio de la solemnidad? ¿No le ha trasportado allí el poeta?

.....
 Poco mas abajo hablando del mismo Salmo, y habiendo dicho que cuando David se dirige á Dios, sus figuras son en el pensamiento tan atrevidas y animadas como en la espresion, vuelve á esclamar: ¿tiene la oda mas rápido vuelo ni mas ímpetu y brio?

En otra parte de su discurso preliminar sobre los Salmos asegura el ilustre crítico que si entrara en su plan enumerar las bellezas *sin número* derramadas en los Salmos, el comentario sería mucho mayor que el testo. Haciendo mencion del Salmo *In exitu* que es el 113, parécele que no puede darse cosa mas bella que el principio de esta composicion, y despues de haber copiado los cinco primeros versículos dice: «Si esto no es poesía lírica y de primer orden, jamás la ha habido; y si yo hubiese de presentar un

modelo de la marcha que la oda debe seguir en los grandes asuntos no escogeria otro: no lo hay mas acabado.» Es ocurrencia de La Harpe que aunque ninguna necesidad tenia, el Espíritu Santo no se ha desdeñado de llevarse la palma en poesía y que seguramente no se la disputarán los verdaderos poetas.

Al erudito La Harpe le parece la imagen mas imponente que haya podido concebir la imaginacion aquel *inclinavit cælos et descendit* del Salmo 17, y luego desafía á los que en Homero y Virgilio hayan visto la intervencion de los dioses en las batallas de Griegos y Troyanos á que le presenten cosa comparable al trozo de dicho Salmo en que David pinta la ira de Dios y sus efectos. Y por conclusion de su brillante análisis, «confesémoslo, dice, confesemos que de este sublime á cualquier otro sublime hay tanta distancia como del espíritu de Dios al del hombre. Aqui se ve la concepcion de lo grande en su origen: todo lo demás no pasa de ser una sombra, así como la inteligencia creada no es mas que una levisima emanacion de la inteligencia creadora; así como la ficcion cuando es bella, no es mas que la sombra de la verdad y todo su mérito consiste en la semejanza. Por do quiera hallareis las mismas relaciones y la misma desproporcion siempre que comparáreis lo que es de Dios con lo que es del hombre, único medio de concebir de aquel y de este la idea que nos es dable tener; y solo de esta manera, aunque semejante nocion sea siempre muy imperfecta, como no puede

menos de serlo, siquiera no será falsa. Esta grandeza original, y divina por consiguiente, supuesto que toda grandeza proviene de Dios, que es el único verdaderamente grande, se halla por do quiera en la Escritura, ora obre ó hable Dios en la parte narrativa, ora espresese sus inefables conceptos por boca de sus profetas.»

La Harpe descende á probar con ejemplos que ningun género de belleza poética falta á los Salmos, ni vuelo lirico, ni imágenes grandiosas, ni sentimientos tiernos y profundos, ni figuras enérgicas y atrevidas. A mí me parece que basta abrir el libro del rey salmista para hallar todo eso á primera vista, sin necesidad de ir en busca de ejemplos. Pero con mucha razon advierte el Quintiliano francés que no se debe juzgar á David por las traducciones generalmente infieles y menos por las frias paráfrasis que tan lastimosamente le desfiguran. El eminente literato piensa con entusiasmo del mismo modo que San Gerónimo, Bossuet, Batteux y Blair, á saber, que al lado de la poesía del Salmista es insípida y fria toda otra poesía. Véase en el prólogo de la paráfrasis del P. Soto cómo se ha espresado acerca de esto la venerable antigüedad.

De buen grado copiaría todo el capítulo 2.º de los prolegómenos de Bossuet, que trata de la sublimidad y dulzura de los Salmos, *De grandiloquentia et suavitate Psalmorum*; pero habré de contentarme, como lo he hecho con La Harpe, con extraer algunas pinceladas de la incomparable pluma del águila

de Meaux, reduciendo si es posible á menos palabras y comprendiendo en un solo rasgo por ánsia de brevedad lo perteneciente á un mismo género. Bossuet se espresa como un oráculo: su humilde intérprete no debe usar del mismo lenguaje. Segun este insigne escritor la primera causa de la grandilocuencia de los Salmos es la sublimidad del asunto: versan sobre Dios. (*De Deo.*)

Elevata est magnificentia tua super cælos. (Ps. 8, 2.)

Cæli enarrant gloriam Dei. (Ps. 18, 4.)

Qui facit mirabilia magna solus. (Ps. 135.)

Deus meus es tu; quoniam bonorum meorum non eges. (Ps. 15, 2.) Un Dios que ninguna necesidad tiene de las alabanzas, ofrendas y sacrificios de los hombres; que se basta á sí mismo para ser infinitamente grande y dichoso en la eternidad. ¡Cuán alta idea!

Dominus regnavit, decorem indutus est: indutus est Dominus fortitudinem. (Ps. 92.)

Confessionem et decorem induisti: amictus lumine sicut vestimento. (Ps. 103, 4, 2.)

Tu terribilis es, et quis resistet tibi? (Ps. 75, 8.)

Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! Nihil profundæ factæ sunt cogitationes tuæ. (Ps. 94.)

Dixit Dominus Domino meo: sede à dextris meis. (Ps. 109, 4.) Palabras de Dios Padre á Jesucristo Señor del mundo; y estas otras: *Ex utero ante luciferum genui te;* y estas otras: *Sedes tua, Deus, in sæculum sæculi.* (Ps. 44, 7.)

Propterea unxit te Deus, Deus tuus. (Ibid. 8.)
 ¡Qué cosa mas sublime que un Dios ungido por Dios!
 ¡Y cuán hermoso estotro! *Speciosus formá præ filiis
 hominum: diffusa est gratia in labiis tuis.*

Nada es capaz de dar mayor idea de la viveza de imaginacion y brillantez y valentía de pincel de un poeta, que el presentar los objetos tan á lo vivo que parezca que se están viendo y tocando. De esta figura tan conocida y recomendada en retórica con el nombre de hipotiposis se ocupa el ilustre Bossuet en el párrafo XVII de sus prolegómenos que intitula: *Subjicere oculis, quàm vividum in Psalmis.* Y presenta una porcion de ejemplos, entre los cuales son har- to notables los siguientes: *Frenduerunt super me dentibus suis.* (Ps. 34.) Dice el Salmista hablando de sus enemigos. Y en otra parte: *Viderunt me, et moverunt capita sua* (Ps. 108); donde se les ve mon- tados en cólera y al mismo tiempo amenazando é insultando.

Ipsé dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt. (Ps. 148.)

Si ascendero in cælum, tu illic es: si descendero in infernum, ades: Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me. (Ps. 138.)

Arcum conteret, et confringet arma, et scuta comburet igni. (Ps. 45, 40.)

Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatæ sunt. (Ps. 84, 44.)

Pero entre todos parece que particularmente lla-

ma la atencion del ínclito Bossuet el Salmo 21, en el cual con tan vivos colores pinta el Santo Profeta á Jesus en su pasion y agonía hablando en nombre de este divino Señor. En efecto que no es posible describir con mas exactitud y al mismo tiempo con mas vivo y patético colorido los tormentos y angustias del Salvador de los hombres. He aquí algunos rasgos.

¿Por qué, mi Dios, mi Dios, así me dejas?

Mírame solo aquí. Pero cargado

Del peso del pecado,

¿Esperanza tendré de que mis quejas

Oigas, y me libertes? ¿Sin provecho

Clamaré todo el día?

¿De noche clamaré sin ser oído?

.....

.....

Yo no soy hombre, sino vil gusano,

Desprecio de la plebe,

Mengua y oprobio del linaje humano.

Todo el que me ve así luego se atreve

A insultarme, y moviendo la cabeza

Con desprecio me dice:

“Este es el que esperaba

De Dios en la grandeza;

Venga pues á salvar al infelice.

Si es que tanto le amaba

¿Cómo no viene ya, cómo no acaba?”

.....

.....

Mi cuerpo todo entero

Cual agua se disuelve y seco cruje

Del dolor de los huesos desunidos.

Derrítese en el pecho como cera

Mi triste corazón; y consumidos

Los jugos naturales,

Agostada y enjuta mi primera
 Robustez y frescura
 Y con ausias mortales,
 A las fauces la lengua ya pegada,
 Veo la muerte dura
 Acercarse, y la triste sepultura.
 Circúndame un enjambre de malvados,
 Que al rededor me ladran
 Como fieros sabuesos.
 Las manos me taladran
 Y los pies, y contar pueden mis huesos.
 Miranme y me remiran muy pausados;
 Reparten entre sí mis vestiduras;
 La túnica separan, y en los dados
 Buscando el azar ciego,
 Premio la constituyen de vil juego.

El admirable orador que tan habil humanista se ostenta al hablar de las bellezas de los Salmos, observa que en ellos son las comparaciones no solo sumamente propias y oportunas, sino que tambien se hallan espresadas con estraordinaria brevedad y valentia, asi por ejemplo aquel *sicut fluit cera à facie ignis, sic pereant peccatores à facie Dei.* (Ps. 67, 3.) Y aquello de *custodi me, ut pupillam oculi* tan tierno y amoroso del Salmo 16 (v. 8). Y aquello otro del Salmo 18 (v. 6): *Et ipse tanquam sponsus* donde con un solo rasgo se pinta á maravilla la gala y hermosura del sol cuando con magnífica pompa se lanza como un gigante á iluminar la risueña naturaleza. Asimismo merece los encomios del rey de los oradores (que me place darle este título) el *vidi impium..... sicut cedros Libani; et transivi, et ecce non erat,* del Salmo 36, que nuestro Melendez imitó dignamente en

su oda sobre la prosperidad aparente de los malos. Ni olvida aquel *tanquam flos agri sic effloreat* tan expresivo y profundo. Ni pasa por alto esa otra comparación tan bella como significativa: *sicut umbra cum declinat* (Salmo 108, 23.) Y aun le parece mas grande y mas rápida estotra: *velut somnium surgentium, Domine.* (Salmo 72, v. 20.) Pero sobre todas encarece aquello de comparar mil años al dia de ayer que pasó ya. Ciertamente que si algunas de estas magistrales pinceladas ya no fijan tanto nuestra atención porque repetidas mil veces como que se nos han hecho familiares, no por eso debemos echar en olvido que originariamente como flores propias de aquel jardín divino, campean en los Salmos, y fuera de ellos, do quiera que se encuentren son copias ó imitaciones. También están nuestros ojos acostumbrados á los rayos del lumínar del dia, y no obstante, su vivificante luz no dejará de ser bella y muy bella.

Demasiado largo me haria si hubiese de trasferir todo lo que Bossuet cita como admirable en el Salmista, ora por la rapidez con que presenta asombrosas imágenes, ora por la energía con que espresa pensamientos sublimes, ora por la belleza y suavidad de muchas cláusulas que contrastan singularmente con la elevación y brio de otras, ora por el vuelo de los afectos y sentimientos y de la fantasía del cantor inspirado. *Quid illi* (dice el Ilmo. Bossuet) *in tantâ sermonis brevitate rapidi concitatique motus, qui attentum lectorem languescere non sinunt: ex quibus efflorescit illa figurarum tam concinna, tam læta, tam*

propemodum immensa et inexhausta varietas: unde personarum ac rerum subitæ commutationes. El voto de Bossuet en materia de elocuencia vale por mil.

No sería difícil acumular autoridades acerca de la reconocida belleza poética de los Salmos; pero como quiera que estos no las necesitan, paso á otro punto que tal vez sea en el dia mas conveniente tratar. Nos hallamos en época en que con razon se diria que es moda entrarse de sopeton en el santuario de la sagrada poesía. ¿Será que la piedad reine en los corazones de todos los poetas y que la ciencia de la religion los autorice para hablar dignamente de ella? No. Lo que ha sucedido es que el genio de Augusto Chateaubriand ha descornado algun tanto el velo del templo del cristianismo, y se ha visto que dentro de él habia bellisimas efigies dignas de ser admiradas y cantadas, y en las cuales no habian reparado muchos distraidos que paseándose acaso por el vestibulo de aquel magnifico templo no se movieran á registrar con ojos atentos lo que habia dentro de sus umbrales. Ni se crea que no haya existido poesia sagrada hasta que Chateaubriand señaló con el dedo algunas minas de ella de que podia sacarse rico oro. Yo me imagino que habiendo florecido por los dias en que se dignó venir al mundo el Verbo divino los Virgilio, los Horacios, los Tibulos, los Catulos, los Ovidios y otros muchos poetas menos célebres, y siendo por lo tanto aquel siglo el del reinado de la poesía, y habiéndose convertido á nuestra fe una gran parte de los habitantes del mundo pocos años des-

pues de la muerte de su Redentor, imagínome, repito, que entre los primeros cristianos no dejarían de contarse varios poetas, cuyos corazones dispuestos á sacrificarse bajo la cuchilla del verdugo por amor de su Dios exhaláranse suavísimamente en armoniosos cantares á su Amado. De los escritos de aquella edad es poquísimo lo que nos ha quedado, y á mi juicio no tanto porque como se ha dicho los fieles de los tres primeros siglos ocupábanse en el ejercicio de las virtudes mas que en escribir, pues esto aunque en todos tiempos sea cierto con respecto á la generalidad de ellos, á mí no me parece bien admitirlo tan absolutamente, porque entre los que se convertían los había muy ilustrados como nos lo cuenta la historia de la Iglesia, y esta al estrecharlos en su amoroso regazo en vez de apagar las luces, les da nuevo calor y vida. Los historiadores nos hablan de muchos libros de la pluma de los primeros cristianos, de los cuales no han llegado hasta nosotros mas que los títulos. Y en confirmacion bastará recordar que además de los Evangelios genuinos que como canónicos han sobrevivido, corrían otros muchos pseudo-evangelios, claro indicio de que en la era de los mártires se movían las plumas al par que los aceros de los sangrientos perseguidores. Así pues juzgo mas razonable decir que los primogénitos de la Iglesia cuidaban de guardarnos las venerandas reliquias de las víctimas mas que de conservarnos sus escritos. Y era muy justo y parece que esto debía entrar en el sábio ordenamiento de la divina Provi-

dencia, porque escritores habia de tenerlos la Iglesia muy esclarecidos en toda la dilatada serie de sus siglos, y en punto á reliquias era aquella una de las edades mas fructíferas, y además la sangre de aquellos primeros vencedores tenia la cualidad particularísima de ser semilla, como decia Tertuliano, de otros innumerables cristianos y por lo mismo era merecedora de mas especial honra. Sabemos por el Apocalipsis que al fin de los tiempos volverá á correr la sangre de los fieles acaso con mayor abundancia que en los dias del establecimiento de la Iglesia; pero á sus reliquias no quedará tiempo para recibir el culto de sus sucesores en la fe, siendo pronto vivificadas por el omnipotente soplo de la resurreccion. Entonces se cantará por los ángeles el triunfo del Cordero y de los que le han sido testigos en la gran lucha contra el gigante de los adversarios de la Iglesia. Pero tampoco faltó esta gloria de ser cantados á los que en el principio combatieron con la bestia de la idolatría. Ya en el siglo III se nos habla de libros compuestos en verso para instruccion del pueblo cristiano; ni podia suceder que esta inmensa nacion de Jesucristo esparcida por todo el ámbito de la tierra careciese del lauro de la poesia cuando el paganismo contaba entre sus vates á un Marcial, á un Lucano, á un Séneca, á un Juvenal, á un Propercio, á un Claudiano, á un Silio Itálico y á otros. ¿Pero cómo se han conservado las obras de estos y han perecido las de sus contemporáneos cristianos? No es difícil adivinar la causa. Los unos eran perseguidos y los

otros perseguidores. Los escritos de aquellos junto con los libros santos eran quemados por sus enemigos, y estos disfrutando de paz se hallaban en posición mas ventajosa para multiplicar las copias de sus producciones y con mas medios para su circulacion y propagamiento. Pongamos los ojos en el espectáculo que nos ofrece el siglo IV y no vacilaremos en afirmar que son muy atendibles estas conjeturas. ¿Qué sucede? Triunfa á las puertas de Roma el Lábaro del grande Constantino, y la cruz se coloca sobre los palacios de los Césares y salen de las profundas Catacumbas muchedumbres sin cuento de cristianos á entonar al aire libre los cánticos que entre los santos sollozos de la oracion llenaban las pavorosas bóvedas de aquellas subterráneas basílicas de la lobreguez y de la muerte. Este es el momento en que aparecen las grandes lumbreras de la Iglesia, y á la era de los mártires sigue la de los santos y la de los doctores. ¿A qué enumerarlos cuando son tan conocidos? Ni es dable que las ciencias reinen solas sin la amable poesía, que semejante cosa nunca se ha visto, de ningun pais se ha oido, y á par de los robustos acentos de la elocuencia han resonado siempre las melífluas y ardientes vibraciones de la lira. Asi en aquel siglo IV tan glorioso para la Iglesia por los Atanasios, Cirilos, Gerónimos, Agustinos, Crisóstomos, Gregorios, Basilio y otras inmortales antorchas del cristianismo, se oyen los armoniosos conciertos de la sagrada poesía ilustrando todas las gerarquías de la Iglesia desde la augusta cátedra de

:

San Pedro con el Papa San Dámaso, de quien nos quedan exámetros muy buenos, hasta el episcopado con San Paulino de Nola que todos los años hacia un poema en loor del martir San Felix, con San Gregorio Nacianceno, quien derramaba en tiernos versos las efusiones de su encendido corazón hablando con Dios en su amada soledad, hasta el orden sacerdotal con los presbíteros Draconcio, Juvencio, Prudencio y Sedulio, de los cuales se hizo en el siglo pasado una edicion verdaderamente régia. La misma marcha que las ciencias sagradas ha seguido en todas épocas la sacra poesía. Eclipsóse el saber humano cuando las oleadas del Septentrion hicieron naufragar á toda Europa y en medio de tan universal naufragio no se oia mas que el bramido de las ondas asoladoras: las tinieblas sucedieron á la inundacion; y si en aquella noche borrascosa se veia brillar á lo lejos alguna que otra ténue lucecilla, esa luz que en medio de aquellas sombras era un prodigio, estaba escondida en los solitarios monasterios, ó la llevaban en la mano los ministros de la Religion. ¿Y siendo estos los focos de la única luz que entonces tenia el mundo, á dónde sino al cielo habian de dirigirse los primeros ecos de la renaciente poesía? Asi es que en el siglo XII el gran San Bernardo mostrándose de repente en el horizonte de la Iglesia cual cometa maravilloso en las mas altas horas de la noche, ya hizo algunos versos, no como su prosa que yo llamaria divina, sino incultos y algo flojos, cual no podian menos de serlo aquellos primeros ensayos; poco despues San Buenaven-

tura componia con esquisita ternura en versos mas melodiosos el oficio de los Dolores de la Santísima Virgen y el monje Gonzalo de Berceo cantaba los milagros de la misma Señora, y celebrando á la misma otros poetas españoles que le siguieron como el Arcipreste de Hita modulaban cantares formando cadencias de una lengua que ellos mismos alimentaban á sus pechos, mientras en latin se componian himnos por el estilo de los de San Ambrosio, y el ilustre Pontífice Inocencio III convidaba á todas las generaciones venideras á acompañar el llanto de María con el sentimental *Stabat Mater dolorosa*, en cuya traduccion se han ejercitado en todas las naciones las mas aventajadas plumas. Tratándose de poesía sagrada y de tiempos no muy apartados del siglo de Leon X naturalmente llena y exalta la fantasía el solo nombre de Dante. ¿Quién hubiera esperado del siglo XIV un poema como el suyo? ¿Un poema que á pesar de sus defectos hace la admiracion de los mas sobresalientes ingenios y merece que en nuestros dias un Silvio Pellico, es decir un hombre de alma envidiable y de envidiable talento, destine muchas de sus largas horas de prision á aprender de memoria aquellos cantos sobre el cielo, el purgatorio y el infierno?

He nombrado el siglo de Leon X, y hacer mencion de él es lo mismo que señalar la época del mayor desarrollo de la sagrada poesía: el Obispo Gerónimo Vida, acaso el mas habil imitador de Virgilio, escribe su *Cristiada* latina por consejo y mandato de dos sumos Pontífices: los jesuitas llenan la tierra de

una multitud de latinas poesías consagradas á las alabanzas de Dios y de sus Santos casi de todo punto desconocidas en el mundo literario de ahora. Sin embargo yo he visto y leído en Francia muchísimas de gran mérito, y los que hayan hojeado la poética de Don Ignacio Luzán habrán podido observar el alto aprecio que este juicioso literato hacia del ingeniosísimo poema del P. Ceba intitulado *Puer Jesus*. En aquellos años de tanta gloria para España en que convocando en asamblea todas las artes bajo los auspicios de la Religion, levantaba Felipe II la iglesia y monasterio del Escorial y florecian en el Perú Santa Rosa de Lima, Santo Toribio Mogrovejo y San Francisco Solano, y en otro punto de la América meridional San Luis Beltrán, y en el Perú, en el mismo Lima el prodigioso Beato Martin de Porres y el Beato Juan Macías ambos de la orden de Santo Domingo, á la cual en el mismo pais pertenecia el sábio y piadoso Fr. Diego de Hojeda autor de la *Cristiada*, y á la península daban lustre con su santidad y letras el Duque de Gandía Francisco de Borja, el fundador de una religion de literatos, como Chateaubriand la llama, Ignacio de Loyola, el penitente Pedro de Alcántara, y otros insignes varones preclaros en virtud y en ciencia, ¿cómo no habia de derramar hermosos resplandores la sacra poesía que contaba entre sus alumnos á San Juan de la Cruz, á Santa Teresa y á San Francisco Javier, cuyo acto de contrición en un bello soneto se nos enseña en la niñez? Sí, muchos, muchísimos fueron los ingénios que en España culti-

varon la poesía sagrada, empleando su numen en cosas del cielo y de la Religión. Si ahora no son tan conocidos cual debieran, la culpa no es de ellos. Si no temiera dilatarme demasiado, acaso espondría algunas consideraciones, que en parte descifrarán esta especie de misterio. Porque á la verdad que parece un misterio el que habiendo sido tantos los vates sagrados de aquel siglo de oro de nuestra literatura hoy se conozcan tan pocos. Sin embargo, me bastará observar que aun en los que respetamos por maestros las composiciones mas encomiadas son las que versan sobre asuntos sagrados, como la mayor parte de las originales de Fr. Luis de Leon, la mejor de Herrera *la batalla de Lepanto*, varias de Lupercio y de Bartolomé de Argensola, muchas de las de D. Juan de Jáuregui, no pocas de Lope de Vega y Quevedo y del Príncipe de Esquilache, sin hacer mencion de algunos otros que esclusivamente se ejercitaron en asuntos piadosos. En mi concepto nótese lo mismo en las composiciones del mas sobresaliente entre los líricos del pasado siglo y principios del presente: facil es advertir cuánta ventaja llevan las odas sagradas de Melendez Valdés por el feliz enlace de la sencillez de estilo con una majestuosa sublimidad de ideas á aquellas otras á que el mismo autor dió el caracter de filosóficas, en las cuales se percibe cierto esfuerzo, alguna ampulosidad y á veces no muy agradable estension en los periodos.

No es del caso hacer en este lugar ni una breve reseña del curso, que en otras naciones ha seguido la

sacra poesía. Me contentaré con afirmar que en los países mas cultos las mejores obras poéticas pertenecen á este género: en Alemania *el Mesías* de Klopstock; en Inglaterra *el Paraíso perdido*; en Suiza *la muerte de Abel* por el tierno Gesner; en Italia mil y mil poesías de mil y mil poetas, de los cuales unos, como en todos países acontece, parte de su trabajo consagraron á objetos de nuestra veneracion religiosa y otra parte á materias profanas, mientras otros únicamente se daban á ensalzar las obras de Dios y de sus celestiales cortesanos. ¿Volveré á nombrar al Dante? ¿Formaré el inmenso catálogo de los que han cantado á la Señora de los cielos? ¿Pero en Italia cuál de ellos no le ha ofrecido una flor? He dicho que me parecia inoportuno hablar aquí de esto; y asi habré de callar de los dramas sagrados de Metastasio, de la célebre tragedia *Saul* de Alfieri, y hasta de la incomparable *Herodías* y de las poesías líricas de nuestro contemporáneo Silvio Pellico y de los inmortales himnos de Manzoni, y del reciente hermosísimo poema de David Bertolotti intitulado *Il Salvatore* y del antiguo del Tasso. Y si vuelvo los ojos á la Francia, tambien me es doloroso no entrar en el inmenso campo que esta nacion me ofrece y no decir dos palabras del antiguo Obispo Godeaux, ni de Lefranc de Pompignam, ni de la *Piedad* de Delille, ni del gran Corneille, que no se desdeñó de traducir en verso el libro de *la Imitacion de Cristo*, ni de los poemas sobre *la gracia y la religion* de Racine el hijo, ni de la *Esther* ni de la *Atalia* de Racine el padre, ni de los

muchos que en nuestros dias han consagrado á Dios su lira en medio de las oleadas de las revoluciones entre los cuales merecia citarse Eduardo Turquety, ni de las tan conocidas *primeras meditaciones y armonías religiosas* de Lamartine, fruto de sus buenos años, ni de Juan Bautista Rousseau que tanta nombradía adquirió tomando por modelo de sus odas los cantos de David.

Universalmente están estos reconocidos por el mas cabal modelo de sagrada poesía. Muy poco ha de estimar su reputacion quien no lo confiese con llaneza. En el dia no está el mal en negarlo, sino en que conviniendo todos en que de David se ha de aprender á hablar con Dios, muy pocos son los que aprenden de David á hablar como se debe con la Majestad divina. Casi todos se creen autorizados para componer sobre asuntos religiosos con solo ser poetas; y á mí me parece que puede un hombre ser excelente poeta sin que por eso sea capaz de hacer buenas poesías sagradas, si por otra parte le falta la debida instruccion para hablar en tal materia con verdad y propiedad, si carece de la suficiente elevacion requerida por argumentos divinos, si no los trata con la dignidad, decoro y respeto propio de las cosas y de las personas santas, si á sus ideas religiosas no ha dado toda aquella amplitud necesaria para diversificar sus cuadros, conceptos y sentimientos, y si estos no tienen mas profundidad que la que pueda hallarse en la mayor parte de los lectores piadosos. No exagero. Ni es esto solo. Tengo la mas firme conviccion

de que para la sagrada poesía se requiere un gusto mas delicado que para la profana, y en aquella aparece mucho mas de bulto cualquier leve defecto porque la idea que generalmente se tiene de la alteza del asunto, hace concebir una perfeccion relativa que si no se encuentra, deja un inmenso vacío.

Estúdiense los Salmos en su aspecto poético teniendo presentes estas indicaciones y se verá la notable distancia que hay de ellos á una infinidad de poesías sagradas por su asunto, pero merecedoras de severa censura sin duda porque á sus autores faltaba alguno de esos requisitos, que acabo de señalar como indispensables casi siempre para el buen éxito de semejante clase de composiciones. Muy poco es lo que me propongo decir acerca de cada uno de ellos contentándome con ligeras indicaciones, que ampliadas por los que se dediquen al estudio poético de los Salmos y demás libros proféticos de la Biblia, puedan servir para abrirles el celestial camino de la sacra poesía y sobre todo para conocer si se hallan en estado de emprenderlo.



CAPITULO XII.

Algunos requisitos de la poesía sagrada.

Verdad. Lo primero que se requiere en cualquier escritor es que posea la materia sobre que va á tratar. Quien habla de lo que no sabe claro es que necesariamente ha de representar un papel muy poco honroso á los ojos de los inteligentes. Su descrédito será siempre el premio de su insensato atrevimiento. De esta regla general no tienen por qué esceptuarse los poetas, advirtiéndose que en punto á Religion hasta las impropiedades en el lenguaje son mucho mas chocantes y trascendentales. La Iglesia católica es un gran ejército que vela incesantemente por la defensa de toda verdad religiosa, que es su patrimonio, y todos sus verdaderos hijos ilustrados distinguen hasta los lineamentos de esa verdad sacrosanta, al modo que el tierno niño no confundirá las facciones del rostro de su madre con las de ninguna otra muger. De aqui es que casi instintivamente desagradea en extremo cualquiera inexactitud en tal materia y siempre se da á conocer repugnando, ó mas bien es tan instantáneo el presentarse al lector la palabra ó proposición que

encierre un sentido erróneo, como el ofenderle é indignarle con aquel grado de indignacion ó de lástima, ó tal vez de burlona sonrisa de que fuere merecedora la pluma que ha soltado el dislate. Asi que por su propio honor debieran abstenerse de ofrecer al público composiciones sagradas, en que facilmente se deslizan reprehensibles inexactitudes, los que no se hallan en estado de conocer todo cuanto acerca de Religion pueda reputarse por erróneo, para lo cual enseña la esperiencia que no bastan los conocimientos comunes á la mayor parte de los hombres de instruccion mediana, aunque se les suponga piadosos y versados en la lectura de obras espirituales. ¿Será preciso segun esto que todos los poetas sagrados sean profundos teólogos? Bien sería de desear que así fuese, no porque tengan facil cabida en la amena poesia muchos conceptos abstractos de la veneranda Teología, sino porque de esa suerte procederian los autores con mas seguridad y desembarazo, con mas caudal y valentía, y estarian mas lejos de incurrir en algun error; pero cuando menos no les debe ser extraña la ciencia de la Religion y han de estar seguros de la verdad relativa é intrínseca de sus escritos. Verdad en las ideas, verdad en los sentimientos. Aquellas serán verdaderas si son conformes con la doctrina de la Iglesia; y estos si además del mérito de la oportuna naturalidad, son buenos en sí mismos, es decir morales, piadosos, intachables, inmaculados. ¡Doloroso, dolorosísimo es hallarse en época que reclame las dos líneas anteriores acerca de la cualidad

de los sentimientos en la poesía sagrada! ¡Sí, doloroso y muy doloroso es haber de expresarse con cierta severidad en una materia que parecia no requerir mas que flores y dulces aspiraciones de amor divino!....

En los Salmos no es dable presentar ejemplos particulares de su verdad, porque todos ellos son un ejemplo vivo y continuo como inspirados por Dios, purísimo y eterno manantial de todas las verdades; y no solo todos y cada uno de sus versículos son un modelo perfecto, sino que encierran una mina inagotable, de la cual se ha sacado infinito oro y se sacará hasta la segunda venida de Jesucristo, dilatándose su inmensa riqueza de sabiduría desde la mano de los trabajadores en la mina, que son los intérpretes de la sagrada Escritura, los predicadores y todos cuantos de algun modo difunden las verdades y los afectos contenidos en el Salterio, hasta el último de los fieles á quien pueda trasmitirse por semejantes conductos. Pero si estaria de mas señalar en cualquier pasaje de ellos su verdad intrínseca, su verdad teológica, su verdad relativa, siempre será muy conducente que no se olvide observarla al estudiarlos, y que se ponga particular atencion en lo que yo llamaria su verdad poética, que no es otra cosa que la atrevida expresion de lo que se ha concebido en la exaltada fantasía no con exactitud metafísica sino como una vision poética, es decir en imágenes y en la transfiguracion del entusiasmo. Ni esta verdad poética es peculiar solo de los Salmos y de la poesía

sagrada, sino que es esa verdad convencional entre los hombres, tan propia de toda elocuencia como de toda poesía como producto connatural al corazón humano, que siempre que habla con algún poco de calor salta casi sin percibirlo las barreras de la estricta verdad absoluta, y da vida y movimiento á cuanto le rodea. Y henos aquí en los tropos y figuras de la retórica. Y ved aquí también lo que sin razón condenan algunas veces en la sacra poesía algunos censores fríos, que quisieran disecar el corazón y la creadora fantasía, sin acordarse de que en la Biblia dictada por el Espíritu divino son tantas y tan valientes las imágenes, tantas y tan atrevidas las figuras y muy especialmente en los Profetas y en este incomparable lírico que ahora me ocupa.

Espíritu de oración.

— He dicho y no sin fundamento que este había de ser una de las dotes de que no debiera carecer quien aspirara al lauro de la sagrada poesía. En efecto, el espíritu dominante de los Salmos es el espíritu de oración; espíritu multiforme, que cuando se apodera del alma siempre la eleva y exalta, pero como quiera que es un viento impetuoso no tiene dirección fija y sigue el vario curso del entusiasmo religioso, que según el motivo que lo suscita, ora prorrumpe en cánticos de alegría por los beneficios recibidos, ora exhala suspiros de amor, ora desahoga su pecho con las inspiraciones de la gratitud, ora en alas de la ad-

miracion vuela por las alturas celestiales publicando las maravillosas obras de la diestra del Escelso. Pero en todos estos cánticos diversos se mezcla el amor, el amor divino los vivifica, el amor divino los nutre con su sávia suavísima, el amor ruega en ellos; el amor suspira en ellos, el amor admira en ellos el poder, la sabiduría, la grandeza del Amado. Asi pues quien no sienta en su pecho, como David, la llama del amor de Dios, ¿á quién pedirá prestado el lenguaje del amor que solo el amor mismo puede inspirar? Lástima da leer poetas que sin este fuego santo quieren parodiar lo que únicamente es propio del amor. Ellos acaso no conocerán lo insípido de sus composiciones; pero lo conocen los lectores entendidos; y esto basta para castigo de los profanadores del santuario.

Casi no hay Salmo en que no se respire ese salutífero perfume del espíritu de oracion, que se difunde en todos ellos con exquisita suavidad. Abramos el divino libro y lo encontraremos por do quiera: helo abierto y se ha ofrecido á mis ojos el salmo XXIV, *Ad te, Domine, levavi.*

Aunque con mas pesada
Mano, mostrando en mi su desvario,
La suerte dura airada
Me oprima á su albedrio,
Levantaré mi alma á ti, Dios mio.

En ti mi alma puso
De su bien la defensa y de su vida:
No quedaré confuso,
Ni la gente perdida
Se alegrará soberbia en mi caída.

Porque jamás burlados

Los que esperando en ti permanecieron

Serán, ni avergonzados:

Confusos siempre fueron

Los que sin causa al bueno persiguieron.

Enséñame por dónde

Caminaré, dónde hay deslizaderos,

Y el lazo dó se esconde,

Con pies vueltos ligeros,

Señor, me enseña á andar por tus senderos.

Guíame de contino,

Señor, por tu camino verdadero,

Pues solo á ti me inclino,

Y á ti solo yo quiero,

Y siempre en ti esperando persevero.

Y despues de haber hablado el Santo Profeta de cuán bueno es el Señor para con aquellos que le temen, prosigue de esta manera.

Mis ojos enclavados

Tengo, Señor, en ti la noche y dia,

Porque mis pies sacados,

Segun mi fe confia,

Serán por ti del lazo y su porfia.

Tus brazos amorosos

Abre, Señor, á mi con rostro amado,

Con ojos piadosos

Porque desamparado

Y pobre soy, de todos desechado.

Los lazos de tormento

Que estrechamente ciñen mi afligida

Alma, ya son sin cuento.

¡Ay Dios! libra mi vida

De suerte tan amarga y abatida, etc., etc.

Juzgo que no será preciso advertir que el espíritu de oracion no está cifrado en meras peticiones,

sino que como llevo dicho es multiforme y toma caminos muy diversos, aunque casi siempre en medio de ellos se vuelve á Dios y suele pedirle de un modo terminante aquello de que se halla mas menesteroso. Vémoslo con harta frecuencia en David, que unas veces principia sus Salmos orando y luego prorrumpe en las alabanzas de la Divinidad, y otras habiendo comenzado derramándose en distinta clase de pensamientos, concluye su oda con una oracion breve y fervorosa. Y esto es muy propio de la meditacion, que elevando el alma al conocimiento de las grandezas y bondad del Señor, como que la impele á prosternarse y á poner la boca por medio de la oracion en aquel inmenso océano de misericordia para beber en su manantial el agua pura y divina del único verdadero consuelo. Así es como en el Salmo XXVI, *Dominus illuminatio*, habiendo contemplado á su Dios como su mas seguro asilo y visto el venturoso éxito con que á él se habia acogido, á la mitad del Salmo, impaciente por entrar en aquel divino tabernáculo de refugio, pide al Señor que inmediatamente le admita en él y lo hace con envidiable ternura y eficacia como cualquiera puede observarlo en esta traduccion del Mtro. Fr. Luis de Leon.

Dios es mi luz y vida,
 ¿Quién me podrá dañar? Mi fortaleza
 Es Dios, y mi manida.
 ¿Qué fuerza, ó qué grandeza
 Pondrá en mi corazon miedo ó flaqueza?
 Al mismo punto cuando

Llegaba por tragarme el descreido,
 El enemigo bando,
 Yo firme y él caído
 Quedó, y avergonzado, destruido.

Si cerco me cercare,
 No temerá mi pecho, y si sangrienta
 Guerra se levantara,
 O si mayor tormenta
 En esto espero yo salir de afrenta.

A Dios esto he pedido,
 Y pediré, que cuanto el vivir dura,
 Repose yo en su nido
 Para ver su dulzura,
 Y remirar su casa y hermosura.

Que allí en el día duro
 Debajo de su sombra ahinojado,
 Y en su secreto muro
 Me defendió cerrado,
 Como en roca firmísima ensalzado.

Y también veré agora
 De aquestos que me cercan el quebranto,
 Y donde Dios se adora
 Le ofreceré don santo
 De gozo, de loor, de dulce canto.

Inclina, ó poderoso,
 A mi voz que te llama tus oídos,
 Cual siempre piadoso
 Te muestra á mis gemidos,
 Sean de ti mis ruegos siempre oídos.

A ti dentro en mi pecho
 Dijo mi corazón, y con cuidado
 En la mesa, en el lecho
 Mis ojos te han buscado,
 Y buscan hasta ver tu rostro amado.

No te me escondas, bueno,
 No te apartes de mí con faz torcida,
 Pues ya tu dulce seno

Me fue cierta guarida,
No me deseches no, Dios de mi vida.

 Mi padre en mi terneza
Faltó, y perdió mi madre el nombre caro
De madre con dureza,
Mas Dios con amor raro
Me recojió debajo de su amparo.

 Muéstrame tu camino,
Guia, Señor, por senda nunca errada
Mis pasos de contino,
Que no me dañen nada
Los puestos contra mi siempre en celada.

 No me des en la mano
De aquestos, que me tienen afligido.
Con testimonio vano
Reir de mi han querido,
Y al fin verán que contra sí han mentido.

 Yo espero firmemente,
Señor, que me he de ver en algun dia
A tus bienes presente
En tierra de alegría,
De paz, de vida, y dulce compañía.

 No tomes á despecho
Si se detiene Dios, ó alma, espera,
Dura con fuerte pecho,
Con fe acerada entera
Aguarda, atiende, sufre, persevera.

Elevacion requerida por los asuntos religiosos: decoro, dignidad y respeto con que deben tratarse.

Al proponerme hacer estas indicaciones sobre los requisitos ó prendas que deben adornar al sacro vate, di por supuesto que este se distinguiese ya por sus dotes meramente literarias; partí del principio de

que su estilo fuese correcto y animado, rico y castizo su lenguaje, fecunda y ardiente su fantasía, cultivado su entendimiento, su corazón susceptible de encenderse y agitarse y de producir sentimientos nada comunes ora por su originalidad, ora por su ternura ó vehemencia, pues sin todo esto difícilmente se concibe que pueda darse un buen poeta; á lo cual ha de añadirse el buen gusto, la versificación sonora y armoniosa y un conocimiento ámplio de lo que es propio de cada género de poesía. Sin embargo he manifestado que yo pienso que no bastan para la sacra poesía todas estas cualidades por relevantes que se las suponga, si no las acompañan las que he indicado como indispensables para penetrar debidamente en sus misteriosos tabernáculos. Así por ejemplo en el punto que actualmente me ocupa, no sería difícil formar una larga lista de hombres que habiéndose hecho notables en algun género de poesía no serían á propósito para la sagrada, cuyos argumentos exigen por lo regular un entendimiento mas elevado y mayor vuelo en los afectos. No quiero citar nombres propios; pero al menos señalaré una época de la poesía española, en que esta medrosa en su renacimiento inclinóse mas á la timidez que á la osadía, mas á los juguetes de este mundo que al noble anhelo de volar á la santa montaña de Sion: la segunda mitad del siglo XVIII. En efecto, si se exceptúan las odas sagradas de Melendez y alguna que otra produccioncilla no muy conocida ¿qué fruto digno de remembranza ha legado en este género á la poste-

ridad el siglo precedente? Iglesias, el festivo Iglesias que con sus letrillas satíricas, por cierto bastante licenciosas, se adquirió nombradía, quiso pagar á la religion un tributo con su poema sobre la Teología, poema poco leído porque el autor que tenia gracia para hacer reir, á pesar de no faltarle otras buenas prendas, tales como belleza de estilo, instruccion, amenidad de ingenio y cierta maestría en el manejo del habla castellana, carecia de elevacion para tratar su argumento sublime. ¿Lo hubieran desempeñado mejor Cadalso, los Iriartes, Luzan, el Conde de Noroña, D. Leon Arroyal, Samaniego, Huerta, el P. Gonzalez y aun los Moratines? Me inclino á creer que no. Y no quiero decir que para la poesía sagrada sea siempre necesaria una continua sublimidad; antes bien me he guardado de emplear esta palabra porque es de un sentido mas circunscrito que el de *elevacion*. Y ahora debo añadir que esta no la entiendo cifrada únicamente en las ideas, sino tal cual se halla en los divinos Salmos, ya en los pensamientos, ya en los afectos, ya en las mismas palabras siempre nobles, si bien unas veces llenas de esplendor y majestad, y otras por su fuego y energía ó por su rapidez y concision admirables. Semejante elevacion ha de ser respectiva, es decir, puesta en armonía con el argumento de la composicion y con la forma que á esta se haya dado, que no es lo mismo una apacible anacreóntica celebrando la belleza del Niño Dios en el portalito de Belén, que una oda que volando por las esferas celestiales se lanza mas allá de las estrellas á

contemplar en su corte de querubines al Rey de gloria estremeciendo los orbes con una sola mirada ó bañándolos en soberana delicia con una leve emanación de su bondad infinita. Pero en uno y otro caso se requiere alguna mas alteza de concepcion y lenguaje que en la profana poesía, porque el asunto es por sí mas escelso y todas las regiones de la sagrada hasta las mas remotas parece que están llenas de la augusta y adorable sombra de la Divinidad, que ora se muestre amorosa, ora terrible, siempre debe infundirnos un respeto profundo. ¿Cómo se habla á los reyes? Quien les dirige la palabra lo hace de una manera adecuada á las circunstancias del discurso y de las causas que le producen, ó lamenta infortunios con penetrantes gemidos, ó espone la conveniencia de una resolucion con gravedad y mesura, ó felicita echando mano de las mas risueñas flores de la elocuencia, pero siempre en un lenguaje *elevado*. Asi David en sus ciento cincuenta composiciones liricas varia de tonos y de estilo, diversifica sus argumentos y como que da á cada una de sus odas un giro particular, pero nunca olvida que habla con Dios ó de Dios, jamás descende demasiado, jamás se desentona, jamás profana el templo con alguna palabra impropia del lugar santo.

Y de aquí nacen la dignidad, el decoro y respeto con que en el incomparable Salterio del rey profeta se tratan las cosas y personas santas; lo cual habian de tener muy presente cuantos se atrevan á poner la pluma en asuntos religiosos, pues son muchos

los que se hacen reprecensibles por falta de respetuoso miramiento, decoro y dignidad. Y no creo que semejantes desmanes provengan siempre de irreverencia para con la Magestad divina. ¿Puede esta suponerse en los piadosos autores de esos versillos despreciables, que por lo regular se hallan al fin de las novenas y que tan justamente por su trivialidad, bajez de estilo y otros defectos merecen la acre y severa censura que hizo de ellos en una de sus notas á sus poesías líricas el célebre D. Leandro Fernandez de Moratin? En la época que atravesamos, en la cual se dedican muchos jóvenes á este género de poesía mas por un espíritu de moda que impulsados por piedad religiosa á tributar este homenaje al adorable Autor de su existencia, es mas creible que los despropósitos dimanen no solo de falta de cordura y buen gusto literario, sino tambien de cierta petulancia irreverente, á la cual suele acompañar no rara vez algo que aún merecia calificacion mas dura. De diverso modo se ha de pensar acerca de los dislates que se leen en las innumerables composiciones sagradas, que se escribieron en el primer tercio del siglo XVII cuando dominaba el pésimo gusto, cuya introduccion se ha atribuido generalmente al ingenioso cordobés Luis de Góngora, que tuvo la infausta gloria de dar su nombre á aquel género de corruptela literaria. Era aquel un siglo de fervorosa piedad, de la cual daba claro ejemplo el monarca reinante D. Felipe III, y de aquí ha de inferirse que no era la falta de respeto á Dios y á sus santos la que daba margen á tan-

to risible desatino como por entonces empañó muy á menudo el esplendor de la sacra poesía, sino mas bien el torcido juicio que preponderaba acerca de la belleza poética. Sin embargo, de entre aquel inmenso fárrago y monton de falsas joyas no es difícil entresacar algunas perlas preciosas; ni en nuestros dias escasean ingenios que saben dar el tono y elevacion conveniente á los asuntos religiosos sin incurrir en vituperables extravíos. Buena prueba de ello son las odas sagradas de D. Alberto Lista, y el reciente poema de D. Manuel Azcutia en que se refiere con fidelidad histórica la pasion y muerte del Salvador en octavas rotundas, lenguaje galano, entonacion robusta, colorido poético y sentimientos de verdadera y afectuosa piedad.

Pero al hablar de esta materia no me parece que haria bien en no decir algo acerca de los traductores de los Salmos, que en nuestra lengua son varios los que han acometido la arriesgada empresa de trasladar en verso los altísimos conceptos del real Profeta: se han hecho laudables esfuerzos; con todo, no podemos lisonjearnos de poseer una buena version poética. ¿Y por qué? Porque á todos los traductores les han faltado alas para seguir el vuelo del lirico de la Divinidad. El maestro José de Valdivieso, contemporáneo de Lope de Vega y autor de dos largos poemas sagrados en que brilla en medio de grandes lunares su creadora imaginacion y su energia, de los cuales el uno es *La Vida del Patriarca San José*, y el otro *Nuestra Señora del Sagrario*

de Toledo, hizo de las poesías de David una versión parafrástica y en verso suelto, que conocida la facundia y facilidad de Valdivieso para versificar sin peso ni medida no se estrañará que los pensamientos del profeta quedasen desleídos entre sus manos, lo cual junto á la incuria de la versificación hace que apenas haya paciencia para leerla, aunque es digna del estudio de los que desean familiarizarse con uno de los autores de quien puede aprenderse la riqueza del castellano. El agustiniano Soto atendió en su traducción mas á la interpretación dada á cada versículo por acreditados comentadores que á espresar poéticamente las ideas é imágenes del Salmista: no obstante, quien de nuevo emprendiera tan árdua tarea acaso podría sacar algun partido de la del P. Soto, en la cual el lenguaje es muchas veces varonil y el habla muy castiza. Mi paisano Olavide, tan conocido por su *Evangelio en Triunfo*, no era poeta, y cuantas veces me he puesto sus versos delante de los ojos, otras tantas he tenido que cerrar prontamente su libro. Ya se comprende que semejante hombre no contaba para traducir á David mas que con su buen ánimo y con el fervor de su arrepentimiento. Don Tomás Gonzalez Carvajal disponia de mas recursos poéticos; maestro en el manejo de la lengua, en estremo piadoso, versado en la sagrada Escritura y aun en las obras de los Padres, dotado de una paciencia incansable para el estudio, y de un respeto profundo á la palabra divina, con buen gusto, y maduro y sólido juicio, era sin

duda alguna el literato mas capaz de salir airoso en esta empresa si á tan escelentes cualidades hubiese acompañado mas concision en el estilo, mas energía en las frases, mayor vuelo de imaginacion, y mas impetuosidad y plenitud en los versos. Desgraciadamente la acometió cuando la sangre ya principia á helarse, pues empleó en su obra el tiempo que le quedó despues de pesar medio siglo sobre su cabeza hasta su fallecimiento ocurrido á los ochenta y tantos años de su edad cuando acababa de dar cima á su prolijo trabajo.

Existe además otra version poética de los Salmos hecha por el general Virués y publicada en la misma época que la de Carvajal; pero no habiéndola visto, nada mio puedo decir acerca de ella, que aunque muy respetable el parecer ageno, es muy supuesto ofrecerlo al público aun como fruta de otro huerto. Con todo, no estará de mas advertir al lector que el mencionado general tambien se ocupó en traducir alguno que otro poema de Voltaire, y que yo debia estarle agradecido por haberme hecho reir bastante la lectura de su discurso critico apologético sobre su poema de la *toma de Zamora*, en el cual desenvolviendo un sistema poético original por sus lindísimas estravagancias, enmienda la plana á la Academia Española opinando contra ella que á dicho su poema le correspondia el primer premio ofrecido que recayó en el Baron de Vigüesal.

¿Y de estas ligeras indicaciones concluiremos que absolutamente se carece en nuestra lengua de

Salmos bien traducidos? Nada de eso. Si en efecto falta una coleccion completa de escelentes versiones de todos ellos; no será aventurado asegurar que al menos de algunos las tenemos bastante buenas en los autores citados y particularmente en la obra del piadoso Carvajal, que en las odas de menos alto vuelo y de mas suave entonacion lo hacia mejor, como que su génio y su caracter poético se inclinaba mas á la blandura que á la elevacion, en tal manera que á mi juicio su mejor traduccion es la del Cantar de los Cantares. Las que poseemos de Fr. Luis de Leon, á quien D. Francisco Martinez de la Rosa propone en su *Arte poética* como un modelo en espresar con sencillez pensamientos sublimes, hacen sentir que no hubiese traducido todo el Salterio, pues dificilmente se encontrará autor que reuna tan eminentes dotes para el buen desempeño de este trabajo, cuya dificultad consiste principalmente en no atenuar la extraordinaria energía del original cifrada en gran parte en la rápida concision de las frases y locuciones, y en trasladar el sentido genuino del sacro vate sin incurrir en difusion ni languidez, y sin dar en ser oscuro como sucedió á veces al Príncipe de Esquilache en los pocos Salmos que tradujo. Acaeció lo mismo al Conde D. Bernardino de Rebolledo, quien puso en versos castellanos todo el Salterio, pero además del indicado defecto, su versificacion estaba muy lejos de corresponder al sublime asunto que le ocupaba, ni habia suficiente fuego en su corazon, ni en su fantasía imágenes dignas del lírico de la Biblia.

No hablaré de otros ensayos parciales tanto antiguos como modernos, pues semejante examen me apartaría demasiado de mi propósito, reducido á indicar que casi siempre por falta de la correspondiente elevacion no se logra traducir á David cual se debiera. Mas veamos un ejemplo de esa majestad y alteza de pensamientos, que requiere la poesía sagrada, que al mismo tiempo lo será de una buena traduccion escrita por la pluma de un teólogo poeta, Fr. Luis.

SALMO CIII.

Benedic, anima mea, Domino: Domine Deus.

Alaba, ó alma, á Dios: Señor, tu alteza
 ¿Qué lengua hay que la cuente?
 Vestido estás de gloria y de belleza
 Y luz resplandeciente.
 Encima de los cielos desplegados
 Al agua diste asiento;
 Las nubes son tu carro, tus alados
 Caballos son el viento.
 Son fuego abrasador tus mensajeros,
 Y trueno y torbellino:
 Las tierras sobre asientos duraderos
 Mantienes de continuo.
 Las mares las cubrian de primero
 Por cima los collados,
 Mas visto de tu voz el trueno fiero,
 Huyeron espantados.
 Y luego los subidos montes crecen,
 Humillanse los valles,

Si ya entre sí hinchados se embravecen,
 No pasarán las calles:
 Las calles, que les diste, y los linderos
 Ni anegarán las tierras:
 Descubres minas de agua en los oteros,
 Y corre entre las sierras
 El gamo, y las salvajes alimañas
 Allí la sed quebrantan,
 Las aves nadadoras allí bañas
 Y por las ramas cantan.
 Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
 Y das hartura al llano:
 Así das heno al buey, y mil legumbres
 Para el servicio humano.
 Así se espiga el trigo y la vid crece
 Para nuestra alegría:
 La verde oliva así nos resplandece,
 Y el pan da valentía.
 De allí se viste el bosque y la arboleda,
 Y el cedro soberano,
 Adonde anida la ave, adonde enreda
 Su cámara el milano.
 Los riscos á los corzos dan guarida,
 Al conejo la peña;
 Por ti nos mira el sol y su lucida
 Hermana nos enseña
 Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
 En que salen las fieras,
 El tigre, que racion con hambre dura
 Te pide y voces fieras.
 Despiertas el aurora y de consuno
 Se van á sus moradas:
 Da el hombre á su labor sin miedo alguno
 Las horas situadas.
 ¡Cuán nobles son tus hechos y cuán llenos
 De tu sabiduría!
 Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos

Y cuantos peces cria ?
 ¿ Las naves que en él corren, la espantable
 Ballena que le azota ?
 Sustento esperan todos saludable
 De ti, que el bien no agota.
 Tomamos, si tú das, tu larga mano
 Nos deja satisfechos.
 Si huyes, desfallece el sér liviano,
 Quedamos polvo hechos.
 Mas tornará tu soplo y renovado
 Repararás el mundo ;
 Será sin fin tu gloria y tú alabado
 De todos sin segundo.
 Tú que los montes ardes, si los tocas ,
 Y al suelo das temblores,
 Cien vidas que tuviera y cien mil bocas
 Dedicó á tus loores.
 Mi voz te agradará y á mí este oficio
 Será mi gran contento:
 No se verá en la tierra maleficio,
 Ni tirano sangriento.
 Sepultará el olvido su memoria :
 Tú, alma, á Dios da gloria.

Variedad en los cuadros, ideas y sentimientos religiosos.

Nada mas inmenso que el campo de la sagrada poesía. Los cielos, la tierra y los abismos están llenos de la gloria de Dios, ó como dice David, la cantan y pregonan con su misteriosa armonía. Innumerales son las obras de la diestra divina, y todas ellas están como henchidas de la alabanza y majestad de su Hacedor supremo. Nosotros que somos un mundo

abreviado y maravilloso, nosotros mismos llevamos en nuestro entendimiento, fantasía y corazón un inefable concierto, que publica la sabiduría y grandeza del Dios que nos ha criado y puesto en nuestro ser inteligente y sensitivo un manantial inagotable de ideas, imágenes y sentimientos. Por lo mismo nuestro corazón, nuestra fantasía y nuestro entendimiento debieran ser un inestinguible foco de donde incesantemente se elevasen al cielo cual perfume de suavísima fragancia, esplendorosas llamaradas de amor y adoración al Infinito y Escelso, por cuya bondad tenemos vida y movimiento, suelo donde sustentar nuestras débiles plantas, alimento que conserve nuestra flaca existencia, sociedad y auxilio de nuestros semejantes para hacernos más llevadera la senda de nuestra peregrinación, y tiempo para vivir, y espacio y aire para respirar. Mas no basta que el deber sea infinito, é indeficiente el manantial de la sacra poesía, pues en medio de eso hay ciegos entre un océano de luz y es mucho mayor el número de los de escasa vista. En todos los ramos del saber humano parece que hay una inmensidad; y sin embargo ¿cuántos la ven? Son muy pocos los que han recorrido un largo espacio de esa inmensidad. Lo mismo sucede con las ideas y sentimientos religiosos, cuya muchedumbre y diversidad insumable no es posible comprender; pero si no se alcanza á explotar toda la mina, al menos debe el poeta sagrado poseer un buen tesoro, para no mostrarse pobre y monótono en sus composiciones, pues si á sus ideas

religiosas no ha dado con la meditacion y la lectura toda aquella amplitud y estension necesaria para diversificar sus conceptos, sus cuadros, sus imágenes y sentimientos, se echará de ver en él cierta aridez desagradable, y aun pobreza comparando el lector sin pretenderlo los frutos del entendimiento y corazón del poeta con los suyos propios, puesto que esta es una especie de riqueza, que mas ó menos posee todo cristiano medianamente ilustrado que piense algo en Dios y en religion. Preciso es no olvidarlo. El que escribe, aunque no pretenda ejercer un magisterio sobre los que han de leerle, aunque nada nuevo se proponga enseñar, cuando menos está obligado por exigencias de su propio honor á que lo que presenta como un recuerdo tenga algun interés ó alguna especie de novedad en su género, lo que no puede conseguirse sin haber profundizado en la materia. Y espresamente he dicho *alguna especie de novedad*, porque tratándose de ideas y sentimientos religiosos, en rigor no puede haberlos nuevos; y asi esa novedad ha de entenderse como sinónimo de poco comunes, ó mas nobles, ó mas sublimes, ó mas interesantes que los que por lo regular suelen hallarse en la mayor parte de los hombres. ¿Y sin esto cómo es posible ofrecer pensamientos, que por su variedad y belleza merezcan figurar en poesia?

Y ved aquí una de las sobrehumanas escelencias de los Salmos. Todos ellos se dirigen á un mismo fin, el de la gloria divina; y no obstante esa uniformidad de su blanco, quien medite en ellos atentamente ó lea

alguno de sus comentadores, hallará una suma diversidad de pensamientos y afectos derramados con tal abundancia que cualquiera que fuere nuestra situación próspera ó adversa nos suministran luces y oraciones adecuadas á nuestras necesidades. ¿Qué no encuentran allí los sacerdotes que tienen la dicha de rezarlos diariamente con atencion y piedad en el Oficio divino? De ahí proviene tambien el que se hayan hecho en el salterio tantas divisiones, clasificando los Salmos y dándoles un nombre propio como el de penitenciales, graduales, &c.

Para aclaracion de lo que me he propuesto significar en las indicaciones que vengo haciendo, voy por via de ejemplo á fijarme en un solo punto, desenvolviendo acerca de él mis ideas con alguna extension.

Se advierte en algunos autores de composiciones sagradas que únicamente se ocupan de la grandeza de Dios manifestada en las obras de la creacion sin que á sus pomposas descripciones se mezcle ningun sentimiento de confianza en la bondad divina, ningun suspiro de amor, ninguna idea que dé á entender que en la Deidad que adoramos, no solo hay omnipotencia infinita, sino tambien inmensa misericordia, atributos, cuya union é íntimo enlace forman la admiracion y el encanto del hombre que piensa y medita; atributos, cuya indisolubilidad es la esperanza de los míseros mortales, y con respecto á nosotros lo mas bello, suave y dulce de las inefables grandezas del Altisimo. Esta mezcla, esta union, este emparejamien-

to admirable, este enlace íntimo, esta fusion, si me es permitido decirlo, de la omnipotencia con la bondad, de la justicia con la clemencia, que resplandece en todos los Salmos, es á mi juicio lo que en gran parte constituye el hechizo de estas divinas poesías, que si elevan el alma y la subliman sobre los mismos cielos y la estremecen y anonadan en vista de la magnífica terribilidad y poderío de su Dios, al mismo tiempo la consuelan, la animan, la vivifican, la conhortan y la bañan en melifluas delicias de espiritual dulzura, recordándole á cada momento que ese Señor tan fuerte y formidable, que si toca los montes, desaparecen los montes vueltos ceniza y humo, es el mismo Dios, cuya inmortal misericordia cual inagotable rio se dilata sin cesar de generacion en generacion sobre cuantos le temen. Esta uncion de consuelo que deliciosamente se destila de los lábios del rey David, la habian de tener todas, ó al menos casi todas las composiciones sagradas. Pero si el autor tiene el corazon frio y en su mente apenas hay mas ideas que las que caber pueden en la de un insípido deista; ¿cómo producirá sentimientos dignos de la paternal amabilidad y ternura de nuestro Dios? ¿Cómo conmoverá dulcemente los corazones? ¿Cómo deramará una gota de bálsamo en el alma desconsolada?

No asi el sagrado profeta, que á cada paso se empeña en escitarnos á la confianza en su Dios y Señor mostrándonos cuán suavemente se porta con los que acuden á guarecerse bajo la sombra de sus alas,

llamándole como á padre en sus tribulaciones. Pónese el mismo por ejemplo de esta clemencia divina en el Salmo IV, *Cum invocarem*, y la plenitud de las celestiales misericordias, que en sí mismo siente, le hace volverse en la tercera estrofa á los hombres de corazon empedernido que buscan su contento en vanidades, y reprendiéndoles por esto, dándoles saludables consejos é imbuyéndoles eficazmente la idea de la infinita bondad en que deben confiar, segunda vez se les muestra como ejemplo de ella, y por una de aquellas rápidas y fogosas transiciones tan propias de la oda, concluye hablando con el Dios en cuyo seno duerme esquisitamente el placidísimo sueño de la esperanza.

In pace in idipsum dormiam et requiescam.

Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.

He aquí este afectuoso Salmo traducido por nuestro insigne Fr. Luis de Leon.

Cuando con gran dolencia
 Del alma te llamé, tú me escuchaste,
 Dios de la mi inocencia,
 Señor, tú me ensanchaste
 El corazon, que en sumo estrecho hallaste.
 Pues eres piadoso,
 Derrama sobre mi piadosos dones
 Y vuelve tu amoroso
 Oido á mis razones,
 Que mas son que mis culpas tus perdones.
 ¡O hombres! ¿hasta cuándo
 Tendreis el corazon endurecido,
 La vanidad amando

Del bien que os ha mentido,
Siguiendo á rienda suelta su partido?

Sabed cómo engrandece

A su amigo el Señor, y estéle oyendo,

A mi alma favorece

Luego le concediendo

Cuanto en su corazon le está pidiendo.

Enójeos el pecado,

Y no pequeis jamás en vuestros pechos,

Corregid lo pasado,

Y en vuestros ricos lechos

Sollozad entre lágrimas deshechos.

Un sacrificio justo

Sacrificad á Dios, que es el que alcanza

Perdon á todo injusto,

Y tened esperanza,

Que nadie se salvó sin confianza.

Dicen los pecadores:

¿Quién nos dirá dó están las cosas buenas?

¿No ven los resplandores

De mi rostro, y las venas

De luz, de quien sus almas están llenas?

Dístemme tu alegría,

Joya que gozan todos tus privados;

Mas á la compañía

De los que van errados

Frutos de vino y pan multiplicados.

De paz favorecido

Entre justos y santos reposando,

Me quedaré adormido,

Porque me estás guardando

En confianza eterna descansando.

No es menos tierna la confianza con que dirige al Señor sus lúgubres gemidos el real profeta pidiéndole que se compadezca de él porque está enfermo, y que le cure porque sus huesos están conturbados.

*Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum:
sana me, Domine, quoniam conturbata sunt ossa mea.*
(Ps. 6, v. 3.)

Domine ne in furore, etc.

No con furor sañoso
Me confundas, Señor, estando airado,
Ni con ceño espantoso
Me castigues tasado
Cuanto merece al justo mi pecado.
Mas antes sin enojo
Doliéndote de mi te muestra humano,
Pues á tus pies me acojo,
Sáname con tu mano
Que no tiene mi cuerpo hueso sano.
Mi alma está confusa
Entre esperanza y miedo vacilando,
¿Y dónde, Señor, se usa,
Que quien se está finando,
Y os llama le dejéis así? ¿hasta cuándo?
Vuelve, Señor, tu cara,
Alienta aqueste espíritu afligido,
Que tu clemencia rara
No atropella al caído,
Ni quiere hacer justicia en el rendido.
Que nadie en la agonía
Se acordará de ti sin ti por cierto,
Y con la losa fria
De tierra ya cubierto
¿Qué gloria puede darte un cuerpo muerto?
Por esto en un gemido
Las noches llevaré todas lavando
El lecho defendido
Que mancillé pecando,
Mi cama con mis lágrimas bañando.

La conclusion de este Salmo es uno de aquellos arranques tan naturales en un alma vivamente exaltada. La meditacion de sus profundos pesares ha suscitado en la imaginacion del afligido monarca la imagen de sus enemigos, que ufanos por su postracion y abatimiento se lisonjean al verle en un estado tan lastimero. Pero él ha levantado sus manos al cielo dirigiendo al Señor su oracion de gemido; y es tal la confianza que tiene en su Dios que con solo esto se cree libre de todos sus males y en posicion triunfante para mirar desde eminente altura á sus enemigos é increparlos con una santa indignacion porque son al mismo tiempo los enemigos del Señor. He aquí el vuelo altísimo, que inspira la confianza en el omnipotente y misericordioso brazo divino. David se transporta desde el abismo de su abatimiento á escelsa cumbre de vencedora gloria, y sin dejar de ser humilde cual se mostraba en la primera parte de su Salmo, porque esta nueva y repentina elacion de espíritu no proviene mas que de haber oido el Señor la voz de su llanto:

Porque el Señor ha oido
 El llanto de mis voces y gemido.
 Porque ya de mis quejas
 La lamentable voz es recibida
 Dentro de sus orejas,
 Y tan bien acogida,
 Que luego fui librado en siendo oida.
 Túrbense avergonzados
 Todos mis enemigos grandemente,
 Las espaldas tornadas

Vuelvan confusamente
Huyendo á rienda suelta velozmente.

Casi de igual manera procede el poeta salmista cuando pide al Señor que le salve viendo el universo inundado de iniquidad y enseñoreados de toda la redondez de la tierra el dolo y la falacia:

O sálvame, Señor, que no hay ya bueno,
Que faltan las verdades, etc.

Y despues de haber provocado la ira del Señor contra los autores de tanto mal y puesto en boca de estos palabras de jactancia impía, introduce al Juez divino compadecido de los trabajos de los justos. ¡Y cuán tierna y magníficamente!

Mas dice Dios: ya vengo conmovido
De los menesterosos,
De sus agravios de ellos, del gemido
De los pobres llorosos,
A serles su salud, y su bonanza
Y sopro favorable:
Y son, Señor, tus dichos sin mudanza,
Y son firmeza estable.

Y en el v. 8 de este mismo Salmo, que es el undécimo, con sencilla efusion de ternura y de filial confianza prosigue despues de haber dicho que las palabras de Dios son infalibles: *Tu, Domine, servabis nos: et custodies nos à generatione hac in æternum.* De estos bellisimos sentimientos están llenos todos los Salmos. Pudiera muy bien asegurarse que en ellos reina por do quiera esa patética antítesis entre la confianza mas dulce en la bondad divina y la grandeza y poderío del supremo Dominador de los orbes. Asi

en esta misma composicion á renglon seguido del versículo que acabo de citar, se lee en el segundo hemistiquio del siguiente: *Secundum altitudinem tuam multiplicasti filios hominum*. Idea alta, grandiosa y sublime, ya se considere el sentimiento que envuelve, ya se pongan los ojos en la magnífica imagen que nos presenta. Tú, Señor, nos guardarás y nos librarás para siempre del maléfico influjo y de las peligrosas asechanzas de esta generacion depravada; porque si por todas partes nos rodean impíos, tú, Señor, tienes sobre ellos dominio soberano como que los has criado y multiplicado sobre la haz de la tierra á esos hijos de los hombres, que por haberse entregado á la iniquidad no dejan de ser tus vasallos y tu hechura; y así con la soberanía que ejerces sobre ellos y sobre todo el universo, está en tu mano libertarnos de su furor y de los lazos que nos tiendan. ¿Quereis ver la imagen? Recorred con la vista del pensamiento todas las generaciones de los hombres, todos los siglos en que han vivido y vivirán y la inmensa estension de tierras que han ocupado; considerad que esa insumable muchedumbre es obra de Dios, y habreis de convenir en que David produjo una imagen digna de un poeta inspirado en ese último versículo de su Salmo. *Secundum altitudinem tuam....!*

El Salmo duodécimo, tan tierno y sentimental, es tambien un ejemplo de esa amorosa confianza en el Señor que rebotaba en el corazon del coronado poeta.

SALMO XII.

Usquequò, Domine.

Dios mio, ¿hasta cuándo
 Ha de durar aqueste eterno olvido,
 Que vas conmigo usando?
 ¿Hasta cuándo ofendido
 De mí, tu rostro mostrarás torcido?

Y entre consejos ciento
 ¿Hasta cuándo andaré desatinado?
 ¡Ay duro, y gran tormento!
 ¿Hasta cuándo hollado
 Seré del enemigo crudo airado?

Convierte ya tu cara,
 Aplica á mis querellas tus oídos,
 Dios mio, y con luz clara
 Alumbra mis sentidos,
 No sean del mortal sueño oprimidos.

No pueda mi adversario
 Decir: prevalecile en algun dia:

Que si el duro contrario
 Viese la muerte mia,
 Estremos de placer y gozo haria.

Mas tu misericordia,
 En quien, Señor, confío, me asegura;

Henchirá la victoria
 Mi alma de dulzura:

Yo cantaré, y diré que soy tu hechura.

En esta composicion parece que habla llorando el amor divino y sus acentos por lo regular mas bien son de dulzura que de elevacion como aquí sucede: empero teniendo este amor por blanco de sus llamas á Dios, objeto el mas grande, majestuoso y sublime, no puede menos de elevarse de cuando en cuando

en vista de la alteza de su Amado uniendo en un mismo canto el vuelo de la sublimidad á las suaves, melifluas y apacibles ansias y suspiros de su purísimo fuego. Se ve esto en la mayor parte de las sagradas odas del Profeta y para hallarlo basta hojear rápidamente sus páginas divinas. Entre aquellas es muy notable por semejante circunstancia la que empieza con esta franca efusion del amor: *Diligam te.* (Ps. 17.)

A ti amaré de hoy mas toda mi vida,
Gran Dios, dulce Señor, descanso mio,
Y tú solo en mi pecho harás manida.

Siguen los afectos, que cual raudal de agua cristalina van apaciblemente brotando del inflamado corazón del cantor santo. ¿Y qué es lo que ahora los suscita en su alma envidiable? La gratitud por el beneficio que recuerda haber recibido de su omnipotente Protector, á quien llama su defensor, su nido, su esperanza, su caudillo, su Dios, su bien cumplido, su refugio, su fuerza, su escudo, y lo que es sumamente espresivo, su espada y lanza, su guarida, su protector, su salud y su reposo, y por último su bienaventuranza. Á estos requiebros del inefable amor de Dios sigue la pintura del hecho, cuyo recuerdo los ha escitado. ¿Y en qué términos lo trae á su memoria? Dios para mostrársele propicio habia venido de sus cielos como un guerrero formidable, trastornando en su favor el universo por acudir á su auxilio; y es justo que para manifestárnosle tal, el amor tome el vuelo del águila y hable con una sublimidad maravillosa.

Ya mi postrera hora se acercaba,
 Y en medio de tan súbito accidente
 El agua á la garganta ya llegaba.
 A Dios clamé con voz ronca y doliente,
 El cual me oyó, mostrando sentimiento
 De verme así tratar injustamente.
 Y apenas mi afligido pensamiento
 Ante su real trono y pies postrado,
 Llegó con el debido acatamiento;
 Cuando la tierra que le vió enojado
 Toda se estremeció.

Nótese de paso cuántas ideas intermedias ha saltado la enardecida imaginacion del sacro vate. Llegada su oracion al trono del Eterno, debieron haberse visto mas preparativos antes de sentirse los extraordinarios efectos de la ira del Omnipotente contra sus enemigos, &c., &c. Pero no enfriemos al lector con reflexiones que él por sí mismo podria hacer.

Los altisimos montes entretanto
 Temblando acá y allá bamboleaban
 En sentir demudar su rostro santo.

Sus narices en saña humo lanzaban,
 Llamaradas de fuego le salian
 Por la boca que todo lo abrasaban.

Los cielos paso á su Señor hacian,
 Que á la tierra bajaba, do allegado
 Las nieblas de cortina le servian.

Ya sobre Querubines asentado,
 Sube volando, y hácenle la guia
 Los vientos de que el carro va tirado.

Con tinieblas envuelve el claro dia,
 Y en medio de ellas hace armar su tienda,
 Sin consentir ser visto por la via.

De espesas nubes como de una venda
Cubierto, y de aguaceros van cuajados
Los aires, que le van haciendo senda.

Sáltanle de los ojos inflamados
Centellas, que en granizo prestamente
Resuelven y deshacen los nublados.

Pues como su divina voz se siente,
De nuevo empieza con temor doblado
A relampaguear súbitamente.

El aire está otra vez todo turbado,
Ya los rayos con impetu furioso
Rasgan el espesísimo nublado.

La piedra, el torbellino impetuoso,
Los espantosos truenos, las saetas
De fuego hacen estruendo temeroso.

Discurren por el aire mil cometas,
La tierra se abre, y aguas transparentes
Descubre allá en sus venas mas secretas.

Hiéndense las cimas eminentes
De los encumbradísimos collados,
Donde por maravilla aportan gentes.

De arriba abajo muestran despojados
Del hondísimo abismo los cimientos,
Que sobre el mismo centro están fundados.

Tan temido es de cielos y elementos
El trueno de la voz divina airada,
Y de tanta virtud sus mandamientos.

En medio de tanta elevacion de pensamientos é imágenes parece que habia de enmudecer el amor; mas no es así: sus plácidas inspiraciones se mezclan siempre á la pompa y terribilidad de las grandezas divinas. ¡Cuán singularmente contrastan con el pasaje que acabamos de admirar los siguientes versos del mismo Salmo!

De tus amigos eres buen amigo

.....
 Con los que por favor á ti acudimos
 Descubres tu grandeza y maravillas,
 Si con fe, y humildad á ti venimos.

Al pueblo humilde ensalzas y acaudillas ;
 Al que te teme sientas á tu lado ,
 Y con azotes al soberbio humillas.

Tú mi bajeza en el real estado
 Has puesto y me has en fin á esta grandeza
 Del polvo de la tierra levantado.

En tu nombre me atrevo á alzar cabeza,
 Y por medio de picas y de espadas
 Entrar la mas guardada fortaleza.

¡ Oh cuán seguras dejas tus pisadas !
 ¡ Cuán limpias y seguras las carreras ,
 Que de tus santos pies han sido holladas !

¡ Oh cuán suaves son , cuán verdaderas
 Castas , santas , y fieles , y aprobadas
 Tus palabras, mi Dios, y tus maneras !

Profundidad de sentimientos.

No merecerá el renombre de verdadero poeta quien en los corazones de sus lectores no produzca una sensacion honda, removiéndolos y exaltándolos con la fuerza, vehemencia y profundidad de sus sentimientos. Acaso no siempre sea esto necesario en la poesía profana, pues muchas veces la imaginacion hace todo el gasto y la riqueza del pincel y la brillantez de las imágenes embelesan de tal modo que es facil que pase desapercibida la falta del sentimiento, además de que no todos los asuntos se brindan omnímodamente á que el corazon tome parte en ellos,

aunque me parece que no haya ninguno en el cual, si gusta, no pueda interesarse. La poesía sagrada ofrece indudablemente mas anchuroso campo al corazón: está en mas inmediatas relaciones con él: la lira de Sion no puede resonar sin afectarle y conmoverle. Y para convencerse de esta verdad bastará observar que en Dios y en nuestra religion nada hay que no esté en relacion con nuestra alma y nuestra temporal y eterna felicidad. Dios es el autor de nuestro sér; el principio y el blanco de nuestra existencia. El hombre fue hecho por él y para él. La justicia divina le juzga, le premia, le castiga, le domina en el tiempo y en la eternidad. Las admirables efusiones de la divina misericordia precedieron á su nacimiento inmoldándose desde *ab æterno* por él una de las Personas de la adorable Trinidad, que bajó de la gloria de sus cielos á hacerse nuestro hermano, y á entregarse por nuestro bien á todo género de padecimientos y á la muerte cual nuestra víctima, cual nuestro libertador, y cual fundador de ese imperio en que vivimos de amor y de esperanza regalándonos con las aguas de su gracia y con el manjar de su divino cuerpo sacramentado para pasar al otro imperio de su gloria, que tambien ha fundado para nosotros abriéndonos su camino cerrado por la culpa con la generosa heroicidad de su magnánimo pecho, que en batalla de muerte fue desangrado por nuestro amor. Aqui la Providencia nos mantiene con los frutos de su huerto, nos conduce de la mano por entre las malezas de la vida, nos saca de los malos pasos feliz-

mente atenta á nuestros clamores, es nuestra madre y nos lleva en sus brazos. La Sabiduría divina ha dispuesto y compaginado maravillosamente el templo de nuestra alma, en la cual ella misma ha impreso la imagen de la Divinidad, y á quien medita en ella se le descubre en las florecillas del campo y en los astros del firmamento, en el leon y en la hormiga, en las sombras de la noche y en la claridad del dia, en los átomos que revolotean por el aire y en los ángeles que dirijen los orbes cantando sus alabanzas, en la marcha y las revoluciones de los imperios de la tierra, y en el establecimiento, conservacion y belleza de ese otro imperio mas noble y mas augusto en que he dicho que vivimos de amor y de esperanza, su Iglesia católica, dechado de perfeccion que hace la admiracion de los sábios y la dicha del género humano. Nombrar la Iglesia es lo mismo que haber nombrado á la cariñosa madre, que recibiéndonos al nacer en su dulce regazo, nos introduce en el reino de Dios, nos educa para el cielo, en nuestras cuitas enjuga nuestras lágrimas con palabras de amor y vida eterna, nos señala en la gloria con el dedo innumerables intercesores y modelos que aquí y allá son su esplendoroso ornamento, nos amaestra en todo linaje de virtudes, á todas horas nos alumbraba con su célica doctrina, nos regocija con la pompa de sus festividades, nos encanta con la ternura de sus misterios, nos engrandece y eleva con la magnífica idea de ser miembros del santo cuerpo místico de que es cabeza un Dios humanado, cuyos mereci-

mientos é inefables grandezas en cierto modo son nuestras y muy nuestras, y por último con su asistencia y sus oraciones de fervor y consuelo nos sostiene en el combate con la muerte, levantando nuestras miradas á esos cielos que ella misma abre para recibirnos, y despues que hemos exhalado el postrer suspiro no se olvida de nuestra alma ni de nuestro frio cadaver, llora sobre nuestras cenizas y con gemidos de dolor pide para ellas al Dios de las misericordias paz y descanso eterno.

No se dude pues de que en la poesía sagrada es muy natural que el corazon hable, se exalte y se enternezca. ¿Qué hay en la religion que no le afecte y le toque muy de cerca? Pero no solo el sacro vate, sino toda alma piadosa, todo cristiano y aun todo hombre tiene sus sentimientos religiosos, como que no es posible que se desconozcan enteramente nuestra dependencia de lo alto y nuestras íntimas relaciones con la Divinidad, las cuales no he hecho mas que indicar, y es muy propio de nuestra naturaleza que el corazon tome alguna parte en todo aquello que le interesa. De aquí proviene la universalidad de los sentimientos religiosos, cuya fuerza es tanta y tan espontánea que muchos viajeros han podido reconocerlos aun en los salvajes mas rudos, y no es raro que se les vea brotar hasta de pechos esterilizados por el soplo de la impiedad ó por el hielo del indiferentismo de nuestros dias. ¿Cuánto mas no pulularán en personas piadosas que aman á su Dios por deber, por inclinacion y por justa correspondencia?

Tales ha de suponer que sean sus lectores quien se dedique á la sacra poesía. Si como el real Profeta no espresa sentimientos mas enérgicos y profundos que los que suelen hallarse por lo regular en la mayor parte de ellos, tenga por seguro que sus producciones serán miradas con cierta indiferencia ó al menos no habrán alcanzado esta especie de sentimental belleza que les corresponde, y de la cual tenemos en los Salmos un perfecto modelo primoroso. Séanme testigos cuantos los leen ó rezan con verdadero espíritu de oracion, cuantos hayan hecho de ellos un sério estudio, cuantos hayan leído alguno de sus muchos comentadores, cuantos admiran en ellos esos profundos arranques del corazon nacidos ya de amor, ya de dolor, ya de una tierna confianza en la bondad divina, ó bien de una ferviente indignacion producida por el horrendo espectáculo de la iniquidad triunfante. No creo que haya de preguntárseme en qué consiste la profundidad del sentimiento religioso. Juzgo que esta es una de aquellas cosas, de las cuales puede decirse que no necesitan definicion y que además son algo difíciles de definirse: mejor se siente que no se esplica; y ved aqui la razon de la dificultad de definir muchos sentimientos como el dolor, el amor, la magnanimidad, el valor, la timidez y demás cualidades del alma, cuya esencia no nos es claramente conocida. ¿Hay quien no sepa lo que es amor? ¿Hay quien lo defina bien? Lo mismo sucede con las demás afecciones de nuestro corazon, de las cuales tenemos un conocimiento íntimo y espe-

rimental ya por lo que pasa en nosotros mismos, ya por lo que insensiblemente hemos aprendido del trato con los demás hombres, y de la historia y de las biografías que nos representan obrando y sintiendo á los personajes, cuyo corazon se ha distinguido por el movimiento y accion de alguno de esos sentimientos virtuosos ó reprehensibles. Pues yo no llamo definir el sustituir una palabra con otra que sea su sinónimo; y asi no diria que amar es querer, porque á quien me diera semejante definicion le volveria á preguntar qué cosa era querer.

Mas útil será indicar que la profundidad de los sentimientos religiosos no se adquiere de pronto ni es facil de imitar ó fingir; nace de una verdadera devocion y afecto; se produce en momentos en que el entendimiento y el corazon se hallan vivamente exaltados; es preciso sentir con fuerza para espresarse con ternura ó con patética energia. Leyendo los Salmos con espíritu de observacion se aprenderá lo que es esa profundidad del sentimiento religioso mucho mejor que con mis vagas é incompletas indicaciones. Es muy notable en el siguiente Salmo XLI.

Quemadmodum desiderat.

—

Como la cierva brama
 Por las corrientes aguas encendida
 En sed, bien así clama
 Por ser restituida
 Mi alma á ti, mi Dios, y á tu manida.
 Sed tiene la alma mia

Del Señor, del viviente y poderoso;

¡Ay! cuándo será el día

Que tornaré gozoso

A verme ante tu rostro glorioso!

La noche estoy llorando

Y el día, y esto solo es mi sustento,

En ver que preguntando

Me están cada momento,

Tú, Dios, di, ¿dónde está tu fundamento?

Y en lloro desatado

Derramo el corazón con la memoria

De cuando rodeado

Iba de pueblo y gloria,

Haciendo de tus loas larga historia.

Mas digo, ¿por qué tanto

Te afliges? fia en Dios, ó alma mia,

Que con divino canto

Yo cantaré algun día

Las sus saludes, y la mi alegría.

Y crece mas mi pena,

Dios mio, de esto mismo que he contado,

Viéndome en el arena

De Hermon, y despoblado

De Mizara de ti tan acordado.

Y así viene llamada

Una tormenta de otra, y con ruido

Descarga una nubada,

Apenas que se ha ido

La otra, y de mil olas soy batido.

Mas nacerá, yo espero,

El día en que usará de su blandura

Mi Dios; en tanto quiero

Mientras la noche dura

Cantalle, y suplicalle con fe pura.

Decille he: ¡ó mi escudo!

¿Por qué me olvidas, di? ¿Por qué has querido,

Que el enemigo crudo

Me traiga así afligido
 Con negro manto de dolor vestido?
 Esme tajante espada,
 Que de mis huesos entra en lo mas dentro,
 La voz desvergonzada
 Que cada dia siento
 Decir, ¿dó está tu Dios, tu fundamento?
 ¿Por qué te encojes tanto
 Y afliges? Fia en Dios, ó alma mia,
 Que con debido canto
 Yo le diré algun dia,
 Mi Dios, y mi salud, y mi alegría.

Distínguese tambien por la profundidad del sentimiento el Salmo 87 que dice así.

Domine Deus salutis mee.

Señor de mi salud, mi solo muro,
 Juéz de mi defensa, á ti voceo,
 Cuando está el aire claro, cuando oscuro.

Entrada en tu presencia sin rodeo,
 Y halle en tus oidos libre entrada
 La dolorida voz de mi deseo.

En males, y en dolores anegada
 El alma, y casi ya en la sepultura
 Está la vida breve y fatigada.

Con los que moran la region oscura,
 Y triste, con aquellos soy contado,
 A quien faltó el amparo y la ventura.

Libre y cautivo, vivo y sepultado
 Cual el que duerme ya en eterno olvido
 Del todo de tu mano desechado.

Pusisteme en el pozo mas sumido
 A donde á la redonda me contienen
 Abismos y tinieblas y gemido.

Asiento en mí tus sañas firme tienen,

Y sobre mi cabeza sucediendo

De tu furor las olas van y vienen.

Su rostro mis amigos encubriendo,

Porque, Señor, lo quieres, me declinan,

O por mejor decir, se van huyendo.

Antes me huyen, antes me abominan:

Contalles mis fatigas yo quisiera,

A quien ¡ay! tus entrañas no se inclinan.

En carcel me detienes así fiera,

Que ni la pluma, ni la voz se estiende

A publicar mi pena lastimera.

Cegado he con la lluvia que descende

Espesa de mis ojos, y contino

El grito á ti, y los brazos la alma tiende.

Y dice: ¿si verán tu bien divino

Los polvos? ¿ó los huesos enterrados

Tus loas si dirán con canto dino?

¿Tus hechos en la huesa celebrados?

¿Será de tus grandezas hecha historia

En la callada tumba, en los finados?

¿En las tinieblas lucirá tu gloria?

¿O por ventura habrá de tus loores

En la region de olvido gran memoria?

No ceso de enviarte mil clamores,

Y aun antes que despiertes tú la aurora,

Despierto á referirte mis dolores.

¿Por qué, Señor, tu pecho, do el bien mora,

Desprecia así las voces de un caido,

Y huyes de mirarme mas cada hora?

Bien sabes de mi vida cuánto ha sido

El curso miserable, y cuán cuitado

Los golpes de tu saña he sostenido, etc.

En el Salmo 102 se leen algunas estrofas de admirable profundidad de sentimiento.

Alaba, ó alma mia, á Dios, y todo cuanto

Encierra en tí tu seno

Celebre con loor tu nombre santo
De mil grandezas lleno.

Alaba, ó alma, á Dios y nunca olvide,
Ni borre tu memoria
Sus dones en retorno á lo que pide
Tu torpe y fea historia.

Que él solo por sí solo te perdona
Tus culpas y maldades,
Y cura lo herido, y desencona
De tus enfermedades.

El mismo de la huesa á la luz bella
Restituyó tu vida,
Cercóla con su amor, y puso en ella
Riqueza nó creida.

Me parece que no haya lector de corazon tan frio
que no guste de la fuerza y ternura con que conclu-
ye el citado Salmo.

Y con aquel amor que el padre cura
Sus hijos regalados,
La vida tu piedad, y el bien procura
De tus amedrentados.

Conoces que á la fin es polvo y tierra
El hombre, y torpe lodo;
Contemplas la miseria que en sí encierra,
Y le compone todo.

Es heno su vivir, es flor temprana,
Que sale y se marchita;
Un flaco soplo, una ocasion liviana
La vida y ser le quita.

La gracia del Señor es la que dura
Y firme persevera,
Y va de siglo en siglo su blandura
Con quien en él espera:

En los que su ley guardan y sus fueros
Con viva diligencia,

En ellos, en los nietos y herederos
Por larga descendencia.

Que así do se rodea el sol lucido
Estableció su asiento,
Que ni lo que será, ni lo que ha sido
Es de su imperio exento.

Pues lóente, Señor, los moradores
De tu rica morada,
Que emplean valerosos sus ardores
En lo que mas te agrada.

Y alábeta el ejército de estrellas,
Que en alto resplandecen,
Que siempre en tus caminos claras bellas
Tus leyes obedecen.

Alábeta tus obras todas cuantas
La redondez contiene,
Los hombres, y los brutos, y las plantas,
Y lo que las sostiene.

Y alábeta con ellos noche y día
Tambien el alma mia.



El Cántico de los Cánticos.

No sería difícil demostrar que en David se hallan modelos para todos los tonos, para casi todos los estilos, el de la sublimidad, el de la vehemencia, el de la ternura, y los que participando de estas cualidades con mas ó menos profusion ó templanza pueden apropiarse la calificación de bello ó noble: pero en la sagrada Escritura parece que á cada género de poesía se ha querido dar un brillante tipo en un libro determinado. Asi tenemos en Jeremias un maestro para la elegía, en David para la oda, en Isaías para las composiciones de alto vuelo, y en Salomón para los idilios y en general para toda poesía de blandura y fragancia, amenidad y exquisita delicadeza. Sí, su Cantar de los Cantares no tiene igual en este género. Este cántico, dice el Sr. Bossuet, todo él respira delicias; nacen do quiera flores y preciosos frutos; por do quiera se presentan bellísimas plantas, amena primavera, fértiles campiñas, olorosos y verdeantes jardines, aguas cristalinas, lípidas fuentes, bálsamos artificiales y naturales, suspiros de palomas, gemidos de tortolillas, miel, leche, vino y

finalmente en ambos esposos belleza y honestidad, castos besos y abrazos con amores tan tiernos como púdicos y santos.» Hay en los afectos, de que todo él rebosa, un grado de calor, exaltacion y ternura superior á todo encarecimiento. Es una hoguera de amores, pero de amores divinos, cuyo exterior ropaje es de este mundo y cuyo espíritu es del cielo, por lo cual los que no levantan los ojos del entendimiento y del corazon á las alturas celestiales no son á propósito para leer aquellas divinas efusiones sin peligro de profanarlas y aun de mancillarse á sí propios con imágenes de sensualidad, siendo así que bajo aquel misterioso velo se encierran, se profetizan y representan las mas sublimes escenas de las inefables comunicaciones de la Divinidad con nuestra naturaleza elevada á la alteza de esposa suya. Canta pues Salomón en sus idilios el amor de Dios, á quien representa, y su sobrehumano desposorio con la immaculada Virgen María, con la Iglesia, esposa que como la de Adán salió de su costado, y con cualquier alma fiel que le elige por esposo. Tal es la fecundidad de estas sagradas páginas que la sola Sunamitis tiene la honra de representar dos esposas de Dios las mas bellas y amables que imaginarse pueda, cuales son María madre del amor hermoso, y la Iglesia católica, en cuyo dulce seno se vive la vida de la gracia. Y además es figura la amorosa Sunamitis de una innumerable multitud de tiernas esposas, que en todos los siglos da y dará incesantemente á su celestial Esposo la Iglesia, en cuyo maternal

regazo celebra el Señor sus místicas bodas con infinitas almas, á las cuales requiebra con los santos deliquios de amor, que de boca de Salomón oye regaladamente la preciosa Sunamitis. Si tal es el esposo y tal la esposa aquí figurados ¿no habian de ser las figuras de estraordinaria belleza? No me detendré á describirla y mucho menos intentaré explicar la triple alegoría. Esto último ha sido objeto de los profundos y dilatados trabajos de sábios espositores, los cuales conviniendo en la verdad del triple sentido, no han podido abarcarlo todo en sus tomos de á folio, contentándose los unos con hacer la aplicación de los amores del Cantar de los Cantares á los misterios de la Santísima Virgen, los otros con atribuírselos á la Iglesia, y dedicándose otros á esplanarlos poniendo al alma en lugar de la enamorada Sunamitis. Me limito á desear que los lectores fijen su atencion en la sublimidad y grandeza de lo representado por el epitalamio de Salomon. Veamos su estension en cuanto al tiempo. Antes que hubiera mundo ni ángeles cómo amó Dios á su esposa á la Madre de su Verbo encarnado, la amó, digo, en aquella eternidad sin principio que al entendimiento humano no es dable concebir y la amará en los cielos de su gloria en aquella eternidad que nunca tendrá fin. Y este reciproco amor de Dios y de María es la profecía y el velado argumento del Cántico de los Cánticos. Lo es igualmente la belleza de la Iglesia y de su Amado y Amante, que por ella dió la vida en el heroismo de una inmolacion de víctima. No olvidan-

do la sublimidad y vehemencia de estos amores divinos simbólicamente profetizados en la poesía del mas sábio de los reyes se justifica y se comprende la ardentía de los patéticos afectos de Salomón y Sunamitis. Quien haya leído las vidas de algunas almas privilegiadas, que se abrasaban en el amor de su Dios ¿no admirará ver pintadas tan de antemano en los tiernos suspiros de la hija de Faraon, en sus deliquios y extremos de enamoramiento las ansias, las ternezas y los apasionados trasportes y los ardorosos vuellos y los vehementes arrebatos y los inflamados éstasis del amor de una Teresa de Jesus, de una Magdalena de Pazzis, de una Rosa de Lima y de tantas otras almas desposadas con Jesucristo?



CAPITULO XIII.

Profetas.



Estos varones de Dios paréceme que son de lo mas grande y mas bello que hay en la divina Escritura. Gigantes por la santidad de su vida, por lo extraordinario de sus acciones, por lo heróico de su fortaleza, por lo elevado de su espíritu y sobre todo por esa íntima y admirable comunicacion que tenian con el Altísimo, quien desplegabá á sus ojos los futuros siglos como otros tantos lienzos de magníficas pinturas en que veian con la mayor claridad los acontecimientos mas asombrosos de la historia del humano linage, eran propiamente los embajadores del Señor, los depositarios de su omnipotencia, de su sabiduría y de sus inefables consejos y recónditos secretos, los canales vivientes por donde descendia todo el raudal de luces que el cielo se dignaba enviar sobre la tierra. Diríase que eran unos ángeles entre los hombres. ¿Y hay acaso entre los ángeles ministerio alguno que no hayan desempeñado los Profetas? Aquellos llevan las embajadas de Dios, y estos intimaban á los reyes las órdenes del Eterno; aquellos

están destinados á inspirar celestialmente á las almas confiadas á su cuidado, y éstos daban sobrehumanos consejos á particulares, á pueblos, á monarcas, á las distintas clases de la sociedad, á ciudades enteras, á esta y aquella nacion y á todas las generaciones futuras, dilatándose su inmortal magisterio de siglo en siglo hasta el último instante de los tiempos; aquellos obran maravillas en el orden de la creacion, y estos las hacian muy grandes en el de la naturaleza y en el de la gracia, obligando á aquella á quebrantar sus leyes y haciendo entrar en el reino de esta corazones ciegamente prostituidos al imperio de la culpa; aquellos gozan de la luz de la Divinidad, y estos la recibian á torrentes para derramarla cual rocío vivificante sobre el árido mundo sepultado en la noche de la ignorancia y en las nubes del averno estendidas sobre su faz.

Fueron imágenes y modelo de nuestros sacerdotes especialmente en lo tocante al sublime cargo de predicar la verdad y afear los vicios de pueblos y de reyes. Y la admiracion por los profetas no me hará decir que fueron mas que los sacerdotes de la nueva ley. No. Nuestros sacerdotes tienen una dignidad mas escelsa porque ofrecen diariamente un sacrificio augusto, del cual no eran mas que sombra los antiguos sacrificios, y hacen bajar de los cielos, dándole un sér sacramental, á aquel mismo Dios, cuya venida no hicieron mas que anunciar los profetas. Sin embargo, es innegable que estos deben ser y son como los maestros y maravillosos tipos de nuestros sacerdotes.

No insistiré en esta idea absteniéndome de hacer aplicaciones por respeto á los ministros del altar, de los cuales estoy pronto á aprender, huyendo de que nadie piense de que cualquier alusion mia se dirija á su enseñanza. Pero les es muy glorioso asemejarse á los profetas en el desempeño de sus sacrosantos deberes. Esta gloria es esclusivamente propia del sacerdocio católico y no pueden disputársela los ministros de las sectas disidentes. Testigo y demostracion de esta verdad la historia (*). Nuestros santos predicadores han sido y son una viva reproduccion del heroismo, de la santidad, de la sabiduría é íntimo trato con Dios de los profetas. Esto es claro para cualquiera que esté medianamente versado en la historia eclesiástica. Por eso no me detendré en demostrarlo. Pero si es gloria de nuestros sacerdotes ser una reproduccion de los profetas particularmente cuando ocupan la cátedra del Espiritu Santo; mas alta honra es de los profetas el haber sido muchas veces imagen de nuestro Redentor y haberle pintado tan perfecta y minuciosamente, de modo que en los escritos de ellos está Jesucristo todo entero. Dando por probada, como está en muchas obras esta verdad, con solo indicarla acabo de cumplir mi propósito de ir recorriendo aunque muy de prisa las principales imágenes y

(*) El que sacara de ella un paralelo de lo que ha hecho el clero católico y el de las iglesias que se han separado del centro de la unidad apostatarado lastimosamente, sin duda que escribiría una obra util siguiendo las huellas de Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*.

profecías, que retrataban al Salvador en el antiguo Testamento. Mi objeto no es repetir lo que tantas veces se ha dicho sino señalar las bellezas de la Biblia. Para lograrlo se requiere tenerlas delante y que el lector no carezca de los ojos del entusiasmo, de la sensibilidad y del buen gusto. No se nos presentan por primera vez los profetas; ya en la parte histórica hemos visto algunos de ellos obrando maravillas; pero no los hemos visto de cuerpo entero por decirlo así, ni ahora puedo yo dibujarlos de cuerpo entero porque para esto solo se requería una obra mucho mas voluminosa, y porque debo cuidar de que no reaparezca lo que ya en otro lugar vimos. Asi pues recorreré únicamente las mas brillantes acciones de ellos, formando una especie de cuadro de lo mas selecto de aquellos santos ministros de Jehová. Tan magníficas imágenes hasta verlas para admirarlas.

La época de los reyes es propiamente en el pueblo de Dios la mas fecunda en profetas, muchos de los cuales estuvieron destinados á reprender su apostasía á las diez tribus segregadas del reino de Judá amenazándoles con el espantoso esterminio que iba á caer sobre ellas. Los sucesos mas portentosos, trágicos y admirables llenan en gran parte este periodo de la sagrada historia. Portentoso, trágico y admirable es el primero que en él voy á presentar.

El rey Jeroboám ha construido y ofrecido á la adoracion de su nuevo pueblo en Bethel dos becerros de oro, y haciendo él mismo de sumo sacerdote

está en sus altares quemádoles incienso. Y venido de Judá esclama de repente un profeta: «Altar, altar, esto dice el Señor: He aquí que nacerá un hijo en la casa de David, que se llamará Josías, y hará degollar sobre ti los sacerdotes de los altos, que ahora queman sobre ti inciensos, y sobre ti quemará huesos de hombres.

Y dió en aquel dia una señal, diciendo: Esta será la señal de que ha hablado el Señor: He aquí que el altar se partirá, y se derramará la ceniza que está sobre él.

Y cuando el Rey oyó las palabras del hombre de Dios, que habia pronunciado en alta voz contra el altar en Bethél, estendió su mano desde el altar, diciendo: Prendedle. Y secósele la mano, que habia estendido contra él; y no la pudo retirar hácia sí.

El altar se partió, y se derramó la ceniza del altar, conforme á la señal que el varon de Dios habia anunciado en nombre del Señor.

Y dijo el Rey al hombre de Dios: Ruega al Señor Dios tuyo, y haz oracion por mí, para que me sea restituida mi mano. Y el varon de Dios hizo oracion al Señor, y el Rey recobró su mano, y se le quedó como habia estado antes.

Y dijo el Rey al hombre de Dios: Ven conmigo á casa á comer, y yo te daré regalos.

Y respondió al Rey el varon de Dios: Aunque me dieras la mitad de tu casa, no iré contigo, ni comeré pan, ni beberé agua en este lugar.

Porque así me fue mandado de parte del Señor

que me dió esta orden: No comerás pan, ni beberás agua, ni te volverás por el camino, por donde viniste.»

(Lib. 5 de los Reyes, cap. 15, *traduccion de Scio.*)

Pregúntense á sí mismos los que esto lean si tienen en su pecho valor para irse solos á hacer á un rey tal profecía en semejantes circunstancias, y conocerán que la valentía de este profeta era sobrehumana. ¿Qué podía esperar sino la muerte en el acto de abrir sus lábios para pronunciar la primera palabra de la terrible amenaza? En efecto, el rey sacerdote de los ídolos, cuyo culto establecía, con grande autoridad y enojo estiende la mano para mandar que se prenda al profeta: pero aquella régia mano se seca en el aire y queda inmovil. Esto quiere decir que la mision del profeta viene de lo alto y está sostenida por una omnipotencia irresistible, á la cual han de doblegarse los reyes. El de Israel se rinde y pide su intercesion al mismo contra quien habia estendido la mano que no podia volver á recoger, y el siervo de Dios ruega por quien intentaba hacerle grave daño y obtiene su curacion milagrosa. Ahí está lacónicamente pintado el caracter de los verdaderos ministros del Señor: con ellos está la proteccion divina, con ellos el instantáneo y generoso perdon de sus perseguidores, con ellos la firmeza y el valor heróico que se ve en este profeta. No condesciende con el agasajador monarca que le insta á que vaya á comer á su casa y á que acepte los regalos que se empeña en hacerle. Y toma la vuel-

ta de su pais, no queriendo respirar por mas tiempo aquel aire infecto de idolatría. Si esta hubiese sido la última pincelada del cuadro, la gloria del profeta resplandecería con purísima luz, pero no interesaria tanto á la fantasía y al corazon, no sorprenderia tanto el término de aquel viaje profético: se habria admirado el poder divino y las celestiales dotes de los enviados de Dios; pero puede decirse que no se habria mostrado el hombre sino en Jeroboám. Ahora vamos á verle en el mismo profeta, que hasta ahora ha sido objeto de nuestra admiracion. Prosigue así el sagrado testo: «Fuése pues por otro camino y no volvió por el camino, por donde habia ido á Bethél.

11. Mas habitaba en Bethél un profeta anciano, á quien vinieron, y le contaron sus hijos todas las obras, que habia hecho el varon de Dios aquel dia en Bethél: y refirieron á su padre las palabras, que habia hablado al Rey.

12. Y su padre les dijo: ¿Por qué camino se fué? Y sus hijos mostráronle el camino, por donde se habia vuelto el varon de Dios, que habia venido de Judá.

13. Y dijo á sus hijos: Aparejadme el asno, los cuales habiéndolo aparejado, montó,

14. Y se fué en busca del varon de Dios, y hallóle sentado debajo de un terebinto: y dijole: ¿Eres tú el varon de Dios que has venido de Judá? Respondió él: Yo soy.

15. Y dijole: Ven conmigo á casa para comer pan.

16. Él respondió: Yo no puedo volver, ni ir contigo ni comeré pan, ni beberé agua en este lugar:

17. Porque el Señor con palabra de Señor me mandó, diciendo: No comerás pan, ni beberás agua allí, ni volverás por el camino, por donde fueres.

18. Y aquel le dijo: Yo tambien soy profeta como tú: y un angel me ha hablado en nombre del Señor, diciendo: Hazle volver contigo á tu casa, para que coma pan, y beba agua. Engañóle,

19. Y le hizo volver consigo: comió pues pan en su casa, y bebió agua.

20. Y cuando estaban sentados á la mesa, habló el Señor al profeta, que le habia hecho volver.

21. Y exclamó, y dijo al varon de Dios, que habia venido de Judá: Esto dice el Señor: Porque no has sido obediente á la palabra del Señor, y no has guardado el mandamiento, que te dió el Señor Dios tuyo,

22. Y te has vuelto, y has comido pan, y bebido agua en el lugar en que te mandó que no comieras pan, ni bebieras agua, no será llevado tu cadaver al sepulcro de tus padres.

23. Y luego que comió y bebió, aparejó su asno para el profeta, que habia hecho volver.

24. Y habiendo partido éste, encontróle un leon en el camino, y le mató, y su cadaver quedó tendido en el camino: y el asno estaba parado junto á él, y el leon se estaba tambien cerca del cadaver.

25. Y he aquí, que unos hombres que pasaban vieron el cadaver tendido en el camino, y el leon pa-

rado cerca del cadaver. Y fueron y lo divulgaron en la ciudad, en que habitaba aquel profeta anciano.

26. Lo cual oido por aquel profeta, que le habia hecho volver del camino, dijo: El varon de Dios es, que fue desobediente á la palabra del Señor, y el Señor le entregó á un leon que le despedazó, y mató, conforme á la palabra que el Señor le habló.

27. Y dijo á sus hijos: Aparejadme el asno. Los cuales habiéndolo aparejado,

28. Y él marchádose, halló su cadaver tendido en el camino, y al asno y al leon que estaban parados junto al cadaver: el leon no comió del cadaver, ni dañó al asno.

29. Tomó pues el profeta el cadaver del varon de Dios, y cargóle sobre el asno, y volviéndose lo llevó á la ciudad del profeta anciano para llorarle.

30. Y puso el cadaver de él en su sepulcro, y lloráronle: ¡Ay, ay, hermano mio!

31. Y despues de haberle llorado, dijo á sus hijos: Cuando yo muriere, enterradme en el sepulcro, en que ha sido enterrado el varon de Dios: poned mis huesos junto á sus huesos.

(Traduccion del P. Scio.)

Contemplemos este espectáculo.....



CAPITULO XIV.

Elias.



Yo no dudo de que si se supiera dónde residia al presente el incomparable Elías, muchos emprenderian un largo viaje por ver aquella viviente maravilla. Mas nadie sabe dónde está, pues fue arrebatado de la tierra por un carro de fuego para vivir no sé dónde fuera del círculo de los hombres hasta que acercándose el término de los siglos vuelva á predicar con su voz atronadora y á combatir por la fe, en cuya defensa obró en su primitiva vida tan asombrosos prodigios. ¿Le buscaremos en el paraiso terrenal adonde se opina que fue trasportado? Pero el angel que guarda sus puertas con fulmínea espada, no nos dejaria entrar ni sabemos por qué camino se va á aquella mansion de delicias que perdieron pecando nuestros primeros padres. ¿Quién hallará á Elías? Cualquiera que abra las admirables páginas de la divina Escritura. Allí está ceñido de la fortaleza del Altísimo para aterrar á los reyes haciéndolos estremecerse sobre sus tronos, cuando se desvian del sendero de la ley del Señor: allí está disponiendo á su

arbitrio de los elementos, que le obedecen con pres-
teza como fieles vasallos: allí está venciendo á la
muerte en el niño de Sarepta: allí está milagrosamen-
te alimentado por los ángeles: allí está recibiendo en
la soledad la sublime visita del Espíritu de Dios.

Donde primeramente vemos al fulminante profe-
ta es en el palacio de Acab el mas perverso de los
reyes de Israel: no se habia hecho mencion de él ni
hablándose de su nacimiento, ni de su infancia, ni de
su educacion, ni de su género de vida, y de repen-
te le vemos en la nefanda corte del marido de Jeza-
bel como una aparicion del cielo, y de repente oye
de su boca el rey Acab: «Por aquel Dios de Israel,
en cuya presencia estoy, júrote, ó rey, que en estos
años no caerá lluvia ni rocío sino cuando yo lo man-
dare.»

¿Quién habla así? Un desconocido, un anciano
venerable, un hombre de un valor sobrehumano, un
enviado de Dios. ¿Quién es? ¿Quién es?... Desapa-
reció al instante dejando á nuestra consideracion la
sorpresa, el asombro, y demás afectos de ira ó de
terror, que el rey experimentó á un mismo tiempo ó
sucesivamente con semejante intimacion. Para apre-
ciarla debidamente figurémonos que en nuestros dias
pasa esto con uno de los reyes mas poderosos de Eu-
ropa. ¡Cuán gigantesca idea no formaríamos del hom-
bre que presentándose por ejemplo al Emperador de
Rusia, le dijese: «Emperador, no lloverá en la es-
tension de tus vastos dominios sino cuando yo lo
mande!»

A la palabra de Elías cerráronse los cielos, cuyas llaves parece que se entregaron al terrible profeta, y no llovió y se siguió una horrorosa sequía, y en pos de ella agostados los campos y los montes, marchitos y pálidos los huertos y jardines y conternado todo Israel, vino el hambre, y el espanto se pintó en todos los semblantes, en todos los corazones entró mortal desmayo. Buscábase á Elías para remedio de tantos males; pero el Señor le habia escondido en inaccesible soledad á la margen del torrente Carith, que precipitándose de las montañas de Efraim con horrisono estruendo ofrecia sus refrigerantes aguas al solitario profeta, y segun la palabra del Señor tarde y mañana le llevaban los cuervos los panes y las carnes de que habia menester, mientras él empleaba los días y las noches en orar y contemplar.

¡Qué vida! ¡qué ocupacion! ¡qué soledad tan sublime! Duró seis estaciones. De allí pasó el profeta á Sarepta, donde recordarán los lectores que en la primera parte de esta obra le vimos resucitar al hijo de la pobre viuda que le hospedó en su casa. Bella imagen de los grandes del cristianismo, de los grandes segun el espíritu de Dios, los cuales de la conversacion y trato con el cielo y de los mas encumbrados empleos de la tierra descenden muchas veces á los mas humildes oficios de la caridad. Pero de estos voluntarios abatimientos del amor y de la compasion parece que sacan nuevos brios para remontarse á mayor altura en el desempeño de su grandiosa mision. Asi Elías de casa de la infeliz viu-

da vuelve á la presencia de Acab por mandado del Señor, llevando los tesoros de la lluvia á Israel consumido por el hambre. Dicele Acab al verle: «¿No eres tú el que perturbas á Israel?»

He aquí una increpacion que descubre el caracter del orgullo, el cual en medio de las mayores tribulaciones aún quiere ostentar cierta fiereza indomable al menos en las palabras, aunque por otra parte sean sus actos los de un vencido que humildemente implora piedad. Acab y su reino se hallaban en agonia por falta de pan, porque Elias los habia condenado á la consternacion del hambre haciendo que no cayera del cielo una sola gota de agua, y anhelaban que el Santo Profeta compareciese y se apiadase de tan lamentable situacion, pues que él solo podia abrir los cielos cerrados por su palabra, y le buscaban con ansia para pedirle esta gracia, de la cual estaba pendiente la salud y la vida de Israel; Acab al divisar á tal hombre debió experimentar una extraordinaria sensacion de consuelo y de gozo, porque su vista era como la aurora de la abundancia y de la felicidad que habian huido de su reino, y por tanto debió de haberle recibido con los brazos abiertos y con transportes de júbilo y con demostraciones de rendimiento y amor. Pero Acab es un rey protervo y de un corazon como el suyo es muy natural que brote inoportuna arrogancia, y asi en vez de un lenguaje blando y agasajador prorumpe en esa interrogacion insolente: ¿no eres tú el que perturbas á Israel? He aquí una increpacion, que manifiesta todo el poder y

grandeza de Elías. Pretendió Acab ofenderle y sin quererlo confesó que aquel hombre á quien dirigia la palabra podia mas que él, valia mas que él, y obra-
ba portentos propios de quien manda en la naturale-
za y en los cielos. ¿Pues de qué modo turba Elías á
Israel? No por medio de conspiraciones, no por me-
dio de papeles incendiarios, no por medio de ejérci-
tos ni de otro modo acostumbrado entre los hombres.
Aflígele con el hambre y esta proviene de que Elías
no quiere que llueva sobre Israel.

La respuesta de Elías es digna de un enviado de
Dios: dícele: *Non ego turbavi Israel, sed tu et do-
mus patris tui, qui dereliquisti mandata Domini et
secuti estis Baalim.* No olvidemos que quien de esta
suerte se espresa es un pobre solitario y que habla á
un rey feroz rodeado de guardias prontas á obede-
cer á su mandato de muerte; que habla á un tirano
perseguidor de los siervos de Dios que ha hecho mo-
rir cuantos profetas del Señor pudo haber á las ma-
nos; que habla á un fanático supersticioso que ha
arrastrado á todo su pueblo á la mas abominable ido-
latría, y le habla para herirle en lo mas vivo recha-
zando de sí la inculpacion de haber sido causa de los
males de Israel y haciendo que toda ella caiga y pe-
se sobre él. ¿Y cómo pudo Acab oir tan terrible car-
go sin enfurecerse y mandar que el denodado profe-
ta fuese muerto en el instante? Admirable caracter y
distintivo de los ministros de la religion, que hablan
á los potentados del mundo en nombre de Dios. No
parece sino que los ángeles están muchas veces en

su alrededor con la espada de fuego desenvainada para defenderlos y hacerlos respetar.

Elias en prueba de la verdad de su aserto, en prueba de la religion por que abogaba y en prueba de la falsedad de la que condenaba, no solo propuso al rey sino que le intimó un desafio el mas singular é importante que en su larga carrera han admirado los siglos. Un milagro asombroso es el que ha de decidir la cuestion. Asistamos á este extraordinario espectáculo. ¡Mirad! Congregada está á la falda del monte Carmelo toda la idólatra nacion de Israel: el rey la ha convocado. Allí están tambien cuatrocientos cincuenta profetas ó sacerdotes del ídolo Baal y otros cuatrocientos de los ídolos de los bosques que viven á espensas de la reina Jezabel: allí está el rey enemigo de los adoradores del verdadero Dios; allí está con su numerosa comitiva de nobles y magnates; y allí de parte del Señor está solo Elias, anciano venerable por su santidad, por su valor y sus prodigios. Esta batalla se va á dar entre dos ejércitos muy desiguales. Por una parte no veo mas que á Elias. La muchedumbre del ejército contrario no me es posible contar. Pero Elias solo, se me representa mas grande que el mundo entero de sus adversarios, cabalmente porque está solo. Oid, oid que habla á la nacion congregada el profeta del Altísimo: *Usquequò? ¿Hasta cuándo?..... ¿Hasta cuándo no te decides, pueblo infiel? «Si el Señor es Dios, síguele; y si Baal, síguele.»* Y no le respondió el pueblo una palabra. ¡Cuánta magestad y soberanía da este si-

lencio profundo á las palabras del Profeta! Está solo, y este silencio se diria que es hijo del terror que inspira á todo el pueblo apóstata, que no se atreve á desplegar los labios. ¡Qué imagen.....! Contempladla.

Pero veamos ya el éxito de este incomparable acontecimiento conforme se refiere en el capítulo 18 del libro 3.º de los Reyes.

22. Y dijo de nuevo Elías al pueblo: Yo solo he quedado profeta del Señor: mas los profetas de Baal son cuatrocientos y cincuenta hombres.

23. Dénsenos dos bueyes, y escójanse ellos un buey, y dividiéndolo en trozos, pónganlo sobre la leña, mas no pongan fuego debajo: y yo sacrificaré el otro buey, y lo pondré sobre la leña, mas no pondré fuego debajo.

24. Invocad los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor: y el Dios que oyere por fuego ese sea el Dios. Respondió todo el pueblo diciendo: Muy buena proposicion.

25. Dijo pues Elías á los profetas de Baal: Escojeos un buey, y sacrificad los primeros, porque vosotros sois muchos mas; é invocad los nombres de vuestros dioses, y no pongais fuego debajo.

26. Ellos habiendo tomado el buey, que les fué dado, lo sacrificaron: é invocaban el nombre de Baal, desde la mañana hasta el mediodía diciendo: Baal, escúchanos. Y no habia voz, ni quien respondiese: y pasaban saltando el altar que habian hecho.

27. Y como fuese ya el mediodía, se burlaba de

ellos Elías, diciendo: Gritad con voz mas fuerte: porque ese dios quizá habla con alguno, ó está en alguna posada, ó en camino, ó á lo menos duerme, para que se despierte.

28. Daban pues mayores gritos, y conforme á su rito se sajaban con cuchillos y lancetas, hasta quedar bañados en sangre.

29. Mas despues que pasó el mediodía, y mientras que ellos estaban profetizando, llegó el tiempo, en que suele ofrecerse el sacrificio, y no se oia voz, ni habia quien respondiese, ni atendiese á los que oraban.

30. Dijo Elías á todo el pueblo: Venid á mí. Y llegándose á él el pueblo, compuso el altar del Señor, que habia sido destruido.

31. Y tomó doce piedras segun el número de las tribus de los hijos de Jacob, á quien habló el Señor, diciendo: Israel será tu nombre.

32. Y edificó de las piedras un altar en el nombre del Señor; é hizo un acueducto, como por dos pequeños sulcos al rededor del altar.

33. Y acomodó la leña: y dividió el buey en trozos y púsolo sobre la leña,

34. Y dijo: Llenad cuatro cántaros de agua, y echadla sobre el holocausto, y sobre la leña. Y dijo de nuevo: Haced esto aún otra vez, y habiéndolo ellos hecho otra vez, dijo: Haced aún tercera vez esto mismo. Y lo hicieron tercera vez.

35. Y corrian las aguas al rededor del altar, y llenóse la zanja del acueducto.

36. Y siendo ya el tiempo de ofrecer el holocausto, acercándose el profeta Elias, dijo: Señor Dios de Abrahám, y de Isaac, y de Israel, muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, y que por mandamiento tuyo he hecho todas estas cosas.

37. Óyeme, Señor, óyeme: para que sepa este pueblo, que tú eres el Señor Dios, y que tú de nuevo has convertido su corazon.

38. Y cayó fuego del Señor, y devoró el holocausto, y la leña, y las piedras, lamiendo aun el polvo, y el agua, que habia en el acueducto.

39. Lo cual cuando vió todo el pueblo, postróse sobre su rostro, y dijo: El Señor es el Dios, el Señor es el Dios.»

Cosa extraordinaria. Una nacion entera en un instante muda de religion confesando á voz en grito al verdadero Dios. Magnífico resultado del milagro de Elias. ¡Irresistible poderío de los milagros! Son una demostracion viva de la existencia de un poder sobrenatural. Basta un solo milagro para probar que hay un Dios, á quien la naturaleza obedece quebrantando sus leyes; y para probar contra los panteistas que la naturaleza no es Dios. Pero esto que podia ser objeto de una disertacion filosófica, agena de este lugar, únicamente lo indico como una de las grandezas de los milagros. Ellos en efecto son uno de los mas indestructibles fundamentos de la verdad de nuestra adorable religion, que ha bajado del cielo, pues en su favor se ha desplegado la omnipotencia del Escelso. Por manera que los milagros presentan

dos aspectos de imponderable belleza; el uno á la fantasía ofreciendo sobresalientes imágenes, el otro al entendimiento mostrándole un foco de luz eterna, cuyo resplandor dilatándose de la tierra á los cielos conduce al pensamiento hasta los inefables abismos de la Divinidad, anegándole en un piélago de verdad infinita y revelando á sus ojos la omnipotencia divina hecha maestra y engrandecedora del hombre, que se sublima hasta el punto de hacerla su instrumento al propio tiempo que él mismo es un ministro y siervo de ella. ¡O Elías! ¡Cuánta es la magnificencia de tu milagro considerado bajo estos dos aspectos! ¡Qué triunfo el tuyo! ¡Qué gloria la que acabas de conseguir! ¡Qué autoridad tan poderosa te ha comunicado el cielo sobre el fuego y sobre las aguas y sobre los corazones de todos los hijos de Israel! Para coronar el instantáneo restablecimiento de la verdadera religion mándasles que prendan á todos los profetas de Baal, y en un momento el pueblo ha cumplido tus órdenes, y han dejado de existir los centenares de sacerdotes que el ídolo tenia.

He aqui grande el Profeta; abrió los cielos con misteriosas ceremonias; regocijó á Israel con lluvia profetizada cuando señal de ella no habia, é hizo bajar el agua del mismo modo que habia hecho descender milagrosamente el fuego de las alturas del firmamento. Aparece Elías como el mas sublime de los mortales y casi acto continuo como uno de los mas infelices entregado al miedo, al dolor y á tan profunda tristeza que habiéndose internado camino

de un día en el desierto y sentándose bajo de un árbol, rendido al peso de su melancolía y devorante angustia clama al Señor que le saque de este mundo, protestando que no puede ya vivir mas y deseando que la muerte ponga fin á sus males: *Et perrexit in desertum, viam unius diei. Cumque venisset et sederet subter unam juniperum, petivit animæ suæ ut moreretur, et ait: sufficit mihi, Domine, tolle animam meam.* He aquí el hombre en toda la postracion del infortunio. Recordad cómo aparecia pocos momentos antes en la cumbre de la sublimidad y apreciareis esta belleza de la Biblia, y tendreis materia escelente para contemplativa y elevada meditacion. La reina Jezabel al saber la muerte de los sacerdotes de su ídolo se enfureció, juró tomar venganza del gran Elías, y este portentoso Profeta huyó de miedo al desierto donde acabamos de verle bajo de un árbol en un estado lastimero. Durmióse allí mismo á su sombra y un angel del Señor le tocó y le dijo: «levántate y come.» Y al despertar vió junto á sí el Profeta un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua: comió pues y bebió y volvióse á dormir. Y el angel le tocó de nuevo y le dijo: «levántate, come: porque te queda un largo camino.» Tambien á la aflijida Agar se le apareció un angel en el desierto. No parece sino que la afliccion y el desierto tienen su atractivo para con los ángeles. Sí. Dios está cerca del atribulado. Dios suele hablar al alma en la soledad. A Dios se encuentra en la soledad: Dios llama al silencio de la soledad, porque en medio de esa quietud augusta le

place hacer oír su voz divina. También es muy notable el sueño del inocente Elías. Acaso es una imagen de la tranquilidad y pureza de espíritu, que se requiere para gustar el pan del cielo que se nos da en el sacramento de la Eucaristía. Lo indudable es que en el pan traído por el ángel á Elías reconoce la Iglesia una imagen de aquel celestial manjar de vida eterna. Habiéndose Elías levantado de nuevo, comió y bebió, y confortado con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte de Dios Horeb.

Estaba en él dentro de una cueva cuando el Señor le habló y le dijo que saliera de allí para recibir sobre el monte una admirable visita. Y la visita fué la del Altísimo. No creo que pueda haber aparición mas sublime. Dejo á la consideracion de los lectores las circunstancias de la cueva, del monte, de la soledad del Profeta, etc., etc. Y paso á copiar el comentario que hace de esta magnífica vision un espositor excelente. Ya el Profeta, dice, se habia levantado para salir de la gruta; y he aquí que pasa el Señor, y delante del Señor un viento grande y fuerte, que trastorna los montes, y quebranta las piedras: el Señor no está en el viento, y tras el viento un terremoto; el Señor no está en el terremoto, y tras el terremoto un fuego; el Señor no está en el fuego, y tras el fuego un silbo de un vientecillo suave. Lo que habiendo oído Elías, cubrió su rostro con el manto, y habiendo salido paróse á la puerta de la cueva, y he aquí una voz que le decia: ¿Qué

haces aquí, Elías? *Et ecce Dominus transit, et spiritus grandis et fortis, subvertens montes et conterens petras: non in spiritu Dominus, et post spiritum commotio: non in commotione Dominus, et post commotionem ignis: non in igne Dominus, et post ignem sibilus auræ tenuis* (n. 14). Cuando Elías asomaba á la puerta de la oscura caverna la magestad del Señor principió á pasar con su ruidoso acompañamiento delante de él, y la primera comitiva de la adorable Magestad fué un viento impetuoso, esto es como lee el Caldeo: *exercitus angelorum venti*: un ejército de ángeles, que á modo de viento quebrantaban los montes y despedazaban las rocas; pero el Señor no residia en este ejército de torbellinos y tempestades: y despues del viento una profundísima commotion, esto es: *exercitus angelorum commotionis*: un ejército de ángeles, que hacian temblar en sus cimientos la inmensa mole del orbe; pero ni en este segundo ejército de espíritus ardientes residia el Señor: y despues del estremecimiento apareció un altísimo incendio, esto es: *exercitus angelorum ignis*: un ejército de ángeles fulminantes como rayos; pero la majestad del Señor tampoco estaba en esta terrible pompa y ostentacion de fuego. Despues del fuego se oyó *Sibilus auræ tenuis*: el susurro ó como se lee en la version Caldea: *Vox canentium*: una suavísima voz de canto y sobre las alas de este viente-cillo dulcísimo despues de tanto aparato de terror mostróse Dios con plácida y alegre magestad. ¡Admirable vision! San Ireneo dice que Dios con ella quiso

dar á entender cuál sería el espíritu del futuro Mesías Salvador del mundo, espíritu de dulzura, espíritu de mansedumbre, espíritu de amabilidad; que despues de la terrible ley de Moisés se promulgaria la ley de gracia; ley suavísima y toda de amor. En reino tan plácido y amoroso no conviene por cierto que sean inexorables los ministros y los siervos soberbios y vengativos. San Gregorio y Teodoreto dicen que esta vision fué una imagen del gobierno divino. Truenan las nubes, estremécese la tierra, caen las monarquías, trastórnanse los imperios, parece que han entrado en batalla los siglos, los elementos y la naturaleza toda; y sin embargo, quien todo mueve con justa é inefable providencia, quien todo lo dispone con infinita sabiduría: *In spiritu auræ tenuis*, con apacible magestad dichosa se sienta en el inmóvil trono de su eternidad bañando en soberanas delicias toda su celestial corte. A estas podemos nosotros añadir la esplicacion siguiente: cualquiera que se resuelva á seguir á Dios con paso intrépido dirigiéndose á su último fin, considere y medite los juicios divinos, los castigos de los pecados, las funestas desgracias de los pecadores y todas las postrimerías del hombre, ni se aterre con los espantos que suelen asaltar á los principiantes y que preceden la magestad del Señor; puesto que pasado el viento, el estremecimiento y el fuego de las tentaciones, de las tempestades de la vida y demás pruebas del cielo, llegará á quien reside sobre las alas de las auras mas dulces y de las mas amables gracias.» (El P. Zucco-

ni en el 2.º tomo de sus *Lecciones sobre la sagrada Escritura.*)

Aquí recordaré que nada hay en la Biblia de grande y bello bajo el aspecto literario que no sea aún mas grande y mas bello en sus augustas significaciones, y en su sentido dogmático y moral.

Esta sublime visita de Dios al solitario Profeta tenia varios objetos igualmente magníficos, como lo es el breve diálogo de Elías con el Señor. Elías recibió en ella una mision triple de altísima importancia: la de preparar al Eterno tres vengadores terribles, que con el tiempo habian de ser instrumento de su fulminante ira contra la casa de Israel. Oyó Elías de la boca del Señor las siguientes palabras: Anda, y vuélvete por tu camino del desierto hácia Damasco: y luego que llegares allá, ungirás á Hazael, por rey de Siria,

Y á Jehú hijo de Namsi ungirás rey sobre Israel, y á Eliseo hijo de Saphat, que es de Abelmeula, le ungirás profeta en tu lugar.

Y acaecerá, que cualquiera que escapare del cuchillo de Hazael, le matará Jehú, y cualquiera que escapare del cuchillo de Jehú, le matará Eliseo. (*Libro 3.º de los Reyes.*)

Puede verse en los comentadores la esposicion y cumplimiento de esta mision extraordinaria. Yo me limito á admirar la grandeza de la poderosa comision dada en el desierto por el Altísimo á un hombre escondido de la vista de los demás mortales. He aquí que este pobre solitario oye de boca del soberano

Ordenador del universo las revoluciones que han de obrarse en los tronos de dos célebres naciones y las grandes catástrofes que han de seguirse por medio de dos hombres, á los cuales ha recibido orden de dar la solemne y misteriosa unción. El tercer personaje que figura en esta magnífica escena de la soledad es un sencillo labrador, á quien Elías ha de encontrar arando con sus bueyes cuando de parte del Señor de cielos y tierra vaya á conferirle el cargo y veneranda autoridad de Profeta.

No es menos admirable Elías desplegando una severidad terrible contra el idólatra rey de Israel Ocozías y contra sus enviados. Está el anciano santo en su ignorado retiro, cubierto con una túnica de pieles, larguísima la blanca barba respetable, la magestuosa frente con el sello de la vejez, los ojos con el fuego del cielo que le devora, y todo él cual imagen del otro mundo, y así sale á un camino al encuentro de unos comisionados del Rey. Iban estos á consultar á un ídolo acerca del éxito de la enfermedad de su monarca, y Elías los sorprende con su aparición y con estas palabras de trueno. ¿Por ventura no hay Dios en Israel para que vayais á consultar á Belzebú? Por lo cual esto dice el Señor: De la cama á que subiste, no descenderás sino que morirás de muerte. Y fuéase Elías y volviéronse los mensajeros á Ocozías.

¿Quién no ve un prodigio en esta vuelta de los mensajeros del Rey? La orden del soberano no hacia mención de Elías: habiales mandado ir á Accarón á

consultar al ídolo de los filisteos Belzebú, y ellos se vuelven sin llegar al término de su viaje. ¿Qué modo es este de cumplir las órdenes del Rey? ¡Cuánto no les habria impuesto el aspecto y las palabras de Elías cuando tal resolución tomaron menospreciando el mandamiento del Rey, que estaba en el lecho del dolor esperando algun consuelo de la respuesta del ídolo consultado! ¡Y qué pasaría en el corazón del monarca enfermo cuando sus mensajeros le refiriesen lo ocurrido con Elías y la tremenda sentencia de muerte que de su parte le traian! Los enviados no sabian quién era aquel hombre extraordinario, que habiéndoles salido al encuentro, ejerció sobre ellos tanto imperio que los hizo retroceder con aterrador anuncio. Si ellos hubieran conocido á Elías no era tan extraño que atendida la santa é imponente celebridad de su nombre, le obedecieran ciegamente; pero es buena prueba de que no le conocieron el que el Rey para adivinar si efectivamente habia sido Elías el del funesto augurio, tuvo que preguntarles sus señas. Y ved aquí lo que realza sobre manera al solitario Profeta, pues siendo desconocido para ellos debió tener en su aspecto y palabras un no sé qué tan formidable y divino que hizo en ellos la impresion de un rayo caido repentinamente en la cabaña de distraidos pastorcillos. Sobrecogido Ocozías con el tremendo mensaje, envió á traer al Profeta á un capitán con cincuenta soldados. ¿Qué es esto? ¿Es Elías algun gefe de bandidos para marchar contra él con gente armada? ¡Ay de ellos! El capitán divisa desde

la falda del Carmelo al solitario de los portentos que estaba en la cima del monte y le grita: «Hombre de Dios, el Rey manda que bajes. — Si soy hombre de Dios, le responde Elías, baje fuego del cielo y te devore á ti y á los cincuenta que contigo están.» Al instante baja fuego del cielo y los devorará. Repítese la escena con otro capitan y otros cincuenta, y al instante baja fuego del cielo y los devora. De palacio sale otro caudillo con igual mision é igual número de guerreros, y al ver lejos al Santo que parece árbitro del fuego de los cielos, se postra en tierra y clama que le perdone la vida y le suplica que baje de aquel monte inaccesible á las tropas del Rey.

Y el Profeta condesciende y se presenta en la real cámara del enfermo y le dice: *Hæc dicit Dominus: Quia misisti nuntios ad consulendum Belzebu deum Accaron, quasi non esset Deus in Israel, à quo posses interrogare sermonem, ideo de lectulo, super quem ascendisti, non descendes, sed morte morieris.* Esto dice el Señor: «Por cuanto enviaste mensajeros á consultar á Belzebú dios de Accarón, como si no hubiera Dios en Israel, á quien pudieras consultar, por esto del lecho sobre que subiste, no descenderás, sino que morirás de muerte.»

¿Quién habla así á los reyes? Solo quien les habla de parte de Dios. Muy ignorantes se han mostrado los que envolviendo al sacerdocio en su odio á la autoridad real, han propalado neciamente que los ministros del Altísimo entraban en la supuesta liga de los monarcas contra los pueblos. No. Muy lejos de

que el sacerdocio en manera alguna apoye la tiranía en cualquier parte que se hallare, en los tronos ó en las asambleas populares, el sacerdocio es el único dique verdadero de toda demasía en el poder. La suprema justicia está en Dios. En la tierra los intérpretes de esta son los ministros de la Religión, que al pequeño y al grande presentan la ley de Dios que condena sus extravíos y los cita á un tribunal, cuyo fallo ha de ser eternidad de gloria ó de tormentos. ¿Quién habló, repito, quién habló á los reyes como Elías y San Ambrosio?

Creo que ya varias veces he apuntado lo mucho que me maravilla el divino silencio de la sagrada Escritura en infinitas ocasiones de imponderable interés, y ahora no puedo menos de notar esto mismo en la escena que acabamos de presenciar en el dormitorio de un rey. ¿Qué sucedería luego que el enviado de Dios dijo al monarca *morte morieris* morirás de muerte? Cállalo la sagrada Escritura: nada dice del religioso terror de los circunstantes, nada de la consternacion y pavor del augusto enfermo, nada de lo que se respondió al mensajero de la infausta nueva, nada acerca de la conducta que se observó en aquel palacio con el fulminante enviado de Dios, que además del terrífico vaticinio habia hecho devorar por fuego del cielo á dos capitanes y á cien soldados. Inmediatamente despues de las citadas palabras del Profeta continúa diciendo el sagrado testo: «*murio pues* (el rey) conforme á la palabra del Señor que habló Elías y reinó Jorám su hermano en su lugar.»

De modo que la muerte de aquel soberano da fin á su historia con admirable sencillez. Un escritor profano hubiera gastado muchos tintes para pintarla. El *libro de los Reyes* no dice mas que *murió*. Y esta sola palabra que siempre tiene una sublimidad religiosa al fin de las historias de todos los grandes de la tierra, porque demuestra lo efímero de su gloria y poder, en este lugar adquiere para mí mayor realce porque denota el cumplimiento de la palabra de Elías, que al mismo tiempo se da por supuesto, por infalible, que es lo que me parece descubrir en el *ergo* de nuestra Vulgata que dice: *mortuus est ergo juxta sermonem Domini, quem locutus est Elías*: murió pues. He aquí lo que no puede decirse de Elías. ¡No ha muerto....! ¡No ha muerto....! Fue arrebatado en un carro de fuego.

1.º Y acaeció, que cuando queria el Señor arrebatarse al cielo á Elías en un torbellino, venian Elías y Eliseo de Gálgala.

2.º Y dijo Elías á Eliseo: quédate aqui, porque el Señor me ha enviado hasta Bethél. Al cual respondió Eliseo: Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. Y habiendo descendido ellos á Bethél,

3.º Salieron los hijos de los Profetas, que estaban en Bethél á recibir á Eliseo, y dijéronle: ¿No sabes cómo el Señor te quitará hoy á tu amo? Él respondió: Yo tambien lo sé: callad.

4.º Y Elías dijo á Eliseo: Quédate aqui, porque el Señor me ha enviado á Jericó. Y él dijo: Vive el

Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. Y cuando hubieron llegado á Jericó,

5.º Llegáronse á Eliseo los hijos de los Profetas, que estaban en Jericó, y dijéronle: ¿No sabes, que el Señor te quitará hoy á tu amo? Y respondió: Yo tambien lo sé: callad.

6.º Y Elías le dijo: Quédate aqui, que el Señor me ha enviado hasta el Jordán. Él respondió: Vive el Señor, y vive tu alma, que no te dejaré. Fueron pues los dos juntos,

7.º Y cincuenta de los hijos de los Profetas los fueron siguiendo, los cuales se pararon á lo lejos enfrente de ellos: mas aquellos dos se estaban á la orilla del Jordán.

8.º Y tomó Elías su manto, y plególo, é hirió las aguas, que se dividieron á un lado y á otro, y pasaron los dos en seco.

9.º Y cuando hubieron pasado, dijo Elías á Eliseo: Pide lo que quieres que haga por ti, antes que yo sea quitado de contigo. Y dijo Eliseo: Pido que sea duplicado en mí tu espíritu.

10. Él respondió: Dificil cosa has pedido: no obstante esto, si me vieres cuando sea arrebatado de ti tendrás lo que me has pedido: mas si no me vieres, no lo tendrás.

11. Y como siguiesen adelante, y caminando hablasen entre sí, he aquí un carro de fuego, y unos caballos de fuego separaron al uno del otro: y subió Elías al cielo en un torbellino.

12. Y Eliseo le veia, y gritaba: Padre mio, pa-

dre mio, carro de Israel y conductor suyo. Y no le vió mas, y asió de sus vestidos, y rasgólos en dos partes.

13. Y alzó el manto de Elías, que se le habia caído: y volviéndose paróse en la ribera del Jordán,

14. Y con el manto de Elías, que se le habia caído, hirió las aguas, y no se dividieron: y dijo: ¿Dónde está aún ahora el Dios de Elías? É hirió las aguas, y abriéronse á un lado y á otro, y pasó Eliseo.

15. Y viéndolo los hijos de los Profetas, que estaban en Jericó de la otra parte dijeron: El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo. Y viniendo á su encuentro, le veneraron inclinados hasta la tierra.

(Traduccion del P. Scio.)

Para hacer en nuestra fantasía mas grandiosa la imagen de Elías, volvamos la vista al Tabor y veámosle hablando con el Salvador transfigurado acerca de los inefables misterios de nuestra redencion; figurémonos su presente vida y ancianidad venerable en una region desconocida para nosotros; y adelantándonos á los siglos futuros lleguemos hácia el fin del mundo con las revelaciones del Solitario de Patmos y contemplemos á Elías saliendo de su larguísimo retiro como espada del Señor para pelear las batallas del Dios de los ejércitos y ser heroicamente inmolado en las aras del Cordero, á quien rinden sus coronas los veinte y cuatro ancianos. Júzguese del poder y de la santa intrepidez de Elías en la guerra contra el Antecristo por las maravillas que obró su celo cuando vivia entre los apóstatas del antiguo Israel; y júzguese

se de su actual contemplacion solitaria y de la elevacion de su agigantado espíritu por el ansia de soledad y de meditacion, que mostró en su vida primitiva visitado en los desiertos por los ángeles y por el mismo Dios.



CAPITULO XV.

Eliseo.



Entre las bellezas de la Biblia no es posible pasar de todo punto en silencio las portentosas hazañas de Eliseo. Este profeta vale mas que tres reyes puestos al frente de sus formidables ejércitos. Y es buena prueba de ello el que efectivamente tres soberanos, el de Israel, el de Judá y el de Edom marchando con numerosas huestes contra Moab y habiéndose internado en el desierto, camino de siete dias, ellos y sus guerreros hubieran muerto de sed á no ser por Eliseo. Iba el siervo de Dios en el ejército, y en el conflicto en que se hallaban recurrieron á él los tres reyes. Bello es ver humillarse tres coronas yendo á la pobre tienda de un siervo de Dios á pedirle auxilio en la tribulacion. El monarca de Israel tenia el alma manchada delante de Dios, y Eliseo cual si aquel rey fuera un súbdito suyo le responde: «Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no respetára la persona de Josaphát, rey de Judá, no te hubiera atendido ni aun siquiera mirado.» ¡Qué grandeza la del profeta! ¡Qué majestad! No hay nubes

en el cielo, y sin agua el ejército perece. Mas no: Eliseo está en el campo; está dando sus disposiciones para el paso y curso de las aguas, y prometiendo victoria y prescribiendo á los reyes lo que han de hacer para la completa destruccion del pais enemigo. He aquí que se oye de lejos el ruido de muchas aguas; ya vienen, ya llegan. La repentina inundacion enloquece de gozo á todo el campamento: los reyes y los soldados satisfacen su ardiente sed: preséntase el enemigo; ha venido á morir al filo de la espada. Y la horrorosa prediccion del profeta se cumple rápidamente en el espantable estrago hecho por los vencedores en el reino de Moab. Eliseo vale mas que tres reyes.

Hay en Siria un ilustre favorito del rey, general de sus ejércitos y rodeado de aduladoras lisonjas á causa de sus inmensas riquezas, pero estas y los honores no constituyen la felicidad del hombre, pues á las unas y á los otros puede asociarse la enfermedad y el dolor, como sucede con el potentado Siro que se llama Naamán, y se halla cubierto de lepra. Sabedor de que hay en Samaria un profeta capaz de curarla, se presenta á su rey deseando que le permita buscar la salud en Israel, y su rey le dice: «Ve que yo escribiré una carta al rey de Israel.» Llega á Samaria Naamán y entrega su carta de recomendacion al monarca israelita. La abre este y lee con sorpresa que el rey de Siria le pide nada menos que el que cure de la lepra á su favorito Naamán. Y tomándolo por burla ó por pretexto de un rompimiento, ras-

ga indignado sus régias vestiduras. Habiendo llegado el caso á oídos de Eliseo envia á decir al rey: Venga á mí el estrangero y sepa que hay profeta en Israel.

9. Llegó pues Naamán con sus caballos, y carros, y paróse á la puerta de la casa de Eliseo:

10. Y envióle Eliseo un mensajero, diciendo: Ve, y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne recobrará la sanidad, y serás limpio.

11. Indignado Naamán se retiraba, diciendo: yo creía que saldría á mí, y que puesto en pie invocaría el nombre del Señor su Dios, y tocaría con su mano el lugar de la lepra, y me curaría.

12. ¿Pues qué no son mejores el Abana, y el Pharphar, rios de Damasco, que todas las aguas de Israel, para lavarme en ellos, y limpiarme? Pues como hubiese vuelto las espaldas, y se retirase enojado,

13. Se llegaron á él sus criados, y le dijeron: Padre, aunque el profeta te hubiera mandado una cosa dificultosa, en verdad debieras hacerla: ¿Cuánto mas ahora que te ha dicho: Lávate, y serás limpio?

14. Fué pues, y lavóse siete veces en el Jordán conforme á la palabra del varon de Dios, y volvióse su carne como la carne de un niño pequeñito, y quedó limpio.

15. Y volviendo al varon de Dios con toda su comitiva; fué y presentóse delante de él, y dijo: Conozco verdaderamente que no hay otro Dios en toda la tierra, sino solo en Israel.

Naamán quiso mostrar magníficamente su agradecimiento con riquísimos regalos. Eliseo se negó á admitirlos. Su criado Giezi se atrevió á fingir que su amo mudando de parecer por una circunstancia imprevista pedia á Naamán un talento de plata y dos mudas de vestidos para socorrer una necesidad ajena. Alcanzó pues con esta embajada en el camino al generoso Siro, quien le dió dos talentos en vez de uno. Al presentarse al Santo Profeta el criminal Giezi vió descubierto su delito por la profética luz de su amo, el cual reconviniéndole severamente le castigó haciendo que en aquel instante se apoderase de todo su cuerpo para siempre la lepra de Naamán.

¡Eliseo vale mas que tres reyes!

El rey de Siria está en guerra con el de Israel y todas sus determinaciones, por secretas que sean, se saben en el campo enemigo y sus proyectos quedan burlados porque Eliseo los denuncia al de Israel. El de Siria siente en su corazon inmensa rabia contra el supuesto traidor, que asistiendo á sus consejos los revela al enemigo. Pero llega la verdad á su noticia, porque se le ha enterado de que Eliseo es quien descubre sus mas ocultos planes; manda un ejército contra él á Dothan donde se hallaba, y al despuntar la aurora ve el criado del profeta que tienen sitiada la ciudad las huestes enemigas con caballos y carros de guerra, y esclama: ¡Ay, ay, ay! Señor mio, ¿qué haremos? *Heu, heu, heu! Domine mi, quid faciemus?* Responde el profeta que son muchos mas los que hay en favor de ellos y que asi nada tema; y hace ora-

cion para que vea su criado, y este ve el monte lleno de caballos y carros de fuego al rededor de Eliseo para defenderle; y Eliseo vuelve á orar y el efecto de su oracion es una asombrosa ceguera en el ejército enemigo, de tal suerte que haciéndose el mismo Eliseo su guia le conduce hasta Samaria, y por medio de otra nueva oracion le hace allí abrir los ojos, impide al rey de Israel el que haga daño alguno á los atónitos Sirios y poniéndoles una opípara mesa los regala con manjares y vinos abundantes, y así concluye una guerra que á ambos reinos hubiera costado mucha sangre. ¡Eliseo vale mas que tres reyes puestos al frente de sus formidables ejércitos!

Encendida de nuevo terrible guerra entre Benadad rey de Siria y Jorám rey de Israel, avanzaron los Sirios hasta poner estrecho cerco á Samaría. El hambre produjo la consternacion en la ciudad, llegando el extremo de comerse una madre á su propio hijo. Eliseo promete al rey que al día siguiente abundarian cual nunca los víveres en Samaría, y aquella noche oyen los Sirios estruendo de carros y de caballos y de numerosos ejércitos y abandonan su campamento lleno de comestibles y de innumerables provisiones, dejando libre la ciudad por el espanto que el Señor les ha inspirado con horrosos ruidos en los aires. Triunfa Samaría, en sus habitantes rebosa el regocijo y en ella la abundancia. ¿Y no vale Eliseo mas que tres reyes con sus ejércitos?

Eliseo por disposicion de Dios cumple con lo que el mismo Señor ya habia mandado á Elías: envía á

uno de sus discípulos á ungir á Jehú por rey de Israel, intimándole que destruya la casa de Acab, y Jehú ejecuta esta orden con estrago horrible, fiero degüello y derramamiento de muchísima sangre. Eliseo dice á Hazael al pronosticarle que será rey de Siria, que entregará á las llamas las fuertes ciudades de Israel y pasará á cuchillo á sus jóvenes y estrellará á sus niños y abrirá las entrañas de las infelices mugeres israelitas que estuvieren en cinta. Y Hazael da entero cumplimiento á las espantosas palabras del Profeta.

¡Eliseo vale mas que tres reyes!

El Profeta del Señor próximo á morir ve entrar en su humilde dormitorio á Joás rey de Israel, el cual le dice llorando: «Padre mio, padre mio, carro de Israel y su conductor.» Considerad estas palabras, ved que salen de boca de un rey y que las dice llorando y honrareis las grandezas de Eliseo con tributo de admiracion. El Profeta como para despedirse del afligido monarca le vaticina tres grandes triunfos con que postrará el poderío de Siria. Veamos en el sagrado Testamento este pasaje bellissimo, porque es muy digno de toda nuestra atencion.

14. Y Eliseo estaba enfermo de la enfermedad, de que murió: y pasó á verle Joás rey de Israel, y lloraba delante de él, y decia: Padre mio, padre mio, carro de Israel y su conductor.

15. Y díjole Eliseo: trae el arco y las flechas. Y habiéndole traído el arco y las flechas,

16. Dijo al rey de Israel: pon tu mano sobre el

arco. Y habiéndolo él puesto su mano, puso Eliseo sus manos sobre las manos del rey,

17. Y dijo: abre la ventana de hácia Oriente. Y habiéndola abierto, dijo Eliseo: tira una flecha. Y la tiró. Y dijo Eliseo. Saeta de salud del Señor, y saeta de salud contra la Siria: y herirás á la Siria en Aphec hasta consumirla.

18. Y dijo: toma las flechas. Y habiéndolas él tomado, díjole de nuevo: hiera la tierra con un dardo. Y habiéndola herido tres veces, y cesado,

19. Enojóse el varon de Dios contra él, y dijo: si la hubieras herido cinco, ó seis, ó siete veces, hubieras herido á la Siria hasta el esterminio: mas ahora tres veces la herirás.

20. Y murió Eliseo, y lo sepultaron: Y aquel mismo año vinieron los ladroncillos de Moab contra la tierra.

21. Y unos que estaban enterrando á un hombre, vieron á los ladroncillos, y echaron el cadáver en el sepulcro de Eliseo. Y luego que aquel tocó los huesos de Eliseo, resucitó el hombre, y levantóse sobre sus pies.

(Traduccion del P. Scio.)

¿Y no es verdad que el profeta Eliseo vale mas que tres reyes?



CAPITULO XVI.

Isaías.



Con poco ánimo, pero con alguna confianza en la grandeza del asunto, voy á decir algo acerca de dos objetos de suma elevacion, Isaías y el sublime, para los cuales conozco mi insuficiencia. En cuanto al segundo estaba La Harpe firmemente persuadido de que no era posible definirlo. Y esta es la idea con que se introduce á hablar sobre la materia analizando el *tratado del sublime* de Longino. «Si alguna cosa, dice, parece negarse enteramente á que se la analice y aun á que se la defina, es sin duda el sublime. En efecto ¿cómo definir lo que jamás puede ser preparado por el poeta ó el orador, ni previsto por los que leen ó escuchan, lo que no puede producirse sino por una especie de transporte, lo que no se siente sino con entusiasmo, en fin lo que saca fuera de sí tanto á su autor como á la multitud que le admira? ¿Cómo dar cuenta de una impresion vivísima á la par que rápida sobre manera? ¿Y qué esplicacion no será tan fria como insuficiente cuando

:

se trata de descubrir lo que con tanta fuerza ha conmovido todas las potencias de nuestra alma? ¿Quién ignora que en todos los sentimientos extremos hay un no sé qué superior á toda espresion, y que cuando nuestra alma experimenta cierta emocion extraordinaria, es para ella una especie de tormento el no hallar palabras con que darse á entender? Si está reconocido que la facultad de sentir tiene mucha mayor estension que la de espresarse, esta verdad debe muy especialmente aplicarse al sublime, el cual agita en nosotros todo cuanto es susceptible de emocion, y nos proporciona el mayor placer que podamos experimentar, es decir, el goce y fruicion íntima de toda la sensibilidad de que nos haya dotado la naturaleza.» (*Curso de Literatura, tomo 4.º*) Tal era el concepto que del sublime y de la imposibilidad de definirlo dominaba en la cabeza de La Harpe. Varias veces insiste sobre este mismo propósito, y demuestra que son incompletas ó inexactas cuantas definiciones se han ensayado por los maestros del arte. Estoy conforme con este pensamiento. Mas no convengo con el ilustre literato en que siempre sea tan instantáneo, como él lo pinta, el sublime. Recuerdo haber pasado muchos ratos de mi vida leyendo con dulce enagenamiento páginas enteras de verdadera sublimidad; y creo que al fin de sus días cuando se convirtió á Dios en las tribulaciones de la carcel y llegó á conocer los tesoros encerrados en nuestra adorable religion, á gustar sus delicias, á palpar sus riquezas literarias y á escribir él mismo cual sábio y fervoroso cristiano, creo, re-

pito, que en nuestros libros santos, en algunos Padres de la Iglesia, en sobresalientes oradores sagrados, en vários de los famosos ascéticos del cristianismo, en nuestros elocuentes apologistas y en otros escritores religiosos habria dicho que hallaba muchas y hermosas páginas de sostenida sublimidad. Hallólas en efecto y las admiró grandemente y las encareció con profusion de razones en los Salmos de David que tanto le entusiasmaban. Y el Rey profeta á juicio de los inteligentes, generalmente hablando, no es tan sublime como Isaías. Si las investigaciones que acerca del sublime hizo La Harpe, siguiéndole á Longino los pasos, las hubiera hecho con las profecías del hijo de Amós, juzgo que habria compuesto una obra admirable. Yo no me lisonjeo de salir airoso en este capítulo; pero por muy corto que sea mi vuelo, yendo en pos de Isaías me propongo ver cosas grandes y decir algo de lo que vea, ya que segun La Harpe no es dado penetrar de lleno en la esencia de lo sublime.

Consagracion de Isaías por profeta del Señor.

Lo primero que sucedió fue ver Isaías á Dios. ¡Ver á Dios!..... ¿Cómo le vió? Sentado sobre un sólio escelso y elevado y la fimbria de su régia vestidura llenaba todo el templo. Es decir Dios en lo alto teniendo bajo de sus plantas todos los orbes y el extremo de su manto de gloria llenando todo el universo, que es el templo de su divinidad. Está senta-

do para denotar que su poderío y reinado reposan y estriban firmes en la eternidad. Sobre ese templo de los mundos serafines delante del Altísimo. *Seraphim stabant*. ¿Y en qué actitud? Con dos alas estendidas para volar á la primer señal del Omnipotente: con otras dos se cubrían el rostro por confusion y anonadamiento en la presencia del Escelso y tambien cubrían al Señor para mostrar que son incomprendibles su sabiduría, su justicia, su providencia, su poderío, su misericordia y todos sus inefables atributos y su divina esencia; y con otras dos alas le velaban los pies para significar que son igualmente impenetrables los misterios del Verbo humanado. Así que cada uno tenia seis alas y cada cual repetia tres veces *Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos*, loando con tal canto á las tres Personas de la augusta Trinidad en un solo Dios, que es el Señor Dios de los ejércitos. Y retiemblan á estas voces los quiciales del empíreo, y el sagrado recinto se cubre todo de humo, símbolo de la gloria del Señor. E Isaías lleno de pavor dice: ¡Ay de mí, que he callado! porque yo soy hombre de inmundos lábios y vivo en medio de un pueblo que tiene lábios inmundos; y he visto por mis ojos al Rey Señor de los ejércitos.

Mas voló un Serafin al sacro fuego
 Del altar y una brasa
 Con tenazas sacando de oro puro
 Por mis lábios la pasa.

Et tetigit os meum, et dixit: ecce tetigit hoc labia tua, et auferetur iniquitas tua et peccatum tuum

mundabitur. Y me tocó en la boca y dijo: Ves ahí que esto ha tocado á tus labios, y se te quitará tu iniquidad, y se te limpiará tu pecado.

Isaías era un príncipe, y era un santo, y sin embargo tiembla en la presencia de la aparecida Majestad divina y se abochorna y se confunde considerando que sus labios son demasiado impuros para ser eco de aquella gloria y santidad divina. Y un Serafin le purifica con fuego del altar y comunicándole espíritu de fortaleza y de profecía con el fuego, que era símbolo de caridad abrasadora, tomado del altar, símbolo de la oracion y del íntimo trato con la Divinidad, le constituye y consagra profeta del Altísimo. ¿Pero qué altar es ese? ¿Qué fuego el que en él arde?..... Fuego y altar vistos con los ojos del espíritu en una vision en que Dios se mostró con toda su gloria y majestad, y se mostró en un templo digno de su omnipotencia. ¿Pero qué altar es ese? ¿Qué fuego el que en él arde?..... Yo no lo sé. Mi entendimiento se encoje y se anonada incapaz de penetrar el misterio y la alteza de ese altar y de ese fuego. Lo sabrán los serafines, que allí estaban presentes ante el acatamiento de Dios; lo sabrá Isaías que sintiéndose al toque de ese fuego con un espíritu agigantado, cual antes no tenia, entró en coloquio con el Señor y se ofreció valiente á ser embajador suyo para anunciar á su pueblo y á todas las naciones de la tierra el peso de la ira del cielo, y recibió la mision terrible que estuvo desempeñando por espacio de cerca de un siglo.

Esta vision contenida en el capítulo 6.º de sus profecias no hay para qué decir que es altamente sublime, pues basta el sentido comun para calificarla de sublime. Dedúcese de aquí que es como innato en el hombre el conocimiento de la sublimidad, porque sin haber estudiado nada acerca de ella, cualquiera que tenga una centella de talento conoce lo que es sublime.

Capitulo 1.º de Isaias.

En el citado razonamiento de La Harpe, á pesar de que repite que para él es indefinible el sublime, se copian y analizan varias definiciones que de él han hecho Boileau, Lamotte, Silvain, Saint-Marc, Rollin y La Bruyere, aunque las de estos dos últimos son mas bien indicaciones. Todos convienen en lo esencial afirmando que la grandeza de los pensamientos, la energía del sentimiento, la fuerza de las espresiones, la viveza y valentía de las imágenes constituyen lo que en literatura se llama sublime. En todos ellos hay algo de verdad, pero en ninguno la verdad entera como lo demuestra La Harpe. Yo diria que esta dificultad proviene de la misma naturaleza del sublime, que es una *produccion admirable*, y en el sentido en que aquí hablo es lo admirable en abstracto. Lo admirable casi siempre embarga las potencias del hombre que lo contempla, y por su misma superioridad muy dificilmente se presta á que se encierre su esencia y cualidades en un estrecho círculo de

palabras, cual es la definicion; pero estas dificultades suben de punto cuando se trata de lo admirable en abstracto. Y ved aquí la razon por que cualquiera, como ya he dicho, reconoce lo sublime, porque basta ser hombre para sentir admiracion en vista de un objeto digno de ella cuando este se presenta á los ojos del espectador. Por eso siendo dificil el razonar acerca de lo sublime, es facilísimo conocerlo á primera vista en el magnífico capítulo con que Isaías principia su misterioso libro.

El título es: *Visio*: vision..... El Profeta anuncia que va á contar lo que ha visto. ¿Dónde lo ha visto? En la Divinidad..... ¿Qué ha visto? Lo pasado, lo presente y lo futuro..... ¿Y el objeto de su vision es de importancia? De tanta que es preciso que lo oigan los cielos y que la tierra preste suma atencion. Sí; porque quien habla es el Señor, el Rey y Hacedor de los cielos y de la tierra. *Audite, cæli, et auribus percipe, terra; quoniam Dominus locutus est. Filios enutrivit, et exaltavit: ipsi autem spreverunt me.*

He aquí la historia del pueblo judío. He aquí la historia del género humano. Dios se queja. Dios se lamenta. Dios recuerda y manifiesta lo que ha hecho como padre con el pueblo judío y con el género humano, y para espresar su dolor y lo mucho que ha hecho con los ingratos emplea la palabra mas tierna y afectuosa: llámalos hijos porque como á tales los animó con su soplo de vida, los hizo á su propia imagen, los crió á sus pechos, los salvó en su infancia y cuidó de ellos con el esmero y solicitud de un buen pa-

dre, los ilustró, los enriqueció, los fortificó y los engrandeció y exaltó sobre manera con innumerables prodigios sacándolos de la abyeccion y de la servidumbre, abriéndoles paso con la espada de su omnipotencia, devorando á sus enemigos, guiándoles de día y de noche, conversando con ellos en el desierto, apareciéndoseles con su corte de rayos y tempestades para dictarles una ley llena de sabiduría y de misterios, proveyéndoles milagrosamente de alimentos celestiales, disecándoles los mares cual si fueran una sola gota de agua para que los holláran con pie enjuto, deteniendo los astros para que les ayudaran á vencer, y arruinando y consumiendo las ciudades y las naciones que les resistian para ponerlos en posesion de un pais privilegiado, en el cual como en casa de regalo les ha derramado la inmensidad de su amor y de sus inagotables misericordias. ¿Y qué han hecho estos hijos? Oidlo, cielos. Óyelo, ó tierra. Oid á un padre, á un Dios que para que os admireis con el mas profundo sentimiento os dice que le han despreciado.» *Audite, cæli, et auribus percipe, terra; quoniam Dominus locutus est. Filios enutrivit, et exaltavit: ipsi autem spreverunt me.*

Confieso que al abrir el sagrado volumen de Isaías y al encontrarme inmediatamente con este versículo tan magnífico en su primer miembro, como sencillo y patético en el segundo, por largo rato me tuvo admirado la sublimidad de sentimiento que en él se encierra.

La misma idea y la misma sublimidad de senti-

miento domina en el versículo siguiente. *Cognovit bos possessorem suum, et asinus præsepe Domini sui: Israel autem me non cognovit, et populus meus non intellexit.* Conoció el buey á su dueño y el asno el pesebre de su Señor; mas Israel no me conoció á mí. He aquí una antítesis sublimemente sentimental. Reflexiónese lo que son en el orden de la naturaleza el buey y el asno, cuyo instinto es muy inferior al del perro y otros animales. Reflexiónese lo que era en el orden de la Providencia el pueblo judáico: repárese brevemente su historia, y pónganse los ojos en la predileccion divina para con aquel pueblo, que con tanta frecuencia desconocia á su padre para entregarse á la estúpida idolatría, para con aquel pueblo que era el único con quien por decirlo así se había familiarizado el Altísimo, el único á quien había comunicado luces de que carecian las demás naciones de la tierra, y se apreciará el valor de la comparación con el buey y el asno. En el versículo citado la palabra en que principalmente estriba un monte de sublimidad es aquel *me* tan sentido, tan tierno, tan patético, tan profundo, á mí. No olvidemos que es Dios quien habla y que habla quejándose de su pueblo escogido, que habla de sus hijos á quienes crió y exaltó y que este *á mí* es equivalente, es sinónimo de todo lo que Dios es y de todo lo que Dios hizo por aquellos hijos rebeldes.

Pero en cada una de sus palabras se ve que es padre: al contemplar sus culpas y los castigos que han merecido, le arranca un profundo gemido de do-

lor su deplorable estado: *Vae genti peccatrici*. ¡Ay de ellos pecadores! Así con una interjeccion de dolor anunciaba Dios los castigos que se veia obligado á fulminar. De modo que el Señor espresaba con un suspiro la acerba necesidad de airarse. Entre los hombres no tiene igual sentido esa frase de dolorosa ternura. Entre los hombres no es mas que conminatoria: pero los hombres la han aprendido de Dios que con sentimental energía dictóla muchas veces á sus profetas.

El Señor despues de haber pintado el criminal extravío de su pueblo, y contemplando que la vara de su justicia le ha herido de pies á cabeza sin que en él haya quedado parte alguna sana y sin que por eso deje de despeñarse nuevamente con mayor ímpetu por el derrumbadero de su prevaricacion, se duele de haber de castigarle de nuevo y esclama: *Super quo percutiam vos ultra?.... ¿Dónde ya te heriré? É inmediatamente revela lo que están viendo sus ojos al través de los tiempos, lo que está guardado en los arsenales de su ira para cuando Nabucodonosor primeramente y siglos despues las águilas romanas bajo la conducta de Tito despedacen y esterminen á Judá y á Jerusalén con el fuego y con la devastacion de poderosa saña enemiga. *Terra vestra deserta, civitates vestrae succensae igni: regionem vestram coram vobis alieni devorant, et desolabitur sicut in vastitate hostili.**

¡Ay! Vuestra tierra ya desierta veo,
Veo vuestras ciudades incendiadas,

Vuestra hermosa region puesta á saqueo,

Y sus anchas provincias devastadas

Por huestes extranjeras,

A vuestra vista, fieras.

Sigue predominando en este versículo así como en todo el resto del capítulo la sublimidad de sentimiento espresada con gigantescas imágenes de dolor, entre las cuales se distingue el *Regionem vestram coram vobis alieni devorant*.

Aquí cada palabra agranda y profundiza el sentimiento de la desolacion: el país que ha de devastarse no es un país extraño, no es un país que no les interese muy de cerca; es *regionem vestram* el mismo en que teneis vuestras casas y vuestras haciendas, es vuestra patria y morada. Y esta desolacion ha de ser *coram vobis* á vuestros ojos, para que os sea mas sensible: no os llegará por noticia, sino que vosotros mismos la vereis. Los devastadores no se reís vosotros, ni vuestros reyes, ni vuestros hijos, los cuales aunque poseidos del espíritu de la destruccion habian de conservar algun resto de respeto y de amor á su madre patria. Serán hombres venidos de muy lejos sin sombra de conmiseracion al infortunio, con entrañas feroces, á las cuales nada conmueva el espectáculo del esterminio de un país ajeno *alieni*. Y por último *devorant* que es el verbo mas fuerte que podia emplearse para denotar la terrible prontitud del estrago, pues á la idea de devorar acompaña siempre la de ansia y premura en quien devora, y para significar la totalidad de la ruina, pues

de lo devorado no se concibe que quede cosa alguna, y esta voz, que por sí sola forma imagen, se usa hablando de bestias muy enormes y muy fieras. Además la palabra *devorant* es en este lugar muy oportuna, porque en el renglon anterior se lee *civitates vestrae succensæ igni*, vuestras ciudades entregadas al fuego. Y es muy propio de la actividad y fiereza del fuego el devorar, donde vemos el horroroso elemento que servia de auxiliar al furor de aquellos crueles devastadores.

Entre un raudal de no menos valientes imágenes vienen en seguida vehementes increpaciones del Señor á los judíos, y se hallan locuciones de tanta fuerza como las siguientes: Abominacion es para mí vuestro incienso (v. 13). No os escucharé, porque vuestras manos están llenas de sangre (v. 15). Luego les exhorta á convertirse y les promete que si lo hacen, el Señor los dará por limpios de todas sus iniquidades. Vuelven las increpaciones en vista de la obstinacion del pueblo, repitense las amenazas, y no principian estas sin sorprenderme otro rasgo de extraordinaria sublimidad de sentimiento. El Señor Dios de los ejércitos, el Fuerte de Israel, porque se ve compelido á castigar, prorumpe en una nueva esclamacion de dolor. *Propter hoc ait Dominus Deus exercituum, fortis Israel: Heu! Consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis* (v. 24). ¡Ay de mí que he de tomar satisfaccion de mis contrarios y me he de vengar de mis enemigos!

Y aquí es de notar que el sublime sentimiento

que campea en este capítulo se hace mas vigoroso y patético por la circunstancia de no ser solo Dios ni el profeta solo el que habla, sino que Isaías principia como imponiendo silencio á toda la naturaleza para que escuche la voz del Señor, *Quoniam Dominus locutus est*. É inmediatamente se oye la sentida voz del Eterno que continúa hasta el v. 8, en el cual se dice que despues que haya pasado por ella la ira divina, la hija de Sion, la reina de las ciudades, quedará abandonada como una choza que construida de fragil caña en una viña ó melonar queda inhabitada y olvidada, pasado el tiempo de la vendimia. En el v. 9 toma la palabra el profeta y añade: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera guardado semilla, hubiéramos sido como Sodoma y nos pareceríamos á Gomorra. Vers. 10. Oid la palabra del Señor, príncipes de los sodomitas: pueblo de Gomorra, escuchad la ley de nuestro Dios.» No cabe increpacion mas enérgica que esto de llamar Isaías á los caudillos de Judá príncipes de los sodomitas y pueblo de Gomorra á la nacion, que en medio de sus nefandos estravíos aún se tenia por santa. Con semejantes dictados muestra el concepto que abrigaba del grado de iniquidad á que llegára aquella gente, la cual habia merecido ser tratada como Sodoma y Gomorra; pero el profeta en su altísima vision en medio de la espantosa ruina vió que la misericordia de Dios reservaba un vástago de aquel gran arbol derruido para que retoñase y floreciese á su debido tiempo. Y es muy bello descubrir la piedad entre los formidables rayos

de la justicia como se ve en todo este capítulo, en el cual vuelve á hablar el Señor desde el v. 11 habiéndole el profeta preparado de nuevo el campo como si á él tocara hacer los exordios de los discursos de Dios, quien en esta su última alocucion usa de un lenguaje severo y majestuoso, pero al mismo tiempo manifiesta las entrañas de su misericordia exhortando con viveza á la enmienda de sus culpas á aquel pueblo protervo y prometiéndole el mas completo olvido de todas ellas; todo lo cual, como llevo dicho, entraña un gran fondo de sublimidad de sentimiento realzada con imágenes y comparaciones tan fuertes como las siguientes. Vers. 30. *Cum fueritis velut quercus defluentibus foliis, et velut hortus absque aqua.* Vers. 31. *Et erit fortitudo vestra ut favilla stuppæ, et opus vestrum quasi scintilla: et succendentur utrumque simul, et non erit qui extinguat.*

Capítulo 13 de Isaías.

El sublime no puede reducirse á clases ni sujetarse á reglas. En cierto sentido es lo escelente en literatura; es como la personificacion del optimismo, pero escluyendo la idea de una hermosura delicada como la de una flor, y llevando casi siempre el caracter de una grandeza imponente. Y no quiero decir que la sublimidad escluya á la belleza; antes bien, lo sublime no puede menos de ser bello. Dios es el objeto mas sublime y al mismo tiempo el mas hermoso. En las heroínas del antiguo Testamento hay

sublimidad y belleza; no así en una campiña amenísima, en un jardín delicioso, en un relój precioso, en un niño hechicero, en una joven de lindo y angelical semblante; todos estos objetos serán bellos sin que nadie los llame sublimes. Por el contrario el trueno, el diluvio, el día del juicio universal, la eternidad del infierno, el fuego que bajó sobre las ciudades de Pentápolis para devorarlas como leve arista, son objetos sublimes y no sé que haya hombre que quiera llamarlos bellos. De lo cual se deduce que la sublimidad puede hallarse sin la belleza y esta sin aquella, y que asimismo muchas veces están juntas y se realzan mutuamente como sucede en todo lo concerniente á la hermosísima y escelsa Reina del empyreo. De los ejemplos que acabo de poner se infiere también que lo terrible puede ser muy sublime como se ve en este capítulo, en cuya traduccion he procurado no desfigurar la formidable fisonomía del original.

La ruina de Babilonia.

Tremolad sobre cumbres nebulosas
 Bélicos estandartes,
 La voz en todas partes
 Levantad y las manos valerosas.
 Penetren por las puertas atrevidos
 Los bravos adalides;
 Yo he llamado á las lides
 A los que yo tenia preelegidos.
 Yo he llamado en mi ira á mis valientes,

Que alegres por mi gloria
 Vuelan á la victoria.
 Ya en los montes fragor de muchas gentes.

Es voz como de pueblos y naciones:
 Es voz de aliados reyes:
 Pueblos de varias leyes
 Suenan corriendo en pos de sus pendones.

Ha el Dios de los ejércitos mandado
 A la gente de guerra,
 Que de remota tierra
 Viene y del horizonte mas alzado.

El Señor y las copas de su ira
 Venir del alto cielo
 Con impetuoso vuelo
 A arruinar todo el orbe mira, mira.

A las nubes alzad el alarido,
 Porque el día se arrima
 Del Señor; ya está encima.
 ¡Asolacion, rayo de Dios salido!

Caérsele los brazos de quebranto
 Sentirá todo hombre,
 Y con terror que asombre
 Temblarle el corazon á tal espanto

Todos sus huesos sufrirán dolores
 Y convulsion vehemente,
 Cual muger parturiente
 Ayes darán y lúgubres clamores.

No habrá quien con pavor no se horrorice
 Al verse los semblantes,
 Como hachas humeantes,
 Cual carbones que soplo activo atice.

Pues este del Señor el fiero día.
 Llega, llega tremendo,
 Y su furor horrendo
 Que contra el mundo cual volcán ardía.

Día de indignacion que en ira viene
 En soledad la tierra

A convertir, y en guerra
 A acabar los culpables que mantiene.
 Las estrellas del cielo sus fulgores
 Negarán. El sol claro
 De sus luces avaro
 Se ha tapado con nubes de furorés.
 La luna airada sin su luz se muestra :
 Y en carro furibundo
 Los pecados del mundo
 Visitaré con vengadora diestra.
 Y su propia maldad para el impio
 Caliz que hierva en hieles,
 Y haré de los infieles
 Que desaparezca el arrogante brio.
 Y abatiré toda cabeza erguida
 De campeones fuertes.
 Devoradoras muertas
 No han de por oro perdonar la vida.
 Además, turbaráse por mi el cielo;
 Y de do está afirmada
 La tierra desquiciada
 Se moverá por el divino celo.
 Por esa indignacion abrasadora
 De Jehová temible,
 Que es el día terrible
 De la omnipotente ira que atesora.
 Y será así que cada cual se huya,
 Cual una cervatilla,
 O como una ovejilla,
 Y el miedo á su pais los restituya.
 En la fuga no habrá pastor ni guía;
 Fugitivo alcanzado
 Será sacrificado,
 Como tambien el que despues venia.
 ¡Ay! Sus mugeres sufrirán sonrojos
 Atrozmente violadas;
 Sus casas saqueadas,

Estrellados los niños á sus ojos.

He aquí que yo suscitaré los Medos
 Que sobre ellos se arrojen,
 Ni en la matanza aflojen,
 Que oro no agarran sus sangrientos dedos.

Sino que matarán los parvulitos
 Con saetas agudas,
 Que pasarán sañudas
 Los pechos á que estaban colgaditos.
 Y será cual Gomorra y cual Sodoma,
 Que el Señor destruyera,
 Aquella ciudad fiera
 A quien nacion alguna el cuello doma.

Aquella Babilonia, de Caldeos
 Soberbia tan ilustre,
 Que ostentaba su lustre
 Sobre los reinos que eran sus trofeos.

Deshecha en polvo su gloriosa frente,
 Y su altivez postrada,
 Nunca será habitada,
 Ni la levantará futura gente.

Ni pondrá allí el árabe sus tiendas,
 Ni pararán pastores
 En sus alrededores,
 Pavoridos huyendo de sus sendas.

Sino que allí descansarán las fieras,
 Y las casas que habia
 Hechas ceniza fria
 Serán de los dragones madrigueras.

Y habitarán allí los avestruces,
 Y bailarán á saltos
 Allí sátiros altos
 En la nocturna soledad sin luces.

En los palacios, de gran ruina ejemplos,
 Resonarán gemidos
 De buhos escondidos,
 Y las sirenas de placer en templos.

Con mucha justicia se considera á Isaías como almas sobresaliente de los escritores hebreos. Un autor contemporáneo dice que su estilo es siempre puro, siempre elegante y pomposo; que su pensamiento es rápido como la mirada del águila; que sus comparaciones siempre atrevidas, muchas veces están llenas de frescura y tienen una admirable propiedad. No se equivoca el escritor francés, cuyas palabras acabo de copiar: pudiera haber encarecido mucho mas al incomparable Isaías. Al asegurar que su estilo es siempre *puro* creo que habrá querido dar á entender que está exento hasta de la sombra de mal gusto, ¿pues quién por muchos conocimientos que tenga de la lengua hebrea se creerá autorizado para juzgar de lo que nosotros llamamos pureza de lenguaje, que no es otra cosa que el uso constante de palabras y frases propias y bien recibidas en la nacion en que se escribe? En este supuesto, me parece, ya que incidentalmente he tocado este punto, que desde luego se puede afirmar que los escritos inspirados por el Espíritu Santo serán siempre de buen gusto en admitiendo que la inspiracion ha sido verbal, creencia que yo profeso y en la cual además de las muchas razones que militan en su favor, me confirma la simple y atenta lectura de la divina Biblia.

El inglés Lowth hace un magnífico elogio de Isaías. «Es imposible, dice, formar idea de una perfeccion mas alta. Elegante y sublime, lleno de ornato y grave al mismo tiempo reúne en un grado maravilloso la abundancia y la fuerza, la riqueza y la

magestad. ¡Qué elevacion y magnificencia en sus pensamientos! ¡Qué propiedad, qué nobleza, qué brillo, qué galanura, fecundidad y variedad en sus imágenes! ¡Qué singular elegancia en su elocucion, y qué asombrosa claridad en medio de tantas tinieblas!»

De Isaías no es posible hablar como es debido sin estenderse en innumerables observaciones y ejemplos de sus infinitas y atrevidas bellezas. Pero para esto se requeria una obra que no tuviera otro objeto. ¿Cómo encerrar en breves páginas al águila del Altísimo que volaba sobre todas las naciones llevando sobre sus alas el trueno del Señor y descubriendo con su vista penetradora al través de los mas remotos siglos el establecimiento de un eterno reino espiritual, su grandeza, su gloria, la bienhechora revolucion que obraria en el mundo, y anteviendo y ensalzando con cantares de arrebatado vuelo la venida de su divino Fundador, su vida, sus virtudes, sus hazañas de amor inmenso, su pasion, su muerte y sus triunfos? ¿Quién le seguiria en esa multitud de predicciones tan claras como elevadas y variadas? ¿Quién iria con él á Egipto, á Babilonia, á la Idumea, á la Arabia, á Tiro, á la Etiopía, á Damasco, á Moab y á Jerusalén á decirles que con letras de fuego está escrita en los cielos la sentencia de su muerte? ¿Y quién tendria ánimo bastante valeroso para asistir con él á las espantosas y fúnebres escenas del fin del universo? Tratando Isaías semejantes argumentos y hablando en nombre de la Divinidad y con las escelencias y do-

tes literarias que nos ha descrito Lowth, cierto que no podia menos de ser el verdadero y gran modelo del sublime, sea cual fuere la acepcion que se dé á esta encantadora palabra. Por lo mismo me es sensible no tener campo para espaciarme en una materia tan grata, debiendo dejar mucho por decir acerca de los profetas mayores y contentándome con escoger á solo Jonás entre los menores por la singularidad extraordinaria que ofrece á nuestra admiracion el profeta de la ballena.



CAPITULO XVII.

Jonás y Daniel.



Tal es la sublime belleza de la historia de Jonás que no solamente no hay cosa parecida en ninguna de las mas admirables producciones de la fantasía humana, sino que ni siquiera es susceptible de imitacion. Aun el arrojar un cadaver al mar tiene un no sé qué de espantoso y altamente lúgubre. Pero en Jonás se halla un conjunto de grandezas, de sublimidad, de dolor y sobre todo de originalidad superior á toda ponderacion. Véole de pie sobre el borde de la nave y en su derredor muchos hombres atónitos de espanto, unos cojiéndole por los brazos, otros alzando al cielo sus ojos bañados en lágrimas, otros mirando hácia abajo con horrorosa curiosidad. ¿Qué es esto? ¿Qué sucede? Las bramadoras olas del mar empujan hasta el cielo y luego hunden en los abismos á la zozobran- te navecilla, que está á punto de ser devorada por los espumosos torbellinos de la rugiente tempestad. ¿Y qué van á hacer esos hombres? Levántase un horrible clamor y los que á Jonás cojian por los brazos le suspenden en el aire fuera del barco y le

arrojan de golpe al mar. En el instante se calma el furor del piélago: desaparecen los montes de agua: cesa el viento: sucede á la borrasca apacible placidez. ¡Qué fenómeno es este! ¡Qué prodigio! ¡Qué asombro! Parece que los mares con sus espantosos bramidos no pedian mas que una víctima: se ha satisfecho á su voracidad, y callan contentos. ¿Cuándo se ha visto semejante modo de aplacarlos? ¿Y la víctima? La víctima no se ha ahogado; vive y canta como en un templo dentro del vientre de un enorme pez, que el Señor habia preparado para recibirla. La víctima era un pecador desobediente: Dios le habia mandado ir á predicar á la gran ciudad de Nínive, y el Profeta desobedeció, é iba huyendo de su presencia como si fuera posible huir del Inmenso, que reina sobre los cielos, sobre todos los pueblos, sobre los desiertos, y sobre los montes, sobre todas las naciones, sobre todos los globos de la celeste esfera, sobre los aires y sobre los huracanes, sobre los mares, sobre las tempestades y sobre los abismos. Pero era un pecador convertido en la tribulacion que se le envió para detenerle en su fuga, y por eso el Dios de la misericordiosa providencia hizo que le devorara una ballena sin hacerle daño alguno, librándole de una muerte segura y haciendo que al tercer dia le echara á tierra salvo é incólume. Figúrese el lector que él es Jonás; figúrese á sí mismo metido dentro de un pez disforme, sin ver luz ni tocar tierra, figúrese debajo de un mundo de agua y rodeado igualmente por la inmensidad del piélago; figúrese

esto y mucho mas, y dígame si tiene aliento para componer y entonar un magnífico cántico como lo hizo el profeta Jonás pintando su angustia y manifestando su tierna confianza en la bondad divina. Solo el lugar donde fué cantada da á la poesía de Jonás una importancia inefable, que ninguna poesía profana pretenderá emular. ¿Qué diria la ballena al oír cantar dentro de sus entrañas? ¡Cuánto no se asombrarian los senos del mar! ¡Cuánto no celebrarían los ángeles este nuevo espectáculo! ¡Qué maravilla no produciría en los orbes celestiales, que acaso en medio de su carrera se pararian á escucharlo! Pero lo mas grande y sublime es que en el cántico estaban expresadas las angustias de Jesucristo cuando padecia por nuestro amor sumerjido en el piélago de su propia sangre, á donde fué arrojado como Jonás para calmar las tempestades de la ira divina y para salvar á los hombres al modo que los que iban en aquella nave se libraron del naufragio con el sacrificio de un solo hombre, el cual era tipo y figura del adorable Redentor, que como Jonás fué enviado á predicar á la gran ciudad del mundo, como Jonás fué inmolado él solo por la salud del género humano, como Jonás en el vientre del pez así estuvo tres dias en el sepulcro y resucitó glorioso así como el misionero de Nínive salió vivo del seno de la oscuridad y de lo profundo de los mares.

No es menos extraordinario y magnífico lo que se refiere en el capítulo 3.º del mismo Profeta. Habia en el mundo por entonces una ciudad de dimensio-

nes desmesuradas: era la capital del imperio Asírio el mas antiguo de los cuatro que antes de la época de nuestra redencion dominaron los pueblos de la tierra: era la señora del universo: solo sus niños que aún no sabian distinguir su mano derecha de la izquierda, segun el sagrado Texto, pasaban de ciento veinte mil: preciso era andar tres dias para llegar de un extremo á otro: su soberbia se encumbraba tanto como sus altísimos chapiteles: su lujo y magnificencia no tenian igual: sus pecados levantándose como las olas del mar hasta las nubes, llegaban hasta el trono del Dios de las justicias. A tal ciudad envia el Señor á Jonás solo y desarmado á predicar su terrible palabra. Así fué San Pedro á Roma. Despues del suceso del mar y de la ballena es claro que no se opondria Jonás á la voluntad divina. Anduvo trescientas leguas y entró en Nínive gritando: *Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur*. Estas palabras tienen una grandeza sobrehumana. Si en Londres se presentara un hombre de estraordinaria catadura y con aspecto como de inspirado dijera á aquella soberbia reina de los mares: *dentro de cuarenta dias serás destruida*, y temblando á su voz todos los moradores de la gran ciudad se vistiesen de cilicio y ayunasen á pan y agua para evitar la espantosa ruina, cierto que no se dudaria de que aquel hombre venia con el poder de lo alto, y el universo entero quedaria estático de asombro á tal maravilla. Eso y mas hizo Jonás en Nínive pagana. Su voz de trueno postró todos los corazones. Toda carne se cubrió de

cilicio: toda cabeza se inclinó hasta el suelo implorando misericordia; y el mismo Rey penetrado de pavor bajó de su trono, depuso la púrpura y las insignias de la dignidad real, se vistió de penitencia, sentóse sobre ceniza y dió un edicto solemne mandando á grandes y plebeyos, á niños y mugeres y hasta á los animales que ayunasen rigurosamente, y se arrepintiesen de todas veras abandonando la iniquidad y clamasen al Señor con dolorosos gemidos pidiéndole que les perdonara. El divino Salvador se dignó hacer mencion de esta maravillosa conversion de los Ninivitas, la cual fué causa de que por entonces no se cumpliera el tremendo pero condicional vaticinio del Profeta.

Daniel.

Daniel es otra de las grandezas de la divina Escritura. Era jovencito cuando fué llevado cautivo á Babilonia, y en tan tierna edad era la antorcha del cielo en aquella reina del mundo sentada en las tinieblas de la corrupcion y de la muerte del alma. Estaba en el palacio mas suntuoso al lado del mayor potentado de la tierra y en una corte de sábios paganos y de magnates idólatras, y vivia con el espíritu y oracion de uno de los mas admirables santos de la soledad: su cautiverio se convirtió en una especie de magistratura no solo terrena, de la cual efectivamente se hallaba investido, sino tambien celestial y autorizada y sostenida por el poderío

de lo alto. Parece que fuera la personificación de la Providencia divina, que á un poder sumo reúne una sabiduría infinita anteviendo todo cuanto en los orbes ha de hacer en el dilatadísimo curso de los siglos. Quien tuviere esto por exageración, lea en la Biblia el magnífico libro, cuyo título es *Prophetia Danielis*, y verá á ese hombre sublime en comunicación con los cielos y con los siglos futuros, que vienen á darle exacta cuenta de sus formidables revoluciones y como á pedirle licencia para que la corona del mundo vaya pasando de unas naciones á otras.

En Daniel está la historia del universo en asombrosas imágenes esplicadas por los ángeles. Pero veamos alguna de sus páginas. Nabucodonosor el grande fué el primer monarca con quien tuvo que entender Daniel. No daremos la suficiente importancia á este personaje si antes no recordamos brevemente quién era ese famoso Nabucodonosor. Érase un hombre de atrevidas y vastas concepciones, de duro y valeroso corazón, de suma presteza en decretar grandes cosas y llevarlas á cabo, de brazo fuerte que á cada golpe estremecía las columnas del mundo. Llamáronle los profanos el Magno, y Jeremías le llamó martillo de toda la tierra. Elevó su monarquía Siro-Caldea á lo sumo de la grandeza con extraordinarias hazañas: sometió el Egipto y la Etiopia: rindió la ciudad de Tiro despues de un sitio muy obstinado y conquistó toda la Fenicia: destruyó á Nínive que andaba recalcitrando en obedecerle: y como si no pudiese tolerar que hubiera cosa grande sobre la tier-

ra que suya no fuese, subyugó con innumerables batallas la Persia, la Media, y la Arménia, y volando en alas de la victoria redujo á su monarquía á los Partos, á los Ircanos y á todos los pueblos del nevado polo; ni descansó al volver triunfante á Babilonia, sino que viendo que en el Oriente aún estaba la Judea fuera de su reino, la invadió cuatro veces, hizo y deshizo en ella, en ella puso y depuso reyes y por último destruyó á Jerusalén y á su último rey le mandó sacar los ojos despues que vieron la muerte de sus tres hijos, y á todo el pueblo hebreo llevó cautivo á su imperio á llorar entre cadenas la desolacion de su templo, la ruina de su patria y su propia esclavitud. Justo era que despues de las fatigas de tantas conquistas se entregara Nabucodonosor blandamente al goce de sus triunfos y magníficas riquezas, que eran despojo de una multitud de palacios que él habia desnudado de su gloria. Así es que reunió en Babilonia toda la ostentacion y magnificencia de Nínive, de Susa, de Hecbactana, de Tiro, de Menfis, de Tafnis y de Jerusalém, capitales cuya diadema habia hollado con arrogante planta. Tal era el rey-emperador á quien Daniel servia. Levantóse una mañana diciendo que habia soñado. Cosa muy comun es el soñar y á la mayor parte de los hombres sucede casi todas las noches; ¿pues por qué ese conquistador tan grande, todo él despavorido y confuso dice como una cosa extraordinaria que ha tenido un sueño? ¡Ah! Por este sueño se pone en conmocion la corte: Nabucodonosor ha mandado llamar á los adi-

vinos, á los magos, á los agoreros y á los sábios de su reino: sus antecámaras ya están llenas de hombres venerables por lo blanco de sus cabezas y por lo arrugado de sus graves semblantes, que todo indica el mucho saber y los muchos años: sale el rey y sin preámbulos les dice: «He visto un sueño y perturbada mi mente ignoro lo que he visto.» Y respondiendo ellos que no era posible interpretar el sueño sin que el rey dijera lo que había soñado, él replica: «Si no me descubriéreis el sueño y su significado, perecereis vosotros y vuestras casas serán confiscadas.» Esta inesperada y terrible decision de Nabucodonosor declara el caracter fierísimo de aquel soberano, su irresistible poderío y despotismo y la alta importancia y solemne gravedad de su sueño. Como lo dijo se hizo: mandó que perecieran todos los sábios de Babilonia; y queriendo sus émulos envolver á Daniel en la universal matanza que se hacia de doctos, él se presenta al rey y despues de pedir á su ministro que no derrame la sangre de los sábios de Babilonia, dice: «El arcano que el rey pregunta no pueden descifrárselo los sábios ni los magos, ni los adivinos ni los arúspices. Pero hay en el cielo un Dios que revela los misterios.»

Daniel junto con sus compañeros Ananías, Misael y Azarias por medio de la oracion recurrió al Señor para que se dignara descubrirle el arcano: el Señor le oyó y de noche en vision fué revelado á Daniel el arcano. Así es que el Profeta del Altísimo pudo con toda seguridad decir á Nabucodonosor: «Hay

un Dios en el cielo que á ti, ó rey, te ha indicado lo que ha de suceder en los últimos tiempos. Tu sueño y tus visiones pasaron de la manera siguiente:

31. Tú, ó rey, veías, y te pareció como una grande estatua; aquella estatua grande, y de mucha altura estaba derecha enfrente de ti, y su vista era espantosa.

32. La cabeza de esta estatua era de oro muy puro, mas el pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de cobre:

33. Las piernas de hierro, y la una parte de los pies era de hierro, y la otra de barro.

34. Así la veías tú, cuando sin mano alguna se desgajó del monte una piedra: é hirió á la estatua en sus pies de hierro y de barro, y los desmenuzó.

35. Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y reducidos como á tamo de una era de verano, lo que arrebato el viento; y no parecieron mas: pero la piedra que habia herido la estatua, se hizo un grande monte, é hinchió toda la tierra.

36. Este es el sueño: diremos tambien en tu presencia, ó rey, su interpretacion.

¡Magnífica estatua! Pero su mayor grandeza es el estar llena de altísimos misterios: en ninguna biblioteca se halla la historia que ella contiene: su autor no ha podido ser otro que el Dios omnipotente que dirige el vuelo de los siglos: admirable historia no escrita en letras ni en papel, pues el Todopoderoso la cinceló en el aire y se la mostró á un hom-

bre solo, y con mostrársela al mas heróico guerrero y conquistador que habia en el mundo, penetró de terror su espíritu. Pero era un profano soberbio y por eso no la entendió. Habia al mismo tiempo en Babilonia un joven humilde, el cual confesaba que toda sabiduría viene del cielo y por eso el Señor le tuvo por digno de que leyera el profundo significado oculto en el coloso-historia. Leyó en vision y explicó al rey Nabucodonosor que en la estátua de su sueño estaba todo el universo con sus grandiosas revoluciones, que los diferentes metales de ella espresaban diversos imperios que unos á otros se habian de devorar. Las propiedades de cada metal daban á entender el caracter distintivo de cada uno de esos cuatro imperios, que avasallaron el ámbito de la tierra, el Asirio, el Persa, el Griego y el Romano, en cuyo tiempo se desprendió la pequenuela piedra del monte, es decir bajó el Verbo divino de los eternos montes de su gloria y del seno augusto de los resplandores de su Padre, y tomando la forma de un niño y creciendo á los ojos de Dios y de los hombres llegó á establecer el sempiterno reino de su Iglesia, contra la cual jamás prevalecerán las puertas de los abismos, y venció y derribó y desmenuzó y redujo á polvo el coloso de la idolatría hiriéndole de muerte en las plantas que le sostenian, es decir en el imperio romano y en los emperadores que perecieron miserablemente en castigo de haberse declarado defensores del monstruoso paganismo.

Ya hemos visto la grandeza y orgullo de Nabu-

codonosor. Pues bien; ese rey que ve al mundo postrado á sus pies con humilde silencio, cae sobre su rostro al oír en boca de Daniel su sueño y su interpretación maravillosa, y al modo de los esclavos del Oriente se prosterna ante el profeta y considerándole como un Dios en su fanática ignorancia manda que le hagan sacrificios de víctimas y de incienso. ¿Cómo habia de aceptarlos Daniel? El rey pues advertido le dice: «Vuestro Dios es en verdad el Dios de los Dioses y el Señor de los reyes y el que revela los misterios.»

Otro sueño y otra interpretación se lee en el capítulo cuarto de Daniel no menos grande y sublime que el anterior. No hay en él apariencia de poesía, y sin embargo el mas escelso poeta no trazará unos cuadros de tanta magnificencia y magestad y efecto poético. El que sueña es el mismo Nabucodonosor, que tenia señorío sobre la mayor parte del humano linaje. Lo que ve en sueños es magnífico, á saber, un árbol, cuya cabeza se esconde en los cielos y cuyo pomposo ramaje se estiende de un término á otro del universo: vestido está de gloria y de hermosura y armado de fortaleza y enriquecido en demasía de ópimos frutos, y á su sombra todos los animales y bestias de la tierra hallan abrigo y morada, y en sus ramas se albergan y hacen ruido todos los parleros habitantes del aire, y en él está el mantenimiento de toda carne. Si á esto se redujese la vision, que tuvo en sueños el rey de la soberbia Babilonia, no hay duda que sería altamente bella y de un objeto tan pin-

toresco como grandioso; pero llega á ser sublime cuando baja del cielo un vigilante y santo y clama y dice con voz terrible: «Cortad de raiz el arbol.» Y luego añade: «Sea él atado con cadenas de hierro y de cobre, entre las yerbas que están fuera, y sea bañado con el rocío del cielo, y su parte sea con las fieras en la yerba de la tierra. El corazon de él sea cambiado de corazon de hombre, y dé-sele corazon de fiera: y siete tiempos se muden sobre él. Por sentencia de los veladores fue así decretado, y palabra, y demanda es de los santos: hasta que conozcan los vivientes que el Escelso tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo dará á aquel que quisiere, y al mas abatido de los hombres pondrá sobre él.» Esto es formidable, nuevo y maravilloso. Aqui hay un misterio de pavor: hay un no sé qué que aterra y estremece. No es estraño que se horripilára el fuerte corazon del fiero conquistador que esto veia y oia en el silencio de la alta noche. El arbol gigantesco, oida la sentencia que sobre él se pronuncia, ya parece que no es arbol, porque se habla de corazon de hombre que ha de mudarse en corazon de fiera y que esta escena tiene un objeto importantísimo, pues se trata nada menos que de que por ella conozcan todos los vivientes que el Escelso domina en el reino de los hombres y que da la corona del universo á quien le place aunque sea el ínfimo de los mortales.

Quien esto oia era un monarca ambicioso que con mano potente enfrenaba medio mundo, y es cla-

ro que la voz del cielo le habia de interesar vivamente porque hablaba de reinos y de un Señor-Escelso, que trasferia á su arbitrio el dominio de las naciones. Asi es que Nabucodonosor dió la importancia que merecia á su vision: llamó á todos los sábios de Babilonia y les consultó acerca de ella, y enmudeciendo ellos porque no tenian la luz de lo alto, acudió á Daniel, de quien sabia que era confidente de Dios. Daniel al oirle entró en profunda meditacion callando por espacio de una hora y sus pensamientos le turbaban. Animóle el rey, y él prorumpió en espresiones enfáticas que indicaban lo siniestro de su augurio. «Este sueño y su interpretacion, exclamó, pluguiera á Dios que recayeran sobre tus enemigos. El arbol eres tú, ó rey, que has sido engrandecido, y te has hecho poderoso: y ha crecido tu grandeza, y ha llegado hasta el cielo, y tu potestad hasta los términos de toda la tierra.

20. Y el haber visto el rey al velador y al santo descender del cielo, y decir: Cortad de raiz el arbol, y desmochadlo, pero dejad en tierra la cepa de sus raices, y sea atado con hierro y con cobre entre las hierbas de fuera, y sea bañado con el rocío del cielo, y su pasto sea con las fieras, hasta que se muden sobre él siete tiempos:

21. Esta es la interpretacion de la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre el rey mi Señor:

22. Te echarán de entre los hombres, y con las bestias y fieras será tu morada: y comerás heno como un buey, y serás bañado del rocío del cielo: y

se mudarán sobre ti siete tiempos, hasta que sepas que el Escelso tiene dominio sobre el reino de los hombres, y lo da á aquel que quiere.

23. Y en cuanto á lo que mandó que se reservase la cepa de las raices de él, esto es, del arbol; tu reino te quedará para ti despues que conocieres que toda potestad es del cielo.

24. Por lo cual toma, ó rey, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres: puede ser que él perdone tus pecados.

25. Todas estas cosas vinieron sobre el rey Nabucodonosor.

26. Al cabo de doce meses, se estaba paseando por el palacio de Babilonia.

27. Y respondió el rey, y dijo: ¿No es esta Babilonia la grande, que yo edificué para silla del reino, con la fuerza de mi poder, y con la gloria de mi magestad?

28. Y cuando aún estaba la palabra en la boca del rey, vino de repente una voz del cielo: Á ti, rey Nabucodonosor, se dice: Tu reino pasará de ti:

29. Y te echarán de entre los hombres, y con las bestias y fieras será tu morada: heno comerás como buey, y siete tiempos se mudarán sobre ti, hasta que sepas que el Escelso tiene dominio en el reino de los hombres, y lo da á aquel que quiere.

30. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor y fue echado de entre los hombres, y comió heno como buey, y su cuerpo fue ba-

ñado con el rocío del cielo: hasta que crecieron sus cabellos como de águilas, y sus uñas como las de las aves.

31. Mas al cabo de los dias, yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y me fue restituído mi juicio: y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive eternamente: porque su poder es un poder eterno, y su reino de generacion en generacion.

32. Y todos los moradores de la tierra delante de él son reputados como nada: porque hace segun su voluntad así en las virtudes del cielo como en los moradores de la tierra: y no hay quien resista á su mano, y le diga: ¿Por qué lo has hecho?

33. En el mismo tiempo me volvió á mí el juicio, y recobré la honra y dignidad de mi reino: y me volvió mi primera figura: y los grandes de mi corte y magistrados me vinieron á buscar, y fuí restablecido en mi reino: y me fue añadida mayor grandeza.

34. Pues ahora yo Nabucodonosor alabo, y engrandezco, y glorifico al Rey del cielo: porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos son juiciosos; y puede él humillar á los que caminan en soberbia.

(Traduccion del P. Scio.)

Esta relacion extraordinaria la hace el mismo Nabucodonosor escribiendo á todos sus dominios para glorificar al Eterno, que tanto le habia abatido y vuelto á ensalzar con trasformadora misericordia. El comentario de este suceso deberian ser setenta páginas

de puntos suspensivos, porque en efecto no hay encajecimiento espresado con palabras que compararse pueda á lo que se concibe meditando. Me ceñiré á llamar la atencion 1.º sobre la circunstancia de haber estado callando pensativo el Santo Profeta por espacio de una hora: 2.º sobre la manera fina, delicada, afectuosa y patética con que da principio á su interpretacion, manifestando el mas vivo dolor por lo infausto y terrible de la esplicacion concerniente al sueño misterioso de Nabucodonosor: 3.º su imponente mision que le hace divinamente superior al monarca, no le inspira para con este rey castigado ni desprecio ni altanería, ni falta de respeto, pues le trata con la mayor consideracion, sin que este miramiento que guarda con el Señor del mundo ni la amistad que con él tiene, le impida ser muy esplicito en el formidable desempeño de su mision profética: 4.º segun costumbre de la sagrada Escritura se deja á la contemplacion de los lectores el figurarse lo que pasó en el ánimo de Nabucodonosor cuando oyó el espantoso vaticinio en que se le anunciaba que por siete años habia de ser no solo el mas infeliz de los hombres sino que se le veria en la esfera de los brutos: 5.º el rey de Babilonia tenia poderosos motivos para no dudar del cumplimiento de los vaticinios de Daniel; sin embargo le vemos desplegando toda su jactanciosa soberbia cuando deberia estar aplacando á Dios con humilde penitencia; pero semejante conducta, aunque al parecer estraña, es muy propia de la miseria de un corazon en que reina el

demente orgullo: las palabras de los siervos de Dios caen en mal terreno: 6.º es sobre manera poético y grande aquello de estarse Nabucodonosor contemplando la suntuosidad de su Babilonia entregado á los delirios de su soberbia y bajar de los cielos precipitadamente una voz que le repite lo que está decretado para quebrantar su altivez, y aquello de cumplirse acto continuo la tremenda sentencia, ofuscándose su razon y tomando instintos de verdadero bruto hasta irse á morar á las selvas y remedar en un todo á las fieras: 7.º aquel poderoso ante quien se arrodillaba el universo conquistado, está de cuatro pies comiendo heno en un bosque: decidme si ofrecen las historias otro ejemplo de tan singular y extraordinaria peripecia. Tambien fue grande la de Valeriano que despues de haber enseñoreado la tierra como emperador romano, hecho prisionero por Sapor rey de los persas sufría la humillacion de servir de escabel á Sapor siempre que éste montaba á caballo: Nabucodonosor habia destruido la Jerusalén de los Judíos y cautivado á sus habitantes: Valeriano habia perseguido cruelmente á los cristianos: la humillacion de Nabucodonosor duró siete años y otros siete la de Valeriano; pero en Nabucodonosor es doble la peripecia: Valeriano murió y su alma bajó sin duda adonde yo no quisiera que bajára la mia: Nabucodonosor volvió á su trono y brilló mas que antes por la pompa de su corte, por la estension de su poderío, por el recobro de su razon y sobre todo por la profesion pública que hizo de adorar al verdadero

Dios mostrándose tan arrepentido como ilustrado por la fe. ¡Dichosa humillacion! Por ella y por su arrepentimiento juzgan respetables comentadores y varios Santos Padres que el Nabucodonosor de Daniel es uno de los que reinan con Dios en el palacio de la eterna bienaventuranza.

Si hubiese de manifestar todos los tesoros de belleza sublime que encierra el libro de Daniel, me sería preciso copiarlo todo y estenderme en el comentario literario tanto ó mas que sus sagrados espositores. Yo de mí casi puedo asegurar que en su lectura hallo mas gusto que en la del admirable Apocalipsis. Dirá alguno que donde está el Apocalipsis todos los demás son como la peana de su escelsa sublimidad, y no disputaré por negárselo. Antes bien, reconozco en las visiones del profeta de Patmos una elevacion y una grandeza que abruman y anonadan mi debil entendimiento. Pero el Apocalipsis es un libro superior é inaccesible al vuelo de la mente humana: por mucho que sobre él se haya escrito para dilucidarlo, el espíritu se confunde entre aquellas maravillas y la fantasía se pierde como abismada en un piélago de terrorífico asombro. El libro del predilecto discípulo del Salvador se escribió para los ángeles: el de Daniel para los hombres. ¡O vosotros, poetas y oradores que anhelais lo grande y lo bello y lo sublime, leedlo! ¡Leedlo y meditadlo! Hallareis el extremo de lo patético, de lo extraordinario y de lo sublimemente magnífico, lo hallareis junto con una sencillez incomparable. Buena prueba de ello es el

capítulo en que se refiere la célebre cena de Baltasar. Este rey impío está sitiado en la capital de su imperio por dos reyes enemigos y para mostrar que los desprecia se ha sentado alegremente en una mesa en que al resplandor de una infinidad de antorchas comen, beben y brindan por su salud mil convidados de lo más noble é ilustre de su reino. Para columbrar la magnificencia del banquete nocturno basta tener presente que se celebra en el imperial palacio de Babilonia: si se quieren contrastes, vuélvase la vista á las murallas de la misma ciudad en que peleando derraman su sangre muchedumbres de guerreros, y recuérdese al mismo tiempo que todos aquellos magnates y príncipes que en la suntuosa mesa se están regodeando livianamente con manjares exquisitos y vinos espumantes, dentro de breves horas serán cadáveres sepultados en ruinas. Mas ahora ni el rey ni ellos tienen más pensamiento que el de llevar á cabo la embriaguez de los placeres de la boca; así es que el rey para mayor ostentación y colmo de impiedad ha mandado que le traigan los vasos sagrados que servían al verdadero Dios en el templo de Jerusalén, de donde los sacó uno de sus antecesores, y con ellos en la mano ¡ó profanación sacrilega! se alaba en la real é infernal orgía á los dioses de oro, de plata, de cobre, de hierro y de piedra. ¿Qué sucede? El semblante del rey se ha inmutado de pronto, las manos le tiemblan, sus brazos también, todo él estremecido y convulso se ha puesto en una actitud de espanto y de pavor y sus ojos se fijan en la

pared. Unos dedos como de una mano que escribe han estampado en ella algunas letras. He aquí la causa del estremecimiento, repentina palidez, desasosiego y profundo terror de Baltasar que es el mas opulento y potente monarca del universo. ¡Qué presto desapareció su confiada alegría! La alteracion del rey se comunicaria con la velocidad del rayo á sus mil comensales. En tal conflicto, porque nadie atinaba á descifrar lo escrito, se llamó á los sábios de Babilonia y la sabiduría de ellos enmudeció confusa. Se recurrió al Profeta del Señor, y Daniel en el instante de presentarse en el salon del convite dirigió al rey palabras muy terribles, y despues de no haber querido aceptar los régios premios que le prometia si interpretaba el medroso escrito, volvióse á la pared y leyó de esta manera: *Mane, Thecel, Phares*. Eran palabras de espantosa significacion: anunciaban todo lo tremendo y formidable de los juicios de Dios sobre aquel monarca impío, y Daniel no ocultó nada de la terribilidad del vaticinio que encerraban con admirable laconismo aquellos tres fatídicos vocablos. El rey y su há poco alegre corte oyeron de sus lábios que en el cielo estaba decretada la ruina del imperio de Babilonia. ¡Cuán grande aparece Daniel pronunciando el oráculo de muerte ante un reinante nefando sentado con todos los príncipes y magnates de su reino en una mesa de sacrilega ostentacion! Yo le contemplo y le admiro. Vuelvo á contemplarle y le vuelvo á admirar. Su heróico valor me maravilla. El rey se le mostró agradecido vistiéndole de púrpura y ha-

ciendo que se le reconociera por la persona mas condecorada de su reino, cuyo fin y esterinio acababa de declararle el profeta. Aquella noche se cumplió su prediccion fulminante. Aquella noche tocó á su término la antiquísima monarquía de los Asirios. Aquella misma noche fue presa de los Persas y de los Medos. Aquella misma noche penetraron en el real palacio Ciro y Darío para ponerse la corona que arrebataban de las sienes de Baltasar. Aquella misma noche, aciaga para los del banquete, se apoderó la muerte del alma de Baltasar, la llevó al tribunal del Altisimo desvalida y llena de crímenes horrendos y la arrojó en el abismo de la eternidad.....



CAPITULO XVIII.

Ezequiel.



De este varon admirable dijo San Gregorio Nacianzeno que era el mas escelso de los profetas; y el literato Lowth afirma que nadie le iguala en fuerza, impetu y vehemencia, si bien confesando algunas otras de sus grandes dotes, se atreve á tildarle de inculito no sé con qué razon ni con qué autoridad. Paréceme que se le podria defender de semejante tacha con solo presentar algunas consideraciones acerca de lo que puede llamarse el *género profético*, el cual como muy apartado del lenguaje vulgar de los hombres, no debe medirse con la mezquina pauta de los retóricos; pero prescindiendo de la sobrehumana elevacion que caracteriza á la profecía y como que la pone fuera del alcance de los tiros de los críticos, es de estrañar que ponderando tanto el mismo Lowth la terrible energia y fogosa grandilocuencia de Ezequiel, eche de menos una refinada cultura, la cual no sería aventurado asegurar que no la habrá hallado muchas veces en autores del caracter que atribuye á Ezequiel. Aun los escritores mas puleros y re-

milgados suelen olvidarse de su connatural aliño y delicadeza cuando han de pedir al trueno su voz espantosa y su impetuosidad al rayo.

Tambien creo que hay algo de injusticia en hacerle pasar por tan oscuro, aunque generalmente se concede que su diction es clara y nada enmarañado su estilo: yo tengo para mí que la mayor parte de sus profecias son tan terminantes que casi no necesitan de esposicion para ser entendidas en su verdadero sentido literal, si se esceptua la incomparablemente magnífica vision del carro de la gloria divina tirado por aquellos cuatro animales tan extraordinarios que representaban á los cuatro Evangelistas, en la cual no dejan de ofrecerse á cada paso dificultades misteriosas que se convierten en otros tantos rayos de luz con el auxilio de las profundas investigaciones de los sábios comentadores. De todos modos, no era posible principiar el libro de una manera mas brillante y sublime, pues se halla en el capítulo primero, y en el primer versículo se lee: «Abriéronse los cielos, y ví visiones de Dios»..... cierto que lo que en él refiere por su grandeza y escelsitud prueba que sus visiones eran de Dios.

El capítulo décimo participa en gran manera de esa oscura sublimidad que acabo de indicar encierran el primero y algunos otros, bastando él solo para justificar la muy razonable prohibicion que hace la Iglesia de leer nuestros libros santos en lengua vulgar sin notas y para manifestar el desatino que el protestantismo comete en permitir á toda clase de

gentes la lectura é interpretacion de la sagrada Biblia. No es posible tocar esta materia sin que se recuerde con entusiasmo que la ha tratado magistralmente Balmes, la lumbrera de nuestro siglo, en su inmortal obra del *Protestantismo comparado con el Catholicismo*, en cuyo capítulo séptimo demuestra los funestísimos resultados que ha producido el abandonar la Escritura al examen privado de todo hombre por rústico é ignorante que se le suponga, y para probar que esta obra divina no está al alcance de todos hace de ella la siguiente descripcion. «Un libro, dice, que encerrando en breve cuadro el estenso espacio de cuatro mil años, y adelantándose hasta las profundidades del mas lejano porvenir, comprende el origen y destinos del hombre y del universo; un libro que tejiendo la historia particular de un pueblo escogido abarca en sus narraciones y profecias las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentra al lado de la facil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas, ó el candor é inocencia de un pueblo en la infancia: un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sábio sus sentencias, predica el Apostol, enseña y disputa el doctor; un libro donde un profeta señoreado por el Espíritu divino, truena contra la corrupcion y el estravío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios de Sináí, llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la

devastacion y soledad de su patria, cuenta en lenguaje peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobo, en que al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de apariciones enigmáticas, viera desfilar ante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro, ó mas bien un conjunto de libros, donde reinan todos los estilos y campean los mas variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la magestad épica y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narracion histórica y la rapidez y viveza del drama; un conjunto de libros escritos en diferentes épocas y paises, en varias lenguas, en circunstancias las mas singulares y extraordinarias, ¿cómo podrá menos de trastocar la cabeza orgullosa que recorre á tientas sus páginas, ignorando los climas, los tiempos, las leyes, los usos y costumbres; abrumada de alusiones que la confunden, de imágenes que la sorprenden, de idiotismos que la oscurecen; oyendo hablar en idioma moderno al hebreo ó al griego que escribieron allá en siglos muy remotos? ¿Qué efectos ha de producir ese conjunto de circunstancias, creyendo el lector que la sagrada Escritura es un libro muy facil, que se brinda de buen grado á la inteligencia de cualquiera, y que en todo caso, si se ofreciera alguna dificultad, no necesita el que lee de la instruccion de nadie, sino que le bastan sus propias reflexiones, ó concentrarse dentro de

sí mismo para prestar atento oído á la celeste inspiracion que levantará el velo que encubre los mas altos misterios? ¿Quién estrañará que se hayan visto entre los protestantes tan ridículos visionarios, tan furibundos fanáticos?»

El capítulo diez y nueve de Ezequiel ostenta verdaderamente muchas riquezas literarias; es una magnífica historia profética de los últimos reyes de Jerusalén: la alegoría no puede ser mas brillante y enérgica: llama leona á la misma Jerusalén por haber producido unos reyes tiranos: estos son leoncillos, y entre ellos está sentada su madre la leona, lo que indica su mucha ferocidad, pues las fieras nunca se muestran tan celosas y bravas como cuando tienen en su derredor á sus hijos y se figuran que alguien intenta quitárselos. Designa con el diminutivo de leoncillos á los reyes de aquel tiempo, porque si en efecto era grande su tiranía, su poder no era tanto que se hiciese respetar de las otras monarquías. Johacáz está pintado en los versículos 3 y 4 y de él se dice que aprendió á comer hombres, *hominemque comedere*, locucion de admirable propiedad y valentía que forma una vivísima hipotiposis aplicada á un tirano. En los cuatro siguientes versículos está trazada con incomparables rasgos la historia del perverso y desventurado Sedecías: tambien se dice de él que aprendió á devorar hombres. Los dos versículos en que se describe su inhumana tiranía son de mano maestra y merecen estamparse en este lugar: *Qui incedebat inter leones, et factus est leo, didicit præ-*

dam capere, et homines devorare: Didicit viduas facere; et civitates eorum in desertum adducere: et desolata est terra, et plenitudo ejus, à voce rugitus illius. Aprendió á hacer viudas. En tan sencilla frase se encierra una gran riqueza de sentido: esto expresa mucho mas que si hubiera dicho que dió atroz muerte á muchedumbres de hombres, pues en tal supuesto solo se nos ofrecería á la imaginacion la derramada sangre de muchos ciudadanos, mientras el sagrado Testamento no solamente nos pone delante de los ojos la carnicería hecha en aquellos sino tambien lo que para muchos lectores aún es mas sensible, el dolor y la angustiada desolacion de las tiernas mugeres sangrientamente privadas para siempre de sus amados esposos. Al asedio puesto á Jerusalén por el formidable ejército de Nabucodonosor lo denomina red. ¿Y qué diré de la alegoría de la viña, la cual significa á Jerusalén? Hela aquí en la traduccion del P. Scio y con las notas del mismo autor para mejor declarar su lúgubre significado.

40. Tu madre como viña sobre el agua (1) ha sido plantada en tu sangre: sus frutos y sus hojas verdes crecieron por las muchas aguas.

(1) Este parece apóstrofe del Profeta á Sedecias. Jerusalén tu madre, ó Sedecias, fué plantada en tu sangre; en tu nobilísima familia que descende de David, y que creció maravillosamente en poder, en riquezas y en gloria, á semejanza de una vid plantada junto á la corriente de muchas aguas, que llena de frondosidad estiende sus sarmientos, y multiplica sus frutos. Pero esta vid será arrancada, derribada en tierra, y abrasada.

11. Y le crecieron varas fuertes (1) para cetros de soberanos, y fué ensalzada su estatura entre sus hojas (2) y vió su altura en la muchedumbre de sus sarmientos (3).

12. Y fué arrancada con ira (4) y arrojada en tierra, y un viento abrasador (5) secó su fruto (6): se marchitaron, y secaron las varas de su fuerza (7): fuego la devoró.

13. Y ahora trasplantada ha sido á un desierto en tierra inaccesible y seca (8).

14. Y salió un fuego (9) de la vara de sus ra-

(1) Esta es una expresion figurada, con la que se significan los príncipes que nacieron de la stirpe real de David.

(2) Esto simboliza la grandeza de Jerusalén, que subió al mayor grado de elevacion, por las grandes acciones de sus príncipes y de los hombres eminentes, que dió esta ciudad en todos tiempos.

(3) Se complació y engrió, viéndose tan elevada entre tantos y tan ilustres reyes hijos suyos, que la habian llenado de gloria.

(4) Por el Señor, enojado contra esta viña por sus abominaciones y escesos. En lo que se da á entender la total ruina que vendria sobre ella.

(5) El ejército impetuoso de los Caldeos como una tempestad ó torbellino.

(6) Consumió sus hijos y todas sus riquezas.

(7) Sus fuertes ramas: toda la juventud de la familia real, todos los principales y nobles de la ciudad. (IV Reg. XXV.)

(8) Y de aqui á poco será trasladado todo el cuerpo del pueblo á Babilonia, para vivir allí en la mayor miseria, como si estuviera en un lugar desierto y sin aguas. O tambien, entendiéndolo de la misma Judea, hace este sentido: y convertida ha sido en un desierto, etc.

(9) Lo cual unos entienden de Sedecias, que por su perfidia

mas, el cual comió su fruto: y no hubo en ella vara fuerte (1), cetro de soberanos. Lamento es este (2), para lamento será.

El capítulo veintisiete es una grandiosa elegía profética, á la cual el mismo Dios da la denominación de lamento sobre Tiro como se lee en el versículo segundo. Principia con una ostentosa enumeración de las riquezas y glorias de esta ciudad señora de los mares y reina del comercio, y se estiende pomposamente en ponderar y ensalzar su magnificencia y poderío para luego entonar el himno de muerte á toda aquella acumulación de mundanales grandezas. Me parece que será del agrado de los inteligentes gustar en la lengua latina el pasage en que se pinta la espantosa catástrofe de Tiro, porque en verdad sería difícil darle en nuestro castellano el brio

y rebelion contra Nabucodonosor fué causa de la última desolacion de la ciudad, y tambien el último de sus reyes. Otros lo espican de Ismaél que era de la familia real, y mató á Godolias y á todos los Judios, que con él estaban. (Jerem. XLI, 2 y IV Reg. XXV, 25.) Y otros finalmente de esta manera: y vino el castigo que la acabó por la maldad de sus reyes y de los principales del pueblo.

(1) Y no quedó en ella quien sucediera en el reino, por cuanto fueron llevados cautivos todos aquellos que podian tener algun derecho.

(2) Tal es este cántico lúgubre sobre Jerusalén que merece ser ahora llorada, y lo será por mucho tiempo, porque no se acabarán tan pronto sus trabajos y miserias; y la triste memoria de esta desolacion siempre estará viva entre los hijos de Judá. Y este cántico lúgubre se repetirá de generacion en generacion.

de muchas de estas frases y espresiones en que San Gerónimo manifestó toda la dignidad, fuerza y rotundidad del respetable idioma del Lacio.

27. *Divitiæ tuæ, et thesauri tui, et multiplex instrumentum tuum, nautæ tui et gubernatores tui, qui tenebant supellectilem tuam, et populo tuo præerant: viri quoque bellatores tui, qui erant in te, cum universâ multitudine tuâ, quæ est in medio tui, cadent in corde maris in die ruinæ tuæ.*

28. *A sonitu clamoris gubernatorum tuorum conturbabuntur classes.*

29. *Et descendent de navibus suis omnes qui tenebant remum: nautæ et universi gubernatores maris in terra stabunt.*

30. *Et ejulabunt super te voce magnâ, et clamabunt amare: et superjacent pulverem capitibus suis, et cinere conspergentur.*

31. *Et radent super te calvitium, et accingentur ciliciis; et plorabunt te in amaritudine animæ ploratu amarissimo.*

32. *Et assument super te carmen lugubre, et plangent te: Quæ est ut Tyrus, quæ obmutuit in medio maris?*

33. *Quæ in exitu negotiationum tuarum de mari implesti populos multos: in multitudine divitiarum tuarum, et populorum tuorum, ditasti reges terræ.*

34. *Nunc contrita est à mari: in profundis aquarum opes tuæ, et omnis multitudo tua, quæ erat in medio tui, ceciderunt.*

35. *Universi habitatores insularum obstupuerunt*

super te: et reges earum omnes tempestate perculsi mutaverunt vultus.

36. *Negotiatores populorum sibilaverunt super te: ad nihilum deducta es, et non eris usque in perpetuum.*

Igual contraste de lúgubre sublimidad se admira en el capítulo treinta y uno, en el cual hace presente al rey de Egipto que su orgullo será anonadado á la manera que lo fué el imperio de Asiria, cuya grandeza y ruina describe con oriental pompa bajo la alegoría de un arbol gigantesco, cuya desnudez y oprobio despues de su caida pinta con muy ricos colores. He aquí dicho capítulo traducido por Scio.

1. Y aconteció en el año undécimo, en el mes tercero, el primero del mes, vino á mí palabra del Señor, diciendo:

2. Hijo de hombre, di á Faraon Rey de Egipto, y á su pueblo: ¿A quién te has comparado en tu grandeza?

3. Mira á Assúr como un cedro en el Líbano, hermoso en ramas, y frondoso en hojas, y de grande altura, y entre sus densas ramas se elevó su copa.

4. Las aguas lo criaron, el abismo lo encumbró: sus rios corrian al rededor de sus raices, y envió sus arroyos á todos los árboles de la region.

5. Por esto se encumbró su altura sobre todos los árboles de la region: y se multiplicaron sus arboledas, y se alzaron sus ramas por las muchas aguas.

6. Y habiendo estendido su sombra, anidaron en sus ramas todas las aves del cielo, y debajo de

su espesura criaron todas las bestias de los bosques, y á la sombra de él moraba la congregacion de muchísimas gentes.

7. Y era muy hermoso en su altura, y en la estension de sus arboledas: porque su raiz estaba cerca de muchas aguas.

8. No hubo cedros mas altos que él en el paraíso de Dios, los abetos no igualaron á su copa, y los plátanos no fueron iguales á sus ramos: ningun arbol del paraíso de Dios se semejó á él, ni á su hermosura.

9. Porque lo hice hermoso, y de muchas y espesas ramas: y tuvieron de él envidia todos los árboles deliciosos, que habia en el paraíso de Dios.

10. Por tanto esto dice el Señor Dios: Por cuanto se ha encumbrado en altura, y ha ostentado su copa verde, y frondosa, y se ha levantado su razon en su altura:

11. Lo entregué en mano del mas poderoso de las gentes, hará de él lo que querrá: lo he desechado segun su impiedad.

12. Y le cortarán estraños, y los mas crueles de las naciones, y le echarán sobre los montes, y en todos los valles caerán sus ramas, y serán cortadas todas sus arboledas sobre todas las rocas de la tierra: y se retirarán de su sombra todos los pueblos de la tierra, y lo abandonarán.

13. En sus ruinas moraron todas las aves del cielo, y en sus ramas estuvieron todas las bestias de la region.

14. Por lo cual no se ensalzarán en su altura todos los árboles de las aguas, ni pondrán su cumbre entre las arboledas y espesuras, ni fiarán en su grandeza todos estos árboles que tienen riego de aguas: porque todos han sido entregados á muerte á la tierra profunda, en medio de aquellos hijos de los hombres, entre los que descienden al lago.

15. Esto dice el Señor Dios: en el día en que descendió á los infiernos, puse llanto, cubríle del abismo: y vedé á sus rios, y detuve las muchas aguas: se entristeció el Líbano sobre él y se estremecieron todos los árboles del campo.

16. Al estruendo de su ruina conmoví las gentes, cuando le llevé al infierno con aquellos que descendían al lago, y se consolaron en la tierra profunda todos los árboles del deleite, nobles y hermosos del Líbano, todos los que se regaban con aguas.

17. Porque ellos descenderán tambien con él al infierno con los muertos á cuchillo: y el brazo de cada uno se sentará á su sombra en medio de las naciones.

18. ¿A quién te has asemejado, ó noble y alto, entre los árboles deliciosos? He aquí has sido precipitado con los árboles deliciosos á la tierra ínfima: en medio de los incircuncisos dormirás, con aquellos que murieron á cuchillo: este es Faraon, y todo su pueblo, dice el Señor Dios.

De la admirable energía, vehemencia y grandiosidad de pensamientos, que son las dotes que mas distinguen la profecía de Ezequiel, pudieran presen-

tarse innumerables ejemplos; pero me contentaré con citar el capítulo treinta y dos que es un cántico lúgubre sobre Faraón y su pueblo de Egipto, en el cual entre otras cosas se lee: «Y te arrojaré en tierra, sobre la haz del campo te echaré y haré morar sobre ti todas las aves del cielo, y hartaré de ti las bestias de toda la tierra. Y pondré tus carnes sobre los montes y henchiré tus collados de tu sangre podrida. Y regaré la tierra de las montañas con tu sangre fétida y los valles se henchirán de ti. Y cubriré el cielo cuando te matarén y haré oscurecer sus estrellas: cubriré el sol con nube y la luna no dará su lumbre: todas las lumbreras del cielo haré enlutar por ti: y pondré tinieblas sobre tu tierra.»

Aún es mas grande y terrible la conclusion del capítulo treinta y ocho donde hablando de dias muy próximos al juicio final, dice: «Y acaecerá en aquel dia, en el dia de la venida de Gog sobre la tierra de Israel, dice el Señor Dios, subirá mi indignacion en mi furor. Y en mi celo, en el fuego de mi ira he hablado. Porque en aquel dia habrá una grande conmocion sobre la tierra de Israel; y se conmovrán á mi presencia los peces de la mar, y las aves del cielo, y las bestias del campo, y todos los reptiles que se mueven sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la haz de la tierra, y serán trastornados los montes, y caerán los vallados, y todo muro caerá en tierra. Y llamaré contra él en todos mis montes la espada, dice el Señor Dios: la espada de cada uno se enderezará contra su hermano. Y le juzgaré

con peste, y con sangre, y con lluvia impetuosa, y con grandes piedras: fuego y azufre lloveré sobre él, y sobre su ejército, y sobre los muchos pueblos que están con él. Y seré engrandecido y santificado: y seré conocido en los ojos de muchas gentes, y sabrán que yo soy el Señor.»

Brillantísimo, magestuoso y sobre manera grande en terribilidad se ostenta el capítulo treinta y nueve, en el cual Dios convida espantosamente á todas las aves y animales del universo á que vayan á hartarse de sangre al campo de batalla en que yacen Gog y todos los enemigos del Señor.

Incomparables son las personificaciones de este fogoso profeta, y no recuerdo haber leído en ningun autor profano imagen y personificación mas arrogante que la que admiro en el v. 17 del capítulo catorce, donde el Señor hablando acerca de Jerusalén se espresa en los términos siguientes: «Ó si enviare yo espada sobre aquella tierra y dijere á la espada: pasa por la tierra.» Así el Dios de las venganzas da sus órdenes á la espada, proponiéndose arruinar á la nación judía. Semejante á esto es aquello otro del capítulo 24 (v. 28): Espada, espada, desenváinate para degollar, afílate para matar y relumbrar.

¡Qué ímpetu y aterrador enardecimiento en los dos últimos versículos del capítulo que acabo de citar, en los cuales dice el Omnipotente: «Y derramaré sobre ti mi indignacion: en el fuego de mi furor soplaré contra ti y te daré en manos de hombres necios y fraguadores de muerte. Serás comida para el

fuego *igni eris cibus*, tu sangre estará en medio de la tierra, á olvido serás entregada: porque yo el Señor he hablado.»

Á todo esto y á cuanto se lee en los mas célebres poetas del mundo se aventaja á mi juicio el sorprendente y maravilloso espectáculo, que Ezequiel nos ofrece en su capítulo treinta y siete. Le ha arrebatado el espíritu del Señor á un campo lleno de huesos áridos y secos, y despues de hacérselo contemplar con religioso pavor, le pregunta de una manera imponente: «Hijo del hombre, ¿te parece que estos huesos vivirán? El profeta responde: Señor Dios, tú lo sabes.» ¡Este diálogo no lo inventa el entendimiento humano! La pregunta es muy propia de la magestad de un Dios que va á obrar un asombroso portento, y quiere probar antes la fe de su fatídico siervo, por cuyo medio intenta ejecutarlo. El profeta obrador de la estupenda maravilla contesta á Dios con una humildad y un reverente laconismo digno de aquella escena. En efecto, una de las cosas que deben notarse en este admirabilísimo pasaje de la Biblia es la inimitable concision con que se refiere en solo catorce versículos nada menos que la instantánea resurreccion de un campamento de difuntos, que cual si fueran soldados que acto continuo hacen lo que les manda la voz de su gefe, al oir la de Ezequiel ejecutan una porcion de operaciones tales como poner en movimiento sus huesos, juntarlos unos á otros, cubrirlos de carnes, de nervios y de piel y finalmente ponerse en pie animados y vivos forman-

do un inmenso ejército de resurreccion: *Et prophetavi sicut præceperat mihi; et ingressus est in ea spiritus, et vixerunt: steteruntque super pedes suos exercitus grandis nimis valde.*

¡Nosotros mismos, nosotros junto con los hombres de todos los siglos nos levantaremos repentinamente de nuestros sepulcros cuando oigamos la señal dada por el Angel para que todas las generaciones se presenten á juicio en el fin del tiempo y en la ruina del universo! Esto figuraba la resurreccion hecha por Ezequiel; de modo que si es grande en sí mismo el prodigio, aún es mayor por lo que representa. Tambien era una imagen de la libertad y restablecimiento del pueblo judáico en su pais nativo, de la resurreccion de los pecadores á la divina gracia, de la resurreccion del mundo que antes de la venida del Salvador estaba sentado en sombras de muerte y ahora vive respirando el divinal aliento de una religion venida de los cielos, que ha trasformado su faz sacándole del hediondo sepulcro de la infernal idolatría.



CAPITULO XIX.

Jeremías.



Este santo y melancólico profeta está reconocido como un perfecto modelo de poesía lúgubre ó elegiaca, por tanto no es mi ánimo probar una cosa tan averiguada. Sea en buen hora Jeremías el poeta de las lágrimas; no le disputaré esta palma, porque estoy convencido de que la merece y porque con él he llorado muchas veces admirando su ternura sublime sentado entre unas ruinas en la ciudad eterna, lejos del bullicio de los hombres y sobre una tierra empapada siglos há en la veneranda sangre de mil y mil mártires de Jesucristo, que allí fueron devorados por las fieras ante un inmenso pueblo de entrañas verdaderamente paganas. Sí, he llorado con Jeremías entre los medio derruidos paredones del anfiteatro de Roma en sitio donde nadie me veía, donde impunemente podia alzar la voz gemebunda leyendo las páginas de la lamentacion por la muerte de Jerusalén. Entonces meditaba con mi Jeremías sobre las ruinas de la antigua Roma; ¡y ay dolor! en los momentos

en que esto escribo (12 de diciembre de 1848) á torrentes deberian correr mis lágrimas por la desolacion de la Roma cristiana y por las tribulaciones que como aguas de tempestad han caido sobre la inocente cabeza del Pontífice sumo, sobre el vicario del Fundador divino de nuestra religion adorable, sobre el augusto representante del Dios vivo en la tierra. *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum?* (Jerem. c. 9, v. 1.) Pero no: las lágrimas no discurren, ahogan la voz y anublan los ojos; y aunque el llorar sea á la índole y sentimientos de mi corazon mas conforme que el razonar, dejaré el llanto para mí solo, y me ocuparé brevemente en manifestar que á mí me parece que Dios quiso dar á sus santos misioneros un admirable modelo en el enérgico y sentimental Jeremías y que estos por su parte se han empeñado en imitarle.

Llevo indicado que los profetas en general se me figuran una imagen bastante espresiva de los predicadores de la ley de gracia; pero Jeremías en mi concepto es un bello prototipo de los misioneros en particular. En el capítulo primero de su profecía se ve que Dios le habia santificado en el vientre de su madre. Tal fue la digna preparacion para el ejercicio de su ministerio. Los misioneros saben que para convertir y santificar á otros no hay disposicion mas excelente que la de santificarse primero á sí propios, y la historia eclesiástica es testigo que muchas veces depone que así lo han hecho los propagadores del Evangelio y cuantos con la espada de la divina pa-

labra han asaltado y rëndido las fortalezas de los corazones donde reinaba el pecado, al cual han tenido la gloria de espulsar de ellos. Tambien se ve en el mismo capítulo que el Señor eligió y preordinó á Jeremías para profeta suyo. La vocacion no hay duda que es un requisito indispensable para quien haya de llenar el sublime cargo y árduo ministerio de misionero evangélico.

Quando Jeremías recibió su sagrada mision no contaba mas que quince años de edad segun los mas acreditados espositores.

Los misioneros suelen parecerse en esto, em-
prendiendo desde muy jóvenes los estudios que se re-
quieren para el buen desempeño de su apostolado.

Jeremías se mostró grandemente humilde, mani-
festando al Señor su insuficiencia para el terrible em-
pleo á que le llamaba. Esta laudable disposicion de
ánimo pudiera asegurarse que jamás ha faltado á los
mas insignes misioneros. Pero el Señor conhortó el
corazon de su joven profeta asegurándole que esta-
ria con él; que nada temiese porque le sostendria con-
tra todos sus enemigos y le constituia desde aquel
momento sobre naciones y reinos haciendo que á su
poderosa palabra se aniquilaran ó recibieran nueva
vida. Y ved aquí que la voz de un niño estremece
pueblos y reyes. Asimismo quando el Señor envia á
uno de sus siervos para que los pueblos enderecen
sus caminos y se aparten de la senda de iniquidad,
dando en su boca á la divina palabra un poderío so-
brehumano, le confiere absoluto dominio sobre los

corazones de sus oyentes, como se verifica en nuestros dias en el célebre misionero D. Antonio Claret, que con tanto fruto y admiracion de los fieles está ofreciendo al mundo en las Islas Canarias espectáculos de asombrosa edificacion. Sin embargo, no ha de decirse que el no conquistar corazones sea una señal de que no se ha recibido del cielo la alta mision de evangelizar á los pueblos, porque si bien las palabras de los profetas están dotadas de una fuerza verdaderamente divina y todas ellas llenaron su objeto de un modo maravilloso, no por eso produjeron todo el fruto de la inmediata conversion de las naciones, á cuyo fin se dirigian, porque en los cielos nada de la tierra se respeta tanto como el libre albedrío del hombre para obrar el bien ó el mal, y es necesario que se respete exigiéndolo así la justicia del Señor que para premio ó castigo requiere libertad en los entes racionales.

Es muy notable en Jeremías la profundidad del sentimiento, la vehemencia y movimiento de los afectos, la viveza de las descripciones, la rápida transición de la amenaza á la exhortacion y de la exhortacion á la amenaza. Todo lo cual se palpa en el capítulo cuarto, donde comienza llamando á penitencia á la pecadora Jerusalén y para moverla á convertirse le representa saliendo de su cueva al leon que viene á devorarla y describe con magistrales pinceladas lo que habia de suceder cuando Nabucodonosor la desolase. Nabucodonosor es el leon.

7.º *Ascendit leo de cubili suo, et prædo gentium*

se levavit: egressus est de loco suo, ut ponat terram tuam in solitudinem; civitates tuæ vastabuntur, remanentes absque habitatore.

8.º *Super hoc accingite vos ciliciis, plangite et ululate, quia non est aversa ira furoris Domini à nobis.*

9.º *Et erit in die illa, dicit Dominus: Peribit cor regis, et cor principum: et obstupescent sacerdotes, et prophetæ consternabuntur.*

10. *Et dixi: Heu! heu! heu! Domine Deus, etc.*

No es menos valiente y magnífico el siguiente versículo, que es el decimotercio.

13. *Ecce quasi nubes ascendet, et quasi tempestas currus ejus; velociores aquilis equi illius. Væ nobis, quoniam vastati sumus.*

Los mas célebres poetas saldrian gananciosos si adoptaran por suyas las siguientes imágenes de atrevida sublimidad.

V. 23. *Aspexi terram, et ecce vacua erat, et nihil; et cælos, et non erat lux in eis.*

V. 24. *Vidi montes, et ecce movebantur; et omnes colles conturbati sunt.*

V. 25. *Intuitus sum, et non erat homo, et omne volatîle cæli recessit.*

V. 26. *Aspexi et ecce Carmelus desertus; et omnes urbes ejus destructæ sunt à facie Domini, et à facie iræ furoris ejus.*

Este capítulo concluye de un modo muy digno de la triste grandeza de su contenido: oye el profeta la voz de Jerusalén que moribunda esclama dolo-

rosamente: *Vae mihi, quia defecit anima mea propter interfectos.*

En los buenos misioneros se observan por lo regular las mismas dotes de extraordinaria energía en las ideas y hasta en las palabras, la misma concision en el modo de espresarse, el mismo calor y fuego y los mismos arranques que se descubren y sobresalen en Jeremías. Las figuras mas vehementes, como la interrogacion, el apóstrofe, la repeticion, la hipotiposis, la esclamacion y otras á este tenor son las que mas comunmente usan los misioneros; y estas mismas las que con mas frecuencia emplea el profeta de Anathot. Jeremías atiende á la fuerza de los pensamientos y á la mocion de los afectos mas que á la belleza de las cláusulas y al escogimiento de las palabras; y así lo hacen tambien los misioneros.

Casi nunca amenaza Jeremías con terribles castigos sin hacer una vivísima pintura de los crímenes que han llamado del cielo la venganza divina; y en esto tambien le siguen los misioneros, los cuales suelen ser sumamente diestros en describir los vicios presentándolos en toda su desnudez y horribilidad, porque las amenazas deben recaer sobre el pecado para evitar el recelo de que por ellas pueda alguna alma demasiado tímida formarse una idea exagerada de la severidad de nuestro Dios, por lo cual cuando consideran piadoso el auditorio dirijen su aterradora palabra á los pecadores en general mas bien que en particular á los devotos circunstantes.

En el capítulo veinte vemos que Jeremías es mal-

tratado y encarcelado por Phassur que con sus crueldades pretendia hacerle callar, si no lograba que plegándose á su gusto falseára su mision sacrosanta; empero el impertérrito profeta al salir de la carcel predica las venganzas del Eterno con igual denuedo y ardimiento. Así muchas veces los misioneros son perseguidos y presos porque anuncian la divina palabra, y ni la prision ni los mas atroces tormentos logran imponerles silencio; así el valeroso precursor San Juan Bautista; así muchos de los ínclitos mártires de los tres primeros siglos de la Iglesia; así en época posterior muchos santos confesores; así en nuestros dias y ahora mismo esos varones apostólicos, esos vivientes prodigios del heroismo cristiano que llevando la luz y civilizacion del Evangelio á paises estúpidamente bárbaros ejercen el augusto ministerio de la predicacion aun en medio de las persecuciones mas sangrientas y de los suplicios mas horrorosos. ¡Ó Jeremías! Todos esos innumerables atletas de la fe, á quienes no enmudece tormento alguno, son tus imitadores, se han formado en tu escuela y sobre ellos refleja el brillo de tus triunfos de la misma manera que los rayos de su gloria coronan en cierto modo tu venerable frente, porque ejemplo les diste y siguiendo tu ejemplo se hacen grandes y admirables á la faz del universo.

De cuando en cuando se exalta notablemente el profeta del Señor, y él mismo pinta los efectos de su exaltacion como en el versículo noveno del capítulo veinte y tres donde dice: *Contritum est cor meum in*

medio mei; contremuerunt omnia ossa mea: factus sum quasi vir ebrius, et quasi homo madidus à vino à facie Domini et à facie verborum sanctorum ejus.
 No de otra suerte ardiendo en santo celo los entusiasmados misioneros suelen sentir en medio de su predicacion extraordinarias conmociones del Espiritu divino: inflámanse sus ojos; exáltase su corazon; su voz se hace semejante al trueno; sus palabras son como centellas; sus lábios como un horno; y hasta sus brazos en el fervor de la peroracion parece que fulminan rayos.

Pero si los misioneros hacen por Dios cosas extraordinarias; tambien muestra para con ellos una particular predileccion el soberano Remunerador de todas las virtudes como la sagrada Escritura manifiesta que lo hizo con sus profetas y especialmente con Jeremias. En el capitulo treinta y seis se refiere que Joaquin rey de Judá despues de haber quemado el libro de sus profecias mandó prenderle juntamente con su secretario Baruch; pero el Señor los sus-trajo á la persecucion de aquel monarca depravado. Así lo acostumbra hacer muchas veces con sus siervos los misioneros librándolos de las cárceles y del último suplicio de una manera inesperada, como puede verse hasta en las cartas que recientemente han publicado de las misiones del Tonkin, de la China y de la Cochinchina los *Anales de la propagacion de la fe* y el escelente periódico mensual que se da á luz en Barcelona con el título de *Revista católica*, en el cual muy á menudo se refieren los triunfos que

nuestra santa Religion alcanza en paises infieles por medio de sus heróicos é infatigables misioneros.

No es raro ver en la sagrada Escritura que el Señor ordena á sus profetas que hagan ciertas cosas extraordinarias á los ojos del público como para sacarle por este medio de su apatía y endurecimiento de corazon, empleando el lenguaje de los hechos mas enérgico y espresivo que el de las palabras cuando estas no bastan ó son desoidas. La vida de Jeremías fue una serie de semejantes acciones extraordinarias hechas por orden de Dios y altamente significativas, de modo que cada una de ellas es una importantísima profecía. En el capítulo séptimo le manda el Señor que se corte el cabello para denotar que el pueblo sería llevado cautivo á Babilonia porque esta era señal de cautivos y esclavos. El capítulo decimotercio nos manifiesta otro símbolo, en cuyo significado es de admirar la entrañable ternura del Eterno para con su pueblo querido y el rigor de sus juicios por su ingrata correspondencia. Hable el sagrado testo.

V. 1. Esto me dice el Señor: vé, y cómprate un cinto de lino, y pónitelo sobre tus lomos, y no lo metas en agua,

2. Y compré el cinto segun la palabra del Señor, y me lo puse al rededor de mis lomos.

3. Y fué á mí segunda vez palabra del Señor, diciendo:

4. Toma el cinto, que compraste, que tienes sobre tus lomos, y levántate, y anda al Euphrates, y escóndelo allí en el hueco de una piedra.

5. Y fui, y lo escondí en el Euphrates, como el Señor me lo había mandado.

6. Y sucedió, que pasados muchos dias, me dijo el Señor: levántate, ve al Euphrates; y toma de allí el cinto, que te mandé que lo escondieses allí.

7. Y fui al Euphrates, y cavé, y tomé el cinto del lugar, en donde lo había escondido; y estaba ya podrido el cinto, de modo que no era util para uso alguno.

8. Y fué á mí palabra del Señor, diciendo:

9. Esto dice el Señor: así haré que se pudra la soberbia de Judá, y la mucha soberbia de Jerusalén:

10. Á este pueblo pésimo, que no quieren oír mis palabras, y andan en la depravacion de su corazón; y se fueron tras los dioses agenos para servirlos, y adorarlos; y serán como ese cinto, que para ningun uso es bueno.

11. Así como se apega el cinto á los lomos de un hombre, así uní estrechamente conmigo toda la casa de Israel, y toda la casa de Judá, dice el Señor: para que fuesen mi pueblo, y de mi nombre, y para mi alabanza y gloria; y no escucharon.

En el capítulo decimonono manda el Señor á su profeta Jeremías que delante de los magnates del pueblo rompa una cantarilla de barro para dar á entender con esto la facilidad con que el Altísimo destruiria á la nacion judáica.

En el capítulo veintisiete se nos aparece el denodado profeta Jeremías extraordinariamente grande con una accion sublime, que á los ojos de los cie-

gos hijos del polvo encumbrados en altas dignidades acaso le haria pasar por demente. Sedecías último rey de Judá acaba de subir al trono y se halla rodeado de augusta pompa, de alegres y aduladores cortesanos y de los respetables embajadores de las cortes amigas, y Jeremías se le presenta cargado de cadenas y con sogas al cuello y le intima que se someta al yugo del rey de Babilonia, pues de lo contrario dice el Señor que á la nacion que no lo hiciera la visitará en su furor con espada, con hambre y con peste. Las cadenas y sogas que Jeremías lleva sobre sí son símbolo del cautiverio que han de sufrir bajo el yugo de Nabucodonosor el monarca Sedecías y los reyes de todos aquellos embajadores que venidos á cumplimentarle se hallan en su presencia. Ni es esto solo. El profeta del Señor va luego á los palacios de los embajadores del rey de Edom, del rey de Moab, del rey de los hijos de Ammon, del rey de Tiro, y del rey de Sidon y presentándoles una soga y una cadena, les dice que la envíen á sus respectivos amos de parte del Señor de los ejércitos, quien se las manda en señal de que bajando de sus tronos y rindiendo sus coronas al fiero Nabucodonosor han de ir cautivos á lejanas tierras bajo la inexorable férula de aquel conquistador. En vano sería buscar en la historia profana un hecho semejante ni un personaje que hubiese desempeñado una comision tan árdua y para la cual verdaderamente se necesitaba una alma grande, heroica y sublime. ¡O Jeremías! ¿A quién te compararé, ó á quien te asemejaré?

El capítulo treinta y dos nos ofrece otro ejemplo de profecía hecha por medio de una acción visible. Durante el sitio de Jerusalén compra Jeremías un campo por mandado del Señor, dando á entender con esta compra que aún no estaba todo perdido para los hijos de Judá, los cuales despues del cautiverio volverian á poseer casas y haciendas. Y por último, el capítulo cincuenta y uno consigna otro hecho de suma energía. Jeremías manda á Saraias que vaya á Babilonia y despues de haber leído al pueblo su terrible profecía contra aquella ciudad, atando una piedra al libro de la tal profecía, lo arroja en medio del rio Euphrates y diga: «Así será sumergida Babilonia, y no se levantará de su afliccion que yo voy á traer sobre ella, y será deshecha.»

Esto de valerse el Señor hasta para las profecías de actos esternos y materiales es una prueba indirecta de que no le desagradará el culto esterno que consiste en visibles acciones de acatamiento y adoracion; y de aquí pudieran conjeturar que van muy errados los que á su modo entienden aquello de adorar á Dios en espíritu y en verdad proscribiendo el culto esterno.

Tambien parece que estas acciones exteriores de los profetas ministros de la divina palabra, autorizan ciertos hechos patéticos de los misioneros como la costumbre de agarrar al fin de sus sermones el sacratisimo Crucifijo y hacer con él extremos de amor y mostrar sus llagas al pueblo y besarlas y empa-parlas con sus lágrimas y echar con él la bendicion

y tantas otras acciones tan tiernas como conmoventes, que acompañadas de palabras de fuego y de plegarias de esquisita y profunda ternura, producen en el auditorio un efecto maravilloso.

Con una acción que con razón podía decirse inspirada, se cuenta que alcanzó el insigne Bossuet un triunfo muy señalado. Llamado de París á Versailles á ayudar á bien morir á una princesa que se hallaba en la agonía y sabiendo que por una obstinada desconfianza de la misericordia del Señor se resistía á confesarse, al entrar en su cámara el inmortal Obispo de Meaux sin saludarla se precipitó á cojer un Crucifijo y arrodillándose con él delante de la cama de la moribunda y señalando con viveza á la sangre de la herida del divino costado, y haciendo con la mano como que la derramaba sobre la princesa, alzando la voz exclamó: «¡Por vos se ha vertido toda esta sangre!» Acción y grito sublime que instantáneamente obró una revolución de vida eterna en aquel alma infeliz que se deshizo en lágrimas de arrepentimiento, se entregó con dulcísima confianza á la piedad infinita del Salvador del género humano, se confesó y recibidos todos los auxilios de la religion, espiró santamente en el suave ósculo del Señor.

Otra de las acciones exteriores á que algunas veces recurren fervorosos misioneros, es el cojer una calavera y hablar con ella acerca de las vanidades de este mundo y de los destinos de la eternidad y mostrarla al pueblo para que en aquel espejo considere en lo que ha de venir á parar tanto orgullo,

tanta pompa de riquezas, tanta liviandad de placeres, tanto esmero con nuestro corruptible cuerpo y tanto aprecio de la humana hermosura, cuyo fin es convertirse en esqueleto deforme y calavera horrosa.

El accionar de los misioneros en el púlpito he observado que por lo regular es mas vehemente que el de otros oradores sagrados, y no hay duda en que la accion viva y oportuna contribuye mucho al buen éxito de la predicacion. En esta parte se distingue sobre manera el valientísimo misionero francés Mr. Combalot, que ha hecho muchas conversiones predicando casi en toda Francia con tal fuego é impetuosidad en la accion que en otros sería reprehensible por excesiva, pero que en él es sumamente natural y muy propia de la terrible entonacion de su voz, de la fogosidad de su discurso, de la grandeza de sus imágenes, de la fuerza de sus sentencias y hasta del encendimiento de su rostro y del centellear de sus ojos. Se me figura que no serian menos impetuosos en la accion San Juan Crisóstomo cuando hablaba al consternado pueblo de Antioquía ó cuando dirijia la palabra á la conmovida muchedumbre de Constantinopla en la espantable desgracia de Eutropio, y Pedro el Hermitaño y el grande San Bernardo cuando á su voz levantaban las naciones de Europa para precipitarlas sobre el Asia con el fin santo de arrebatarle el sepulcro en que venció á la muerte el divino Libertador de los hombres.

La vida de Jeremías está toda sembrada de las

mas amargas tribulaciones: la senda que recorrió en su peregrinacion sobre la tierra fué toda ella de espinas: jamás se apartó de sus lábios el caliz del dolor: en su afligido corazon hirvieron continuamente los suspiros: sus ojos fueron dos fuentes de lágrimas. Tuvo que luchar en su larga carrera con nobles y plebeyos, con príncipes y sacerdotes, con los doctores de la ley y con los ignorantes y con reyes poderosos; todos estaban corrompidos y á todos intimó de parte del Señor que se acercaba el dia de las venganzas del cielo, que se acercaba la devoradora espada del Asirio, que se acercaba la desolacion y ruina de la pátria, el duro cautiverio y la caida de aquella tan querida Jerusalén que habia de reducirse á un monton de escombros y cenizas. La cadena de sus persecuciones principió en Anathot lugar de su nacimiento y no concluyó sino con su existencia. Muchas veces estuvo preso y fué maltratado y hasta azotado. El capítulo treinta y ocho nos le manifiesta arrojado á un lago lleno de cieno para que allí muriese de hambre. ¡Ah! El hombre sobre quien descendia de los cielos espíritu revelador y se mostraba tan grande amenazando de parte del Altísimo con inminente catástrofe á los reyes y á los pueblos y á las mas orgullosas naciones, comparece cubierto de inmundo lodo.....! Recuérdese que fué santificado en el vientre de su madre: por consiguiente siempre padecia sin culpa; estaba en continua comunicacion con su Dios y con mucha frecuencia recibia y cumplia sus encargos muy peligrosos, y sin embargo su

vida fué siempre un tejido de aventuras desgraciadísimas, pudiendo decirse que en sus días los calabozos de los malhechores vinieron á ser morada de la santidad; tan á menudo la vieron dentro de sus tenebrosas paredes en la venerable persona del inocente Jeremías. Prueba clara de que los padecimientos no arguyen culpa como pretendían los importunos amigos de Job. Tal es por lo regular la suerte de muchos misioneros; son los favoritos de Dios; los tiene el Señor dentro de su corazón; habla con ellos dulce y regaladamente en la oración; y sin embargo las tribulaciones son en esta vida su cotidiano alimento. Antes que ellos Jeremías y Jesucristo, el primogénito de la predestinación, se alimentaron de dolor.

En Jeremías no solo hay llanto; hay vehemencia de expresión, hay calor de sentimientos, hay viveza de imágenes, hay grandeza de conceptos y alto vuelo en la composición. Léanse con cuidado los capítulos 9, 16, 23, 46 y otros de no menor arranque y se habrá de convenir en que el profeta de las lágrimas vuela y truena con grandiosa sublimidad. Así en el citado capítulo 23 después de haber dicho en nombre del Señor que con la avenida de los torrentes del Aquilón, muertos los moradores de Judá, sería puesta aquella tierra por pasmo y silbo y en soledades perdurables, y después de haberse vuelto contra Babilonia, prosigue de esta manera.

V. 15. Porque así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: toma de mi mano la copa del vino

de este furor; y darás á beber de él á todas las naciones, á las cuales yo te enviaré.

16. Y beberán, y serán turbados, y perderán el juicio á vista de la espada, que yo enviaré entre ellos.

17. Y tomé la copa de la mano del Señor, y dí á beber á todas las gentes, á las que me envió el Señor:

18. A Jerusalén, y á las ciudades de Judá, y á sus reyes y á sus príncipes: para entregarlos á soledad, y á pasmo; y á silbo, y á maldicion como es este dia:

19. A Pharaon, rey de Egipto, y á sus siervos, y á sus príncipes, y á todo su pueblo,

20. Y generalmente á todos: á todos los reyes de la tierra de Ausitis, y á todos los reyes de la tierra de los Philisteos, y á Ascalón, y á Gaza, y á Accarón, y á las reliquias de Azoto.

21. Y á la Idumea, y á Moab, y á los hijos de Ammón;

22. Y á todos los reyes de Tiro, y á todos los reyes de Sidón; y á los reyes de la tierra de las islas, que están de la otra parte del mar;

23. Y á Dedan, y á Thema, y á Buz, y á todos los que son trasquilados de cabellera;

24. Y á todos los reyes de Arábia, y á todos los reyes de Occidente que habitan en el desierto.

25. Y á todos los reyes de Zambri, y á todos los reyes de Elám, y á todos los reyes de los Medos:

26. Tambien á todos los reyes del Norte los de

cerca y los de lejos, á cada uno contra su hermano: y á todos los reinos de la tierra, que están en su superficie; y el rey de Sesách beberá despues de ellos.

27. Y les dirás: esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel; bebed y embriagaos, y vomitad; y caed, y no os levanteis por causa de la espada, que yo enviaré entre vosotros.

28. Y cuando no quisieren tomar la copa de tu mano para beber, les dirás: esto dice el Señor de los ejércitos; ciertamente lo beberéis.

29. Porque he aquí en la ciudad en donde mi nombre ha sido invocado, comenzaré yo á afligir, ¿y vosotros sereis como inocentes y privilegiados? no sereis privilegiados: porque voy yo á llamar la espada sobre todos los habitantes de la tierra, dice el Señor de los ejércitos.

30. Y tú les profetizarás á ellos todas estas palabras, y les dirás: el Señor rugirá desde lo alto, y desde su santa morada dará su voz; rugirá fuertemente sobre su hermosura: cancion como de pisadores será cantada contra todos los moradores de la tierra.

31. Llegó el sonido hasta los extremos de la tierra: porque el Señor entra en juicio con las gentes; él mismo es el juzgado con toda carne. A espada entregué á los impíos, dice el Señor.

32. Esto dice el Señor de los ejércitos: he aquí que saldrá la afliccion de gente en gente: y grande torbellino saldrá de las estremidades de la tierra.

33. Y los que el Señor matará en aquel dia des-

de un cabo de la tierra hasta el otro, no serán plañidos, ni recogidos, ni enterrados: yacerán para mulladar en la superficie de la tierra.

34. Aullad, pastores, y clamad, y polvoreaos de ceniza, mayores de la grey: porque para ser muertos, cumplidos son vuestros dias; y vuestras disipaciones, y caereis como vasos preciosos.

35. Y no tendrán escape los pastores, ni salvamento los mayores de la grey.

36. Voz de la grito de los pastores, y aullido de los mayores de la grey porque destruyó el Señor los pastos de ellos.

37. Y callaron los campos de paz á vista de la ira del furor del Señor.

Dejó como leon su guarida, porque en yermo fué convertida la tierra de ellos á vista de la ira de la paloma, y á vista de la ira del furor del Señor.

(Traduccion del P. Scio.)

La copa del vino de la ira de Dios se da á beber á todas las naciones de la tierra por mano de Jeremías. ¿Y quién era Jeremías? Un hombre perseguido por los suyos y que por cierto no ocupaba en el mundo una alta posicion social. No obstante, aquel para quien las naciones son como un puñado de polvo se digna tomarle por confidente de los irresistibles consejos de su mente eterna, y le encarga del ministerio de la distribucion de la copa de su furor. Temblad, naciones. Pero no..... Los reinos de la tierra y los potentados del siglo están sordos á la voz del que clama en nombre del Señor de los ejércitos.

El tiempo vuela, llega el día del cumplimiento de la palabra fulminante y el siervo de Dios es vengado del menosprecio con que se le desoyó: el carro de la desoladora guerra como fuego salido de las furiosas é hirvientes entrañas de un volcán, arrasa una parte muy considerable del mundo, y el ministro de la ira divina devorando en su saña las naciones que el Señor le ha entregado para ruina, las despedaza y consume como tritura el pedazo de pan que su amo le ha arrojado hambriento perro de voraz dentadura. Así los misioneros truenan desde los púlpitos sobre los pecadores amenazándoles con el día de las justicias del Señor, con la hoguera de la eternidad y con la muerte próxima y espantosa; pero ellos desprecian la voz del ministro de Dios, se entregan descuidados á sus delicias y á sus pasiones, mientras el siervo de Dios acaso gime en la indigencia mirado con desvío por el poderoso; mas repentinamente el reloj de las inescrutables justicias del Eterno ha señalado la hora de la muerte del opulento pecador, y en aquel tremendo instante ve cumplidas sobre sí todas las terribles palabras del pobre misionero: llegó el término de su efímera felicidad: desapareció á sus ojos el universo: se ha abierto la garganta de su sepulcro para devorarlo: ha comparecido solo en la presencia del inexorable Juez: se ha leído el libro de sus iniquidades, y ha caído como pesado plomo á los abismos de fuego.

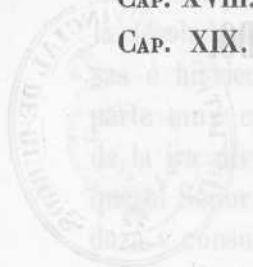


INDICE DEL TOMO SEGUNDO.



	<i>Pág.</i>		
C APITULO I. <i>Profecía</i>	5		
ORATORIA SAGRADA.	{	CAP. II. <i>Job</i>	54
		CAP. III. <i>Continuacion de Job</i>	60
		CAP. IV... <i>Id.</i> <i>de id.</i>	87
		CAP. V.... <i>Id.</i> <i>de id.</i>	100
		CAP. VI... <i>Id.</i> <i>de id.</i>	125
		CAP. VII.. <i>Id.</i> <i>de id.</i>	146
		CAP. VIII. <i>Continuacion de las figuras proféticas.</i>	159
CAP. IX. <i>Continuacion de las figuras proféticas.</i>	187		
CAP. X. <i>Figuras que han representado á la Santísima Virgen en el antiguo Testamento</i>	205		
CAP. XI. <i>Los Salmos</i>	224		
CAP. XII. <i>Algunos requisitos de la poesía sagrada</i>	251		
CAP. XIII. <i>Profetas</i>	300		
CAP. XIV. <i>Elías</i>	509		
CAP. XV. <i>Eliseo</i>	552		

CAP. XVI. <i>Isaías</i>	359
CAP. XVII. <i>Jonás y Daniel</i>	360
CAP. XVIII. <i>Ezequiel</i>	381
CAP. XIX. <i>Jeremías</i>	397



CAP. XX. <i>Amos</i>	400
CAP. XXI. <i>Jonás</i>	413
CAP. XXII. <i>Abacuc</i>	416
CAP. XXIII. <i>Ysaías</i>	429
CAP. XXIV. <i>Ysaías</i>	430
CAP. XXV. <i>Ysaías</i>	430
CAP. XXVI. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXVII. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXVIII. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXIX. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXX. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXXI. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXXII. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXXIII. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXXIV. <i>Ysaías</i>	432
CAP. XXXV. <i>Ysaías</i>	432

ERRATAS.

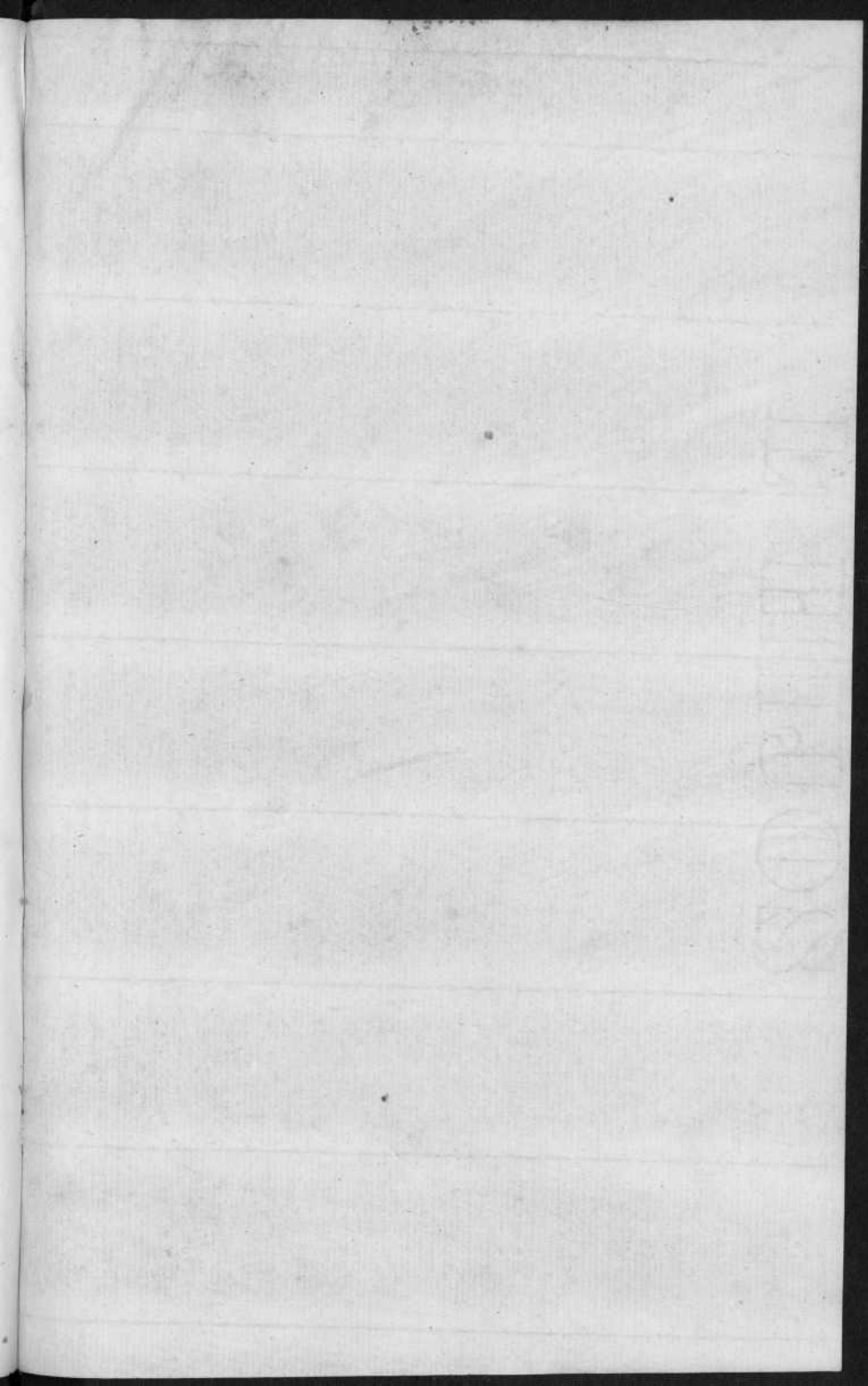
<i>Págs.</i>	<i>Lineas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
66	23	(<i>Capítulo 9 de Job.</i>)	(<i>Capítulo 10 de Job.</i>)
67	9	ojos oprimidos	ojos oprimido
101	20	darle	parte
137	19	<i>adoratur</i>	<i>odoratur</i>
181	12	muchos	macho
187	8	pase	paso
198	16	descubre	descubren
266	23	la <i>toma</i>	el <i>cerco</i>
280	6	pongan	ponga
291	9	Tú, Dios, di,	Tu Dios, di,
298	21	cómo amó Dios á su esposa	amó Dios como á su esposa
347	11	pónganse los ojos	póngase los ojos

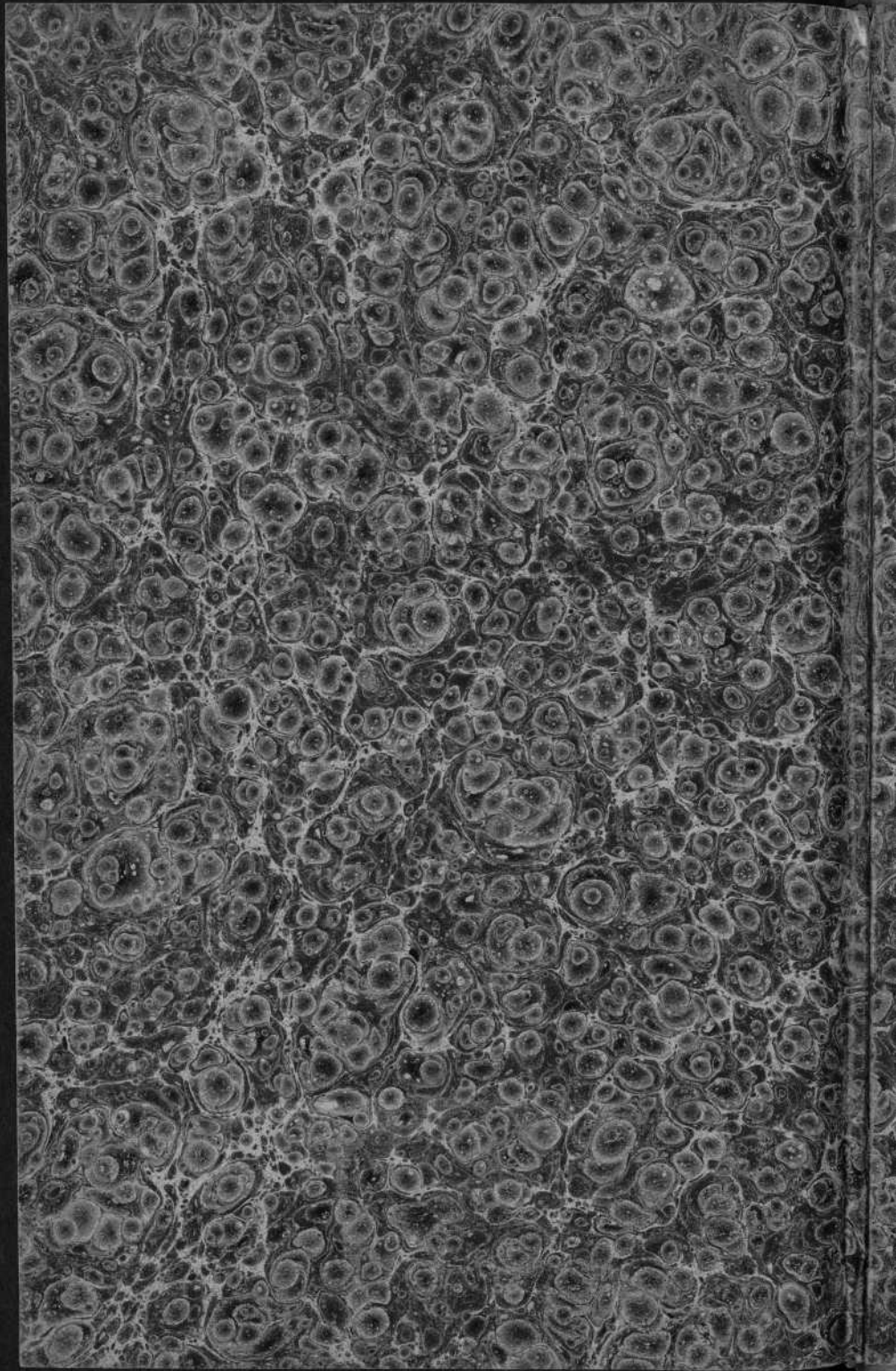


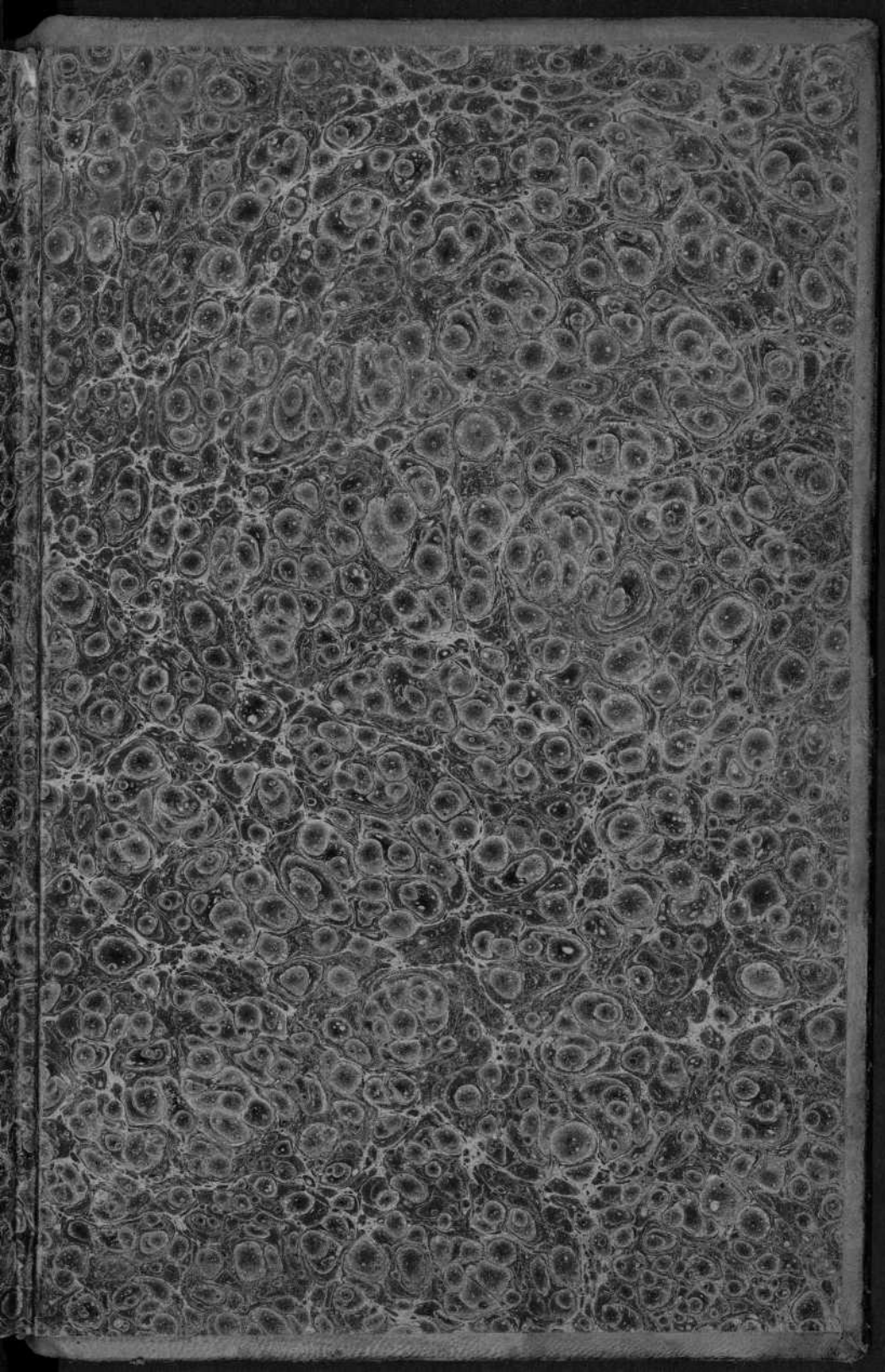
INDEX

Introduction	1
Chapter I	10
Chapter II	20
Chapter III	30
Chapter IV	40
Chapter V	50
Chapter VI	60
Chapter VII	70
Chapter VIII	80
Chapter IX	90
Chapter X	100
Chapter XI	110
Chapter XII	120
Chapter XIII	130
Chapter XIV	140
Chapter XV	150
Chapter XVI	160
Chapter XVII	170
Chapter XVIII	180
Chapter XIX	190
Chapter XX	200
Chapter XXI	210
Chapter XXII	220
Chapter XXIII	230
Chapter XXIV	240
Chapter XXV	250
Chapter XXVI	260
Chapter XXVII	270
Chapter XXVIII	280
Chapter XXIX	290
Chapter XXX	300









101010

OBSERVACION

SOBRE

LAS BELLEZAS

DE LA

LIBRERIA

2

17.143